

MICHEL BUSSI
NO LO
OLVIDES
JAMÁS



Lectulandia

Jamal corre rápido, muy rápido. Se ha entrenado duro para que su prótesis en la pierna no interfiera en su vida. Pero ni siquiera un espíritu luchador como el suyo será capaz de evitar un suceso sobrecogedor. Ocurre cuando menos se lo espera, durante unas vacaciones en la costa de Normandía.

Cuando sale a correr por uno de los abruptos itinerarios de Yport, es sorprendido por una situación inimaginable: se encuentra a una muchacha extraordinariamente bella a punto de saltar por un acantilado. Jamal teme que si da un paso más, ella se arrojará al vacío. Como último intento, le tiende una bufanda roja para que se agarre. Pero todo es inútil.

Poco después la policía halla el cadáver de la desconocida en la playa. Lleva la bufanda roja alrededor del cuello y presenta signos de abuso sexual.

JAMAL ES EL ÚNICO TESTIGO.

ESTA ES SU VERSIÓN. ¿LE CREES?

Lectulandia

Michel Bussi

No lo olvides jamás

ePub r1.0

Titivillus 24.02.16

Título original: *N'oublier jamais*

Michel Bussi, 2014

Traducción: Teresa Clavel Lledó

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Arthur... ¡mañana 18 años!

¿Se encuentra con una chica guapa
al borde de un acantilado?
¡No le tienda la mano!
Podrían creer que la ha empujado.

Gendarmería Nacional, Brigada Territorial de Proximidad de Etretat, Seine-Maritime, 13 de julio de 2014

Del teniente Bertrand Donnadieu

Para el señor Gérard Calmette, director de la Unidad de Gendarmería de Identificación de Víctimas de Catástrofes (UGIVC), Instituto de Investigación Criminal de la Gendarmería Nacional (IRCGN), Rosny-sous-Bois

Señor director:

La pasada noche del 12 de julio de 2014, hacia las 2.45, se derrumbó la pared de un acantilado sobre el valle costero de Etigues, tres kilómetros al oeste de la localidad de Yport. Este tipo de desprendimiento no es infrecuente en nuestra costa. Los equipos de salvamento trasladados al lugar de los hechos apenas una hora más tarde pudieron determinar con certeza que el accidente no había causado ninguna víctima.

No obstante, y este es el motivo de este correo, si bien no se encontró el cuerpo de ningún paseante entre los escombros, los socorristas hicieron un extraño descubrimiento. Los huesos de tres esqueletos yacían entre los bloques de creta diseminados por la playa.

Las fuerzas de seguridad enviadas al lugar no han encontrado ninguna prenda de vestir cerca de dichas osamentas, ni ningún otro efecto personal que permita identificarlas. Podríamos formular la hipótesis de que se trata de espeleólogos atrapados en el acantilado, dado que el relieve kárstico de estas costas atrae a los amantes de las expediciones subterráneas. Sin embargo, no se nos ha comunicado la desaparición de ningún espeleólogo en los últimos meses, ni siquiera en los últimos años. Es posible que los esqueletos sean más antiguos aún, pero, a juzgar por los análisis que se han podido realizar a falta de material adecuado, no lo parecen.

Deseo hacer hincapié en que los huesos quedaron diseminados por unos cuarenta metros de playa tras el derrumbe. La Brigada Departamental de Información e Investigaciones Judiciales, dirigida por el coronel Bredin, ha procedido al levantamiento de las diferentes partes de los esqueletos. Su primer análisis confirma el nuestro: todos los huesos no parecen haber alcanzado el mismo grado de descomposición, como si, por sorprendente que pueda parecer, los individuos hubieran hallado la muerte en esa cavidad del acantilado en fechas distintas, seguramente separadas por varios años. También desconocemos la causa de su fallecimiento: la observación superficial de los huesos y los cráneos no revela ningún golpe mortal que hubiera podido ocasionar la muerte.

A falta del menor indicio probatorio o de un punto de partida para orientar la investigación, nos es imposible seguir una pista de identificación ante o post mórtem. Los interrogantes, por tanto, siguen abiertos: ¿quiénes son esos tres individuos?, ¿cuándo murieron?, ¿cuál es la causa de su fallecimiento?

Ni que decir tiene que este hallazgo espolea sobremanera la curiosidad de los habitantes de la región, ya avivada estos últimos meses por un suceso macabro, aunque a priori sin relación con la exhumación de estos tres cuerpos desconocidos.

Por ello, señor director, pese a ser consciente del volumen de casos más urgentes que tiene a su cargo y del dolor de las familias que aguardan la identificación formal de allegados recientemente fallecidos, me permito insistir para que, a título excepcional, sus servicios se ocupen de este expediente de forma prioritaria, a fin de proceder con la mayor diligencia a identificar estos tres esqueletos.

Le saluda atentamente,

TENIENTE BERTRAND DONNADIEU
Brigada Territorial de Proximidad de Etretat

CINCO MESES ANTES, EL 19 DE FEBRERO DE 2014

—Cuidado, Jamal, en el acantilado la hierba estará resbaladiza.

André Jozwiak, el propietario de La Sirène, se arrepintió inmediatamente de haber dado ese consejo de prudencia. Se había puesto una gabardina y estaba delante de la puerta de su hotel-restaurant. En el termómetro colgado encima de la carta, al mercurio le costaba cruzar la línea azul que indicaba el cero. Casi no soplabla viento. La veleta clavada en una de las vigas de la fachada, un velero de hierro forjado, parecía helada por la noche.

André Jozwiak observó frente a él el amanecer en la playa, la ligera capa de hielo en los coches aparcados delante del casino, los guijarros apretados unos contra otros como huevos ateridos que una rapaz gigante hubiera abandonado, el sol medio dormido que se elevaba fatigosamente sobre el mar, más allá del acantilado muerto, cien kilómetros al este, en Picardía.

Jamal se alejaba dando pequeñas zancadas. André lo vio pasar por delante del casino y emprender la cuesta de la calle Jean-Hélie. El hostelero se echó el aliento en las manos para calentárselas. No había más remedio que servirles el desayuno a los escasos clientes que pasaban las vacaciones de invierno frente a la Mancha. Al principio, aquello le había parecido extraño, aquel joven moro discapacitado que salía a correr todas las mañanas por el sendero señalizado, con una pierna musculosa y la otra rematada por un pie de carbono metido en una zapatilla deportiva. Ahora sentía una gran ternura por ese chico. Cuando aún no tenía treinta años, a la edad de Jamal, André recorría más de cien kilómetros en bicicleta todos los domingos por la mañana, Yport-Yvetot-Yport, sin nadie que le calentara los cascos durante tres horas. Por eso, en el fondo, entendía que el chaval de París con su pata inútil necesitara dejarse la piel en los valles al amanecer.

La sombra furtiva de Jamal reapareció en el ángulo de la escalera que subía hacia los acantilados, para desaparecer de inmediato detrás de los contenedores de basura del casino. El propietario de La Sirène dio un paso adelante y encendió un Winston. No era el único lugareño levantado que desafiaba al frío; dos siluetas se recortaban a lo lejos, en la arena mojada. Una anciana llevaba atado en el extremo de una correa interminable a un perrito ridículo, tipo juguete de los que funcionan con pilas y mando a distancia, pretencioso hasta el punto de insultar a las gaviotas con sus ladridos histéricos. Doscientos metros más lejos, un tipo bastante alto, con las manos metidas en los bolsillos de una cazadora de piel marrón, gastada, estaba plantado frente al mar, provocando a las olas con la mirada como si tuviera una venganza pendiente con el horizonte.

André tiró la colilla y entró en el hotel. No quería que lo vieran así, sin afeitarse, mal vestido, despeinado, con ese aspecto de hombre prehistórico saliendo de su

caverna, abandonada hacía lunas por la señora Cro-Magnon.

Jamal Salaoui subía con una regularidad de metrónomo el acantilado más alto de Europa. Ciento veinte metros. Una vez dejadas atrás las últimas villas, la carretera quedaba reducida a un sendero señalizado. La vista se abría hasta Etretat, a diez kilómetros de distancia. Jamal vio recortarse las dos siluetas al final de la playa, la vieja del perrito y el tipo frente al mar. Tres gaviotas, asustadas quizá por los ladridos penetrantes del caniche, surgieron del acantilado y se interpusieron en su camino antes de alzar el vuelo una decena de metros por encima de él.

Lo primero que Jamal vio, poco después del cartel que indicaba el *camping* Le Rivage, fue la bufanda roja. Estaba enganchada en la cerca del *camping* como si quisiera señalar un peligro. Eso fue lo primero que pensó Jamal.

Un peligro.

La advertencia de un desprendimiento, de una inundación, de un animal muerto.

Pero la idea se diluyó enseguida. No era más que una bufanda enganchada en un alambre de espino, perdida por un paseante y transportada por el viento marino.

Dudó en romper el ritmo de la carrera, en volver la cabeza para observar ese trozo de tela que colgaba; en realidad faltó muy poco para que siguiera adelante sin detenerse. Todo habría sido muy diferente en ese caso, las cosas habrían dado un giro totalmente distinto.

Pero Jamal aminoró la marcha hasta parar del todo.

La bufanda parecía nueva. Era de un rojo vivo resplandeciente. Jamal la tocó, miró la etiqueta.

Cachemira. Una Burberry... ¡Aquel trozo de tela valía una pequeña fortuna! Mientras desenganchaba con delicadeza la bufanda de la cerca, Jamal pensó que la llevaría después a La Sirène. André Jozwiak conocía a todo el mundo en Yport; seguro que sabría si alguien la había perdido. Si no, se la quedaría él. Empezó de nuevo a correr acariciando la tela. No tenía claro que, una vez de vuelta en casa, en la Cité des 4.000, se la fuera a poner encima del chándal. ¡Nada menos que cachemira de quinientos euros! ¡Sería una invitación a que le cortaran la cabeza! Pero encontraría en su barrio a una chica mona que aceptaría ponérsela alrededor del cuello.

Junto al búnker, a su derecha, una decena de corderos volvieron la cabeza hacia él. Esperaban a que la hierba se descongelara con la misma mirada lobotomizada que los cretinos de su trabajo a mediodía, delante del microondas.

Justo después de pasar el búnker, Jamal vio a la chica.

Inmediatamente calculó la distancia entre ella y el acantilado. ¡Menos de un metro! ¡Estaba al borde de un precipicio de más de cien metros! Su cerebro se alarmó. Añadió otros parámetros a la inconsciencia de la joven: la ligera pendiente hasta el vacío, la escarcha sobre la hierba... Esa chica corría más peligro estando allí arriba que en el borde de la ventana más alta de un edificio de treinta pisos.

—Hola, ¿se encuentra bien?

Las cuatro palabras de Jamal volaron por el aire frío. Ninguna respuesta.

Jamal todavía estaba a ciento cincuenta metros de la chica.

Pese al frío intenso, llevaba solo un amplio vestido de color rojo rasgado en dos jirones, uno que flotaba sobre su ombligo y sus muslos, y otro que, abierto desde el cuello hasta la base del pecho, mostraba las copas del sujetador.

La chica tiritaba.

Era guapa. No obstante, en aquel momento a Jamal la imagen no le pareció erótica, sino sorprendente, conmovedora, turbadora; no había nada de sexual en aquella figura femenina. Cuando volvió a pensar en ello más tarde, para explicarlo, lo mejor que se le ocurrió fue compararla con una obra de arte dañada. Un sacrilegio, un desprecio injustificable por la belleza.

—¿Se encuentra bien? —repitió.

Ella se volvió. Jamal avanzó.

Las hierbas le llegaban hasta las rodillas y pensó que quizá la chica no había visto la prótesis encajada en su pierna izquierda. Se encontraba ahora frente a ella. A diez metros. La chica se había acercado más al precipicio, de espaldas al vacío.

Había llorado mucho, pero el manantial parecía haberse secado. Se le había corrido el rímel y le había dejado marcas alrededor de los ojos. A Jamal le costó ordenar las señales contradictorias que se agolpaban en su mente.

El peligro.

La urgencia.

La emoción, sobre todo. La emoción que lo embargaba. Nunca había visto a una mujer tan guapa. Su memoria registró para siempre el óvalo perfecto del rostro que tenía frente a él, como redondeado por la caricia de dos cascadas de cabellos de color azabache, los ojos negro carbón en una piel de nieve, el dibujo de las cejas y de la boca, fino y vivo, como tres rayas guerreras trazadas por un dedo sumergido en sangre y hollín. Más tarde intentó evaluar, sin encontrar respuesta, si la sorpresa había influido en su juicio, y la situación también: el desamparo de aquella desconocida, la necesidad de asirle la mano.

—Oiga...

Jamal alargó la mano.

—No se acerque —dijo la chica.

Era más una súplica que una orden. Las brasas parecían haberse apagado definitivamente en sus iris negro carbón.

—De acuerdo —balbució Jamal—. De acuerdo. No se mueva usted tampoco,

tenemos tiempo.

La mirada de Jamal se deslizó por el vestido impúdico. Imaginó que la chica acababa de salir del casino, cien metros más abajo. Por la noche convertían la sala de espectáculos del Sea View en discoteca.

¿Habría tenido un mal encuentro a la salida del local? Alta, fina, *sexy*, la chica lo tenía todo para excitar la lascivia. Los clubes nocturnos estaban llenos de jóvenes que solo iban a eso, a mirar a mujeres despampanantes.

Jamal se expresó con la voz más serena que pudo:

—Voy a avanzar despacio y a darle la mano.

La chica bajó la mirada por primera vez y se detuvo un instante en la prótesis de carbono. No pudo reprimir un ademán de sorpresa que controló casi de inmediato.

—Si da un solo paso, salto...

—Vale, vale, no me muevo...

Jamal se quedó petrificado, incluso contuvo la respiración. Solo sus ojos se movían desde aquella chica que había aparecido como por arte de magia a diez pasos de él hasta el amanecer naranja al fondo del horizonte.

Tipos borrachos que se recreaban siguiendo los movimientos de la reina de la pista de baile, pensó de nuevo Jamal. Y entre ellos, al menos un enfermo, quizá varios, suficientemente vicioso para seguir a la chica hasta la salida. Acorralarla. Violarla.

—¿Le... le han hecho daño?

Las bolas de carbón se fundieron en lágrimas de hielo.

—Usted no puede entenderlo. Siga su camino. ¡Váyase! ¡Rápido, váyase!

Una idea...

Jamal se acercó las manos al cuello. Lentamente. Aunque no lo suficiente. La chica retrocedió de golpe, con un pie casi en el vacío.

Jamal se quedó inmóvil. Aquella chica era un gorrión asustado al que había que acoger en el hueco de la mano; un pájaro caído del nido, incapaz de volar.

—No voy a moverme. Solo voy a lanzarle la bufanda. Yo sujetaré una punta. Coja la otra, nada más. Usted decidirá si la suelta o no.

La chica titubeó, sorprendida de nuevo. Jamal aprovechó la circunstancia para arrojar la banda roja de cachemira. Dos metros lo separaban de la joven suicida.

La tela cayó a sus pies.

Ella se inclinó con delicadeza, sujetó, movida por un pudor ridículo, un jirón de vestido contra su pecho desnudo y se incorporó agarrada a la bufanda que le ofrecía Jamal.

—Despacio —dijo este—. Voy a tirar de la tela, a enrollarla alrededor de mi mano. Déjese atraer hacia mí, dos metros, solo dos metros más lejos del vacío.

La chica apretó más fuerte la tela.

Jamal comprendió entonces que había ganado, que había hecho el gesto correcto: lanzar aquella bufanda como un marino lanza un salvavidas al náufrago, sacarla a la

superficie poco a poco, centímetro a centímetro, con una precaución infinita para no romper el hilo.

—Despacio —repitió—. Venga hacia mí.

Por un breve instante fue consciente de que acababa de conocer a la chica más guapa que había visto nunca. Y de que acababa de salvarle la vida.

Eso bastó para desconcentrarlo, un ínfimo segundo.

De pronto, la chica tiró de la bufanda. Jamal se esperaba cualquier reacción menos esa. Un movimiento seco, rápido.

La bufanda se le escapó de las manos.

Lo que sucedió a continuación duró menos de un segundo.

La mirada de la chica se clavó en él, indeleble: la de una chica en la ventanilla de un tren que se pone en marcha, la de la fatalidad.

—¡Nooo! —gritó Jamal.

Lo último que vio fue la bufanda roja de cachemira flotando entre los dedos de la chica. Un instante después esta cayó al vacío.

La vida de Jamal también, pero eso él aún no lo sabía.

I

Instrucción

DIARIO DE JAMAL SALAOUI

Durante mucho tiempo no tuve suerte.

A fuerza de que el azar se inclinara siempre hacia el mismo lado, nunca el mío, llegué a imaginar la vida como una especie de gigantesca conspiración, compuesta únicamente por miembros que habían prestado juramento de aliarse contra mí, y encabezada por una especie de dios semejante a un profesor sádico que se ensaña con el más débil de la clase. Y el resto de los compañeros, contentísimos de que los golpes no cayeran sobre ellos, haciendo también de afanosos torturadores. A distancia. Para que no los salpicara. Como si la desdicha fuese contagiosa.

Más tarde, con los años, comprendí.

Es una ilusión.

En la vida no te encuentras a ningún dios vicioso, ni tampoco a ningún profesor que te tome como chivo expiatorio.

Tanto los dioses como los profesores pasan de ti. Tú no existes para ellos.

Estás completamente solo.

Para que un día la moneda caiga de tu lado, simplemente hay que jugar, con frecuencia, mucho, repetir, siempre.

Insistir.

No es más que una cuestión de probabilidad. Y quizá también, a fin de cuentas, de suerte.

Me llamo Jamal.

Jamal Salaoui.

No es el tipo de nombre que, *a priori*, da suerte.

Aunque...

Mi nombre de pila, si se han fijado, es el mismo que el de Jamal Malik, el chico de *Slumdog Millionaire*. Y, todo sea dicho, no es lo único que tenemos en común. Los dos somos musulmanes en un país que no lo es y nos trae un poco sin cuidado. Él creció en Dharavi, el *slum* de Bombay; yo, en el bloque Balzac de la Cité des 4.000, en La Courneuve. No sé si es realmente comparable. En el aspecto físico, tampoco sé si lo somos. Él no es muy guapo, con sus orejas de soplillo y su aire de gorrión

asustado. Yo tampoco. Peor aún, solo tengo una pierna, bueno, una y media; la segunda llega hasta la rodilla y continúa con una prótesis de plástico de color carne. Algún día se lo contaré.

Fue una de esas veces en las que la moneda no cayó hacia el lado bueno.

Pero el principal punto en común lo tengo delante. Porque el secreto de Jamal Malik no son los millones de rupias, sino Latika, su amada, guapa como un sol, sobre todo al final, con su velo de color amarillo, cuando se reúnen en la estación de Bombay. Ella es su *jackpot*.

Y en mi caso es lo mismo.

Estoy frente a una chica increíblemente atractiva. Acaba de ponerse un vestido tulipán azul. Sus pechos danzan bajo la seda de un escote que tengo derecho a mirar tanto tiempo como quiera. ¿Cómo explicarlo para que lo entiendan? Es mi ideal femenino, algo así como si me hubiera seducido en mis sueños durante miles de noches antes de aparecer un buen día ante mí.

Estoy cenando con ella.

En su casa.

Las llamas de la chimenea parece que acariciarán la piel blanca de su rostro. Hasta hay champán. Piper-Heidsieck 2005. Haremos el amor dentro de unas horas, quizá incluso antes de terminar de cenar.

Nos amaremos al menos una noche.

Tal vez varias.

Tal vez todas las noches de mi vida, como un sueño que no se desvaneciera por la mañana, que me acompañase a la ducha, luego al ascensor cutre del último bloque de los 4.000 que no ha sido dinamitado y luego a la estación Courneuve-Aubervilliers del cercanías.

Me sonrío. Se acerca la copa de champán a los labios; imagino las burbujas bajando por su cuerpo, chispeando en su interior. Pongo los labios sobre los suyos. Húmedos de Piper-Heidsieck como un caramelo efervescente.

Ha preferido la intimidad de su casa al ambiente selecto de un restaurante de la costa. Quizá, en el fondo, le avergonzaba un poco exhibirse conmigo, notar la mirada de los vecinos de mesa puesta en el árabe minusválido que sale con la chica más guapa de la región. La comprendo, aunque a mí me trae sin cuidado esa envidia mezquina. Me merezco este momento más que nadie. Lo he apostado todo. He seguido jugando todas las veces que la moneda ha caído hacia el lado malo. Sin dejar nunca de creer en ella.

Y he ganado.

Vi a esta chica por primera vez hace seis días, en el lugar más insospechado para encontrarse a un hada. Yport.

Durante estos seis días, he estado varias veces a punto de morir.

Estoy vivo.

Durante estos seis días, he sido acusado de asesinato. De varios asesinatos. Los

más sórdidos que quepa imaginar. Yo mismo llegué a creerlo.

Soy inocente.

He sido perseguido. Juzgado. Condenado.

Soy libre.

Ya verán, a ustedes también les costará creer los delirios de un pobre moro lisiado. El milagro les parecerá demasiado inverosímil. La versión de la policía les resultará mucho más aceptable. Ya verán como ustedes también dudan. Hasta el final.

Volverán al comienzo de este relato, releerán estas líneas y pensarán que estoy loco, que estoy tendiéndoles una trampa o que me lo he inventado todo.

Pero no me he inventado nada. No estoy loco. No hay trampa alguna. Les pido simplemente una cosa: que confíen en mí. Hasta el final.

Todo acabará bien, ya lo verán.

Hoy es 24 de febrero de 2014. Todo empezó hace diez días, un viernes por la tarde, el 14, a la hora en que los niños del Instituto Terapéutico Saint-Antoine regresan a su casa.

¿CONFIAR EN MÍ HASTA EL FINAL?

La lluvia fría empezó a caer sin avisar sobre los tres edificios color rojo ladrillo del Instituto Terapéutico Saint-Antoine de Bagnolet, sobre el jardín de tres hectáreas y sobre las estatuas blancas de los generosos, ilustres y olvidados donantes de los últimos siglos. De pronto, una decena de siluetas se pusieron en movimiento produciendo la ilusión de que el chaparrón hacía cobrar vida a las esculturas. Médicos, enfermeros y camilleros en bata blanca corrieron a protegerse como si fueran fantasmas temerosos de mojarse el sudario.

Algunos encontraron refugio bajo el porche, otros, en la veintena de automóviles, monovolúmenes y minibuses aparcados unos detrás de otros en la alameda de grava, con las puertas todavía abiertas y los niños amontonados en el interior.

Como todos los viernes por la tarde, los adolescentes más autónomos iban a pasar el fin de semana con su familia; el fin de semana más quince días de vacaciones de invierno ese viernes en concreto.

Al igual que los demás, corrí para ponerme a resguardo después de haber metido a Grégory en la parte trasera del Scenic y abandonado bajo el diluvio su silla de ruedas vacía. Eché simplemente un vistazo tres coches más allá, en dirección a la ambulancia cuya luz giratoria era barrida por la lluvia, en busca de Ophélie, y después entré en la sala del personal sanitario.

Allí reinaba un ambiente de refugio de montaña a la vuelta de una salida para practicar esquí de fondo. Los compañeros del Instituto Terapéutico Saint-Antoine, casi exclusivamente mujeres —enfermeras, educadoras y psicoterapeutas—, apretaban sus dedos helados contra vasos de plástico con té o café. Algunas ni siquiera volvieron la vista en mi dirección; otras hicieron caso omiso de mi presencia; Sarah y Fanny, las maestras más jóvenes, me sonrieron; Nicole, la psicóloga jefa, detuvo la mirada un poco más de la cuenta, como siempre, en mi pierna rígida. En el fondo, la mayoría de las chicas del instituto me tenían simpatía, en diferentes grados según su edad, su disponibilidad sentimental y su conciencia profesional. Las Madre Teresa más que las Marilyn.

El capullo de Jérôme Pinelli, el jefe de servicio, entró justo detrás de mí. Echó un

vistazo a los presentes y luego me miró de arriba abajo en actitud policial.

—Se llevan a Ophélie. Espero que te sientas orgulloso.

La verdad era que no.

Imaginé la luz giratoria de la ambulancia en el patio. Y a Ophélie gritando para que la dejaran en paz. Durante unos segundos intenté que se me ocurrieran unas palabras de explicación, de disculpa al menos, para quedarme tranquilo. Esperaba, aunque sin mucha esperanza, que alguien de la sala me ayudase. Nadie. Las chicas agachaban la cabeza.

—Resolveremos esto después de las vacaciones —dijo Pinelli.

En la lista de los torturadores de la cotidianeidad que buscan una víctima, a los dioses viciosos y a los profesores sádicos hay que añadir a los jefecillos fachas: Jérôme Pinelli, cincuenta y tres años, jefe de Recursos Humanos, responsable, en menos de seis meses, de un adulterio, dos depresiones y tres despidos.

Se plantó delante del gran póster del Mont Blanc que yo había pegado en la pared de la sala del personal. Un metro por dos. Todas las crestas del macizo: Mont Blanc, Mont Maudit, Aiguille du Midi, Dente del Gigante, Aiguille Verte...

—Joder —dijo Pinelli—, no voy a echar de menos a esos retrasados mentales. Ya está... En menos de diez horas estaré en Courchevel...

Giró lentamente sobre sí mismo como si quisiera que la corte femenina admirase su perfil, se plantó delante de mí y miró ostensiblemente mi prótesis.

—¿Y tú? ¿Te vas a la nieve, Salaoui? Es genial, ¿no? ¡Con un pie de carbono, solo necesitas alquilar un esquí!

Rompió a reír. Terreno resbaladizo... El círculo de enfermeras no se decidió a secundarlo. Las Marilyn soltaron unas exclamaciones sofocadas; las Madre Teresa se indignaron en silencio.

Pinelli no tuvo tiempo de ir más lejos, o de entrar a matar; los primeros acordes de *I Gotta Feeling* sonaron en su bolsillo. Sacó el móvil mascullando un «joder» y salió sin apresurarse de la sala después de mirarme de nuevo.

—A la vuelta tendremos que ajustar cuentas, Salaoui. La chiquilla es menor, no siempre podré cubrirte.

¡Capullo!

Ibou entró en ese momento y le dio con la puerta en las narices.

Ibou era mi único verdadero aliado allí. Además de camillero del instituto, era el encargado de poner la camisa de fuerza y aplicar la contención física cuando dos jóvenes llegaban a las manos. A veces me ayudaba también con el mantenimiento: a montar andamios, trasladar muebles o cambiar la rueda de una Jumper. Ibou era un armario de luna tallado en un baobab. Tipo Omar Sy. Ese cabroncete reconciliaba a las Marilyn y a las Teresa; guapo, flemático, divertido, deportista.

Bueno, deportista... Ellas no sabían que, aunque corría conmigo quince kilómetros todos los jueves desde el parque de La Courneuve hasta el bosque de Montmorency, yo le sacaba siempre media vuelta a la pista en el sprint final.

Me chocó la mano.

—He oído la pulla de ese gilipollas sobre el esquí. En serio, Jam, ¿te vas de vacaciones?

Se volvió hacia el cartel de los Alpes. A él también le deslumbraron las nieves perpetuas de los glaciares colgadas en la pared de la sala.

—A Yport. ¡Gracias a ti, además!

—¿A Yport? ¡Uau! ¿Hay pistas?

—Es un pueblo normando, tío. Junto a Etretat. Mil metros de desnivel en diez kilómetros. Pero ni nieve ni remontes...

Ibou silbó, sin hacer ningún comentario, y a continuación se dirigió al auditorio femenino.

—¡Vosotras no lo sabéis porque lo lleva muy en secreto, pero este Jamal es un deportista de alto nivel! El muy cabezota se niega a participar en las disciplinas paralímpicas que podrían reportar al Instituto Saint-Antoine honor, gloria y medallas, pero se le ha metido en la cabeza ser el primero con una sola pierna en cruzar la línea de llegada del Ultra-Trail del Mont Blanc... —De pronto noté que todas las miradas se clavaban en mí. Ibou, como colega considerado que era, insistió—: La carrera más dura del mundo. Lo tiene claro el chaval, ¿eh?

Los ojos de las chicas, estrábicos, se posaron alternativamente en mí y en el cartel blanco y azul. Por mi parte, yo perdí la mirada a más de tres mil metros: Mer de Glace, Vallorcine, Teleférico de la Aiguille du Midi. El UTMB suponía ciento sesenta y ocho kilómetros de recorrido, nueve mil seiscientos metros de desnivel, cuarenta y seis horas de carrera... Con una sola pierna. ¿Sería capaz de una hazaña semejante? ¿De llegar al límite de mí mismo hasta olvidar el dolor? Las enfermeras, con lágrimas en los ojos, ya me compadecían. Tenía la impresión de estar sonrojándome como un adolescente. Mi mirada acorraló detalles invisibles, la pared con revoque blanco y sucio, las huellas de moho y herrumbre que goteaban del techo.

—Jam, además, está soltero —continuó Ibou—. ¿No hay ni una sola que quiera ir con él? ¡Yport, joder! —Me guiñó un ojo. Yo estaba preparado—. Vamos, chicas... —insistió—, ¡solo una voluntaria! Pasar una semana de ensueño con un campeón olímpico. Ya que os da pie a que disfrutéis de su compañía, ¡aprovechad la ocasión!

Gracias, Ibou. Devolví la pelota como en los entrenamientos.

—Eso sí, nada de bromas, chicas. Yo el pie os lo doy, pero luego tenéis que devolvérmelo.

¿HASTA OLVIDAR EL DOLOR?

Tendido a mis pies, el cadáver dormía sobre un lecho de cantos rodados.

La sangre corría despacio bajo su cabeza formando una sábana de seda roja extendida por una mano invisible, un ola escarlata que se dirigía, en suave pendiente, hacia el mar.

Incluso muerta, la desconocida seguía siendo increíblemente guapa. Su pelo de color azabache cubría su rostro frío y blanco, como algas enredadas en una roca pulida por las mareas sucesivas. El cuerpo de la chica ya no era más que un trozo de acantilado encallado que el mar se encargaría de esculpir para que se fundiera con el decorado, para el resto de la eternidad.

Mis ojos se apartaron del cuerpo para subir por la pared calcárea. Justo enfrente de mí. Desde que me había instalado en Yport, tres días antes, en ningún momento esos acantilados me habían parecido tan impresionantes. Ríos de arcilla resbalaban desde las superficies herbosas que se adivinaba en lo alto, como regueros de herrumbre, de humedad y de mugre. Tenía la sensación de encontrarme ante un gigantesco muro de una prisión imaginada por los dioses para encerrar a los hombres. Tratar de escapar, saltar por encima, significaba la muerte.

Miré el reloj.

Las 8.28.

Había transcurrido menos de un cuarto de hora desde que había salido de La Sirène para mi entrenamiento diario. Pensé en los consejos del propietario.

«Cuidado, Jamal, en el acantilado la hierba estará resbaladiza».

Luego en aquella bufanda enganchada en la cerca, en los corderos, en el búnker... Las imágenes afluían. Obsesivas. Veía a la chica al borde del abismo, su vestido desgarrado, sus últimas palabras —«No se acerque. Usted no puede entenderlo»—, la insondable desolación en su mirada antes de que cayera al vacío, la bufanda Burberry de cachemira que yo le había tendido, apretada en su mano.

El corazón continuaba marcando a martillazos mi carrera desenfrenada hasta la playa, justo después de que ella hubiera saltado, como si pudiese llegar abajo antes que ella, cogerla en brazos. Salvarla.

Ridículo.

—La he visto caer —murmuró la voz grave a mi espalda.

Era el tipo de la cazadora de piel marrón. Se había acercado lentamente al cuerpo arrastrando los pies por la playa, como si aquel incidente lo fastidiara sobremanera.

—Le he oído gritar —continuó en el mismo tono cansado—. Me he vuelto y entonces he visto caer a la chica como una piedra.

Una mueca de repugnancia deformó su cara para expresar con claridad que había visto en directo descoyuntarse el cuerpo a consecuencia del impacto. Tenía razón: yo había gritado ante el cielo vacío cuando la chica había caído. Todo Yport debía de haberme oído.

—No se ha caído —me pareció oportuno precisar—. Ha saltado.

El tipo no añadió nada más. ¿Había entendido al menos el matiz?

—¡Pobre criatura! —exclamó la anciana que estaba a mi derecha.

Era el tercer testigo del drama. Me enteré un poco después de que se llamaba Denise. Denise Joubain. Ella también, como el hombre de la cazadora marrón, estaba en la playa antes de que yo llegara, aunque a una distancia de más de cien metros del punto de caída. Tras mi sprint desenfrenado, había llegado junto al cuerpo unos segundos antes que ellos. Denise llevaba unos grandes calcetines amarillos que sobresalían de sus botas de pescar de plástico y se perdían bajo un vestido de lona de color crudo y un abrigo gris. Estrechaba a un perro contra sí, un shih tzu, vestido con un jersey de rayas beis y rojas que me recordó los que llevan los personajes de *¿Dónde está Wally?*

—Despacito, Arnold —le susurró al oído antes de insistir—: Una chica tan guapa... ¿Está totalmente seguro de que ha saltado ella?

La pregunta de Denise me pareció tonta.

Por supuesto que había saltado ella.

Después me di cuenta de que yo era el único testigo de aquel suicidio. Los otros dos paseaban por la playa, frente al mar, y habían vuelto la cabeza al oír mi grito.

¿Qué insinuaba Denise? ¿Que se trataba de un accidente?

La inmensa angustia grabada en el rostro de ángel el instante anterior a su salto desesperado me perturbó de nuevo.

—¡Segurísimo! —contesté—. He hablado con ella allá arriba, junto al búnker. He intentado hacerla entrar en razón...

Denise Joubain me lanzaba una mirada inquisitiva, como si mi piel, mi acento y mi pierna rígida representaran para ella tres motivos acumulados de desconfianza.

¿Qué creía? ¿Que no se trataba de un accidente? ¿Que alguien la había empujado?

Levanté de nuevo la cabeza como un idiota para mirar la cima del acantilado y continué, como si necesitara justificarme:

—Todo ha sucedido muy deprisa. Me he acercado todo lo que he podido. He intentado tenderle la mano. Lanzarle una...

Las palabras se atascaron de pronto en mi garganta.

Por primera vez me llamó la atención un detalle en el cuerpo tumbado a un metro de mí. Un detalle surrealista...

¡Imposible!

Las imágenes del drama desfilaban en un continuo sin fin.

La mirada desolada de la bella suicida.

La bufanda Burberry flotando en su mano.

El horizonte vacío.

¡Mierda! Algo se me escapaba.

Mis ojos estaban clavados en la tela roja, justo a mis pies...

Tenía que haber forzosamente una explicación racional...

Tenía...

—¡Hay que hacer algo!

Me volví. Era Denise quien había hablado. Me pregunté por un instante si se dirigía a mí o a su perro, que seguía pegado a su pecho.

—Tiene razón —dijo el hombre de la cazadora de piel—. Hay que llamar a la policía...

Tenía voz de fumador. Además de llevar una cazadora gastada, había aprisionado sus escasos y largos cabellos grises bajo un gorro de lana verde botella que cubría parcialmente unas orejas enrojecidas por el frío. Instintivamente, lo imaginé solo, divorciado y en paro. Al menos, alguien con una vida de mierda, que tenía ganas de comentar lo sucedido allí y a aquella hora, sin nadie que le pidiera explicaciones. Enseguida me recordó a Lanoël, el profe de mates depresivo que teníamos en 1.º de la ESO en el colegio Jean-Vilar y al que todos los alumnos, desde hacía tres generaciones, llamaban Atarax. Así es como había bautizado ya mentalmente a aquel tío de la playa. Atarax. En realidad, lo supe justo después: se llamaba Christian Le Medef... Entonces no sabía que volvería a verlo en esa misma playa al día siguiente, casi a la misma hora, más deprimido aún, y que en esa ocasión compartiría conmigo unas informaciones que nos convertirían en cómplices unidos por la misma paranoia.

Arnold ladró entre los pechos de su ama.

¿Llamar a la policía?

Un estremecimiento me recorrió la palma de la mano derecha, como si, cual serpiente sinuosa, la bufanda de cachemira se me escapara de nuevo de ella. Los ojos no me obedecían; se fijaron una vez más en el trozo de tela roja que tenía delante. Debía de parecer incómodo; Denise y Atarax me miraban de un modo raro.

O bien esperaban que tomara la iniciativa...

¿Llamar a la policía?

Por fin caí en la cuenta de que ninguno de los dos debía de tener teléfono móvil. Saqué mi iPhone y marqué el 17.

—Gendarmería de Fécamp —me respondió una voz masculina al cabo de unos segundos.

Le expliqué la situación. El suicidio. El lugar. Sí, la chica estaba muerta, no cabía

duda, una caída de ciento veinte metros sobre los guijarros. Un testigo la había visto saltar, otros dos la habían visto estrellarse contra el suelo.

Al otro lado de la línea tomaban nota de todo. Cundía la alarma. Me pidieron que repitiera otra vez el lugar exacto, después colgaron.

Les dirigí una sonrisa a Denise y a Atarax.

—Ya viene la policía... Estarán aquí dentro de diez minutos.

Ellos se limitaron a asentir con la cabeza. Durante un rato, solo el ruido de los guijarros arrastrados por el mar turbó el silencio. Atarax miraba el reloj casi cada vez que rompía una ola. Si uno lo observaba con atención, no habría dicho que estaba realmente apenado por la chica muerta a sus pies, sino simplemente fastidiado, como cuando un choque en cadena ocasiona delante de ti un embotellamiento monstruoso y te sorprendes estando menos afligido por las personas atrapadas bajo la chapa que por el retraso provocado. Atarax, sin embargo, no parecía que fuera precisamente una persona agobiada, si estaba matando el tiempo en la playa a las ocho de la mañana...

De pronto, Denise dejó caer a Arnold al suelo. El shih tzu se refugió entre las botas de su ama mientras esta me agarraba un brazo.

—¡Esos policías no acaban de llegar! Vamos, dame tu chaqueta, hijo.

No entendí enseguida lo que quería de mí. ¿Que me desnudara? Estábamos a cinco grados como mucho... Denise repitió con autoridad:

—¡Dame tu chaqueta de *footing*!

¿De *footing*? ¿Así era como llamaba mi cortavientos WindWall de North Face?

No lo pensé y obedecí. Denise se inclinó sobre el cadáver para cubrir con mi cortavientos violeta el rostro y la parte superior del cuerpo de la chica.

¿Una cuestión religiosa? ¿De superstición? ¿El deseo de preservar a su pobre Arnold de un trauma psicológico?

Daba igual, en el fondo, yo le agradecía la iniciativa.

Miré por última vez la bufanda antes de que Denise extendiera el sudario improvisado. Una voz frenética gritaba en mi cabeza: ¿Cómo es posible?

Desde hacía largos minutos, solo pensaba en eso. Seguía el hilo de los acontecimientos desde por la mañana, segundo a segundo, gesto a gesto, y seguía sin tener ninguna explicación coherente.

La chica tumbada sobre los guijarros, muerta, llevaba la bufanda Burberry de cachemira roja enrollada alrededor del cuello.

¿CÓMO ES POSIBLE?

El frío mordía con ferocidad mis brazos desnudos. El sol, tras una corta aparición detrás del acantilado situado más arriba de Fécamp, se había ocultado bajo un edredón de nubes. Para entrar en calor, zapateaba sin moverme del sitio. La temperatura debía de acercarse de nuevo a cero grados, pero no iba a pedirle a la chica tumbada sobre los guijarros que me devolviera el WindWall. Además, la policía no tardaría; hacía diez minutos largos que la había llamado. Guardábamos silencio los tres. Unas gaviotas graznaban por encima de nuestras cabezas.

Arnold, unido a su ama por una fina correa de cuero, se había sentado y las miraba volar con una mezcla de temor y estupefacción.

Temor y estupefacción.

Yo debía de tener la misma cara de estúpido que aquel perro.

¡La chica tumbada sobre los guijarros, muerta, llevaba la bufanda Burberry de cachemira roja enrollada alrededor del cuello!

Daba vueltas y más vueltas mentalmente a los argumentos, en busca de una explicación racional. Tenía una única certeza: la chica me había arrancado la tela de las manos al tiempo que se había arrojado al vacío.

Escruté el malecón vacío, el aparcamiento del casino desierto, la treintena de casetas de playa abandonadas al invierno. Todavía ningún gendarme a la vista.

¿Quién había podido enrollar esa bufanda en el cuello de ese cadáver? Yo había sido el primero en llegar junto al cuerpo al pie del acantilado. No había nadie en los alrededores, aparte de Atarax y Denise, pero los dos se encontraban mucho más lejos que yo del punto de impacto. Era imposible que uno u otro hubiera tenido tiempo de alejarse del cuerpo corriendo para regresar después lentamente, sin el menor indicio de estar sin aliento. ¿Por qué, además, habrían actuado así?

¡Aquello no tenía ningún sentido!

¿Qué otra persona entonces?

¡Nadie! Nadie habría podido acercarse al cadáver en esa inmensa playa desierta sin que Denise o Atarax repararan en él. Habían visto caer del acantilado a la chica y habían echado a andar hacia ella, con los ojos clavados en el cuerpo...

Se me erizaba la piel de los brazos. El frío. La angustia. El miedo. Tenía que razonar descartando todo aquello que resultase imposible. Así que solo quedaba una

solución posible: ¡la chica se había enrollado ella misma la bufanda al cuello mientras caía por el acantilado!

Delirante...

No había, sin embargo, otra forma de resolver la ecuación. Consideraba la altura del acantilado, calculaba el tiempo que tardaba un cuerpo en caer desde arriba. Unos segundos. Tres o cuatro quizá. Sin duda suficiente para enrollar un trozo de tela.

Técnicamente era posible.

Técnicamente...

Durante una caída vertiginosa, con los brazos moviéndose en el vacío, el viento azotando el rostro...

Observé a una gaviota desafiar la gravedad y planear entre el cielo y las rocas de Creta.

Para lograrlo, haría falta idear un plan con mucha antelación, tener una determinación sin fisuras, repetir ciertos gestos miles de veces para deshacerse de toda forma de emoción. Simplemente concentrarse en un solo objetivo: enrollarse antes de morir esa maldita bufanda alrededor del cuello, contando con menos de cuatro segundos para conseguirlo antes de estrellarse contra los guijarros...

¡Eso tampoco tenía sentido!

¿Repetir ciertos gestos miles de veces? ¿Esa bufanda ni siquiera pertenecía a aquella chica! Yo la había encontrado al borde del sendero, se la había tendido instintivamente a esa suicida; se me había ocurrido la idea sobre la marcha. Aquel ángel al borde del precipicio no podía de ninguna manera adivinar que se encontraría con ese trozo de tela roja entre las manos.

Mi mirada se desplazó hacia Denise y Atarax. Él había encendido un cigarrillo y ella tiraba de la correa de Arnold para evitar que al shih tzu pudiera llegarle el humo.

Razonar descartando todo lo que era imposible, seguía pensando yo. ¿Qué solución quedaba entonces? Incluso imaginando que esa chica hubiera tenido tiempo, en un último movimiento reflejo, de enrollarse aquella tela alrededor del cuello en vez de caer como una piedra o de agitar los brazos como una gaviota desesperada, continuaba abierto un interrogante igualmente insoluble: ¿por qué realizar un gesto tan absurdo?

De repente, el sol reapareció y estampó sus rayos contra el acantilado, y la herrumbre de arcilla y la creta lanzaron destellos de oro y plata.

Los gendarmes llegaron un minuto después. Estacionaron la Peugeot Boxer en el aparcamiento del casino.

Eran dos y echaron a andar hacia nosotros. El más joven no era el más rápido. Rondaba los cuarenta, tenía la cabeza alargada en forma de canto rodado y echaba pestes cada vez que una de sus botas Weston resbalaba sobre las algas húmedas: el tipo de policía medio dormido que no ha tenido tiempo de tomarse un café antes de

afrontar un día que empiece temprano con la recogida de una suicida.

El otro gendarme aplastaba los guijarros con las suelas como si se tratara de vulgar grava. La experiencia... Tenía el aspecto del policía a punto de retirarse desde siempre, como salido directamente de una película de Olivier Marchal. La cazadora abierta sobre un torso ancho y una barriga abultada. ¡Y, sobre todo, menudo rostro el suyo! Pelo gris semilargo, liso, peinado hacia atrás hasta la base del cuello, que dejaba al descubierto una amplia frente surcada de arrugas. Tipo Marlon Brando en sus últimos años.

Cuando se acercó más, mi impresión se confirmó.

Sí, Marlon Brando; el depósito de cadáveres pegado a los labios.

El otro policía se encontraba aún a diez metros del cadáver cuando Brando se plantó delante de nosotros, justo a la altura del cuerpo tumbado sobre la arena.

—Inspector jefe Piroz —dijo en un tono indiferente—. ¡Hacía tiempo que no teníamos una suicida! Desde que construyeron el puente de Normandía, está más de moda tirarse al estuario. —Se pasó las dos manos por la frente, como para alisarse las arrugas, y continuó—: ¿La conocen?

Los tres negamos con la cabeza.

—¿Qué han visto exactamente?

Atarax fue el primero en responder. Había visto a la chica caer al vacío y estrellarse contra los guijarros, ciento veinte metros más abajo. Denise lo confirmó y yo me limité a hacer un gesto de asentimiento.

—Entonces, ¿estaban todos aquí? ¿Nadie ha visto lo que ha pasado allí arriba?

Piroz me miró como si hubiera olfateado mi turbación. Y seguramente yo contesté un poco más deprisa de lo debido.

—Sí, yo. Corría por el sendero de la costa, como todas las mañanas. Ella estaba de pie al borde del acantilado, junto al búnker. Le dije algo para tratar de impedirlo, pero...

Piroz había bajado la mirada hacia mi prótesis de fibra de carbono y parecía interrogarse sobre la compatibilidad de mi discapacidad con el *footing* diario.

—Me... me entreno todos los días —balbucí—. Soy deportista de alto nivel. Categoría paralímpica, co... como puede ver.

Si el inspector había visto, no lo demostró. Se limitó a fruncir la frente a lo Brando y se agachó junto al cuerpo tendido. Puso mi chaqueta North Face al lado del cadáver, sobre los guijarros.

No se había producido un milagro, aquella puta bufanda seguía enrollada alrededor del cuello de la chica.

Lo único que yo veía era ese trozo de tela, pero Piroz no parecía prestarle la menor atención. Se fijó en el vestido rojo, en los jirones de tela, y a continuación observó el acantilado, como si buscara un arbusto agarrado a la roca desnuda. Finalmente se volvió hacia nosotros.

—No ha podido desgarrarse el vestido al caer.

Confirmé las palabras del policía antes de que pudiera continuar:

—Cuando vi a la chica allí arriba, ya tenía esos desgarrones en el vestido. Y se le había corrido el rímel. Parecía aterrorizada.

Denise y Atarax me observaron de un modo extraño, como reprochándome que no les hubiera dado a ellos esos detalles. Piroz volvió a pasarse la mano por las arrugas, sin duda para ayudar a sus ideas a subir hasta el cerebro. El otro policía seguía teniendo un aire ausente. Miraba otras cosas —las olas, las casetas de playa recién pintadas, los molinos eólicos más arriba de Fécamp—, tan interesado en el asunto como el perro Arnold.

Piroz parecía acostumbrado. ¿Habían tenido quizá una enganchada en el coche mientras venían?

Apoyó las rodillas en los guijarros para examinar el cuerpo.

—¿Un suicidio? —masculló—. En fin..., hace falta una buena razón para arrojarse al vacío...

Piroz examinó el vestido desgarrado.

Cuando pensé en ello más tarde, me dije que ese fue el único momento en que habría podido hablar con la policía. Decirles que aquella bufanda era en cierto modo mía, explicarles qué había pasado exactamente allí arriba, junto al búnker, que ella me había arrancado de las manos aquel maldito trozo de tela, por imposible que fuera admitirlo...

Sin embargo, no dije nada. Me limité a esperar que cayera del cielo una explicación racional. O que todo se arreglara, que todo el mundo olvidase el asunto y pasara a otra cosa. No podía prever lo que Piroz iba a descubrir al levantar el vestido de la chica.

—Joder —susurró el gendarme.

Me acerqué. Atarax y Denise también.

La chica no llevaba nada debajo del vestido.

Ni braguitas de encaje fucsia ni tanga.

Unas marcas violáceas corrían a lo largo de sus muslos. Y unos rasguños, cuatro, estrechos y paralelos, a la altura de la ingle, a la derecha de un pubis totalmente depilado.

Denise cerró los ojos y apretó otra vez a Arnold entre sus pechos. El semblante de Atarax había adquirido el color de los comprimidos que debía de tomarse cada mañana. Lívido. Mi prótesis de carbono se hundió entre los guijarros y me costó mantener el equilibrio.

Piroz dejó caer el vestido sobre la entrepierna como se baja el telón en un escenario.

—Joder... A esta chica la han violado... Hace unas horas como mucho. —Se pellizcó los labios—. Eso me parece una buenísima razón para saltar desde el acantilado.

Se levantó, miró una vez más la pared de creta que aplastaba el paisaje y después,

por fin, fijó la mirada en la bufanda enrollada alrededor del cuello.

La aflojó despacio, con la yema de los dedos.

La vista se me nubló. Piroz había hablado de violación. Mis huellas estaban impresas en aquel trozo de tela. Decilitros de sudor pegados a las fibras. Una cisterna de ADN.

Demasiado tarde. ¿Qué podía decir? ¿Quién me creería?

Piroz pasó un dedo entre la tela y el cuello de la chica, lentamente, como un médico auscultando a un paciente resfriado. Las arrugas de la frente de Piroz se fruncieron hasta formar una simple masa de carne ondulada.

—No solo la han violado... La han estrangulado.

La descarga eléctrica me paralizó. Dije sin pensar:

—Yo... yo hablé con ella allí arriba. Es... estaba viva. Ha saltado voluntariamente...

—Un intento de estrangulamiento, entonces —me interrumpió Piroz—. Seguramente su llegada al sendero señalado hizo huir al violador antes de que la asfixiara. Le salvó la vida a esta chica... Bueno, habría podido...

¿Habría podido?

La expresión me pareció rara. La versión del policía también. Un violador habría tenido la posibilidad de esconderse en el búnker al oírme llegar, pero ¿lo demás? ¿Por qué no había dicho nada la chica? ¿Por qué yo no había visto ninguna marca de estrangulamiento cuando le había tendido la mano? ¿Porque no había mirado? ¿Porque me había concentrado en su cara? ¿En su vestido desgarrado?

—¿Qué hace?

Era Denise quien había hecho la pregunta. Piroz estaba ahora a cuatro patas sobre los guijarros y olía la piel del cadáver. Arnold lo observaba de un modo extraño. El policía levantó la cabeza y esbozó una sonrisa de satisfacción, la del sabueso que ha olfateado la pista correcta.

—Su piel huele a sal.

Yo tenía la impresión de vivir una escena surrealista interpretada por actores que improvisaban las réplicas. El otro policía, que seguía apartado, escuchaba impasible las afirmaciones de su colega. Quizá era una táctica acordada entre ellos. Cada uno en su papel. El primero garantizaba el espectáculo y el segundo se limitaba a observar nuestras reacciones a la chita callando.

—¿Huele a sal? —repitió Atarax, estupefacto.

—Sí... Pero al menos sobre este punto hay una explicación sencilla. —Piroz se quedó un largo momento en silencio—. Esta chica se dio un baño en la playa.

Todos volvimos la mirada al unísono hacia la Mancha.

¿Un baño? ¿El 19 de febrero? ¿En plena noche? ¿En un agua a menos de diez grados?

—Desnuda —precisó Piroz—. La ropa está seca.

Denise se acercó a mí. Empezaba a flaquear. Sin pensar, le ofrecí un brazo para

que se agarrara.

—Un baño en bolas —prosiguió el policía—. Después de todo, quizá esto simplifique el caso más que complicarlo. Era una chica muy atractiva, puede que fuese eso lo que atrajo al violador. —Se pasó los dedos a modo de peine por su pelo liso—. Estamos listos para cercar la escena del crimen, llamar a los forenses y montar todo el circo. Lo siento, tendrán que darme su nombre, dirección, teléfono y demás. Voy a pedirles que vayan a declarar a la comisaría de Fécamp, si es posible a primera hora de la tarde para darnos tiempo de averiguar algo más, empezando por la identidad de esta joven.

Denise se agarraba a mí dejando caer todo su peso. Yo tiritaba ahora abiertamente. Piroz se dio cuenta, me miró con insistencia, se agachó y me tendió mi cortavientos.

—Tenga, supongo que es suyo. Abríguese, no vaya a coger frío; voy a necesitarlo.

¿QUIÉN IBA A CREERME?

Veía la aguja de Etretat justo enfrente de mí. Parecía un trozo de puzle separado del acantilado, la pieza de un mecanismo que encajara en la puerta monumental para abrir no sé qué cavidad secreta.

Después de haber dejado a la policía, había corrido cerca de una hora, bastante menos que los otros días. Apenas doce kilómetros. Yport-Etretat pasando por el valle costero de Vaucottes y el tajo de Etigues.

Lo suficiente para despejarme la cabeza. Para pensar. Para comprender.

La temperatura no debía de pasar de tres grados, pero yo estaba sudando. La hierba que cubría el suelo calcáreo se deshela lentamente, formando finos regueros de agua fría que caía al vacío en minúsculas cascadas y abría, segundo tras segundo, surcos ocre que cortaban la creta. Aquel paisaje de eternidad no era sino una ilusión. El acantilado era atacado por todas partes: agua, hielo, lluvia, mar; resistía, se doblegaba, cedía, moría ante los ojos de millones de turistas que no percibían el menor cambio en el paisaje.

El crimen perfecto.

Ahora temblaba.

Desde hacía una hora, desde que me había marchado de la playa de Yport para dejar a la policía hacer su trabajo, no había parado de dar vueltas en mi cabeza a los argumentos. Las conclusiones del inspector Piroz parecían establecer claramente el encadenamiento de los acontecimientos. La chica desconocida deja su vestido rojo en la playa de Yport, es muy temprano, seguramente el sol apenas ha salido. Se baña desnuda. El violador la sorprende, la acecha mientras se viste. La sigue cuando sube por el sendero del litoral. Pierde la bufanda, acorralla a la chica junto al búnker, la viola, intenta estrangularla. En ese momento me oye llegar y se esconde en el búnker antes de que yo me acerque. Demasiado tarde.

La chica, desesperada, salta.

Frente a mí, al otro lado de la bahía, unos paseantes del tamaño de hormigas andaban con precaución por la pasarela resbaladiza que llevaba al Dormitorio de las Señoritas.^[1] Miré el reloj.

Las 11.03. Hora de volver.

Recorrí los valles costeros hasta Yport en apenas cuarenta y cinco minutos. No

me crucé con nadie, salvo con un ciclista en el valle de Vaucottes y, en el Chemin du Couchant, un burro que parecía reconocirme de verme pasar todas las mañanas. Subí la última cuesta hasta la plana de la Vallette. El viento había olvidado levantarse. A lo lejos, los molinos eólicos de Fécamp, inmóviles, parecían gigantes tomándose un descanso. Entre la bruma, distinguí la antena de Yport, el búnker, los corderos dispersos alrededor.

La angustia me oprimió la garganta.

Si la tesis de Piroz era correcta, el violador me había visto. Me había observado desde el búnker. Yo era el único testigo...

El sendero señalizado descendía ligeramente. Aceleré todo lo que mi pie ortopédico me permitía.

¿El único testigo?

Dejé atrás el *camping* Le Rivage. La bahía de Yport explotó a la luz de la mañana. El mar continuaba retirándose despacio, lejos, y dejaba a la vista un decorado lunar. Puñados de algas color esmeralda se agarraban a las piedras torturadas de la plataforma litoral como oasis desmenuzados en un desierto húmedo.

Mi cojera apuntaba hacia otra hipótesis.

¿Y si Piroz se equivocaba?

¿Y si el violador había abandonado a la chica en la playa de Yport después de haberla agredido, violado e intentado estrangularla? La chica pierde entonces la cabeza, sube al acantilado, se le cae la bufanda por el camino. Traumatizada. Pese a mi llegada, salta.

Los peldaños de la escalera que llevaban al casino retumbaron bajo la lámina de carbono.

En el fondo, que la violación se hubiera cometido en la playa o en lo alto del acantilado no cambiaba nada para esa pobre chica... Pero, para mí, entre esas dos posibilidades se colaba una pregunta. Una pregunta sobre la que me interesaba reflexionar antes de que Piroz me friera a preguntas.

¿Me había cruzado con el violador?

Tres peldaños más. Pasé por encima de las bolsas de basura del casino para aterrizar en el malecón de hormigón. Estaba delante de La Sirène.

¿Me había cruzado con el violador?

La pregunta me obsesionaba, y me daba cuenta de que ocultaba otra, más turbadora aún, que Piroz no iba a pasar por alto.

¿Cómo había podido ir a parar esa maldita bufanda roja al cuello de la chica? Esa bufanda Burberry en la que estaban grabadas mis huellas dactilares.

Como todas las mañanas, utilicé la barandilla de madera de la terraza de La Sirène para hacer estiramientos. No molestaba a nadie, no había ninguna mesa fuera, ninguna silla, y menos aún clientes. Justo al lado de la carta, 12,90 el menú todo

incluido, plato de caracoles de mar, mejillones a la marinera y huevos a la nieve, André había colgado con una chincheta el parte meteorológico.

CIELO CUBIERTO.
PROBABILIDAD DE NIEVE POR ENCIMA DE 400 METROS.
ROZAREMOS LOS 15 GRADOS BAJO CERO

¡Uau!

André Jozwiak se acercó a mí. Ya no tenía nada del hombre prehistórico que se levantaba al amanecer para servirme el desayuno, se había afeitado, peinado y perfumado. Camisa blanca. Chaqueta impecable. Preparado para recibir al turista parisino perdido por el lugar. André era lo que en la zona llamaban un *horsain*, alguien de otra región instalado en Normandía. Antes de llegar a Yport, tenía un hotel-restaurante en Bray-Dunes, la última playa francesa antes de la frontera belga. Le gustaba contar que había bajado al sur en busca de sol. Y para convencer a los escépticos, todos los días colgaba un parte meteorológico: ¡el peor de Francia! Todas las noches buscaba en internet el lugar del país donde iban a caer trombas de agua, a soplar los vientos más fuertes o a descender más la temperatura. Aquella mañana — estaba indicado en pequeños caracteres bajo el parte— había elegido Chaux-Neuve, en el cantón de Mouthe, en lo más profundo del Jura.

Mi primera reacción al verlo fue hablarle del cadáver de la suicida en la playa. Hacía quince años que André regentaba La Sirène, de modo que conocía a todos los del pueblo. A una chica tan guapa, si vivía en Yport, seguro que podría identificarla...

Antes de que hubiera podido abrir la boca, se me adelantó y me tendió un grueso sobre de papel kraft.

—¡Correo para ti!

Me senté en la cama de mi habitación. Número 7. Último piso. Vistas al mar, justo bajo el tejado de pizarra. Cuando había reservado en La Sirène, pensé que había dado con el hotel más kitsch imaginable...

¡Idea preconcebida!

Las habitaciones estaban limpias y eran acogedoras. La decoración había sido renovada recientemente, en azul cielo con friso de conchas y cuerda de amarre en las cortinas. De pie, ante la ventana, veía toda la costa hasta el faro de Fécamp. Sentado en la cama, todavía podía adivinar la parte más alta de los acantilados.

Los dedos me temblaron al abrir el sobre.

¿Quién podía escribirme allí? Nadie estaba al corriente de mi estancia en Yport aparte de Ibou, Ophélie y algunas chicas más del ITEP Saint-Antoine. Y aun así... Sabían el nombre del pueblo donde estaba, pero no el del hotel.

No había nombre de remitente en el sobre. Solo el mío con mi dirección, escrito a mano, con una letra redonda, femenina.

Jamal Salaoui
Hotel-restaurant La Sirène
7 boulevard Alexandre Dumont
76111 Yport

La carta había sido echada al correo en Fécamp.

Muy cerca...

Trozos de papel color ocre cayeron sobre la cama.

El sobre contenía una veintena de hojas. La primera atrajo mi atención. Era una fotocopia del artículo de un periódico, *Le Courrier cauchois*. La edición de Fécamp. Un titular en gruesos caracteres ocupaba toda la primera plana.

JOVEN DE 19 AÑOS ENCONTRADA MUERTA
AL PIE DE LOS ACANTILADOS DE YPORT

Los acantilados se tambalearon al otro lado de la ventana.

Mis dedos se crisparon sobre el papel. ¿Cómo había podido un periódico local publicar ya esa noticia? La chica había saltado hacía menos de tres horas; la policía debía de estar todavía en la playa examinando el cadáver.

Me esforcé en moderar los latidos acelerados de mi corazón. Mis ojos se calmaron, se centraron en la hoja y seleccionaron la información. De pronto empecé a respirar un poco mejor. Tenía entre las manos una edición antigua del *Courrier cauchois*.

Muy antigua. De hacía casi diez años. Del jueves 10 de junio de 2004.

¡Joder!

¿Por qué me habían enviado la fotocopia de un periódico con la noticia de un suceso tan antiguo?

Con la mano temblándome, pasé las otras hojas. Todas hacían referencia al mismo asunto: una joven de diecinueve años encontrada muerta al pie de los acantilados de Yport. El sobre contenía fragmentos de artículos de periódico, locales o nacionales, así como documentos que me parecían más confidenciales: fragmentos de interrogatorios, notas de la gendarmería local sobre la investigación, correos intercambiados entre el juez de instrucción y el inspector encargado del caso.

Mientras leía, la identidad del remitente se convirtió enseguida en la cuestión más superflua.

Todo parecía verídico en los documentos que un desconocido me había enviado. Sin embargo, cada uno de los detalles del crimen que describían me resultaba imposible de admitir.

Diez años después.

¿ME CRUCÉ CON EL VIOLADOR?

Caso Morgane Avril - Domingo, 6 de junio de 2004

Era la primera vez que el aspirante de gendarmería Maxime Baron veía un cadáver. Cuando los adolescentes habían ido a tirarle de la manga, no había podido escabullirse.

—Señor agente, señor agente, hay una muerta en la playa.

Maxime no había tenido tiempo de explicarles que él era un simple aspirante en la gendarmería de Fécamp, que se encontraba allí por casualidad, en la plaza Jean-Paul-Laurens de Yport, no de servicio en realidad, que el inspector Grima estaba esperando a que abrieran el quiosco para comprar tabaco. Que llegaría...

Había tenido que acompañar a los chavales.

La chica de la playa de Yport tenía el cráneo machacado.

Se había caído del acantilado, no cabía duda. De cabeza. Una papilla de sesos remataba su bonita cara.

Primero, Maxime vomitó el desayuno sobre los guijarros ante la mirada consternada de los chiquillos que lo rodeaban. Después se limpió con la manga y llamó a su jefe.

—Phil, tenemos una muerta. En la playa. Justo a la altura del hotel-restaurant La Sirène y el casino.

Maxime levantó la mirada.

Un inmenso cartel, dos metros por tres, se extendía sobre las paredes del casino.

*FESTIVAL RIFF ON CLIFF
19.00 H - 4.00 H DE LA MADRUGADA*

Bajo una guitarra plateada flotando ingrávida ante los acantilados, aparecían los nombres de quince grupos de rock regionales. Latas y botellas vacías sembraban el malecón de hormigón.

Yport se despertaba con resaca.

El inspector Philippe Grima llegó menos de un minuto después, el tiempo suficiente para que Maxime vomitara otra vez y la gente se agolpase en la playa.

Maxime no estaba seguro de que su jefe tuviera más experiencia que él en cadáveres. Su superior tenía apenas cinco años más y acababa de salir de la escuela de gendarmería de Montluçon. Colega y jefe al mismo tiempo. El día anterior, sin ir más lejos, después de haber sudado juntos en el club de squash de Fécamp, habían hablado de fútbol, ciclismo y mujeres durante dos horas en un bar del paseo marítimo, tras lo cual Grima se había ido a su casa. El inspector estaba casado y ya era padre.

Cinco años más... Casi una vida los separaba.

La prueba. El inspector Grima no vomitó. Se comportó como el superior que era. Fin de la complicidad con el aspirante Baron, ni un guiño o una palmada en la espalda. Dio órdenes secas y precisas que Maxime ejecutó con diligencia, en absoluto molesto por la frialdad de su jefe, más bien orgulloso. ¡Un modelo! ¿Él dentro de cinco años?

Lo primero que hizo el inspector Grima fue pedirle al aspirante Baron que se limpiara la comisura de los labios e hiciese retroceder a los mirones. Luego sacó el teléfono móvil del bolsillo y tomó una treintena larga de fotos de la escena. Por último, se volvió hacia el grupito de unas veinte personas congregadas, principalmente adolescentes.

—¿Alguien conoce a esta chica?

Entre ellos había un tipo que llevaba un chaleco rojo con adornos dorados. Pinta de botones de playa encargado de un ascensor excavado en los acantilados. Sobre el corazón, por encima de las llamas amarillas del logo del casino de Yport, llevaba cosidas seis letras doradas: JÉRÉMY.

—Sí, yo. Imposible no acordarse de ella. Se ha pasado toda la noche en el Sea View.

Se tardó menos de una hora en identificar a la chica.

Morgane Avril.

Diecinueve años.

Estudiante de primer curso de medicina.

Domiciliada en casa de su madre, Carmen Avril, establecimiento de turismo rural Le Dos-d'Âne, carretera de Foucarmont, en Neufchâtel-en-Bray.

El inspector Grima no tuvo ninguna dificultad en reconstruir los acontecimientos que habían precedido al drama. Morgane Avril había ido la noche anterior a Yport para asistir a un festival de rock, Riff on Cliff, organizado por el casino de Yport. La acompañaban su hermana Océane y tres amigos: Nicolas Gravé, Clara Barthélémy y Mathieu Picard. El Clio de Nicolas Gravé y sus cuatro pasajeros habían salido de Neufchâtel-en-Bray, a unos cien kilómetros de Yport, hacia las seis de la tarde del día anterior. La madre de Morgane había dudado mucho en darles permiso a sus hijas para salir, pese a que eran mayores de edad.

¿Sobrepotección? ¿Temor? ¿Premonición?

¡Era su primera salida a una discoteca! Morgane había hincado los codos durante meses en la facultad de Ruan. Había sido admitida tras situarse en el puesto treinta y ocho, y había aprobado con buenas notas el primer curso de medicina. Era difícil para Carmen encerrar a su hija.

Las primeras comprobaciones del médico forense personado en la playa establecieron sin sombra de duda las circunstancias de la muerte de la chica. Morgane Avril había sido violada entre las cinco y las seis de la mañana, después estrangulada y por último arrojada desde lo alto del acantilado de Yport.

Rostro tumefacto; miembros descoyuntados por efecto del impacto; vestido desgarrado; ropa interior arrancada. No se encontraron las bragas de Morgane, un tanga de color fucsia, hasta el día siguiente, al pie del acantilado, a unas decenas de metros de la línea del búnker, seguramente transportadas por los vientos del oeste. En el tanga había rastros de esperma y vello púbico perteneciente al violador, idénticos a los que se encontraron en el cuerpo de Morgane. Ni rastro, en cambio, del bolso de la chica, ni en el guardarropa del Sea View, ni en el acantilado, ni en la plataforma litoral. La búsqueda tuvo ocupados a tres agentes durante dos días sin el menor resultado.

Hacia las cuatro de la tarde, es decir, unas diez horas después del descubrimiento del cadáver de Morgane Avril, el inspector Grima había conseguido escuchar la declaración de veintitrés testigos, principalmente vecinos de Yport que habían pasado la velada en el Sea View. Quince hombres y ocho mujeres.

El festival Riff on Cliff había congregado a cerca de un millar de visitantes, la mayoría de los cuales se habían quedado a la velada organizada en el Sea View tras la actuación del último grupo. No obstante, todos los testigos sin excepción habían sido capaces de describir a Morgane Avril con todo detalle.

Guapa.

Deseable.

Fogosa.

El inspector Grima pasó después horas releendo estas primeras declaraciones tomadas en caliente. Los testigos hablaban, la mayoría con incomodidad, de una muerta, de una chica a la que un tipo había violado, sin duda uno de los que habían estado observándola en la discoteca. Pero todos sus comentarios convergían. Tanto hombres como mujeres.

Provocativa.

Ardiente.

Sexy de arriba abajo.

Contaron su *lap dance* improvisado alrededor de una de las columnas de roble del Sea View, con el vestido mojado, pegado a la piel de su pecho húmedo. Hablaron de

su cuerpo de anguila cuando subía de los lavabos, de sus manos jugueteando con la tela a la altura de los muslos, de los hombros; una tela que se deslizaba, revoloteaba, se abría. De su mirada que se posaba sobre los hombres como la mira de un francotirador.

La chica formal, buena estudiante de medicina, se había soltado la melena.

Nadie había visto a Morgane después de las cinco de la mañana. Nadie la había visto salir del Sea View. Nadie pudo precisar si había salido sola o acompañada.

Hacia las seis de la tarde, el inspector Grima recibió a Carmen Avril, la madre de Morgane. La había hecho esperar de forma deliberada. Oficialmente, porque quería dar prioridad a lo urgente, a los indicios todavía recientes, a los testimonios directos. Oficiosamente, porque dos imágenes se mezclaban en su mente: la del cadáver descoyuntado de Morgane y la de su cuerpo deseado por cientos de hombres unas horas antes... Y le daba un miedo atroz abordar esa cuestión con una madre que debía de tener más o menos la edad de la suya.

Carmen Avril entró. Un caja fuerte, esa fue la primera impresión del inspector Grima.

Una caja fuerte que había que perforar.

Los ojos del gendarme se deslizaron sobre su silueta de tonel ceñida por los botones de hierro de una chaqueta de ante y sus botas atadas sobre unas piernas robustas. Todo el cuerpo de Carmen Avril parecía cerrado a cal y canto con candado, hasta las gruesas gafas unidas a una cadena alrededor del cuello y el bolso de piel con un pesado armazón metálico. Solo le faltaba, pensó el inspector, llevar escondida bajo la chaqueta una llave colgada al cuello.

La que hacía funcionar su corazón.

Perdida para siempre, pensó Grima. ¡Arrojada esa misma mañana al fondo de un pozo!

El hombre que la acompañaba parecía haber llevado desde hacía años la fatalidad como una carga demasiado pesada. Tenía una cara delgada que descendía hasta una barbilla puntiaguda y dos brazos que caían a lo largo de su cuerpo como si fueran de goma. Le recordó a Don Cosquillas, el de los brazos interminables, pero a Grima la comparación le pareció fuera de lugar en aquel momento.

No pegan nada juntos, se dijo el inspector.

Señaló las dos sillas que estaban delante de su mesa.

—¿Los señores Avril?

—La señora —respondió la caja fuerte—. Gilbert es el tío de Morgane. Me acompaña.

—¿Y el padre de Morgane?

—Morgane no tiene padre.

—O sea, que...

El inspector dudó entre varios términos: murió, desapareció, se fue...

Carmen Avril se le adelantó.

—Morgane nunca ha tenido padre...

—¿Quiere decir que...?

El inspector no tenía ni la más remota idea de lo que la señora Avril quería decir, pero dejó la frase suficientemente en suspenso para que ella lo cortara de nuevo.

—La he criado sola. Tengo una casa rural en Neufchâtel-en-Bray, Le Dos-d'Âne, desde hace veinticinco años. La dirijo sola también.

Se volvió hacia su hermano. El bolso hizo un tintineo de presidiario que tira de su cadena.

—He querido que Gilbert me acompañara hoy, pero normalmente...

Esta vez fue Grima quien le tendió la mano a Carmen.

—Soporta las pruebas sola. Comprendo.

El inspector no mentía. Carmen Avril era una roca casi insumergible. Se había dado cuenta perfectamente de eso tras haber cruzado unas palabras y, por lo demás, la investigación lo confirmaría los días siguientes. Carmen era una institución en Neufchâtel-en-Bray. Propietaria de una casa de comidas reputada y de un establecimiento de turismo rural, vicepresidenta de la Asociación por el Desarrollo del Pays de Bray, delegada de turismo y cultura y, quince años antes, concejal durante un mandato. Una mujer fuerte, activa, decidida. Ningún hombre en su vida. Su hermano, Gilbert Avril, era camionero en una compañía de Gournay-en-Bray y se pasaba la mitad del tiempo en el *ferry* Dieppe-Newhaven transportando a Inglaterra productos lácteos en su camión frigorífico.

El inspector insistió. Miró a Carmen. Los ojales de su chaqueta, atravesados por barras de metal, parecían troneras.

—Respecto al padre de Morgane, necesito información.

Ella puso una expresión de contrariedad que a Grima no le gustó.

—¿Tengo que repetírselo, inspector? No tiene padre.

—Eso es una manera de hablar, señora Avril. Ningún padre la ha criado, eso no lo pongo en duda. Pero desde un punto de vista genético, debo saber quién...

—Me sometí a una fecundación *in vitro* hace diecinueve años.

Grima se quedó pensando. Conocía la ley. La fecundación *in vitro* estaba reservada para las personas casadas o que pudieran demostrar al menos dos años de convivencia.

—Para eso hay que vivir en pareja, ¿no?

—En Bélgica no.

Dios santo, pensó Grima, Carmen Avril había concebido a sus dos hijas sola... En otras circunstancias, seguramente le habría dicho hasta qué punto aquello le parecía egoísta. Desde hacía cuatro meses, se despertaba todas las noches cada tres horas para darle el biberón a su hija, Lola, cinco kilos de estremecimiento acurrucados sobre su torso desnudo, y todas esas veces bendecía al cielo por que su compañera, Sarah, no

hubiera querido darle el pecho.

Carmen Avril tiró de la cadena de sus gafas para limpiar los cristales con un pañuelo de papel. Un poco de condensación, se dijo el inspector. Casi lágrimas. Después de todo, la vida privada de Carmen Avril y su forma de criar a su hija no guardaban ninguna relación con la violación y el asesinato de Morgane. La psicología de la madre simplemente iba a complicar la tarea, lo presentía.

—Señora Avril, debo hacerle preguntas sobre Morgane. Preguntas íntimas.

De pronto, se sintió demasiado joven, poco más competente que Maxime, el aspirante. Carmen era veinte años mayor que él. Como padre, Grima solo tenía una experiencia eufórica de unos meses.

—Adelante.

—Morgane tenía diecinueve años. Era la primera vez que iba a una discoteca. Muchos testigos nos la han descrito en el transcurso de la velada como..., digamos...

—Simuló buscar las palabras, como si quisiera atenuar su peso cuando cayese la última—. Provocativa —soltó.

—¿Provocativa?

Entre las manos crispadas de Carmen, el bolso blindado se retorció como un metal calentado al rojo vivo. Su cuerpo se infló, pero las barras de hierro resistieron. La cadenita enganchada a la montura de las gafas parecía contener un dique de cristal delante de sus ojos. Pero todo el dolor se acumulaba detrás de sus iris húmedos inundándola desde el interior.

—¿Qué quiere decir con lo de provocativa, inspector?

Grima navegaba a ciegas. Se dirigía a un punto preciso, pero sin haber calculado el número de golpes de remo necesarios para alcanzarlo.

—Deseable, señora Avril. Guapa. Capaz de atraer la mirada de los hombres. Y no solo la mirada. Ella era consciente de eso, usted lo sabe tan bien como yo, señora Avril.

El candado saltó. El camionero alargó una mano blanda para calmar a su hermana, que se movió como un flan.

—¿Qué quiere dar a entender, inspector? ¿Que Morgane se buscó lo que le ha pasado? La han violado, inspector. Violado, estrangulado y arrojado desde lo alto del acantilado. ¡Y usted me pregunta si era provocativa!

Grima se controló. Pensó en Lola. Adorable ya a sus cuatro meses. Provocativa también, a su manera.

—Estamos en el mismo bando, señora Avril —farfulló—. Intentamos encontrar al asesino de su hija. Cada minuto cuenta. Morgane ha sido víctima del más atroz de los crímenes, nadie va a discutir eso. Pero necesito todos los testimonios posibles para atrapar a su asesino.

—¿Testigos que digan que mi hija se lo ha buscado?

El inspector Grima, sin saber exactamente por qué, se levantó.

—Señora Avril..., voy a intentar ser claro. Solo tenemos dos posibilidades: o bien

el asesino de su hija es un perverso, un enfermo mental que se cruzó con Morgane anoche, en el exterior, en el aparcamiento del casino quizá, o en la playa, bajo la luz de una farola, y en ese caso prácticamente no hay manera de identificar a ese desconocido al que nadie debió de ver, o bien, segunda posibilidad, el asesino de Morgane estaba en la discoteca del casino anoche, coincidió con su hija, bailó en la misma pista, quizá incluso habló con ella. Puede que salieran de la discoteca juntos, puede que Morgane se fuera por voluntad propia con él. Las cosas se pusieron feas después; en eso estamos de acuerdo. Ese tipo es un monstruo, y Morgane, la víctima más inocente que pueda haber. Pero entiéndame, señora Avril, esta segunda hipótesis reduce considerablemente la lista de los posibles culpables.

Carmen Avril permaneció impasible. Aflojó la presión de las manos sobre el bolso de piel y hierro y sacó otro pañuelo de papel, aunque no tuvo el valor de acercárselo a los ojos. Grima pensó de nuevo en los testimonios convergentes.

Morgane arqueando el cuerpo contra la columna de roble. Unas bragas, un pecho sobresaliendo de un vestido estratégicamente mal colocado. La chica más guapa del Sea View... Grima no podía darle esos detalles a su madre. No así. No ahora. Dio un cuarto de vuelta sobre sí mismo.

—Voy a ser más preciso aún, señora Avril. Todos los que conocían a Morgane nos lo han confirmado: era una chica formal, estudiosa, razonable. Esa salida al festival era la recompensa por un año de trabajo intenso... En su opinión, ¿Morgane concedía una importancia especial a esa salida? Una especie de... —Grima buscó la metáfora más adecuada—... de primera experiencia esperada desde hacía tiempo.

Carmen lo fulminó con la mirada.

—¿Si pretendía perder a toda costa la virginidad? ¿Es eso lo que le ronda por la cabeza? No se ande por las ramas, inspector. ¿Si pretendía entregarse al primero que llegara? ¿Es eso?

Grima asintió con la cabeza y precisó:

—Pudo dar con la persona equivocada... Si estaba predispuesta, lo suficiente para irse con un desconocido, podremos identificarlo fácilmente.

Un monstruo ebrio de cólera parecía querer explotar detrás de las barras de la chaqueta. El inspector creyó que un cumplido podría mejorar las cosas, tanto más cuanto que era sincero.

—Su hija era guapa, señora Avril. Muy guapa. Sin duda la chica más guapa de la fiesta. Intente seguir mi razonamiento; es importante. Morgane no tenía que esperar a que un chico se le acercara; podía elegir a quien quisiese. Si fue ella la que eligió a su asesino, y no a la inversa, lo encontraremos. No será difícil encontrarlo.

Carmen Avril saltó de la silla: todas las cadenas rotas. Dando rienda suelta a su furor.

—¿La que eligió a su asesino? ¿He oído bien, inspector? ¡La que eligió a su asesino! ¡Escúcheme bien, Grima! ¡Mi hija no se fue con nadie! ¡Mi hija no estaba predispuesta a nada! A mi hija la han violado. ¿Lo entiende? Violado, estrangulado y

tirado al vacío como un animal muerto.

Philippe Grima pensó de nuevo en el cuerpo caliente de su pequeña Lola. Criar a una hija hasta los diecinueve años para que...

Sí, lo entendía. Por supuesto. Precisamente por eso quería meter a ese tipo en chirona lo antes posible.

—Lo único que quiero es encontrar al cerdo que le ha hecho eso...

El hombre de goma, sin levantarse, alargó un brazo de la longitud de una rama de sauce para tirarle de la manga a Carmen. La mujer dio un paso hacia delante para escapar del contacto con la mano de su hermano y miró fijamente al inspector Grima.

—No es usted más que un joven incompetente...

La autopsia de Morgane Avril tuvo lugar al día siguiente.

Confirmó detalles ya conocidos. La joven había sido violada entre las cinco y las seis de la madrugada, después estrangulada y luego arrojada desde lo alto del acantilado de Yport. En ese orden. Los expertos confirmaron que estaba muerta antes de caer al vacío. Los médicos forenses encontraron en la vagina de Morgane restos de esperma que identificaron sin ninguna duda, teniendo en cuenta la cronología de los hechos, como pertenecientes al violador.

Era una excelente noticia para el inspector Grima. El paso siguiente sería analizar el ADN de todos los tipos presentes en el festival Riff on Cliff y en el Sea View, o sea, de todos los hombres adultos de Yport. Varios periódicos destacaron en titulares las similitudes con el caso Caroline Dickinson en 1996, una colegiala inglesa que había sido violada en Bretaña. Les habían hecho pruebas de ADN a todos los hombres de Pleine-Fougères..., luego a todos los posibles sospechosos de Bretaña y alrededores: más de tres mil quinientas personas en libertad que habían sido condenadas en el pasado por un delito de agresión sexual. ¿Tendría arrestos un juez para poner en marcha un mecanismo semejante en Normandía ocho años después?

La autopsia había revelado otros detalles, dos exactamente, más sorprendentes pero que reforzaban, tanto el uno como el otro, la hipótesis del inspector Grima.

Para empezar, antes de que la violaran y la matasen, Morgane Avril se había bañado en la playa. Desnuda. Los médicos forenses eran tajantes: los rastros de yodo y sal no permitían albergar ninguna duda. Se había bañado y luego se había vestido. La habían violado después. El inspector Grima había vuelto la cabeza hacia el puerto de Fécamp al leer el informe. Ese elemento constituía una pieza más en el engranaje que él imaginaba. Morgane se marcha con un desconocido al que ha provocado en el Sea View. Una vez fuera, carga todavía más las tintas. Baño a medianoche, ambos desnudos, fuera de la mirada de los curiosos. El asunto no deriva en drama hasta después. Morgane se viste, decide no ir más lejos, le da un beso al desconocido y entonces este pierde la cabeza.

El segundo detalle era aún más raro. El violador no había estrangulado a Morgane

Avril con las manos sino con una bufanda. La autopsia era incluso mucho más precisa; las fibras retiradas del cuello de la víctima eran poco frecuentes, de ahí su rápida identificación: fibras de cachemira roja, de varios matices, de una calidad excepcional, cuya procedencia los expertos no tuvieron ninguna dificultad en identificar: una bufanda de cuadros de la marca Burberry, la única que tenía ese lujoso modelo.

Cuatrocientos veinticinco euros el trozo de tela.

Una bufanda roja...

El inspector Grima había soltado un silbido bajito.

El cerco iba a cerrarse rápidamente en torno al violador. No debía de haber muchos jóvenes en Yport que llevaran un complemento así alrededor del cuello.

Levanté la mirada.

Leí otra vez las páginas escritas a máquina, los artículos de prensa, los informes policiales, todos los detalles de la investigación consignados por el inspector Grima.

¿Una chica de diecinueve años violada, estrangulada y arrojada desde lo alto del acantilado de Yport?

¿Hacía casi diez años, en junio de 2004?

¿Después de haberse bañado desnuda en la playa?

¿Estrangulada con una bufanda Burberry roja de cachemira?

La habitación parecía dar vueltas a mi alrededor. Mi ordenador portátil estaba encima de la mesa. Conectado.

Nervioso, tecleé unas palabras clave en un motor de búsqueda.

Morgane Avril. Violación. Yport.

Google tardó menos de un segundo en escupirme su respuesta a la cara: decenas de artículos dedicados al caso Morgane Avril. Eché un vistazo a los resúmenes. No cabía duda: todo lo que ponía en las páginas que acababa de leer era rigurosamente exacto.

Me puse de pie. Por la ventana, los acantilados se burlaban de mí. Los corderos pacían tranquilamente alrededor del búnker, como si no se hubiera producido ningún drama por la mañana. Como si yo hubiera soñado esa escena, una escena que, al parecer, se había desarrollado no hacía unas horas, sino hacía diez años.

Me estaba volviendo loco.

Cogí de nuevo el sobre y pasé un dedo por encima del matasellos.

Fécamp

17.43 h

18-02-14

Francia

¡Alguien me había enviado aquella carta desde Fécamp el día anterior! Alguien que sabía, por lo tanto, que iba a encontrarme con esa chica en el acantilado al día siguiente. Alguien que sabía también que esa chica iba a morir en las mismas condiciones que otra, diez años antes, con una salvedad... Esta no había sido arrojada muerta desde lo alto del acantilado, como Morgane Avril, sino que había saltado, viva y por voluntad propia.

Joder, aquello no tenía ningún sentido.

¿Quién habría podido adivinarlo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Miré la cama impecable, sin una arruga, las castas almohadas contra el papel pintado azul celeste de la habitación.

¡No, no lo había soñado! Ni mucho menos. La pantalla machacona del despertador, verde fosforescente, me lo recordaba como una orden.

Las 12.53.

Tenía el tiempo justo de coger el autobús de las 13.15 para llegar puntual a la cita con Piroz en la gendarmería de Fécamp.

¿ESTRANGULADA CON UNA BUFANDA BURBERRY ROJA DE CACHEMIRA?

Subí los tres escalones de la entrada de la gendarmería de Fécamp. En el mostrador de información, una chica con los ojos tan azules como el cuello de su blusa me ofreció una sonrisa de azafata.

—He quedado con el inspector Piroz.

—Última puerta a la derecha, no tiene pérdida, hay una placa con su nombre.

La chica tenía una voz de sirena capaz de hacer caer en las redes de la gendarmería a todos los jóvenes ociosos del lugar.

Eché a andar por una especie de vestíbulo, abriéndome paso entre una fotocopiadora y armarios metálicos atestados de pilas de expedientes. Las paredes estaban cubiertas de carteles «Tú también puedes ser gendarme». Continué por un largo pasillo. Tipos de uniforme estaban atareados detrás de los ordenadores. Había sillas alineadas junto a las puertas.

A unos veinte metros, vi a Atarax sentado en una de esas sillas. Llevaba la misma cazadora de piel que por la mañana. Me acerqué a él. Me sonrió; una sonrisa algo más amplia que la que me había dedicado anteriormente.

—Denise ya está dentro —me dijo—. Arnold también... Después me tocará a mí.

Le devolví la sonrisa y no pronunciamos una sola palabra más. Intenté acordarme de su verdadero nombre, el que le había dado a la policía por la mañana. Me vino a la mente al cabo de unos minutos. Un nombre para pegarse un tiro si era el de un tipo con toda la pinta de ser una víctima del sistema. Le Medef. Christian Le Medef.^[2]

Esperábamos. Solo faltaba una mesita de centro y encima *Le Figaro magazine* y *Paris Match*. Estuve tentado de conectar el iPhone y entrar en internet. Me moría de ganas de saber más sobre el caso Morgane Avril. Ignoraba quién me había enviado aquel sobre a La Sirène, pero seguro que la policía ya había establecido la relación con ese caso antiguo; se habrían dado cuenta de las coincidencias.

El violador de la bufanda roja estaba de vuelta diez años después.

Atarax seguía mirando el reloj, irritado. Agentes iban y venían por el pasillo. Un poco más lejos, junto a la máquina de café, descubrí una de las escasas presencias femeninas, una chica a la que solo le veía la espalda. Se empeñaba en introducir en la

máquina una moneda que le era devuelta una y otra vez. Llevaba unos vaqueros ajustados que le marcaban un bonito culo y se había recogido la melena pelirroja en una cola de caballo que le caía en cascada sobre la nuca. Me intrigaba. ¿Quién llevaba aún cola de caballo? Esperaba con impaciencia que volviera la cabeza para verle la cara.

¡Nada! Seguía mostrándome la espalda cuando la puerta del despacho de Piroz se abrió. Salió Denise con Arnold bajo el brazo. Era el único testigo del drama que había cambiado de vestimenta y lucía un elegante jersey de Jacquard rojo y azul, casi los mismos colores de la gendarmería nacional.

—Señor Le Medef, su turno...

Atarax y Piroz desaparecieron tras la puerta que el inspector cerró a su espalda. Denise, acariciando a Arnold como a un niño frágil que saliera de la consulta del médico, me miró con sus ojos claros.

—Le va a tocar esperar, tiene para un cuarto de hora largo como mínimo. Quieren saberlo todo, hasta lo que no hemos visto.

Las manos arrugadas de Denise se perdieron en el pelaje de su shih tzu mientras movía las piernas como si le urgiera ir a orinar.

O decirme algo.

Se inclinó hacia mí, lentamente, lanzando miradas de reojo a los agentes que iban de un despacho a otro.

—Hijo, debes perdonarme. No he tenido más remedio que decirles la verdad.

¿La verdad?

Debí de haber puesto cara de alelado.

—¿Qué verdad?

Denise se inclinó más.

—¿Te acuerdas de que esta mañana le dijiste al policía que habíamos visto saltar a la chica? Los tres. Han insistido mucho en ese punto. Así que me he visto obligada a ser más precisa. —Le estiró el jersey a Arnold mientras un gendarme pasaba por delante de nosotros y luego continuó en voz baja—: Yo no la he visto saltar. He visto caer a la chica, estrellarse contra las piedras, de eso estoy segura, y creo que el señor que está con el inspector se encuentra en el mismo caso. ¡Pero no la he visto saltar! En realidad, desde donde estábamos, no se podía ver lo que pasaba en lo alto del acantilado; la policía lo ha comprobado.

Me observó de un modo raro, como si yo fuera un judío al que había denunciado a la Gestapo, con un aire falsamente apenado de buena mujer que no hace sino cumplir con su deber.

—Compréndelo, hijo, no podía decir otra cosa.

Adopté la actitud que ella esperaba, la de muchacho dócil.

—Por supuesto, no pasa nada. No se preocupe, la investigación acabará enseguida, es... es un suicidio.

Denise se incorporó y me miró más intensamente todavía, casi con incredulidad,

como si yo fuera el tipo más ingenuo de la tierra. Por último, dejó a Arnold en el suelo y se alejó. El shih tzu la seguía, olfateando las puertas de todos los despachos como un sabueso aficionado que está encantado de visitar los locales de los profesionales.

Estiré la pierna rígida. Todo se agolpaba en mi cabeza.

Frente a mí, la chica pelirroja había acabado por ganarle a la máquina. Se volvió, sonriente. Su mirada se cruzó con la mía un cuarto de segundo sin siquiera descender por debajo de mi rodilla. Era raro, seguramente tanto como si la mirada de un chico a una chica no se desplazara hasta sus pechos.

Pasó por delante de mí con el vaso de plástico en la mano, luego su bonito culo se perdió tras el recodo del pasillo. Era bastante mona, pecosa, un poco tipo Marlène Jobert de joven. Una cara desvergonzada capaz de volver locos a los polis.

—Señor Salaoui...

Veinte minutos largos habían transcurrido desde que Atarax había entrado. Nos cruzamos en la puerta sin decir palabra y yo entré en el despacho del inspector Piroz.

—Siéntese, señor Salaoui.

Obedecí. Delante de mí, sobre la mesa de Piroz, descansaba la inmensa maqueta de un velero, un tres palos atornillado a una peana de caoba.

El inspector se infló como un pavo.

—¡La reproducción exacta del *Étoile-de-Noël*! Un Dundee construido en 1920, uno de los últimos *Terra Nova* que zarparon de Fécamp antes de la Segunda Guerra Mundial. ¡El de mi bisabuelo! En fin, no es que esto nos rejuvenezca...

¿Había construido el propio Piroz esa maqueta?

Debí de poner otra vez cara de idiota integral. Me acordaba de que, una vez, los del colegio, en cuyo comedor trabajaba mi madre de camarera, me habían regalado por Navidad una caja de Meccano. Una moto de quince centímetros que avanzaba si la cogías entre el índice y el pulgar para hacerla rodar sobre una base. ¡Genial! Yo tenía doce años y ya reparaba todos los fines de semana la Yamaha VMAX de mi primo Latif.

—¡Trescientas horas de faena! —insistió Piroz—. El Museo de la Pesca me ha encargado otro, *Le Dauphin*, el último arrastrero de Fécamp. Las lágrimas de toda la ciudad corrieron sobre ese barco, pero esperarán a que me jubile para que me ponga manos a la obra. Falta menos de un año. Podrán soportarlo, ¿no cree?

Asentí con la cabeza sin saber muy bien qué responder. Piroz se estiró el pelo hacia atrás con la palma de la mano.

—Le importan un carajo mis maquetas, ¿eh, Salaoui? Este viejo poli da justito para invitarlo a una cena de idiotas, algo así debe de estar diciéndose, ¿verdad?

No me tomé la molestia de contestar. Esperé. Intuía que Piroz no improvisaba ninguna réplica. Encima de su mesa, detrás del *terra nova*, había expedientes

apilados. No alcanzaba a leer el nombre escrito con rotulador en el que estaba arriba de todo, uno con tapas de color verde botella.

Las líneas de la frente de Piroz se estiraron de repente.

—No es un suicidio, señor Salaoui.

Recibí la información como un bofetón en la cara. Piroz tenía sentido del tempo, no me dejó replicar.

—Hemos identificado a la víctima.

Abrió el expediente de tapas verdes y me tendió la fotocopia de un carnet de identidad.

—Aquí tiene, Salaoui, después de todo, esto no es confidencial.

Mis ojos se posaron en el anverso y el reverso del carnet de identidad fotocopiados en la misma hoja.

Magali Verron
nacida el 21 de enero de 1995
en Charlesbourg, Quebec
1,73 metros
Marcas particulares: ninguna

Registré los datos.

—Lo siento, inspector. No he oído hablar nunca de esta chica.

Piroz pareció pasar de mi opinión y continuó leyendo el expediente.

—Era visitadora médica, encargada del sector del Havre para una gran marca farmacéutica. Ayer estuvo con una decena de médicos del cantón de Fécamp y de Criquetot-l'Esneval. Según su agenda de trabajo, le quedaban por ver a otros tantos. Suponemos que debió de dormir en Yport o en las proximidades, pero, por el momento, no se ha encontrado ningún rastro de su paso en los hoteles de la zona. — Piroz pasó una página del expediente y levantó la mirada hacia mí, como para comprobar que era un alumno estudioso—. Por el contrario, el encadenamiento de los hechos desde esta mañana está claro. Magali Verron se bañó en la playa alrededor de las cinco de la madrugada. La violaron después, antes de las seis; los médicos forenses son tajantes en este punto. Restos de esperma en la vagina, carne violácea, vestido desgarrado. En cambio, todavía no hemos encontrado las bragas, probablemente un tanga a juego con el sujetador fucsia. Seguimos buscando. Y lo mismo respecto al bolso. Ni rastro.

Cada una de las palabras de Piroz me golpeaba la cabeza.

Por descontado, había establecido el paralelismo con el asesinato de Morgane Avril hacía diez años. Todos los detalles eran exactamente iguales: la violación, el lugar y la hora de la agresión, la edad de la víctima, el baño en la playa, las bragas desaparecidas.

Salvo la muerte...

Me aclaré la voz para intervenir y poner el caso Avril sobre el tapete, pero el inspector Piroz levantó la mano para indicarme que no había terminado.

—Después de haberla violado, a Magali Verron la han estrangulado. —Hizo una larga pausa—. Con la bufanda que llevaba alrededor del cuello. ¿Se acuerda? Una bufanda roja de cachemira, de cuadros; son unos cuadros de tipo escocés, al menos hoy he aprendido eso. Una bufanda de la marca Burberry que vale una pequeña fortuna. ¡Si le dijera lo que cuesta, Salaoui, no se lo creería!

¿NO SE LO CREERÍA?

El inspector Piroz se humedeció un dedo con saliva y lo pasó por el casco barnizado del *Étoile-de-Noël* para quitar una huella invisible.

No le pedí que lo repitiera.

No le pregunté si estaba seguro del dictamen de los médicos forenses, si de verdad podían asegurar que Magali Verron había muerto estrangulada con esa bufanda roja antes de caer del acantilado.

No dije nada que pudiera despertar su desconfianza; me limité a guardar silencio. Volví a revivir las imágenes de los acontecimientos de esa mañana. La bufanda Burberry enganchada en el alambre de espinos del sendero señalizado, mi mano vacilante, luego el gesto de desengancharla, esa misma mano lanzándosela a Magali, la de Magali asiéndola, tirando de ella, soltándose. La misma bufanda, ciento veinte metros y cuatro segundos más abajo, enrollada alrededor de su cuello.

¡Cuéntaselo!, me ordenaba una voz desde el fondo de mi mente.

¡Habla de la bufanda! Cuéntaselo todo a ese policía. Seguro que las huellas del violador están en ese trozo de tela, pero también están las tuyas. La policía forzosamente las encontrará...

—Inspector Piroz...

Tragué saliva.

¿Qué iba a decirle?

¿Que Magali se había enrollado la bufanda alrededor del cuello mientras se arrojaba por el acantilado? ¿Iba a revelar que yo había sido el último en tocar ese trozo de tela? Eso equivalía a acusarme. De violación. De asesinato. A meterme en la mierda hasta el cuello.

—¿Sí, señor Salaoui?

Encefalograma plano en la frente de Piroz. Me esperaba con una frialdad clínica.

—Verá...

Había titubeado demasiado. Imposible lanzarme al agua. Los argumentos que me invitaban al silencio llovían a mares. Piroz había hablado de restos de esperma, de equimosis en la piel de Magali Verron, así que los investigadores identificarían el ADN del violador en menos de una semana, seguramente el mismo que el del que asesinó a Morgane Avril hacía diez años. Y entonces yo sería inocente. Ese sería el

momento en el que yo contara mi versión.

De pronto me decidí, opté por el cambio de rumbo. Atacar como maniobra de distracción.

—Verá, inspector Piroz, tengo que hacerle una pregunta. ¿No le parece que esta historia presenta un extraño parecido con el caso Morgane Avril? Yport, junio de 2004. Esto debe de recordarle algo, ¿no?

Piroz encajó el golpe. Seguramente no había previsto que se produjera tan pronto, pero contraatacó.

—¿Se acuerda usted de ese caso, señor Salaoui?

Improvisé. No pensaba hablarle de momento del sobre que había recibido.

—¡Aunque ya han pasado diez años, los habitantes de Yport no hablan de otra cosa! Resulta difícil pasar por alto semejantes coincidencias, inspector, ¿no cree? La violación, el baño en la playa, el vestido rojo desgarrado...

Dudé un instante de más en proseguir la enumeración.

—La bufanda roja de cachemira —añadió Piroz—. La misma arma para los dos crímenes... —Me miró directamente a los ojos—. Por supuesto, señor Salaoui, hemos establecido el paralelismo con el caso Morgane Avril. Estamos trabajando en ello, confíe en nosotros... Pero, como sabe, esa historia se remonta a hace más de diez años... Por ahora, si no tiene usted ningún inconveniente, nos centraremos en el asesinato de Magali Verron.

Piroz pasó otra página del expediente, como si quisiera darme tiempo de reflexionar. Yo tomé la palabra lo más deprisa que pude.

—Magali estaba viva cuando me encontré con ella en lo alto del acantilado de Yport. Debí de interrumpir al violador y no tuvo tiempo de estrangularla. No del todo...

El capitán me miró largamente. Su frente se frunció en forma de V, una especie de flecha que apuntaba hacia los informes médicos del expediente.

—No es esa la versión por la que se inclinan los médicos forenses, señor Salaoui. Ellos consideran más bien que Magali murió asfixiada y solo después fue arrojada sobre las piedras... —Piroz se decidió a concederme una sonrisa antes de precisar—: Pero reconozco que existe una duda. Se trata de una diferencia de pocos minutos. Volveremos a hablar de todo esto. Van a afinar. Nosotros también, señor Salaoui. Necesito que me describa lo más detalladamente posible a Magali Verron tal como usted la encontró esta mañana.

El inspector tomó nota de todos los detalles: el lugar exacto, los desgarrones del vestido, las pocas palabras pronunciadas por Magali.

«No se acerque. Si da un solo paso, salto... Usted no puede entenderlo. Siga su camino. ¡Váyase! ¡Rápido, váyase!».

La mirada de Magali también, todos sus gestos.

Piroz lo anotaba todo; aquello nos llevó algo más de diez minutos.

—Bien. Muy bien, señor Salaoui.

Se inclinó hacia delante y, con la yema del índice, recolocó ante el timón del *Étoile-de-Noël* a un piloto de cinco milímetros ligeramente ladeado.

—Ahora, si no le importa, vamos a hablar un poco de usted.

Sacó una hoja del expediente verde. Reconoció el logo que ilustraba la siguiente.

El del ITEP Saint-Antoine.

¡Mierda!

Piroz fue a por mí.

—¿Trabaja en un manicomio, señor Salaoui?

—¡No, inspector! En un instituto terapéutico y educativo. No es un centro para chavales tarados, sino para niños que sufren trastornos de comportamiento.

—¿Forma parte del personal educativo?

—No, inspector.

—¿Terapéutico?

—Tampoco. Me ocupo del mantenimiento. Los coches, las manillas de las puertas, las cisternas de váter; con eso ya se hace una idea. Un edificio de ochocientos metros cuadrados, un jardín el triple de grande y un parque móvil de seis Citroën Jumper.

El inspector levantó el bolígrafo; le importaban una mierda esos detalles.

—¿Lleva mucho tiempo en el Instituto Saint-Antoine?

«¿Lleva mucho tiempo?», había preguntado, y no: «¿Trabaja allí desde hace mucho tiempo?». Comprendía la insinuación. Y estaba harto de jugar al escondite. El nerviosismo hizo que rascase las baldosas del despacho con la pierna rígida.

—Vamos a dejar las cosas claras, inspector. No pasé la infancia en ese ITEP. No soy un crío chiflado con el que no sabían qué hacer cuando cumplió dieciocho años y decidieron quedárselo en el centro. Tengo el título profesional básico en reforma y mantenimiento de edificios de colectividades. Me contrataron hace seis años.

Piroz sopló en dirección al palo mayor, sobre la mesa, como para quitar una mota de polvo. Observó por un breve instante cómo se hinchaban las velas de papel y volvió a sumergirse en sus notas.

—Perfecto. Reclutado en 2008 para cubrir una de las plazas reservadas para discapacitados. Sus empleadores me han dado todos los detalles.

Ese capullo me buscaba las cosquillas. Intuía por su actitud los únicos elementos que había retenido de mi perfil, como si los hubiera marcado con rotulador fosforescente.

Jamal Salaoui.

Árabe. Tullido. Curra donde los locos...

Un perfil ideal de violador.

En la lista de los torturadores del día a día, a los dioses viciosos, a los profesores sádicos y a los jefecillos fachas había que añadir a los polis reaccionarios...

Piroz siguió hurgando en la herida.

—Señor Salaoui, no hemos tenido mucho tiempo desde esta mañana, pero aun así

hemos conseguido llamar a su superior jerárquico directo, el señor Jérôme Pinelli.

—¡Está de vacaciones!

Piroz me enseñó por primera vez sus dientes amarillentos. Casi una sonrisa.

—He conseguido localizarlo en Courchevel. Estaba en el remonte de La Tania en dirección a la pista negra de los Jockeys. Me lo ha confirmado.

¿Confirmado? ¿Qué había confirmado ese gilipollas?

Ahora era yo quien lo fulminaba con la mirada.

—Su identidad, señor Salaoui. Su función en el Instituto Saint-Antoine. Un punto positivo para usted, no tiene antecedentes penales, y no se puede trabajar con jóvenes en un centro especializado si uno está fichado. Dicho esto...

Me entraron unas ganas locas de ponerme a repartir hostias a los gnomos pintados que zanganeaban sobre la cubierta del *Étoile-de-Noël* y hacerlos saltar por los aires.

—Dicho esto, ¿qué?

—Jérôme Pinelli ha expresado dudas.

¿Qué se habría inventado ese idiota?

—¿Dudas?

—Me ha hablado de Ophélie Parodi, una chica de quince años que lleva dieciocho meses en el centro.

¡El muy cabrón! Darme ese golpe bajo con los esquís puestos y gafas de sol en esa cara de Judas.

Piroz prosiguió. Seguro que Pinelli y él se entendieron desde el primer momento.

—Me ha comentado que está usted muy unido a esa jovencita, demasiado unido, según los psicólogos del ITEP. Que lo han llamado varias veces al orden por ese motivo...

Mejor que una toba a cada enano pintado, propinar un manotazo a los tres mástiles del barco solo por el placer de ver explotar la jeta de Piroz.

Strike!

Permanecí, sin embargo, asombrosamente sereno, debido quizá a la imagen tranquilizadora de Ophélie.

—Tendrá que confirmar sus fuentes, inspector. Un jefe de servicio no siempre es el que se encuentra en la mejor posición para hablar de sus subordinados; tengo muchos otros compañeros que le darán una versión muy distinta de la de Jérôme Pinelli. Pero... lo que no entiendo es la relación entre mi trabajo en el ITEP y la muerte de Magali Verron. O si no, sea claro, inspector. ¿Estoy acusado? ¿De qué? ¿De haber empujado a esa chica al vacío? ¿De haberla violado, ya puestos?

Piroz se pasó lentamente la mano por el pelo. Ese cabrón llevaba un buen rato esperando una reacción como esa por mi parte. Cerró sin prisa el expediente de color verde.

—Calma... Calma, señor Salaoui. De momento, usted es tan solo el principal testigo de un caso... digamos que, como mínimo, complicado. El único que ha visto saltar por voluntad propia a Magali Verron, el único que ha hablado de suicidio, lo

cual contradice la tesis principal de los expertos...

—¿«De momento»?

—No pierda la perspectiva, señor Salaoui. Con todos los elementos que tengo, la actitud más razonable para un investigador sería ponerlo bajo custodia policial. —Me hundí en el fondo de la silla, aturdido—. Corre usted muy deprisa, señor Salaoui, pese a tener solo una pierna; lo pone en su expediente. Si es usted el violador y lo dejo escapar... —Piroz notaba que había tomado ventaja y la aprovechó—. Así que, antes de acusarme de acoso, señor Salaoui, evalúe bien la situación. ¡Su situación! Voy a arriesgarme a dejarlo en libertad y a esperar unas horas, el tiempo necesario para comparar algunas huellas genéticas. Quiero volver a verlo mañana a las dos de la tarde en este despacho. —Se levantó de golpe, cogió el expediente verde, rodeó la mesa y se colocó detrás de mí—. ¿Qué le pasó, señor Salaoui?

—¿Cómo?

—Quiero decir en la pierna.

No me gustaba su forma de mirarme.

Sobre la mesa de Piroz, encima de la pila de expedientes, había una hoja suelta. Me intrigó. Estaba en blanco, con excepción de un cuadro dividido en cuatro casillas en la que había escritas ocho cifras.

2/2	3/0
0/3	1/1

¿Una especie de rompecabezas matemático? ¿Se dedicaba Piroz a hacer sudokus para llenar el tiempo los últimos meses antes de jubilarse?

—No me ha contestado, señor Salaoui.

Tuve que retorcer el cuello para hablar con él.

—Una pifia, inspector. Un policía me disparó. Yo salía de atracar un banco, el BNP de la calle Soufflot, en el distrito cinco. En aquella época ya corría bastante, pero no lo suficiente, créame. No tengo antecedentes penales porque no me reconocieron. Llevaba una careta de Betty Boop...

—¿Se está riendo en mi cara?

—Estoy desdramatizando.

Piroz se encogió de hombros, dio unos pasos y luego abrió un cajón.

—Hablando de Betty Boop, tenga... —Me puso un número antiguo de *Playboy* entre las manos—. Va a pasar a la sala de al lado y a llenarme un tubo de muestras...

—¿De esperma?

—Sí. No va a ser de nata.

La petición de Piroz me parecía casi surrealista.

—¿Es el procedimiento habitual?

—¿Qué quiere, Salaoui? ¿Que se la aguante?

—¿Y si me niego?

El inspector soltó un suspiro.

—¿Qué interés puede tener en negarse, Salaoui, si no es su esperma el que han encontrado en la vagina de Magali Verron? También va a tender las manos hacia mí, tengo que cortarle yo mismo un trozo de uña y un mechón de pelo.

Enrollé el *Playboy*. El inspector llevaba toda la razón. Yo no tenía nada que esconder. Todo sería mucho más sencillo después, cuando hubieran comparado mi ADN con el del violador. Entonces les haría tragarse a Piroz, a Pinelli y a todos los demás sus insinuaciones...

Al menos eso creía.

¿Cómo habría podido entonces pensar lo contrario?

Mi esperma, mis cabellos, mis uñas...

Nada de eso había estado en contacto con esa chica; ni siquiera se habían acercado.

Después recordé a menudo la mirada de Denise cuando le había hablado del suicidio de Morgane Avril. Esa mirada en la que veía su consternación al descubrirme tan ingenuo...

Denise tenía razón.

Ingenuo...

Ser inocente, no haber hecho nada malo, no tener nada que ocultar no es suficiente.

No hay humo sin fuego. Da igual lo que indiquen las pruebas, da igual la verdad, la duda se insinúa.

Pese a todo.

¿Pese a uno mismo?

Porque, bien pensado, ¿no es más fácil creer la versión de la policía y de los expertos que la de un árabe tullido que trabaja en un centro para locos?

¿NO HAY HUMO SIN FUEGO?

—Escupe las monedas de cinco céntimos; las de veinte se las traga, he probado. Acepta las de un euro y no devuelve el cambio.

Me aparté de la máquina y me volví para identificar la voz femenina que hablaba a mi espalda.

—¡Los polis son todos unos estafadores! —añadió.

Era la chica pelirroja. Marlène Jobert de joven. Me sonreía con su carita de musaraña. Ojos negros y vivos, nariz pequeña y chata, labios rosados que apenas mostraban unos dientes de leche; solo le faltaban unos finos bigotes de nailon que surgieran de las pecas que cubrían sus mejillas.

Le devolví la sonrisa.

—Totalmente de acuerdo.

Seguí sus consejos, introduje una moneda de un euro y seleccioné café largo sin azúcar. Ella alargó hacia mí la mano con su vaso. Brindé.

—¡Me tienen aquí de plantón desde hace cuarenta y cinco minutos! ¿Y usted?

—Yo ya he terminado... Al menos por hoy. Pero presiento que voy a tener que sacarme un abono...

Ella lamió su vaso con una lengüecita rosa, a la manera de un roedor. La imagen me pareció tierna; me recordaba un poco las de los calendarios de correos que mi madre colgaba encima del fregadero. Gatos bebiendo leche de un cuenco, chicas con tutú al lado de un piano. Mis primeras fotos seductoras.

La chica también me observaba con curiosidad.

—¿Por qué está aquí?

Dudé apenas un segundo.

—Como testigo. Una chica se ha tirado desde lo alto del acantilado de Yport. Yo estaba allí justo antes de que cayera, pero no pude hacer nada.

Se pellizcó los labios. Su mirada de ratón de campo se veló.

—Vaya, no es un asunto muy alegre. Y... ¿se sabe por qué lo ha hecho?

—Se sospecha. Según la investigación, la violaron justo antes de que se suicidara. E intentaron estrangularla.

—Madre mía...

El ratoncito se cubrió con una mano los incisivos, casi asustada, pero se recuperó

enseguida. Estaba claro que le gustaba jugar.

—No será usted el violador, ¿verdad?

¡En plena diana! Me encantaba su sentido de la réplica. Clavado al que yo compartía con Ibou. Un cóctel perfectamente dosificado de malicia y humor negro.

—No, no lo creo. Pronto lo sabremos, acabo de darle mi espermia al policía...

Ella se quedó pensativa un momento, como si se imaginara la escena —un tipo masturbándose detrás de la cortina del despacho de al lado—, y luego me observó con insistencia descendiendo la mirada hasta mi entrepierna sin que pareciera en lo más mínimo que se fijaba en mi prótesis de hierro.

¡Bravo! Con todo, estaba seguro de que era mi discapacidad lo que la había atraído. Mi diferencia. Era el tipo de chica al que le encanta lo que se sale de lo común. Clavó sus dos bolas oscuras en mis ojos.

—¡Ah, pues eso es una buena noticia! Si es usted el violador, no tengo nada que temer durante al menos unos minutos. El león está saciado.

Miré el reloj.

—No me subestime... Agredida sexualmente en plena gendarmería... Eso tendría estilo, no me diga que no. —Me eché a reír, pero la musaraña no estaba tan tranquila como le habría gustado aparentar. Sus dientecillos blancos atacaban el borde de plástico del vaso—. ¿Y usted? —añadí antes de que se refugiara en algún agujero.

—¿Yo qué?

—¿Por qué maldita razón la policía lleva cuarenta y cinco minutos haciéndola esperar?

A modo de respuesta, sacó un papel arrugado del bolsillo posterior de los vaqueros.

—Necesito que me pongan un sello. Es una autorización para coger guijarros de la playa.

—¿Cómo?

Rompió a reír.

—¡Ahora soy yo quien le ha sorprendido! —Me tendió la mano—. Mona Salinas. Aunque no lo parezca, soy bastante irritante pero también seria. Estoy haciendo el postdoctorado en química experimental. Tengo una beca del grupo P@nshee Computer Technologies, una multinacional indoamericana especializada en componentes electrónicos para informática...

—¿Qué tiene que ver eso con los guijarros?

Estrujó el vaso de plástico. La notaba nerviosa, tal vez a causa de lo que le había contado sobre la violación. Me lanzó una mirada sarcástica.

—A ver si lo adivina...

¿La relación que tiene la informática con los guijarros? ¡Ni idea!

No obstante, hice como si buscara la respuesta. Curiosamente, me gustaban mucho las chicas con estudios, las primeras de la clase, las empollonas. La mayoría de los chicos con los que trataba en La Courneuve huían de ellas como de la peste...

Yo no. Había observado que, cuando las conocías de verdad, muchas veces eran las más divertidas. También las menos orgullosas. Y, sobre todo, las que hacían el postdoctorado en química experimental eran el tipo de chica que casi nunca me dirigía la palabra.

Mi musaraña se impacientó.

—¿Se rinde?

Asentí con la cabeza con expresión apesadumbrada.

—Vale —dijo ella—. Intentaré abreviar. El silicio es un componente indispensable para la informática. Sirve para la conducción eléctrica. ¿No ha oído hablar nunca de Silicon Valley, en Estados Unidos? El nombre, Silicon, viene de ahí, del silicio, no de los pechos de gelatina de las californianas.

Y en ese momento... ¡pum! Mis ojos, cómo no, habían bajado un cuarto de segundo hacia el botón de su blusa, abierta hasta el nacimiento de sus pequeños pechos de deportista, blancos y salpicados de pecas. Leche y miel.

Como un funámbulo, recuperé milagrosamente el equilibrio sobre el hilo de la conversación.

—La verdad es que debo de ser tonto, pero sigo sin ver la relación con los guijarros.

Mi confusión le hizo gracia.

—Paciencia, enseguida llego ahí. El sílice, y por lo tanto el silicio..., me sigue, ¿no?... solo se encuentra en estado natural en una forma compacta. ¡Los guijarros! Y los de la Mancha tienen el porcentaje de sílice más alto del mundo.

—¿En serio?

—Está científicamente demostrado. Actualmente, la capital mundial del guijarro se encuentra en Cayeux-sur-Mer, en Picardía... Pero los normandos aseguran que su guijarro es todavía más puro... La mayor reserva de sílice de la tierra, en calidad y en cantidad.

Hice desfilar ante mis ojos las imágenes de color gris de los guijarros arrastrados por el mar ante la indiferencia general de los paseantes. Me costaba imaginar que encerraran un tesoro tan grande para la alta tecnología.

—¿Y de verdad hace falta un permiso de la policía para coger guijarros?

—Pues sí. Hace un siglo utilizaron miles de toneladas para construir todas las carreteras, casas e iglesias de los alrededores. Pero después se dieron cuenta de que los guijarros protegían los acantilados y todo lo que hay construido encima. Así que se acabó. Está estrictamente prohibido llevárselos, salvo con una autorización especial.

—Por ejemplo, para una gran multinacional indoamericana que quizá invierta en la región.

—Veo que lo ha entendido perfectamente. Y yo solo voy a coger unos cientos de guijarros. Para que se haga una idea, el silicio utilizado en electrónica debe ser 99,9999999 por ciento puro. —Su boca ensartaba los nueves como si soplara

pequeñas pompas de jabón—. Es la norma actual, pero P@nshee, mi empresa, quiere más aún. Dos o tres nueves suplementarios. Ese es mi trabajo: averiguar si podemos aumentar esas pocas cifras detrás de la coma gracias a los cantos rodados de Fécamp, de Yport o de Etretat.

—¿Y lleva su equipo de química encima?

—Sí. Martillo, pinzas, probetas, un microscopio y un portátil lleno a rebosar de programas complicados...

Me apetecía quedarme con ella. No entendía todo lo que me decía, quizá incluso estaba engatusándome con lo de la sílice y las nueve cifras después de la coma, pero me encantaba. Me parecía fascinante imaginar que una cosa tan tonta como un guijarro pudiera contener una especie de tesoro único en el mundo.

Vaciamos en silencio cada uno su vaso. En esta fase, si Mona quería mantener la llama, le tocaba a ella preguntarme cómo me llamaba y qué hacía en Yport. Yo estaba preparado para extender ante ella el desplegable del Ultra-Trail del Mont Blanc y todos los detalles de mi futura hazaña inigualada en los anales del handisport.

El silencio se prolongó.

Tiré mi vaso a la papelera.

Canasta.

Ella me imitó.

Empate.

Comprendí que Mona no daría un paso más.

—Encantado de haberla conocido, Mona. ¿Hasta pronto? A lo mejor todavía está aquí mañana esperando el sello cuando venga esposado...

Apoyó una mano en mi hombro y se me acercó para susurrarme al oído:

—Mis pequeñas antenas me dicen que volveremos a vernos antes de mañana. — Saboreé la suave presión de la palma de su mano sin contestar. A esa chica le encantaba jugar a las adivinanzas cuya respuesta yo no sabía—. Mis pequeñas antenas son potentes. También me dicen que está alojado en Yport, en el hotel La Sirène, habitación 7.

Había dicho demasiado. Esa chica era una bruja disfrazada de roedora para espiarme. Igual de curiosa que la policía. Piroz era el gato y ella el ratón.

—¿Cómo lo sabe?

Se inclinó más hacia mí. Sus uñas pintadas de color naranja contra mi clavícula me dieron la sensación de ser patas de hámster corriendo por mi hombro.

—¡Mis antenas! Las pobres gacelas como yo deben estar bien informadas para sobrevivir frente a los predadores de su especie.

Retrocedió bruscamente y miró el reloj.

—¡Trece minutos! Voy a tener que dejarlo. El león va a despertar; ya no estoy segura en su compañía.

—No voy a devorarla aquí, en plena gendarmería.

—Aquí no. Pero ¿y más tarde?

¿Más tarde?

Mona seguía sin tener pinta de querer ayudarme a descifrar. Dio tres pasos hacia el pasillo y se acercó a uno de los despachos.

—Siento dejarle, pero necesito que uno de estos polis me firme este dichoso papel.

—Pues entonces, ánimo.

Eché a andar por el pasillo para salir de la gendarmería. Justo antes de entrar en uno de los despachos, Mona se volvió hacia mí y me lanzó como un hecho evidente la más misteriosa de las invitaciones:

—¡Hasta la noche! Sea puntual.

¿HASTA LA NOCHE?

El autobús me dejó en la plaza Jean-Paul-Laurens de Yport antes de regresar hacia El Havre. Apenas quince minutos de trayecto, pero cerca de tres cuartos de hora de espera en Fécamp. Había tenido tiempo de pensar en la investigación de Piroz. Me sentía casi aliviado. El esperma del violador, sus huellas, esas coincidencias con el asesinato de Morgane Avril hacía diez años, todo eso demostraba (¡demostraría!) que yo no tenía nada que ver con todo aquello.

Evitaba pensar en las zonas de sombra...

Se despejarían. Con la marea. Como ese sol crepuscular frente a mí, cuyos rayos deshilachaban las nubes en encajes arcoíris. ¡La famosa luz de los impresionistas! No me quedaba más remedio que reconocerlo, pese a no haber puesto nunca los pies en un museo: ¡solo por eso, Yport merecía que uno diera un rodeo!

Me puse en camino en dirección al mar. Había pensado también en Mona. Su rostro me había acompañado durante todo el camino, superpuesto sobre la puesta de sol... No tenía la gracia trágica del de Magali Verron, no tenía su belleza desesperada, esa cosa que se te mete como una cuchilla en el corazón. No... Mona era un poco como un amigo con quien te apetece tomar una cerveza, pero del otro sexo. Con quien te apetece también compartir la cama sin que eso sea más complicado que tomarse una cerveza juntos. Quizá era eso el amor.

El amor visto por los tíos.

Por lo que yo sabía.

Pasé por delante de una de las carnicerías de Yport. La dueña, detrás del cristal, me miraba de soslayo, como si fuera a abollarle la acera andando sobre ella con un solo zapato.

¡Imbécil!

La cara de Mona tapó la de la carnicera.

¿Por qué se había interesado por mí?

¿Por qué me había abordado?

¿Porque era lo más natural del mundo entre un hombre y una mujer que están en un rincón perdido más o menos solos, forasteros los dos y de la misma edad? Sin duda. Nunca había podido liberarme de ese sentimiento de inferioridad, casi de culpabilidad. ¿Cómo iba a interesarse una chica en mí sin que yo montara toda una

estratagema para conseguirlo? Había tantos hombres en el mercado... Muchos, y mejores que yo...

Bajé de la acera para dejar pasar a dos viejas que venían de frente, bastón en ristre, más lisiadas todavía que yo.

En febrero, Yport parecía un centro para personas de la tercera edad, una bonita residencia de ancianos a orillas del mar, dividida en varios cientos de hotelitos. O, más que una residencia de ancianos, la propia Yport era una anciana. Una abuelita a la que ya solo se iba a visitar cuando hacía buen tiempo, los domingos, en vacaciones, a cuya casa se llevaba a los nietos para rellenar la conversación, para hacer ruido. Una abuelita que tenía un gran jardín lleno de malas hierbas y con columpios que se oxidaban todo el año.

Yport me recordaba a Djamila, mi abuela. ¡No porque viviera a orillas del mar, en un sitio del estilo de Esauira o Agadir, ni mucho menos! Ella vivía en Drancy, en el edificio Géricault, detrás del periférico, pero también tenía un gran jardín, público, que ella vigilaba desde el sexto piso. Cuando mis primos y yo teníamos menos de ocho años e íbamos a verla, el parque infantil del edificio B era nuestro Adventureland. La última vez que había pasado por allí, los juegos todavía estaban: el poni balancín, el puente de cuerda..., pero solo había viejos sentados en los bancos de alrededor y ningún crío al que vigilar. Seguro que si a un chiquillo se le hubiera ocurrido acercarse, se habría encontrado como una especie de animal exótico en un zoo para jubilados.

Bajé hasta el paseo marítimo. Viento de cara. Veinte metros más y llegué a La Sirène.

No sé por qué, pero Mona me hacía pensar en mi infancia.

Cuando entré en el hotel, André Jozwiak se plantó delante de mí.

Todo sonrisas.

Con un sobre en la mano.

La mía se crispó sobre la moldura de la pared que remataba el panel decorado con cuerdas de pescadores. Distinguía el sello de UPS en el paquete. Un mensajero debía de haberlo llevado esa tarde. André se tronchaba.

—Para alguien que no recibía correo nunca... ¿Has enviado un manuscrito y todas las editoriales te lo rechazan?

Me tendió el sobre. Reconocí mi nombre, la letra, la misma que la de la mañana. Azul celeste.

André insistió:

—¿Has encontrado novia y tus ex te devuelven tus cartas de amor?

Cogí el paquete y me dirigí hacia la escalera que llevaba a mi habitación.

—Gracias, André.

Él era de los que no paran nunca.

—¿Ejercicios para corregir? ¿Es que están de rebajas en el Ministerio de Educación y has conseguido un título de profesor?

Me volví para darle la réplica que esperaba.

—Son catálogos de venta por correspondencia. Revistas médicas. Todo fotos de pies izquierdos de resina.

La inmensa carcajada de André retumbó en la escalera.

—Cenamos a las siete.

El sobre estaba abierto encima de la cama.

El mismo contenido que el de la mañana: artículos de prensa, los informes detallados del inspector Grima y declaraciones.

La continuación del caso Morgane Avril. El remitente sabía manejar el suspense...

Extendí las hojas y me sumergí en la lectura. Si la misteriosa persona que me las enviaba quería jugar con mi curiosidad, no iba a privarlo de ese placer.

Caso Morgane Avril - Junio de 2004

Pese a su juventud y a su falta de experiencia, el inspector Philippe Grima había hecho gala de una eficiencia notable. Menos de tres días después del asesinato de Morgane Avril, el 90 por ciento de los habitantes de Yport de sexo masculino entre quince y setenta y cinco años habían aceptado depositar su ADN en la gendarmería. Ese porcentaje incluía a algo más del 70 por ciento de los chicos presentes en el festival Riff on Cliff (exactamente 323 muestras de esperma). Por supuesto, ninguno de los ADN coincidía con el del violador.

El inspector Grima se dio cuenta enseguida de que un dispositivo tan exhaustivo rayaba en lo ridículo: una investigación por reducción al absurdo, basada en la buena voluntad del asesino de cooperar con la policía y entregar el esperma que lo desenmascararía. Pero permitía exculpar a los allegados, había insistido el juez Nadeau-Loquet, eliminar a los sospechosos uno tras otro y, por lo tanto, cerrar el cerco.

El inspector Grima quiso participar él mismo en las entrevistas a los principales testigos, incluidos aquellos cuyo ADN los exculpaba. En una primera etapa, empalmó jornadas de doce horas en la gendarmería con noches en su casa, un plato recalentado sobre una rodilla y la cabeza de su pequeña Lola sobre la otra. Acabó por dormirse, alternativamente, delante de los últimos testigos o en los brazos de su hija de cuatro meses. Su mujer, Sarah, lo echó de casa hasta que terminó la investigación, así que durmió tres semanas, del 21 de junio al 12 de julio de 2004, en un catre en la cafetería de la gendarmería, y durante ese tiempo fue un día de cada tres a llevar los cruasanes a su familia.

La hipótesis del inspector Grima se consolidó progresivamente. Sabía exactamente qué había hecho Morgane Avril durante aquella noche; lo cual contribuyó a confirmar ciertos hechos. Pese a tener diecinueve años, el 5 de junio de 2004 Morgane participaba en su primera auténtica salida nocturna. Su madre, Carmen, había accedido a ello porque iba a ir Nicolas Gravé, el que conducía el Clio, un amigo de veintitrés años que estaba a punto de obtener el título de técnico superior de gestión forestal en Mesnières-en-Bray. Para vigilar a Morgane y a su otra hija, Océane, había confiado también en los otros dos pasajeros: Clara Barthélémy, de diecinueve años, que trabajaba en el colegio Charles-Perrault de Neufchâtel como técnica de educación infantil, y Mathieu Picard, de veintiún años y estudiante de medicina, como Morgane, pero ya en tercero.

Un pandilla de amigos. Un equipaje razonable...

Todos confirmaron la cronología de los acontecimientos. Tras salir de Neufchâtel-en-Bray hacia las seis de la tarde, llegaron a Yport algo más de una hora después. Comieron unos kebabs en la playa, sentados sobre los guijarros delante del casino, como cientos de otros jóvenes participantes en el festival Riff on Cliff, y luego asistieron al concierto. Ambiente festivo, sin excesos. Morgane ya estaba excitada, pero nada de desenfreno todavía.

Histoire d'A, un buen grupo de música de la región, cerró de forma apoteósica la velada. Era la una de la mañana y los DJ tomaron el relevo.

Morgane empezó entonces, según las propias palabras de Nicolas y Mathieu, a dar un verdadero espectáculo.

Lap dance, posturas equívocas...

Nicolas y Mathieu confesaron haber intentado vagamente hacerla entrar en razón; la chica había bebido un poco, unas cuantas cervezas. No tanto, en realidad, pues los análisis serían tajantes: se encontraron menos de 0,9 gramos de alcohol en su sangre. Suficiente, sin duda, para desinhibir a Morgane.

Nicolas Gravé y Clara Barthélémy enseguida admitieron que a partir de las dos, se pasaron el resto de la noche besándose y acariciándose en un sofá del Sea View. Para ellos, aquel concierto era un pretexto, y los otros tres pasajeros hacían de coartada: salían juntos discretamente desde hacía unas semanas. No se percataron de la desaparición de Morgane hasta el momento en que el pánico cundió en la discoteca, hacia las seis de la mañana, cuando un tipo fuera de sí se puso a gritar corriendo alrededor de los sofás: «¡Es horrible, hay un cadáver! ¡Hay un cadáver en la playa!».

Mathieu y Océane iban de carabinas. Empezaron a retirarse de la pista de baile y a aburrirse hacia las tres de la mañana. Entre las tres y las cuatro, alternaron fragmentos de conversación cubiertos por los decibelios y largos minutos dando cabezadas. Ninguno de ellos se había preocupado de lo que hacía Morgane; la habían visto por última vez en la pista hacia las tres y media. Mathieu Picard confesó con toda naturalidad que sospechaba que no acabaría la noche sola y que, más allá de eso,

no le había preocupado que desapareciera. El Sea View, con el paseo marítimo como anexo, se había convertido en un verdadero besódromo... Llegó incluso, en sus confidencias, a reconocer que había probado suerte con Océane, sin gran convicción pese a que ella también había bebido más que de costumbre. Era amigo de la hermana de Morgane desde preescolar y ella no era dada a las aventuras de una noche. El polo opuesto de Morgane. Océane se parecía más a su madre, Carmen. «Castradora»; el chico no había encontrado otra palabra para describirla.

En resumen, el inspector Grima se enfrentaba a un agujero negro de dos horas, entre las 3.30 y las 5.30, desde la desaparición de Morgane hasta el descubrimiento de su cadáver.

No exactamente dos horas, para ser precisos. En el guardarropa del Sea View, Sonia Thureau, una rubita con aspecto de muñeca Barbie en estilo trash gótico, recordó haber visto a Morgane salir a fumar hacia las 3.40. Sonia era categórica. Según ella, Morgane era la cliente más explosiva de la noche. Sudor chorreando por la cara, vestido ajustado subido hasta los muslos mojados, en el límite de la transparencia, ropa interior fucsia visible.

—En ese momento llevaba las bragas y el sujetador —confirmó Sonia.

—¡Muy observadora! —la felicitó Grima.

—¡No era para menos, inspector! ¡Le habría comido el chichi con mucho gusto!

Sonia Thureau había replicado con una naturalidad que sorprendió al policía, sobre todo porque su mirada, igualmente observadora y posada sobre la anatomía del inspector, daba a entender que no tenía una preferencia sexual exclusiva. La siguiente vez, porque más adelante hubo otra entrevista crucial con Sonia, dejó el interrogatorio en manos de un agente que estaba a punto de jubilarse.

«Había salido a fumar...».

El inspector le dio muchas vueltas a ese detalle después de la entrevista.

Morgane Avril no fumaba...

Otro callejón sin salida.

El inspector Grima tardó muy poco en intuir que debía enfocar la investigación al revés, que no debía limitarse a ampliar el número de testigos interrogados, o a reconstruir minuto a minuto lo que había hecho Morgane Avril, sino concentrar sus esfuerzos en el arma del crimen.

La bufanda Burberry.

El 19 de julio de 2004, el juez Nadeau-Loquet le envió un mensaje para felicitarlo por los avances significativos de la investigación a partir de una vía en la que solo el inspector había creído realmente.

Una bufanda. Un trozo de tela de más de cuatrocientos euros.

Grima se tomó la molestia de comprobar todos los testimonios, de reunir las versiones coincidentes, de eliminar varias decenas de informaciones que le parecieron

fantasiosas.

Al final, solo tres testigos creíbles recordaban esa bufanda Burberry.

Detrás del mostrador del guardarropa, Sonia Thurau le puso mala cara al policía canoso que iba de nuevo a interrogarla, pero acabó por recordar a un cliente al que calificó de hijo de papá. «Bronceado», fue el único calificativo que aceptó que constara en su declaración. Rechazó «moreno», «magrebí», «mestizo» y todos los demás términos que le propuso el viejo agente.

—Pobre ingenuo, si te parece que, con la bola de espejos de la pista de baile dándome en la cara, pude calcular el grosor de la capa de maquillaje que llevaba...

El hijo de papá bronceado había dejado la americana de lino y la bufanda de cachemira en el guardarropa. Ese tipo de prendas era bastante raro en un festival de rock; Sonia se acordaba de ellas por esa razón.

—¿Era una bufanda roja? ¿De la marca Burberry?

Ella no se había fijado en la marca, pero sí, podía ser de Burberry. Sonia no había visto al tipo irse, seguramente una compañera le había devuelto sus prendas, pero ninguna se acordaba de haberlo hecho. El inspector Grima consideró la hipótesis de que Sonia Thurau se hubiera inventado a ese misterioso cliente (el caso Avril se había convertido rápidamente, para los medios de comunicación, en «el caso del asesino de la bufanda roja»). Nada permitió afirmarlo. Cuando no estaba en el guardarropa del casino, Sonia Thurau cursaba serios estudios de derecho europeo comparado en Ruan. Y sobre todo, otros dos testimonios confirmaron el suyo.

A fuerza de insistir, Mickey, gorila interino que había pasado la noche del 5 al 6 de junio recorriendo el aparcamiento y escuchando el ruido de las olas, que cubría el de los riffs, acabó por acordarse de la sombra de un tipo que fumaba junto a los cubos de basura del casino, bajo el acantilado, y sí, tal vez bien vestido con una americana y una bufanda. No había podido distinguir el color. Tampoco se acordaba de la hora. Después de las tres de la madrugada, eso era todo lo que podía afirmar, lo sabía con certeza por el descanso. Le resultaba imposible ser más preciso. La sombra estaba sola; de eso, Mickey estaba seguro.

—¿Como si esperara a alguien? —preguntó Grima.

—Tal vez.

—¿A una chica?

—Sí..., o a unos colegas. Yo seguí haciendo mi ronda.

Mickey no pudo describir nada más, solo una silueta entrevista entre el halo de una farola y el haz de luz de su linterna. Pero la hora podía muy bien ser la misma a la que Morgane Avril había salido del Sea View... Sin que nadie volviera a verla viva.

Vincent Carré, el tercer testigo, veintiún años, estudiante de química, había llegado hacia las cinco a la estación de Bréauté, la parada más cercana a Yport en la línea de tren París-Ruan-El Havre. Desde allí, un autobús debía llevar directamente a los viajeros al festival. Vincent contaba con tomar el autobús para reunirse en el

concierto con sus colegas del club de tenis de mesa. Durante diez minutos escasos, había esperado junto a un chico de su edad, vestido con clase: camisa blanca, zapatos lustrosos, americana al hombro y bufanda roja alrededor del cuello. Un look que desentonaba con el del resto de los festivaleros. Habían cruzado unas palabras.

—Te has puesto de tiros largos —había comentado Vincent.

—A las chicas les gusta —había explicado el otro.

—¿Vas por la música o por las chicas?

Vincent Carré se acordaba con precisión de la respuesta:

—¿Por la música o por las chicas? ¿Lo dices en serio? La buena música no es algo habitual, colega, y no será en Yport donde encuentres al nuevo Hendrix. Pero las chicas... ¡Uau! ¡Las chicas son guapas en todas partes!

El autobús había llegado. Vincent no se había sentado al lado del de los tiros largos. No era de su tribu, la verdad. Cada uno se había puesto los auriculares de su MP3 en los oídos. Fin de la historia.

Vincent había vuelto a ver al tipo de la bufanda en el Sea View. Bailaba entre la multitud, y la mayor parte del tiempo se pegaba a la chica más guapa que había, Morgane, aunque Vincent no sabía su nombre en aquel momento. Era evidente que estaba ligando con ella.

En la pista de baile no llevaba la bufanda, pero decenas de testigos confirmaron que un chico revoloteaba alrededor de Morgane. Océane y Mathieu también. Todos, incluido Vincent, se reunieron para trazar un retrato-robot. Cara atractiva más bien cuadrada, ojos castaños, piel muy morena, quizá incluso, sin poder asegurarlo, de origen magrebí. Un grafista trabajó dos días para obtener un retrato-robot tan vago como impersonal. Aun así, lo difundieron por todas partes. Los cientos de respuestas, todas comprobadas, no aportaron absolutamente nada. El inspector Grima, por lo demás, no tenía fe en ese retrato: un retrato fruto de observaciones hechas en la penumbra de una discoteca, de recuerdos anteriores al drama, cuando los testigos no tenían ningún motivo para grabar ese rostro en la memoria.

Vincent Carré vio de nuevo al desconocido de la bufanda roja a la mañana siguiente. Reinaba la agitación en Yport: el cadáver de Morgane Avril acababa de ser descubierto, había policías por todo el pueblo. El tipo esperaba en la plaza Jean-Paul-Laurens, frente a la carnicería, con la americana al hombro. Vincent pasó por delante de él casi corriendo, conmocionado por el drama: estaba durmiendo en su casa desde las dos de la madrugada, reventado, y habían ido a despertarlo. ¡Una chica muerta en la playa! ¡Violada! Tenía que ir urgentemente a la policía, como todos los demás chicos, para identificarse, dejar su ADN... Cuando pasó por delante del desconocido, Vincent Carré no sabía nada más del suceso. Ni a quién habían matado ni cómo.

El tipo lo había saludado con la mano. Había sido él quien lo había reconocido. Si él no hubiera levantado la mano, Vincent no lo habría visto. Curiosamente, no hablaron de la chica muerta. Vincent Carré no supo decir por qué. La única explicación que pudo dar fue que el desconocido daba la impresión de no estar al

corriente. O de darle igual.

—¿Qué, te ha gustado el concierto? —le había preguntado Vincent.

El otro se había echado a reír.

—¿A ti qué te parece?

—¿Y las chicas de Yport?

—Guapas. Muy guapas.

—Ya lo vi anoche. No elegiste a la más fea...

—Ni a la menos cachonda, te lo aseguro...

En aquel momento, Vincent Carré pensó que se estaba marcando un farol. También se había fijado en que el desconocido ya no llevaba la bufanda roja alrededor del cuello.

—¿Y la bufanda?

—Se la he regalado a la chica —dijo el desconocido—. Como recuerdo.

—¿Volverás a verla?

—Me extrañaría...

Había soltado otra carcajada que más tarde los psicólogos le hicieron describir a Vincent cientos de veces, a ser posible aportando los matices más sutiles.

¿Una risa espontánea? ¿Forzada? ¿Cínica? ¿Sádica?

Vincent no lo sabía. Solo recordaba la respuesta del desconocido a su última pregunta:

—¿Vas a coger el autobús de vuelta?

—No, voy a casa de mis padres. Tienen una segunda residencia en la costa de Normandía.

¡La clave del caso Morgane Avril!

Por descontado, comprobaron la credibilidad del testimonio de Vincent Carré. Parecía fiable, aunque la policía se hizo muchas preguntas sobre unas horas en las que Vincent no tenía coartada: había ido a acostarse hacia las dos de la madrugada; no había terminado la noche con sus compañeros de tenis de mesa. Aquello no era propio de él...

El inspector Grima le preguntó al respecto. Vincent Carré respondió que estaba reventado, que había tenido una semana dura. Cuando insistieron, perdió los estribos, furioso por que sospecharan de él cuando era el único testigo que había hecho avanzar un poco la investigación. Tenía razón, Grima carecía de motivos para sospechar más de Vincent Carré que de cualquier otro cliente del Sea View. Además, su ADN no coincidía con el del violador.

Así que buscaron a alguien de unos veinte años cuyos padres tuvieran una segunda residencia en la costa de Normandía. El inspector Grima se enteró entonces de que en el litoral normando había más de treinta y cinco mil... Encontrar la correcta resultó ser una misión imposible, pese a que equipos policiales fueron de puerta en

puerta durante semanas, retrato-robot en mano, trazando círculos concéntricos, primero las más cercanas, Etretat, luego Saint-Valery-en-Caux, después Honfleur, a continuación Deauville, Cabourg, Dieppe...

Todo en vano.

Nada.

El desconocido de la bufanda roja se había volatilizado.

El inspector Grima presentó su informe al juez Nadeau-Loquet el 20 de agosto de 2004. La investigación estaba estancada desde hacía casi cinco semanas. Ningún hecho nuevo, pero Grima se había formado una idea y estaba convencido de ella. Morgane Avril había aceptado irse con ese desconocido que daba vueltas a su alrededor en la pista de baile. Él había recogido la americana y la bufanda Burberry en el guardarropa sin que se fijaran en él, y después había esperado a Morgane en el aparcamiento. Sin duda se habían bañado juntos en la playa, en un rincón discreto. La cosa debía de haberse torcido después.

Morgane se niega a ir más allá de un simple flirteo. El desconocido insiste. La situación se vuelve violenta, él la viola, le entra el pánico, la estrangula, la sube a lo alto del acantilado y arroja el cadáver, quizá para ganar tiempo, para que la policía piense en un primer momento que se trata de un suicidio.

Después desaparece...

El inspector Grima, pese a la falta de un sospechoso que entregar al juez Nadeau-Loquet, había terminado su informe con una nota optimista. El asesinato de Morgane Avril había sido parcialmente identificado. Con el tiempo, se volvería menos desconfiado, alguien tal vez acabaría reconociéndolo en la costa normanda o en otro sitio. El inspector Grima solo tenía una certeza y la expresó también en la última parte de su informe.

El asesinato de Morgane Avril no reincidiría nunca.

Su perfil era el de un joven perteneciente a un medio acomodado, culto, educado, que había cometido esa noche la gilipollez de su vida. Viviría con ese secreto monstruoso enterrado en el fondo de sí mismo. Hasta su muerte.

Si no lo pillaban antes...

El informe de la gendarmería de Fécamp provocó la furia del clan Avril.

Carmen Avril y su familia, a través de su abogado, se opusieron con violencia a la teoría del inspector Grima. No creían en la tesis del hijo de buena familia que había perdido el control. Para ellos, el asesino era un perverso, un predador que había actuado con premeditación. Su argumento más convincente se basaba en la actitud del desconocido de la bufanda roja la mañana del drama, la descrita por Vincent Carré. El sospechoso número uno de Grima esperaba tranquilamente a que sus padres

fueran a buscarlo a la plaza Jean-Paul-Laurens, relajado y tranquilo, mientras decenas de policías peinaban las calles de Yport. Semejante serenidad no cuadraba con la teoría del ligue nocturno que acaba en drama.

Discutieron durante horas, entre policías, abogados y jueces, sobre las cuatro frases que había reproducido Vincent Carré:

—¿Y la bufanda?

—Se la he regalado a la chica. Como recuerdo.

—¿Volverás a verla?

—Me extrañaría...

¿Era posible interpretarlas como las respuestas improvisadas por un pobre tipo que acababa de cometer un asesinato casi de forma accidental y que se jugaba la libertad a cara o cruz? ¿Como las de un criminal cínico con una aterradora sangre fría? ¿O simplemente como las de un inocente... que aun así jamás se presentaría ante la policía?

El inspector Grima manifestó públicamente su opinión por última vez el 23 de agosto en *Le Havre libre*: no creía en la hipótesis del sádico que se encuentra en el lugar y en el momento adecuados, y que consigue entablar relación con Morgane Avril y después agredirla sin que nadie se percate. Entonces, ¿por qué el baño en la playa? ¿Por qué la bufanda Burberry?

Unos días después, el 26 de agosto de 2004, su teoría se fue a pique.

Y su credibilidad también.

Todo su paciente trabajo, sus noches en vela fuera de casa, los tres meses invertidos de los primeros seis de vida de su pequeña Lola, todo eso saltó por los aires.

La pérdida de control de un adolescente inmaduro. La ausencia de premeditación.

De un día para otro, el caso de la bufanda Burberry roja alcanzó el rango de drama nacional y sobrepasó por su amplitud todo lo que el inspector Grima habría podido imaginar.

Se infló y echó a volar hacia las más altas esferas de la justicia y la policía.

Mucho más allá de su competencia.

El sonido de una campana interrumpió mi lectura.

Era un toque continuo, como a rebato, como la llamada insistente convocando a los marineros para que se congreguen en la cubierta.

La voz de André estalló en el pasillo:

—¡Jamal! ¡Vamos a cenar!

Miré la hora en el reloj de la mesilla de noche.

Las 19.17.

¡Mierda!

¿VOLVERÁS A VERLA?

En febrero, La Sirène tenía más de pensión familiar que de hotel-restaurante. Cena a las siete con menú único para los contados clientes: dos jubilados que pasaban allí una noche antes de ir a Mont-Saint-Michel, una pareja de ingleses procedente de Dieppe con su bebé de mejillas coloradas y un tipo con corbata, solo, estilo representante de comercio despistado.

Bajé unos peldaños.

El comedor era grande; se suponía que podía dar cabida a más de treinta comensales. Casi todas las mesas disfrutaban de una vista abierta al mar a través de un inmenso ventanal. En cuanto me adentré en la estancia que acogía al restaurante, descubrí al invitado sorpresa.

—Llega tarde, Jamal.

¡Mona!

Cenaba sola en una mesa, armada de un pincho de acero inoxidable delante de su plato de caracoles de mar. La pareja de jubilados comía en silencio unas mesas más allá. En el otro rincón de la sala, los ingleses se las veían y se las deseaban para hacerle tragar a su bebé una papilla de verduras de color verde rana. Mona miró la silla que tenía enfrente.

—¿Prefiere cenar solo o le hago sitio?

¿Cómo rechazar el ofrecimiento?

Me senté frente a ella. Debía de haberse confabulado con André: mi plato y mi cubierto apenas tardaron unos segundos en aparecer. Él se esfumó con una sonrisa de complicidad; no sé si dirigida a Mona o a mí.

—Qué callado se lo tenía. ¿Ha llegado a La Sirène esta mañana?

Los ojos de Mona chispearon, orgullosos del misterio que había dejado planear en la gendarmería.

—Exacto. Ayer estuve explorando la zona de Veules-les-Roses, pero ahora tengo que ir a diferentes lugares comprendidos entre Antifer y Paluel,^[3] los dos lugares malditos donde encontrar guijarros de la costa. Le vi esta mañana cuando volvía de hacer *footing*. Yo estaba de espaldas, en la barra, pero usted no se dio cuenta.

No me sorprendía, era el momento en que André me había dado el primer sobre.

—¿Al final ha conseguido convencer a la policía de que le ponga el sello?

—¡Sí! Pero he tenido que acostarme con media gendarmería. ¿Y usted? ¿Alguna otra suicida?

—No, que yo sepa...

André me trajo en ese momento mis caracoles de mar con mayonesa. Tenía que haber oído forzosamente la alusión a «otra suicida», pero hizo como si no.

—Vamos a pedir una botella de vino —propuso Mona—. ¡Invito yo!

Protesté para guardar las formas, pero Mona insistió.

—Lo pasaré a la empresa como gasto; para ella, unos euros no significan nada. La P@nshee Computer Technologies debió de tener cinco mil millones de beneficios el año pasado. No hay ninguna razón para que solo los disfruten los jubilados de Key Biscayne, ¿no cree?

Le pidió a André un Borgoña chardonnay del 2009, Vougeot Premier Cru.

¡Setenta y cinco euros!

Su cifra de negocios de la semana.

Se produjo un largo silencio. Un *round* de observación. Yo no tenía ningunas ganas de hablar del suicidio de la mañana y la bufanda Burberry, y todavía menos del caso Morgane Avril. Mona me ofrecía un paréntesis delicioso en ese torrente de preguntas sin respuesta y coincidencias inverosímiles.

Mi mirada revoloteó sobre la decoración de la sala, hacia los lienzos románticos de tormenta en el acantilado, los nudos marinos alineados en un marco de madera y cobre, el salvavidas azul real «Bienvenido a bordo» y la brújula gigante colgada de una viga. Ambiente marino. Me deslizaba por los objetos más intrascendentes para evitar ahogarme en el escote de Mona, que llevaba la blusa con un botón desabrochado más que por la tarde.

¿Para seducirme o para convencer a los polis?

Mona desenfundó primero.

—¿Sabe cómo hizo fortuna el presidente de P@nshee?

—Ni idea...

—Es una historia increíble. Le va a encantar, Jamal. Panshee Kumar Shinde, así se llama, era un emigrante indio. Llegó a San Francisco a mediados de los años setenta sin una rupia en el bolsillo. De noche limpiaba los retretes de las oficinas del *downtown* y de día asistía a clases de gestión de empresas. «Cómo montar su propia start-up», para que se haga una idea, ese tipo de escuela de diez mil dólares al año que sablea a miles de estudiantes extranjeros explotando el sueño americano y que los deja endeudados durante tres generaciones. A mitad de curso, Panshee tuvo que presentar un trabajo: un proyecto de creación de empresa, con plan de marketing, programa de amortización financiera y toda la pesca. Él, derrengado a causa de sus quehaceres domésticos nocturnos, no había tenido tiempo de escribir ni una sola línea. Le entraron ganas de mandarlo todo a paseo. Mientras limpiaba la mierda de los retretes, empezó a entender cómo funcionaba Estados Unidos. El día antes de entregar el trabajo, seguía limpiando los aseos del Transamerica Pyramid, planta

cuarenta y siete, sin que se le ocurriera ningún proyecto de creación de empresa, ni siquiera virtual. Más prosaicamente, echaba pestes contra los capullos de la planta en cuestión, que atascaban los retretes con pañuelos de papel o con hojas A4 cuando se acababa el papel higiénico... —Mona dio un sorbo de chardonnay antes de continuar—. Y entonces se le ocurrió...

—¿En los retretes?

—Sí, se le ocurrió la idea más tonta del mundo. En vez de poner en los aseos de las oficinas un rollo estándar de veinte metros de largo, el mismo que tenemos en casa, por qué no instalar directamente un rollo mucho más largo, de doscientos o trescientos metros, dentro de un portarrollos metálico cerrado. A falta de algo mejor, se lanzó en esa dirección y estuvo el resto de la noche redactando el proyecto. Al día siguiente tenía que bajar, como todas las mañanas, en la estación Civic Center de la línea L del metro para ir a clase. En el último momento decidió seguir, bajó cinco estaciones más adelante, en West Portal, y entró en una agencia de la Wells Fargo para venderle su proyecto a un banquero y registrar la patente.

—¿Y le fue bien?

Mona se entusiasmó.

—Se hizo multimillonario en menos de un año. Una de las cien mayores fortunas del mundo. ¿Conoce una sola estación, un solo hotel, un solo establecimiento público que actualmente no esté equipado con un distribuidor de papel higiénico de ese tipo? Entreténgase en calcular los centímetros de papel de váter que desenrolla cada individuo al día en todo el planeta. —Mona vació la copa y continuó—: ¡La patente más lucrativa del siglo! Cuentan que, después, Panshee invirtió en informática y compró una isla en Micronesia, y que ahora vive en bolas todo el año y se limpia el trasero con hojas de palmera.

—¿Y es verdad?

Ella se echó a reír.

—¿Usted qué cree?

Titubeé apenas un instante.

—¿Se lo ha inventado todo?

—Puede ser. Me encanta contar historias.

Me entraron ganas de aplaudirla, de estrecharla entre mis brazos, de salir con ella al malecón corriendo para reír a carcajadas toda la noche bajo la luna. Nunca había conocido a una chica que se acercara tanto a mi visión del mundo. Desfasada, no del todo en la realidad. En el borde de una ventana, entre dos vacíos, el de los coches que bullen en la calle, abajo, y el de las estrellas, arriba. Por segunda vez en el día pensé en Djamila. Mona me recordaba a mi abuela, la Sherezade de Drancy, rebautizada como Canal + por todos los chiquillos que escuchaban sus historias con la boca y los ojos abiertos, en el edificio Géricault, escalera C, todos los sábados por la noche, hasta que metieron a Djamila en un moridero de Blanc-Mesnil y las enfermeras redujeron sus cuentos fabulosos a delirios incoherentes, síntomas de un Alzheimer

avanzado. Yo tenía entonces ocho años. No había olvidado ninguna de sus historias.

André aprovechó mis ensoñaciones para retirar mi plato y traerme una cazuela de mejillones a la marinera. Un momento de vacilación por su parte me hizo intuir que tenía ganas de decir algo, seguramente sobre esa historia de suicidas de la que nos había oído hablar. La noticia debía de haber corrido por todo el pueblo. ¡Una chica encontrada muerta después de haber saltado desde lo alto del acantilado! Quizá incluso el intento de estrangulamiento se había filtrado...

Imaginaba el pánico en las casas de pescadores.

Diez años después, ¿el violador de la bufanda Burberry estaba de vuelta?

—¿Y usted? —me preguntó de pronto Mona.

—¿Yo?

—Sí. Ahora le toca a usted contarme una historia extraordinaria.

Meneé la cabeza, falto de inspiración, como si sacar los mejillones en salsa de su concha bastara para ocupar toda mi concentración. Mona protestó.

—¡No me decepcione, Jamal! No le habría invitado a mi mesa, si no hubiera estado segura de que iba a sorprenderme. ¡Vamos, hombre, cuénteme algo increíble!

Me tomé tiempo para limpiarme los dedos con la servilleta. Tres mesas más allá, los dos jubilados tenían sendos smartphones entre las manos y navegaban cada uno por su cuenta.

—De acuerdo, Mona, usted lo ha querido. ¿Algo increíble? ¡No se sentirá decepcionada! Aquí lo tiene: he inventado un método revolucionario para ligar, un método infalible para llevarme a las chicas más guapas a la cama.

La había atrapado. Mona irguió el busto, puso ojos de asombro y entreabrió los labios. Es curioso, pero me vino a la mente un adjetivo para describir su cara de muñeca risueña que creo que no había utilizado en mi vida, una palabra que solo empleaban los viejos.

Primorosa.

Una cara mezcla de jovencita, de gata y de ratón. Una cara de personaje salido de una fábula de La Fontaine.

—Me parece muy pretencioso, Jamal...

—¿No me cree?

—Mientras no lo vea...

Saqué lentamente la cartera del bolsillo y extraje una pequeña tarjeta de visita. La deslicé sobre la mesa tapándola con la mano para que Mona no pudiera leerla.

—Esta es mi arma secreta.

—Ah —dijo Mona exagerando su decepción.

Le acerqué un poco la tarjeta sin destaparla.

—Desde hace diez años, no salgo nunca sin mis tarjetas. Siempre llevo unas cuantas en el bolsillo. Mi vida cotidiana transcurre en los trenes de cercanías, las calles de la ciudad... A veces me cruzo con una chica que me gusta. Entonces le pongo una de estas tarjetas en la mano, sin pararme, sin que ella tenga tiempo de

preguntarse qué aspecto tengo.

Abrí la mano y leí la tarjeta.

Señorita:

Me he entretenido en calcular que cada día me cruzo en las calles de París con varios miles de mujeres. Cada día le doy una tarjeta a una de esas mujeres, a veces a dos, raramente a tres, nunca a más.

Una mujer entre varios miles.

Usted. Hoy.

Usted es diferente. En esta multitud, algo la distingue de todas las demás.

Si un hombre la ama y es feliz con él, quizá mi gesto la emocione pese a todo. Si no, es una injusticia, porque usted lo merece. Mucho más que otra.

A mi entender.

Gracias por este breve instante mágico.

jamalsalaoui@yahoo.fr

Dejé la tarjeta y Mona la cogió como si fuera el mapa de un tesoro.

—¡Uau! ¿Y funciona?

Vacíé entonces mi copa de chardonnay saboreándolo en su justo valor: un euro el centilitro.

—¡Es infalible! En el peor de los casos, las mujeres se sienten halagadas. En el mejor, trastornadas. Yo juego con la sorpresa, con su ego, con el contraste entre la indiferencia parisina general y mi pequeño toque de romanticismo caído del cielo. Ya lo ve, Mona, el compromiso ideal entre el ligue virtual en las páginas de contactos y el acercamiento grosero que las chicas padecen permanentemente en la calle.

Mona cogió la botella y emitió un silbido mientras nos servía.

—Una chica entre miles... ¿Cómo elige?

—Ese es el meollo de la cuestión, Mona. ¿Cómo se lo explicaría...? Si hay una cosa que nunca he entendido, es el flechazo. La muchedumbre apartándose al ralenti. Francamente, Mona, casi todas las mujeres tienen encanto, casi todas tienen algo que hace que uno se enamore de ellas, que las ame toda una vida sin arrepentirse. Bueno, reconozcamos que para un flechazo eso no es suficiente... En cualquier caso, no sé..., por lo menos una mujer de cada tres es verdaderamente guapa si quiere gustar. Y si uno busca más que eso, por lo menos una mujer de cada diez, de cada veinte quizá, es perfecta. ¡Cada una en su estilo, pero perfecta! Así que, Mona, como comprenderá, sentir un flechazo por una simple mirada es algo que me alucina. Mujeres capaces de hacer que una flecha me traspase el corazón, me cruzo con una por vagón de metro, con diez en cada terraza de una plaza parisina bajo el sol, con cien en una playa en verano...

Mona, entre mejillón y mejillón masticados con sus caninos de gato, me observó con interés.

—No resulta fácil catalogarlo, Jamal. ¿Es usted el más abominable de los machos o el inventor del postromanticismo? —Hizo una pausa para reflexionar, como si buscara un fallo en mi método—. ¿De verdad solo da entre una y tres tarjetas al día?

Puse cara de niño apesadumbrado al que han desenmascarado.

—Lo dirá en broma, ¿no? Algunos días he llegado a repartir varios cientos...

Ella se echó a reír.

—¡Tramposo! Y ahora la gran pregunta: ¿le responden?

—¿En serio?

—Sí...

—Tengo un índice de respuestas del ochenta por ciento... Casi todas pasan a la acción después de tres correos. Me he acostado con las chicas más guapas de la capital, auténticos bombones que selecciono en la calle con más facilidad que si fuera el dueño de la mejor agencia de modelos de París.

—¿Se está quedando conmigo?

—Puede ser, me encanta inventarme historias.

Mona levantó su copa de chardonnay y brindó conmigo.

—Genial, Jamal. Partido nulo. —Dudó un momento antes de lanzarse—: Si se hubiera cruzado conmigo en la calle, ¿me habría dado una tarjeta?

Comprendí que no debía contestar demasiado deprisa. Me tomé tiempo para mirar al detalle su piel, los reflejos rojos en sus pómulos, las sombras de sus pestañas sobre su adorable nariz respingona. Mona empezó a adoptar poses exageradas, miró el mar para que yo admirase su perfil, se estiró, me ofreció su cuello, su nuca...

Finalmente respondí sopesando cada sílaba:

—Sí. Y solo habría dado una ese día.

Mona se sonrojó. Por primera vez la notaba incómoda.

—¡Mentiroso! —consiguió articular.

Buscó una manera de desviar la conversación. Respiró hondo antes de preguntar:

—Y lo de... su pierna, ¿fue un accidente?

En el fondo no era tan distinta de los demás. No se había resistido a la tentación. Yo tenía la respuesta preparada. Desde hacía años.

—Sí. En la puerta Maillot. Una chica guapísima esperaba en el andén contrario, imposible dejarla escapar sin darle una tarjeta... Crucé por encima de las vías, pero el metro llegó en ese momento.

Ella rio.

—¡No sea idiota! ¿Me lo contará algún día?

—Se lo prometo.

—Es usted un tipo raro, Jamal. Divertido, pero mentiroso. Entre otras cosas, estoy segura de que no me habría dado una tarjeta. Intuyo que le gustan las mujeres románticas, las bellezas fatales, evanescentes. No las chicas tan directas como yo. En mi opinión, ahí reside el problema de su técnica. Usted atrae imágenes, las colecciona como si fueran cromos de Panini. ¡No consigue las que necesita!

—Gracias por el consejo.

Mona me devoraba con los ojos.

—Disculpen —dijo una voz a nuestra espalda.

André estaba plantado detrás de nosotros con dos cuencos llenos de huevos a la nieve en las manos. Los dejó sobre la mesa evitando por los pelos un tsunami y se decidió por fin a intervenir en nuestra conversación.

—Jamal, antes has hablado de una suicida. ¿Es... es reciente?

A todas luces, André no sabía nada del accidente de esa mañana. ¡Qué raro!

Le conté brevemente los hechos, omitiendo solo que había encontrado la bufanda Burberry enganchada en un alambre de espinos en el acantilado y que inexplicablemente había acabado alrededor del cuello de Magali Verron. Cuanto más avanzaba en mi relato, más asombrado parecía André. Cuando hice una pausa, el propietario de La Sirène, blanco como el papel, balbució:

—Esta historia me recuerda...

Me adelanté a él.

—La violación de Morgane Avril. Hace diez años.

André inclinó lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Yo estaba aquí —continuó—. ¡En primera fila! Aquella chica murió, por así decirlo, bajo mi ventana. El festival Riff on Cliff era un regalo para mí, había servido kilos de mejillones y toneladas de patatas fritas y kebabs, mi terraza ocupaba todo el malecón, hacía bueno aquella noche, venían jóvenes de todas partes. Fue la primera y la última vez que se organizó un evento de ese tipo en Yport.

—Comprendo.

No se me ocurría nada mejor que decir.

—No es que me queje —precisó André—. Después del asesinato, mi hotel siguió lleno durante seis meses. Periodistas, policías, expertos, testigos, abogados...

—Buena noticia, entonces —intervino Mona—. Con esta muerta, colgará otra vez el cartel de «completo».

No estaba seguro de que André apreciara tanto como yo el humor de Mona. Lo cierto es que no contestó; se quedó en silencio.

—Solo espero —acabó por decir— que no haya más.

—¿Más qué?

—Más víctimas...

—Una cada diez años —insistió Mona—. Eso nos deja un buen margen.

André le dirigió una mirada extraña, vacía, que atravesó a la joven como si no existiera para ir a perderse mucho más lejos, a algún punto entre el mar y las estrellas. Tuve la impresión de que, más que desprecio por el humor fuera de lugar de Mona, esperaba que compartiéramos su inquietud. Me volví hacia él.

—¿Por qué, André? ¿Por qué va a haber más víctimas?

El hostelero parecía haber envejecido diez años en una noche. Cogió una silla y se sentó a nuestro lado. Escrutó un rato el horizonte negro y empezó a hablar en voz baja.

—Entonces, ¿no sabes toda la historia, Jamal? ¿Solo te has enterado de lo de Morgane Avril?

Me acordé de las últimas líneas de los artículos de prensa leídos antes de cenar, de la teoría del inspector Grima que se venía abajo, de que el caso adquiriría una dimensión nacional.

—Cuatro meses después del asesinato de Morgane Avril —prosiguió André—, hubo un segundo crimen. Una chica de Elbeuf, cerca de Ruan. Aquello sucedió en Baja Normandía, a orillas del mar también, hacia el final de las vacaciones. Ella dirigía un campamento de adolescentes. El mismo violador. El mismo esperma. Estrangulada con la misma bufanda Burberry. Fue un golpe terrible. En Normandía cundió el pánico. Se temía que el asesino en serie continuara... Pero no pasó de ahí... Dos chicas... —Hizo una larga pausa—. Hasta esta mañana.

—¿Eso significa que ese degenerado estaba en chirona desde hace diez años, que ha salido y que vuelve a las andadas? —dije buscando una explicación racional.

—No llegaron a encerrarlo —contestó André con una voz monocorde.

Se quedó pensativo, perdido en sus recuerdos. Los huevos a la nieve, químicos, se hundían lentamente en un mar cremoso. André se levantó finalmente para retirar la mesa de los ingleses, que habían desaparecido con su retoño, dejando tras de sí una marea de puré verde.

Mona contempló su postre como si fuera un banco de hielo víctima del calentamiento del planeta.

—Menuda historia...

Yo reflexionaba sin siquiera levantar la mirada hacia ella.

Dos asesinatos.

Un violador que andaba suelto desde hacía diez años y que a todas luces había pasado de nuevo a la acción esa misma mañana.

Con la diferencia de que esta vez no había matado.

Magali se había tirado desde lo alto del acantilado, después de haberse enrollado la bufanda alrededor del cuello.

La bufanda con mis huellas.

Alguien lo sabía. Alguien estaba jugando conmigo e iba a darme la información con cuentagotas.

¿Por qué yo? ¿Qué pintaba yo en toda esta historia?

Los dedos de Mona jugueteaban con mi tarjeta.

—¿Vamos? —me dijo.

No contesté. Parecía decepcionada por el giro que había dado la cena, como si la zambullida en la realidad fuera demasiado brutal. Releyó en voz alta unas palabras de la tarjeta.

—«Gracias por este instante mágico». Voy a hacerle una confidencia, Jamal. Me habría encantado que un desconocido me pusiera una frase como esa en las manos, en el andén de una línea de tren de cercanías. Creo que me habría dejado seducir, fuera quien fuese él. —Observó sin prisas a través del ventanal, a la luz de las farolas, la danza de las barcas de pescadores amarradas. Vacías. O aisladas por fantasmas—.

Pero con motivo de una cena con vistas panorámicas al mar tampoco está mal — añadió.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó. Me froté los ojos, confundido por la inverosímil serie de acontecimientos que se habían encadenado desde por la mañana y le dirigí una sonrisa que, al parecer, le gustó.

—Tengo un principio, Jamal. Cuando un chico me gusta, siempre me acuesto con él la primera noche.

¿POR QUÉ YO?

Mona abrió la ventana. El ruido de los guijarros movidos por las olas invadió la habitación, produciendo la sensación de que era el camarote de un barco en medio del mar. Mona estaba de pie entre las dos cortinas, desnuda, ofreciendo su piel a la espuma que golpeaba el malecón antes de que el viento la levantara.

Yo estaba tumbado en la cama. Admiraba a Mona por el lado cruz: vista de su espalda, que hacía una hondonada para prolongarse en sus nalgas redondas, y de sus piernas de sirena que ha renunciado al mar. La luna pintaba la noche en claroscuro. Las luces de la playa desierta danzaban sobre el cuerpo de Mona. El rojo neón del casino, el amarillo arena de las bombillas halógenas.

Ambiente sotobosque, resina y pinar.

Se volvió. Del lado cara. Dos avellanas marrones erizaban las dunas claras de sus pechos. Unas raíces rojizas crecían sobre su pubis depilado.

Espléndida.

En la cama, al quitarse la goma que sujetaba su cola de caballo, los cabellos de Mona habían caído en cascada sobre sus hombros y dado un volumen inédito a su cara de ratón. Casi una gravedad que la había hecho estallar en una carcajada.

Mona hacía el amor riendo.

Con una energía natural, una inventiva permanente. Como un juego. Todos los de su infancia. Escondite. Pilla pilla. Cierra los ojos y abre la boca.

¡Autoirrisión a espuestas! En toda mi vida no había visto una cosa semejante.

Ninguno de los dos teníamos preservativos; a ella le traía sin cuidado. Me había presionado suavemente la parte baja de la espalda para que me quedara dentro de ella.

Me había tuteado justo antes de llegar al clímax.

Miré el despertador: las 3.10 de la mañana.

Mona empujó un poco la hoja de la ventana y avanzó hacia mí, sin pudor. La imaginaba cogiendo una de las conchas pegadas al recuadro de la pared mientras se cubría el sexo a la manera de la Venus de Botticelli.

—También tengo una base en Vaucottes —dijo—. ¿Lo conoces?

Lo conocía. Pasaba por el valle costero de Vaucottes todas las mañanas cuando

corría. Era uno de los rincones verdes más bonitos de toda la costa. Unas cuantas villas barrocas del XIX habían confiscado para ellas solas ese pequeño valle arbolado y su playa en miniatura.

—Mi director de tesis tiene una casa familiar allí —precisó Mona—. Me ha dejado las llaves, pero todavía no he ido. A juzgar por las fotos, es una vieja casona elegante y siniestra a la vez, tipo *Psicosis*. Se lo agradezco...

—¿Te has acostado con él?

Pareció casi sorprendida por la pregunta.

—Será una broma, ¿no? Soy tan tocacojones en el trabajo como divertida para el sexo. Así que, como me ponga a mezclar las dos cosas... Menuda bomba...

Mona se echó sobre las sábanas. Mientras yo me sentaba en el borde de la cama, deslizó los dedos por mi espalda.

—¿Cansado ya? ¿Sales a correr muy temprano? Ya me lo había advertido mi madre: «¡Hija mía, no te acuestes nunca con un deportista de alto nivel!».

La besé en los labios y pasé una mano sobre su pecho derecho.

—Solo unos minutos. ¿De acuerdo?

No esperé su respuesta, me puse unos calzoncillos y abrí mi ordenador portátil, que estaba sobre la mesa, frente a la cama. Tal como imaginaba, la lluvia de sarcasmos de Mona fue inmediata.

—¡Increíble! ¡He ido a toparme con un friki informático! ¿Se puede saber qué haces? ¿Tuiteas para informar de que has perdido la virginidad con la chica más explosiva de la costa?

Esboqué una sonrisa.

—No, es por lo que nos ha contado antes André. Ese caso de doble violación...

—¿Esa historia de hace diez años o la tuya, la de esta mañana?

—La de hace diez años.

—¿Y eso no puede esperar?

No... Necesito saber.

—Dame dos segundos, Mona. Después te contaré la cosa más demencial que hayas oído en tu vida.

Había decidido contárselo todo a Mona, incluido el viaje de la bufanda Burberry desde el alambre de espino hasta el cuello de una joven y guapa suicida.

Mi viejo ordenador portátil tardó lo que me pareció una eternidad en arrancar.

—¿Puedes hacerme un favor, Mona? En el bolsillo de mi chaqueta, en mi cartera, está la contraseña de La Sirène para la conexión Wi-Fi.

La sábana se deslizó lentamente sobre las curvas de Mona mientras ella se contorsionaba en la cama para coger mis cosas. Me cantó la serie de cifras y letras.

Tecléé unas palabras al azar.

Asesino en serie

Baja Normandía

2004

Bufanda Burberry

Google me propuso un centenar largo de respuestas, casi todas similares. Algunas palabras se repetían en los títulos subrayados o en los resúmenes de los artículos.

Myrtille Camus

Jueves 26 de agosto de 2004

Parque de ocio de Isigny-sur-Mer

Violada

Asesinada

Uno de los nombres se aferró a mi mente.

Isigny-sur-Mer.

Sin que entendiera por qué; ni siquiera era capaz de situar esa localidad en la costa normanda. Intenté concentrarme, pero en ese instante la voz de Mona se clavó en mi espalda.

—¿Qué calladito te lo tenías! ¡Eres poli!

¿Poli?

¡Mona desvariaba! Me volví hacia ella, desconcertado.

—¿Por qué dices eso?

Ella me puso delante de las narices una pequeña estrella de sheriff dorada y abollada.

¡Mi estrella!

Mona no se había conformado con buscar mi cartera, había registrado todos los bolsillos de mi chaqueta.

—¿Un recuerdo de la infancia? —preguntó.

—Exacto. Déjala donde estaba, por favor.

Me acordé de aquella mañana de otoño en que el educador de calle me había llevado directo a casa de mi madre porque me había pillado montando guardia para Hakim y sus colegas. Yo tenía siete años. En vez de reprenderme, mi madre me había llevado a la juguetería del centro comercial, al otro lado de la circunvalación. En aquella época yo me pasaba el día mirando cintas de películas antiguas del oeste que mi tío Kamel coleccionaba. Mi madre me había comprado esa estrella dorada de hierro que debía de valer menos de cinco francos, me la había puesto en la cazadora sin decir nada, me había llevado de vuelta a casa y me había sentado delante de una película de vaqueros. Una cualquiera, le daba igual. Quería que entendiese de qué lado de la ley debía situarme. Para siempre.

—¿Has escrito tú estas palabras?

Esa cabezota de Mona no había guardado mi estrella. Al contrario, la examinaba

por el derecho y por el revés.

—Parecen verbos —continuó—. Cinco verbos. Uno en cada punta.

Descifró lentamente las palabras medio borradas, escritas con rotulador sobre la estrella.

Convertirme

Hacer

Tener

Ser

Pagar

Suspiré.

—Son como principios, Mona. Direcciones, si lo prefieres. Es una especie de brújula.

—¡Cuenta, cuenta!

Los ojos de Mona chispeaban. Era demasiado tarde para quitarle la estrella de las manos. La sábana había resbalado definitivamente sobre su adorable culo, pero yo me sentía aún más desnudo que ella. Fingí indiferencia y volví a centrar mi atención en las respuestas de Google.

COURRIER DU BESSIN

LES GRANDES CARRIÈRES, SALIDA DE ISIGNY-SUR-MER. ATARDECER. ENCONTRADO UN CADÁVER JUNTO A ANTIGUOS HORNOS DE CAL.

—En serio —insistió Mona—. ¿Qué son esos cinco verbos?

—Mi brújula, ya te lo he dicho...

Hice de nuevo como que me desentendía inclinándome hacia la pantalla del ordenador, sin mirar cómo seguía rebuscando en mi cartera. Al cabo de unos segundos, exhibió, triunfal, un trozo de papel doblado en cuatro.

—¡Lo encontré! —exclamó.

Nadie había registrado así mis cosas, nadie había sabido nunca nada de las cinco líneas escondidas en esa nota, y, aun así, no hice nada para impedir que las leyera.

Las leyó en voz alta. Yo tenía la impresión de oír latir su corazón bajo el pecho.

1. *Convertirme*... en el primer deportista discapacitado que participa en el Ultra-Trail del Mont Blanc.

2. *Hacer*... el amor con una mujer más guapa que yo.

3. *Tener*... un hijo.

4. *Ser*... llorado por una mujer cuando muera.

5. *Pagar*... mi deuda antes de morir.

Se calló y se quedó mirándome.

—No lo entiendo todo, Jamal... ¿Me lo explicas?

Cliqué sobre otro artículo.

OUEST-FRANCE. EDICIÓN DE BAYEUX

EL ACOSO AL VIOLADOR SE INTENSIFICA. EL COMANDANTE LÉO BASTINET, DEL SERVICIO REGIONAL DE LA POLICÍA JUDICIAL (SRPJ) DE CAEN, RETIRADO DEL CASO AVRIL-CAMUS. LLEGADA INMINENTE A BAJA NORMANDÍA DE UNA PSICOCRIMINÓLOGA ESPECIALMENTE ENVIADA POR EL MINISTERIO DEL INTERIOR.

—¿Me lo explicas? —repitió Mona.

Aparté los ojos de la pantalla de mala gana.

—¡Eres un diablillo, Mona! Estoy seguro de que ya lo has entendido. Son algo así como los principios que rigen mi vida. Mis ambiciones, si lo prefieres. Mis retos para superar mi discapacidad. No morir, si es posible, antes de haber podido marcar esas cinco casillas. Da igual a qué edad dispersen mis cenizas, siempre y cuando haya alcanzado esos cinco objetivos...

—¡Estás enfermo!

—Es eso lo que te ha atraído de mí, ¿no?

Pensé que me dejaría en paz, así que abrí un documento PDF.

FRANCE-SOIR

EL ASESINO EN SERIE QUE ATERRORIZA NORMANDÍA. RETRATO BORROSO DE UN TIPO DE UNOS VEINTE AÑOS QUE LLEVA UNA GORRA DE ADIDAS BLANCA Y AZUL.

—Reto número 1 —dijo Mona—. ¡El paseo por el Mont Blanc! Eso lo he entendido. Te entrenas para esa cosa todas las mañanas. Es a finales de verano, ¿no? Tienes tiempo. Así que, ¡objetivo 1 alcanzado!

Sonreí a mi pesar. ¿Tenía un ápice de conciencia de la dificultad del recorrido y de la magnitud de la hazaña que se me había metido en la cabeza realizar? ¡El mayor *trail* del mundo! Mi sueño de niño. Por no hablar de las carreras clasificatorias en los meses anteriores...

—Vale —prosiguió su voz irónica—, marco también el reto número 2, «hacer el amor con una mujer más guapa que yo», eso lo has hecho esta noche.

Mona apartó la sábana con un pie y estiró su cuerpo desnudo sobre la cama, como si me estuviese pidiendo que aprobara lo que acababa de decir.

¿Qué podía objetar? Tenía que reconocer que sí, que Mona era, con diferencia, la chica más guapa con la que me había acostado.

Mona, sin esperar respuesta, continuó:

—Retos 3 y 4. Un crío. Una viuda desconsolada. Vale, Jamal, pero ahí subyace una cuestión importante. ¿Tienes que superar todos esos retos con la misma mujer? ¿La del número 2?

Seguí mirando la pantalla sin abrir otros documentos.

—Bueno, ¿qué? —insistió Mona—. Amante, madre y viuda. ¿Una, dos o tres

mujeres?

—Eso es lo de menos.

—¡Mentiroso!

—No... La mujer que llore mientras dispersa mis cenizas puede ser mi hija cuando yo sea muy viejo.

—¡Buena respuesta! Y por último, el reto número 5. ¿De qué va esto de «pagar mi deuda antes de morir»? ¿Has matado a alguien?

Me senté en la cama y puse una mano sobre su cadera.

—Me refiero a la deuda que tenemos todos: la vida. Simplemente quiero ser útil antes de morir. Salvar una vida para pagar la mía.

—¡Pues vas por mal camino! Ni siquiera has podido impedir que la pequeña Magali se tire por el acantilado...

Mi mano se deslizó sobre sus curvas. Mona tenía una asombrosa capacidad para romper todos los tabús. No había hablado nunca con nadie de las cinco direcciones de mi brújula, ni siquiera con Ibou o con Ophélie.

—También sirve detener a un asesino —me pareció útil precisar—. Impedir que vuelva a actuar.

—¿Al violador de la bufanda Burberry?

—Por ejemplo...

Mona me cogió con suavidad la mano, me tapó los ojos con la suya y me guio hacia uno de sus escondrijos íntimos.

—Olvídalo...

Los diodos verdes del despertador marcaban las 4.03. Habíamos hecho de nuevo el amor, luego me había quedado acurrucado entre sus piernas y se lo había contado todo, sin ocultarle nada de la bufanda roja alrededor del cuello de Magali Verron. Terminé con una pregunta:

—Tengo que ir otra vez a la policía dentro de un rato. ¿Me aconsejas que se lo diga todo?

—No lo sé. En el fondo, no tiene nada de raro que encontraras esa bufanda Burberry enganchada en la valla. El tipo que violó a Magali Verron debió de asustarse al oírte llegar. Pero lo otro...

Mona frunció la frente para pensar. Su naricilla de tortuga retrocedió un poco. De pronto se incorporó.

—¡Ya lo tengo! El violador llevaba una máscara. O una capucha. O bien Magali no tuvo tiempo de verle bien la cara. Y al verte a ti unos minutos después, con la bufanda en la mano, creyó que su agresor había vuelto. ¡Pensó que eras tú!

Repasé mentalmente la escena. Recordaba las palabras que Magali había pronunciado antes de saltar al vacío.

«No se acerque. Si da un solo paso, salto... Siga su camino. ¡Váyase! ¡Rápido,

váyase!».

¿Había sido tan idiota? ¿La había asustado como un cazador que acorrala a un conejo? ¿Paralizada de terror? ¿Dispuesta a todo antes que volver a caer en manos de su verdugo? Dispuesta a matarse.

La hipótesis de Mona me dejó helado.

Si yo no me hubiera acercado con esa bufanda en la mano, Magali no habría saltado.

Mona no parecía reparar en mis escalofríos. Prosiguió su razonamiento implacable.

—Jamal, eso podría explicar hasta lo más increíble. Se enrolló esa maldita bufanda alrededor del cuello mientras caía... —hizo una breve pausa— ¡para acusarte!

¿Para acusarme?

Mi piel desnuda se había convertido en simple carne congelada. ¿Cómo podía Mona seguir soportando su contacto? Me aparté. Esta vez, Mona percibió mi malestar y me retuvo asiéndome de un hombro.

Sobre la mesilla de noche, la estrella de sheriff reflejaba la luz de la lámpara marina. Su caricia se dulcificó.

—No te preocupes, Jamal. Tú no eres responsable de nada. No podías saberlo.

Me levanté. Los dedos de Mona se agarraron al vacío.

—¡Tú no has hecho nada malo, Jamal! Eres inocente. No tienes nada que temer de la policía. Tu esperma no es el del violador de Magali Verron, ni tampoco el del que violó a esas dos chicas hace diez años.

Miré los acantilados negros por la ventana. Mona repetía a mi espalda:

—No tienes nada que temer de la policía, Jamal.

Pero se equivocaba.

Se equivocaba de medio a medio.

No iba a tardar en darme cuenta de hasta qué punto.

¿ENTRE LAS MANOS DE SU VERDUGO?

Las 10.22. El sobre estaba sobre el banco, a mi lado, justo enfrente de la decena de *caïques*^[4] que dormían sobre los guijarros. Marea en descenso. En el canal excavado en el suelo arenoso para facilitar el acceso de las barcas al mar, dos surfistas estaban terminando de colgar las botavaras. El más joven de los dos, larga pelambreira rubia decolorada por la sal, había pintado un casco vikingo en su plancha; el otro, un cuarentón canoso, había optado por la versión estilizada de los dos leopardos de Normandía en dorado sobre fondo rojo.

¡Aventureros! ¡Auténticos! Como si solo se pudiera practicar ese deporte desafiando a los elementos —viento helado, mar gris, muralla de creta—, y los que hacían surf con bermudas, bajo las palmeras, en Honolulu o en Sidney, fueran al windsurf lo que los corredores domingueros a los de ultra-trails.

Compartí con ellos una sonrisa de colega. Seguía esperando antes de abrir el sobre. Saboreaba la tranquila mañana. Me había despertado hacia las siete y media. Mi primer gesto había sido coger la estrella de sheriff de la mesilla de noche y clavarla en la blusa de Mona tirada en el borde de la cama. Justo a la altura del corazón.

—Guárdala, Mona —había murmurado con voz adormilada—. La dejo en tus manos.

Su cuerpo caliente se había acurrucado contra el mío.

—¡Uau! ¡Es una gran responsabilidad!

—¡Enorme!

Me había vuelto a dormir. Una hora más tarde, Mona se había ido después de haberme escrito un breve mensaje.

«Tengo que currar. Estaré por la playa».

Cuando bajé al vestíbulo de La Sirène vestido con ropa de deporte, eran casi las nueve.

—Esto es el final de las grandes resoluciones —bromeó André mirando el reloj—. Si sigues durmiendo hasta estas horas, seguro que no seleccionan a un cojo para el Ultra-Trail...

—Hay circunstancias atenuantes, ¿no crees? La chica es bastante guapa...

—¿Qué chica? —dijo André guiñándome un ojo.

En vista de la media de edad de sus clientes, no debía de hacer de casamentero muy a menudo.

Había pensado hacer una carrera rápida e intensa, quince kilómetros en dirección oeste, hacia Etretat, y terminar tomando el sendero de las Ramendeuses hasta el valle costero de Grainval. Eché un vistazo a las previsiones del tiempo antes de salir:

RIESGO DE ALUD
NEVADAS PERSISTENTES
SE ESPERAN RÁFAGAS DE VIENTO AL FINAL DE LA MAÑANA
-15 °C
05350 SAINT-VÉRAN
HAUTES-ALPES

La broma diaria de André me produjo escalofríos a mi pesar. Fuera, la abundante luz ofrecía una ilusión de calor. Empecé corriendo despacio. En cuanto llegué al sendero de la costa, la hierba tiesa crujió bajo mis pies.

Hacia la mitad de la carrera, pasé por encima de Vaucottes, tomé aliento y me pregunté cuál de esas extrañas casas de duendes, perdidas en un bosque de ogros, era la del director de tesis de Mona. Cuando bajé hacia Yport por el sendero del calvario me encontré de cara con la furgoneta del cartero.

El tipo me miró como si fuera un niño que mendiga la postal de su amiguita.

—¿Un sobre? ¿A nombre de Jamal Salaoui? Sí, había uno, pero ya he pasado por La Sirène. Tendrás que pedirselo a Dédé, chaval...

Me lo figuraba, pero tenía otra idea en la cabeza.

—¿Es posible localizar al remitente de un paquete? Por el franqueo, por ejemplo, si es un sello de tinta y no de papel.

El cartero tenía cara de profe que está encantado de hacer horas suplementarias.

—En teoría, sí. Pero en el caso de tu sobre, chaval, me acuerdo perfectamente, lo he tenido entre las manos no hace ni un cuarto de hora, han utilizado una máquina de franquear. Cualquier pequeña empresa o administración de la región tiene la misma. Si tu intención es encontrar a la admiradora que te acosa, tendrás que hacerlo de otra forma.

En la entrada de La Sirène, André me tendió el sobre.

—¡Tu abono, Jamal! ¿*Pomme d'api*, *Télérama* o *Playboy*?

—*Pif Gadget*...

No me apetecía abrir el sobre en mi habitación. Un sol tenaz se empeñaba en iluminar la playa, así que di unos pasos hacia el banco del malecón. Sabía, antes de abrirlo, qué contenía el sobre.

La continuación del serial judicial.

Todas las piezas que hacían falta para comprender el encadenamiento de los hechos acaecidos hacía diez años.

Las 10.29. Los dos surfistas se deslizaban hacia Inglaterra. Por un breve instante, pensé que me quedaban menos de cuatro horas antes de mi cita con Piroz en la gendarmería de Fécamp. Rasgué el sobre y pasé las páginas apretándolas con fuerza entre los dedos entumecidos por el frío para que el viento no se las llevara.

Caso Myrtille Camus - Jueves, 26 de agosto de 2004

Victor Thouberville dominaba su mar de maíz desde lo alto del tractor. Al principio creyó que se trataba de una bolsa que unos turistas incívicos habían dejado tirada. Luego distinguió el vestido rasgado. Después, el cadáver de la chica.

Los dos gendarmes de la brigada de proximidad de Isigny-sur-Mer tardaron menos de diez minutos en personarse en el lugar. Inmediatamente establecieron la relación con el asesinato de Morgane Avril, tres meses antes. Tuvieron la presencia de ánimo de imponer la mayor discreción a los escasos testigos de la escena del crimen, Victor Thouberville y su hijo de quince años, y se pusieron en contacto con su superior, que confirmó su intuición. No se autorizó a los medios de comunicación que informaran durante las primeras veinticuatro horas, a fin de cerciorarse del vínculo entre los dos crímenes. Ya habría tiempo después de lanzar por las ondas la noticia, que provocaría el pánico en las costas normandas con la misma seguridad que un incendio forestal en las del Mediterráneo.

Todos los periodistas utilizarían la misma expresión.

Asesino en serie.

Las veinticuatro horas bastaron para despejar todas las dudas.

Myrtille Camus tenía veinte años y tres meses, era monitora en un campamento de adolescentes que había plantado las tiendas quince días atrás en el parque de ocio de Isigny-sur-Mer. Los últimos testigos que la habían visto viva se la habían encontrado hacia las tres de la tarde en la carretera de Grandcamp, a la salida de Isigny. Caminaba sola. Era su día de descanso.

El informe de la autopsia confirmó punto por punto lo que todos los investigadores al corriente del segundo crimen temían.

Myrtille Camus había sido violada y después estrangulada con una bufanda de cachemira roja, de cuadros, probablemente una Burberry.

El ADN del esperma del violador de Myrtille Camus era idéntico al del violador de Morgane Avril. Las pruebas más específicas, que siguieron a las primeras realizadas inmediatamente después del suceso, confirmaron sin asomo de duda posible la semejanza de las dos huellas genéticas.

Esos dos elementos eran suficientes por sí mismos para concluir que se las estaban viendo con un solo asesino, pero el informe añadió otros, más sorprendentes

todavía.

Antes de ser violada y estrangulada, Myrtille Camus se había dado un baño en la playa; desnuda, con toda seguridad, puesto que no llevaba ningún bañador encima y no encontraron rastro alguno de agua de mar en su ropa interior. Sin embargo, nadie la vio en ninguna playa después de que hubiera salido de Isigny-sur-Mer. Myrtille Camus llevaba un vestido de verano azul celeste con un estampado de grandes flores de hibisco de color malva. Muy elegante. Rasgado casi de arriba abajo.

El cadáver de Myrtille Camus, al igual que el de Morgane Avril, llevaba todavía el sujetador, malva, el mismo color de los hibiscos, pero le habían quitado las bragas. No las encontraron hasta el día siguiente, en el canal de la bahía de los Veys, manchadas de esperma del violador. Última similitud entre los dos casos: el bolso de bandolera que llevaba Myrtille había desaparecido. Los investigadores lo buscaron en vano durante meses.

Mismo acto bárbaro. Mismo violador. Misma arma del crimen. Misma agresión, incluidos detalles de los que la policía no había hablado nunca.

Mismo *modus operandi*.

Volverá a actuar.

Esa fue la conclusión tras veinticuatro horas de investigación en el más absoluto secreto.

No se detendrá aquí. El asesino golpeará de nuevo.

Dieron las gracias cortésmente al inspector Philippe Grima, de la gendarmería de Fécamp, por las investigaciones realizadas durante tres meses, y tuvieron la delicadeza de no recordarle que había descartado el riesgo de reincidencia en la conclusión de su informe, para acto seguido apartarlo del caso y encomendar los dos, el de Morgane Avril y el de Myrtille Camus, a un tándem que el ministro del Interior y el de Justicia aprobaron personalmente por su complementariedad.

El comandante del SRPJ de Caen, Léo Bastinet, tenía, a cinco años de la jubilación, una experiencia que nadie ponía en entredicho. Dotado de tacto, sentido de la organización, espíritu de equipo y humor británico, Bastinet, apreciado a la vez por sus hombres y por sus superiores, era una combinación bastante rara. Le asignaron de pareja, en sustitución del juez Nadeau-Loquet, a Paul-Hugo Lagarde, un joven magistrado que acababa de llegar al departamento de Calvados. Brillante, ambicioso, como pez en el agua con los medios de comunicación... Si Lagarde se pasaba de la raya, Bastinet sabría ponerle freno. Si soñaba con alcanzar la gloria, el joven juez no tendría más que conformarse con archivar todos los detalles del caso para, cuando este prescribiera, publicar un *best seller*. El ministro del Interior, espantado por el espectro de un asesino en serie que hubiera escogido el inicio del curso escolar para acceder a la fama, insistió en que al juez y al comandante se sumara un tercer especialista, una psicocriminóloga. Ellen Nilsson, treinta y seis

años, forrada de diplomas, superdotada según los ediles de la plaza Beauvau, encargada de seguir la investigación como profesional freelance y de aportar su visión del asunto donde y cuando quisiera.

El objetivo asignado al trío estaba claro y se reducía a tres órdenes.

Ir deprisa. Desdramatizar. Acorralar a ese perverso.

Todas las investigaciones confirmaron que no existía ningún vínculo entre Morgane Avril y Myrtille Camus.

El asesino había golpeado al azar. De todas las posibilidades, la peor.

Más de cinco mil personas asistieron al entierro de Myrtille Camus en la iglesia de Saint-Jean de Elbeuf. Casi uno de cada diez habitantes de la localidad.

Myrtille Camus se había convertido en un símbolo. Se lo merecía.

Todos odiaban al asesino.

Todos, quizá, salvo sus allegados.

Charles y Louise Camus eran personalidades conocidas en su ciudad. Conocidas y apreciadas. Charles era, desde hacía casi veinte años, el conservador del museo de Elbeuf, y se le consideraba uno de los mejores conocedores de la localidad, desde la arqueología del Sena de doscientos mil años atrás hasta las máquinas de tejer sábanas de lana en el siglo XIX. Louise enseñaba danza en el paseo Gambetta y militaba en defensa del circo-teatro, la joya más hermosa del patrimonio de la ciudad.

Una pareja humanista. Progresista. Centrista.

Louise y Charles solo tenían una hija, y la tuvieron tarde. Un tesoro, eran conscientes de ello, y por esa razón se esforzaron en no encerrar a Myrtille en una caja fuerte.

Myrtille asistía a las clases de danza de su madre y al taller del circo-teatro, pero también al colegio del barrio del Puchot, que acumulaba en su territorio todas las siglas inventadas por la política municipal desde hacía veinte años: ZEP, ZUS, ZRU, DSQ.^[5] Por su cumpleaños, en su casita a orillas del Sena encajonada entre los edificios de pisos, se mezclaban las familias más ricas de Elbeuf, las hijas de obreros en paro y los hijos de inmigrantes africanos.

Era una elección deliberada por parte de Louise y Charles, ni siquiera una elección política, simplemente una elección de vida. Myrtille era una hija única, amada, privilegiada. Louise y Charles querían que Myrtille fuera bella, no físicamente, eso ya lo era sin que ellos hubiera hecho nada; no, querían que Myrtille fuera una buena persona. Era egoísta y pretencioso por parte de ellos, si uno lo piensa. Querían que conservara eso de sus padres, unos valores, la generosidad, el compartir, el perdón, para que lo transmitiera a su vez cuando ellos ya no estuvieran allí.

Mucho antes de que Myrtille naciera, Louise y Charles habían fundado la asociación La Sábana de Oro para ayudar a los niños desfavorecidos. Corría el año

1964, el final de la industria textil acababa de dejar a la mitad de los asalariados de la ciudad en un paro que la llegada de las fábricas Renault a orillas del Sena no absorbía. La Sábana de Oro organizaba todos los veranos colonias para los niños y los adolescentes que no se iban de vacaciones, unas colonias que Louise y Charles dirigieron personalmente durante más de treinta años. Embarcaron a Myrtille en la aventura antes incluso de que tuviera la edad de andar, así que la pequeña se convirtió en la mascota de los jefes de banda en ciernes que imponían la ley en los dormitorios en verano y en las calles del barrio el resto del año. Louise y Charles traspasaron los poderes en 1999 a Frédéric Saint-Michel, el director de la Casa de la Juventud y la Cultura de Elbeuf. Fue él quien le hizo dar a Myrtille, en cuanto cumplió los diecisiete años, sus primeros pasos como monitora.

A Frédéric Saint-Michel le gustaba que lo llamaran Chichin, por otro Frédéric, el guitarrista de los Rita Mitsouko. Saint-Michel cultivaba una imagen de dandi *cool*: pelo largo, barba incipiente, voz grave. Había conservado de una educación rigurosa y diez años de patrulla en los *scouts* un sentido de la moral que tranquilizaba a Charles y a Louise, y de una vuelta al mundo que hizo él solo con menos de veinte años, una vena de locura que seducía a las chicas, incluidas las mucho más jóvenes que él.

Incluida Myrtille.

Pese a la diferencia de edad, resultaba casi evidente que Myrtille y Frédéric se enamorarían. Ella tenía entonces dieciocho años y él treinta y siete, pero Louise y Charles no encontraron ninguna objeción que hacer.

Frédéric era también una buena persona.

Programaron la boda para el 2 de octubre de 2004. El cadáver de Myrtille llevaba en el anular su anillo de compromiso.

Habría habido mucha gente en la boda de Myrtille.

Mucha, pero quizá no tanta como hubo en su entierro.

El trío de investigadores se puso manos a la obra. El juez, el comandante y la criminóloga.

En un primer momento, el juez Lagarde se limitó a aceptar las decisiones del policía, y la psicocriminóloga, a bostezar ante interminables listas de secuencias de ADN. Hicieron presentarse a los habitantes, los veraneantes y los campistas de la bahía de Veys para completar el banco de huellas genéticas normando puesto en marcha tras el asesinato de Morgane Avril.

Sin resultado, salvo la exculpación de todos los donantes.

Pusieron sistemáticamente carteles con el retrato-robot encargado por el inspector Grima, el del chico con la bufanda Burberry roja visto en Yport, ese cuyos padres se suponía que tenían una segunda residencia en la costa normanda.

A falta de otras pistas, seguía siendo el sospechoso número uno.

Un sospechoso fantasma.

Nadie lo había visto nunca en la zona, o bien el retrato era demasiado malo.

Carmen Avril presionó a los investigadores. En septiembre, *Femme actuelle* dedicó más de una página a una entrevista con la madre de Morgane. La frase más llamativa de aquella entrevista fue reproducida en la portada:

«¡Si me hubieran hecho caso, Myrtille Camus seguiría viva!».

Carmen Avril le explicó a la periodista que ella siempre había tenido la certeza de que su hija había sido víctima de un sádico. Que la había elegido al azar. Como también había elegido al azar a Myrtille Camus. Como también elegiría al azar a la siguiente víctima, si no lo detenían. Myrtille Camus seguiría viva si el inspector Grima no hubiera perdido tanto tiempo con su hipótesis: un accidente, un buen chico presa del pánico que le aprieta demasiado fuerte el cuello a su conquista de una noche; un buen chico que no reincidirá...

El comandante Bastinet relativizó el incidente con elegancia, invitó a Carmen, habló con ella. Le prometieron que las autoridades utilizarían los medios que fueran necesarios.

Era verdad.

El juez Lagarde y el comandante Bastinet tejieron una gigantesca red sobre Normandía. Puerta a puerta, batidas, recogida sistemática de testimonios, cruce de ficheros informáticos. Bastinet apostaba por una lucha larga contra el asesino en serie, por una investigación que llegaría a su fin gracias a un detalle, un elemento minúsculo oculto entre gigaoctetos de información. Un trabajo de hormigas obedientes y competentes... En el fondo, el mismo trabajo que había realizado el inspector Grima en Fécamp, pero ahora con muchos más medios.

Ellen Nilsson, la psicocriminóloga, se aburría. Al contrario que el comandante Bastinet, lo apostó todo a un testimonio. Uno solo.

Existía una diferencia fundamental entre el asesinato de Morgane Avril y el de Myrtille Camus.

Myrtille Camus se sentía amenazada los días anteriores a su asesinato.

Y sus allegados sabían por quién.

Levanté la mirada. Casi había terminado de leer, pero la presencia de una silueta familiar en la playa, a un centenar de metros de mí, me desconcentró.

¡Atarax!

Seguía llevando la cazadora marrón, como una segunda piel, cansada y deprimida; hacía que pensases que era Atarax y no Magali Verron quien debería haberse tirado por el acantilado. Se alejaba lentamente hacia el mar, casi como si, para avanzar, esperara a que la plataforma se secase a medida que las olas

retrocedían.

Todo se largaba, hasta el mar.

Eso debía de influir en su neurosis.

Metí a toda prisa las hojas en el sobre y eché a correr hacia él.

Pertenecíamos al círculo cerradísimo de los tres únicos testigos del suicidio de Magali Verron. Puesto que todo indicaba que el asesino de la bufanda roja había reaparecido diez años después de su doble asesinato, quizá Atarax tuviera su propia interpretación de este inverosímil encadenamiento de coincidencias.

¿VA A ACTUAR OTRA VEZ?

Caminé todo lo deprisa que pude sobre las rocas liberadas por el mar. Un paisaje de desierto tras una lluvia milagrosa. Miles de picos, valles y cavidades diminutas excavadas por el viento y los milenios. Cortantes. Relucientes. Mi pie izquierdo se enganchó en una cresta, y resbaló en un surco. Echaba pestes interiormente. Si no era capaz de mantener el equilibrio en una plataforma litoral resbaladiza con mi pata chunga, no valía la pena que compitiese sobre las laderas nevadas del Mont Blanc.

Volví a llamarlo.

—¡Le Medef!

Esta vez Atarax se volvió y me miró con sus ojos cansados.

—Ah..., es usted.

Al parecer, no se acordaba de mi nombre. Me acerqué y le di la mano.

—Jamal. Jamal Salaoui.

Miró mi WindWall. El que llevaba el día anterior y todas las mañanas.

—Entonces, ¿corre todos los días?

—Sí...

No tenía ganas de ponerme a hablar de mi entrenamiento. Busqué un atajo para abordar el suicidio de Magali Verron.

—Dentro de un rato iré otra vez a la gendarmería de Fécamp. Me han citado a las dos. ¿Y a usted?

Le Medef puso cara de sorpresa.

—Yo no. Firmé mi declaración ayer. Como simple testigo. El inspector Piroz dijo que se pondría en contacto conmigo si era necesario... No voy a quejarme, claro.

Pareció tomarse tiempo para reflexionar sobre mi situación excepcional. Al pie del acantilado, la plataforma litoral rocosa se extendía hasta el infinito. Un desierto poblado únicamente por las sombras negras e inclinadas de la gente de Yport que cogía marisco. Varias decenas, en grupos dispersos de dos o tres personas.

—Está prohibido —dijo Le Medef.

—¿El qué?

—Coger marisco. ¡Está prohibido! Hay un cartel en el puesto de socorro, pero aun así todo el mundo lo hace... La policía no dice nada. Eso me saca de quicio... — Levantó la voz, quizá con la esperanza de que lo oyera uno de los grupos de

pescadores—. O bien es peligroso y se hace respetar la ley, o bien no lo es y dejan que la gente coja mejillones... Pero prohibir tolerando..., no hay nada más hipócrita, ¿no le parece?

—No sé... Nunca he cogido marisco.

—¿No le parece que los policías son unos hipócritas?

—¡Unos criminales, diría yo!

Hice una mueca, como para expresar mi repugnancia solo de pensar que se pudiera comer un crustáceo pegajoso despegado de una roca calentada por el sol durante la mitad del día. Aquello distendió un poco a Le Medef. Me di cuenta de que en mi cabeza ya lo llamaba Le Medef; al final, encontraba su verdadero nombre más divertido que el de Atarax.

—Entonces, ¿dice que el inspector Piroz quiere volver a verlo? —preguntó.

—Sí...

—Es lógico, después de todo... En el fondo, Denise y yo, sin olvidar al buen Arnold, no vimos nada. Solo a la chica estrellándose contra el suelo. Pero usted estaba arriba.

Sus ojos parecían de nuevo atraídos irresistiblemente por los que pescaban a pie.

—Imagínese por un momento una intoxicación, Jamal. Que mueren todos. O solo uno. Un viejo. O un niño. Después de haberse zampado un cangrejo o una nécora atiborrados de bacterias. Aquí, entre los petroleros y la central nuclear, esa posibilidad no es ni mucho menos ciencia-ficción.

Se oían a retazos los gritos del grupo de pescadores más próximo, a cincuenta metros: un abuelo y sus dos nietos. Botas, impermeable de color amarillo y cubo Hello Kitty.

No, no me lo imaginaba.

—Un asunto raro, ¿no cree? —continuó Le Medef.

Me di cuenta de que hablaba de nuevo de Magali Verron.

—¿Por qué?

—El inspector Piroz se lo habrá dicho, supongo. Para la policía, no es un suicidio. La chica fue violada y luego estrangulada. Pero su versión es un poco diferente, ¿verdad?

No tuve tiempo de contestarle, porque él siguió hablando:

—Me resultó un poco sorprendente su versión, que conste: la chica que se tira ella misma por el acantilado. Así que he indagado, me he informado sobre esa tal Magali Verron. —Se acercó a mí y bajó la voz. Sus zapatos estaban sumergidos en un agujero de agua salada, pero parecía que le tuviera sin cuidado—. He encontrado cosas. Cosas difíciles de creer... Tengo tiempo de buscar, eso es verdad, todo el día...

—¿Cómo es eso?

—Estoy en paro y divorciado, tengo la custodia compartida de mis hijos, que ahora están estudiando en la otra punta de Francia...

¡Mierda! Yo esperaba información sobre Magali Verron y él me contaba su vida.

Me acercó su barba descuidada al hombro.

—Trabajaba en la central de Paluel. ¡Ingeniero de calidad! Ojo, no es fácil, sobre todo cuando tienes como yo cierta debilidad por la ecología. Un día, hace ocho años, lo dejé todo para invertir en molinos eólicos. ¡Era el futuro! Mi mujer estaba bastante de acuerdo; ella también es ecologista, bueno, lo era. La cosa funcionó bien al principio, monté una PYME en Cany, incluso contraté a dos técnicos y a un comercial. Íbamos a visitar a los agricultores de la zona para venderles viento... Nunca había hecho tanto honor a este dichoso apellido, Le Medef.

Esbozó una sonrisita al tiempo que tomaba aire. Yo, no. Su agua de colonia rancia se mezclaba con las salpicaduras del mar. Su voz adoptaba un tono melodramático. Un poco más forzado de la cuenta, pero en aquel momento no presté atención a eso. Lo recordé más tarde, mucho más tarde.

—Hasta que de repente —dijo Le Medef, irritado—, las grandes empresas llegaron al mercado: Nordex, Veolia, Suez, justo en el momento en que una ley puso fin a la autorización para instalar molinos eólicos en casas particulares. Ni un solo molino más, plantado sin un estudio previo de utilidad pública y revisión del plan urbanístico. No hace falta que se lo explique: todos los pequeños artesanos se hundieron en seis meses y las multinacionales se repartieron el pastel. ¡Declaración de quiebra! Mi mujer se largó con el compañero que había ocupado mi puesto en la central de Paluel. Me endeudé hasta el cuello para pagar los estudios de los chavales. Para que se haga una idea, sigo recibiendo todos los meses las facturas de devolución de los préstamos y menos de una vez al año una postal de mis hijos.

Le Medef me recordaba a un montón de tipos que vivían en los bancos públicos de la Cité des 4.000. Solitarios que repasaban ininterrumpidamente la película de su vida, como si pudieran endosarle su desgracia al primero que apareciera por allí solo con contársela.

—Hace un año —continuó—, me había convertido en un sin techo. Por suerte, conocí a un viejo que buscaba a alguien para hacer algunos trabajos en su casa de Yport y que me presta su chabola de vacaciones. Él no viene nunca, pero no quiere venderla. Es cosa suya, ¿no cree? Yo hago bricolaje, corto el césped, mantengo la vivienda, y él me da alojamiento gratis. Espero aquí mientras me recupero. No me quejo, que conste, no es el pueblo más desagradable para superar un momento difícil.

Mientras tomaba aire otra vez, como un nadador en apnea, miré ostensiblemente el reloj. Él comprendió la alusión.

—Bueno, hablando de superar momentos difíciles, volvamos a la pobre Magali Verron. ¿Piroz le ha hablado de ella?

—Me ha dicho que era visitadora médica, que estaba haciendo un recorrido para ver a todos los médicos de familia del cantón. Que sin duda durmió en Yport, pero no saben dónde... —Le Medef se volvió de nuevo hacia los niños y su abuelo con una mirada de consternación, como si estuvieran en peligro de muerte—. Algo así. Me ha dicho algo así, de modo que he hecho mis propias averiguaciones. En la central de

Paluel, yo trabajaba con los hospitales de la zona, y también con los médicos. Control de la calidad del aire, distribución de los dosímetros y las pastillas de yodo; en fin, todo ese tinglado. Me he puesto en contacto con una decena de médicos de los alrededores. Todos conocían a la joven Verron... ¡Una chica imponente, por cierto! Trabajaba para Bayer-Francia. Todos me la han descrito como encantadora, eficiente y lo bastante provocativa para conseguir que prescribiesen sus productos. Bueno, usted la vio mejor que yo. Quiero decir viva. A una chica tan guapa como ella, aunque les hubiera ofrecido hongos alucinógenos contra las radiaciones, se los habrían encargado a carretadas. En fin, resumiendo, una chica normal y corriente... Aparentemente, al menos.

Le Medef tenía el don de prolongar el suspense para mantener a su lado al palomo que lo escuchaba.

—¿Por qué aparentemente?

Dio un paso sobre las rocas. Una línea oscura se dibujaba en la parte inferior de sus zapatos.

—¡Llevo los zapatos empapados! Vuelvo al pueblo. ¿Me acompaña?

No me moví.

—¿Qué ha encontrado sobre Magali Verron? —insistí—. ¿No era una chica normal y corriente?

—Acompáñeme, le digo. Hay que estar en el pueblo para entenderlo...

No tenía elección, así que lo seguí. Mientras iba hacia el malecón, pensé que Christian Le Medef vivía en la región desde hacía más de diez años. Él también debía de haber establecido la relación entre el suicidio de Magali Verron y el asesinato de Morgane Avril y Myrtille Camus. La bufanda roja... Dudé si empujarlo o no por ese camino, y al final preferí avanzar en silencio a su ritmo.

Una revelación después de otra...

Dejamos atrás La Sirène. Le Medef tomó la calle Emmanuel-Foy, la calle más comercial de Yport.

—Ya verá —me dijo—. ¡Cuesta creerlo!

Se detuvo con aires de conspirador frente a la Maison de la Presse, la librería-papelería.

—Mire eso, los periódicos, en el expositor.

Miré con detenimiento los titulares del *Paris Normandie*, de *Le Havre Presse*, de *Le Courrier cauchois*. No me llamaba la atención nada en especial. Le pregunté a Le Medef con la mirada.

—Yo... yo no veo nada.

—¡Exacto! ¿No lo entiende? Eso es lo que resulta increíble. Una chica se tira por el acantilado, seguramente después de haber sido violada y casi estrangulada. Y al día siguiente, nadie habla del asunto en los periódicos regionales. Absolutamente nadie...

De repente comprendí adónde quería ir a parar Le Medef. Con todo, intenté contraargumentar.

—Un suicidio no merece la primera plana...

Dejé pasar a un tipo que salía de la librería con *L'Equipe* bajo el brazo. *Le Courrier cauchois* hablaba de la comunidad urbana de Fécamp; *Le Havre Presse*, de las reducciones de puestos de trabajo en Port-Jérôme; *Paris Normandie*, del aumento del precio de las viviendas en la costa.

—¿No la merece? —replicó Le Medef levantando la voz—. No me diga que no se ha dado cuenta de la relación que existe con otros casos. Ha hablado con la gente de aquí, ¿no? ¡Está al corriente, demonios! Ese maldito asesino en serie ha vuelto. ¡Una violación, una chica estrangulada con una bufanda roja que cuesta una mensualidad del subsidio para hogares sin ingresos! ¡Joder, fue hace diez años y me acuerdo como si hubiera sido ayer! La noticia ocupó los titulares de todos los periódicos durante seis meses. Y ahora... ¡nada! ¡Nada de nada!

—Es muy reciente —dije—. Ocurrió ayer por la mañana...

—Precisamente. ¡Por favor, pero si es un notición! ¿Cómo pueden dejarlo pasar como si tal cosa?

Me fijé en la primera página de los diarios con la esperanza de descubrir al menos un suelto. Le Medef, seguro de sí mismo, me dejó hacer. Ya debía de haber mirado de cabo a rabo todos los periódicos.

Yo intentaba elaborar otra explicación.

—Es la policía. No han dejado que se filtre nada. Esperan. Algo así como... como cuando se produce un accidente en una central nuclear. No dicen nada enseguida, esperan a que no haya peligro para informar a la gente...

Le Medef no parecía muy convencido.

—Pero ¿qué se supone que ha hecho la policía para retener la información? Somos tres testigos. Yo ya se lo he contado a todos mis amigos. Usted habrá comentado el asunto, ¿no? Denise también, no es de las que se callan... Por no hablar de toda la gente que vio a la policía ayer por la mañana en la playa examinando el cadáver... ¿Y nadie se ha hecho ninguna pregunta? ¿En un pueblo como Yport, donde nunca pasa nada y donde la única ocupación de los viejos es hacer correr los rumores?

Christian Le Medef tenía razón. Era imposible que ningún periodista hubiera recibido la información, que nadie hubiese establecido el paralelismo con el caso Avril-Camus de hacía diez años. Que nadie, aparte de nosotros, estuviera al corriente...

Y sin embargo, así era.

—Entonces, ¿qué? —insistió Le Medef—. ¿Tiene una explicación para esto?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco. Créeme, chaval, este asunto apesta.

Me di cuenta de que me había tuteado, como si buscara complicidad frente a una investigación que nos superaba a los dos. Desvió la mirada y me señaló con el dedo una casita de pescadores. Contraventanas azules, paredes de sílex decoradas con

ladrillos rojos y tejado de pizarra. No era el peor alojamiento para un ex sin techo.

—¡Esa es mi choza! ¿Quieres tomar un café?

El tiempo apremiaba. Faltaban menos de tres horas para mi cita con Piroz.

—No, lo siento. Pero quería preguntarle una cosa, ¿sabe dónde vive Denise, el tercer testigo?

Christian Le Medef pareció decepcionado.

—Con Arnold, eso seguro... —Sonrió para sus adentros—. Aparte de eso, ni idea. No he vuelto a verla desde ayer. Ni siquiera sé su apellido, la verdad... Y tú, ¿te hospedas en La Sirène, con André Jozwiak?

—Sí. Estaré una semana.

—Vale. Si tengo alguna novedad, te aviso. Voy a seguir husmeando para averiguar algo más sobre esa tal Magali Verron. Para romper la ley del silencio, ya me entiendes. Anoche hablé por teléfono con el doctor Charrier. Tiene la consulta en Doudeville y es uno de los médicos a los que Magali Verron fue a visitar el día antes del gran salto. ¡Anda, mira, otro tipo que está al corriente del suceso! En cuestión de chicas, Charrier no es de los que se impresionan fácilmente. Si vieras a sus secretarias..., están cañón... Pues bien, sucumbió a los encantos de la pequeña Magali. Incluso intentó ligársela. Habló un poco con ella, Magali acabó contándole que hacía danza, y entonces él la invitó a ir una noche a bailar para que viera que él también sabía llevar el ritmo. Me confesó que le había dado calabazas. Pero, claro, hay que tener en cuenta que la bella Magali no practicaba el baile de discoteca, sino la danza oriental moderna, *raks sharki* o una cosa así...

Raks sharki...

Una descarga eléctrica me sacudió el cerebro. Mis neuronas intentaron en vano volver a conectarse.

Christian Le Medef seguía hablando, seguramente mientras imaginaba a Magali Verron en sari de lentejuelas y al médico empleándose a fondo con su pico de oro.

Yo ya no le escuchaba.

Me despedí haciéndole una seña con la mano.

—Hasta pronto, Christian. Manténgame al corriente de lo que descubra.

Se quedó de pie en la calle, sorprendido por mi brusca despedida.

La Sirène estaba a cien metros escasos. Me abstuve de correr.

Raks sharki.

Ni rastro de André en la recepción. Subí la escalera del hotel, abrí la puerta, me precipité hacia el ordenador portátil y lo encendí, maldiciendo por anticipado su lentitud. La rueda de Windows giraba más despacio que mis pensamientos.

Raks sharki.

Había leído por primera vez esa palabra el día anterior en uno de los sobres marrones.

¡En la nota biográfica sobre Morgane Avril!

Mientras mi ordenador arrancaba, extendí sobre la cama todas las hojas en las que

se hablaba de la vida de Morgane Avril. Artículos de prensa, notas policiales, entrevistas...

En la pantalla, la flecha indicó por fin que ya podía mover ficha.

Escribí el nombre con impaciencia.

Magali Verron.

Apareció una decena de respuestas.

Facebook. Antiguos compañeros. Twitter. LinkedIn. Daily Motion.

Cogí una hoja. Con el primer bolígrafo que encontré, hice una raya. Una columna para Magali, otra para Morgane. Apuntaba sucesivamente los datos que encontraba y luego los ordenaba según su importancia.

Fecha y lugar de nacimiento, colegios frecuentados a lo largo de los estudios, gustos musicales, aficiones, países visitados...

Las palabras, los nombres se sucedían, casi a mi pesar, a uno y otro lado de la página.

A cual más increíble.

Seguí buscando hasta que no hubo ningún dato nuevo disponible.

Las líneas locas danzaban ante mis ojos. Surrealistas.

¿Podía el azar burlarse de mí hasta ese punto?

¿UNA CHICA NORMAL Y CORRIENTE?

—¿Jamal? ¡Te has despertado! Vuelvo de Grainval por la costa. Estoy llegando a Yport.

—De acuerdo, salgo a tu encuentro. Tengo que hablar contigo. Cuanto antes, inmediatamente. Esto es de locos.

—¿Sobre el asesino en serie?

—Más bien sobre sus víctimas.

Cuando llegué al malecón, oí una voz que me llamaba:

—¡Jamal, estoy aquí!

Mona.

Se había sentado en el columpio del parquecito de juegos para niños que dominaba la playa. Un tobogán. Una minipared de escalada. Un puente de cuerda. Se columpiaba despacio, como para que se secara el traje de neopreno que llevaba abierto hasta el nacimiento de los pechos. Junto a sus pies había una mochila que contenía una selección de guijarros extraños, capaces de revolucionar la industria informática.

Mientras me acercaba, un detalle me emocionó. Mona llevaba puesta mi estrella de sheriff en el traje de neopreno. ¿A quién que no fuera esa chica podía contarle mis descubrimientos delirantes?

Me senté frente a ella en el reborde de la diminuta piscina infantil, que solo debía de estar en uso los días de buen tiempo, si es que existían allí. Un pez de cobre, que supuestamente tenía que verter agua en la bañera, nos observaba con la boca abierta y vacía.

—Bueno —dijo Mona—, ¿qué querías decirme?

Le enseñé la hoja en la que acababa de hacer varias anotaciones.

—¡Mira, Mona! Dos columnas. Una corresponde a Magali Verron, muerta ayer por la mañana, y la otra, a Morgane Avril, asesinada hace diez años por un perverso. He apuntado todo lo que se sabe de ellas. Escucha esto... Morgane Avril era fan de los grupos de rock progresivo de los años setenta: Pink Floyd, Yes, Genesis. Lo pone en el informe policial. Esa es la razón de que insistiera tanto en ir al festival Riff on Cliff que se celebraba en Yport. En su página de Facebook, Magali Verron pertenecía a algunos grupos de fans de música. Tres exactamente: Pink Floyd, Yes y Genesis.

—Como varios miles de fans más, ¿no?

El columpio de Mona chirriaba como un pájaro quejumbroso. Bajé la mirada hacia la hoja.

—Vale, continúo. Morgane practicaba danza oriental en Neufchâtel, el *raks sharki*, para ser exactos...

—Lo conozco. El baile de salón en versión Bollywood. Está muy de moda...

—Magali también practicaba el *raks sharki* en El Havre.

—Ya te he dicho que...

—¡Una coincidencia, por supuesto! Agárrate, Mona. Esto no es más que el principio. Morgane Avril cursó todos sus estudios en centros públicos de su ciudad natal, Neufchâtel-en-Bray, de 1986 a 2003. He anotado todos los nombres: preescolar en el Charles-Perrault, primaria en el Claude-Monet, primer ciclo de secundaria en el colegio Albert-Schweitzer, y bachillerato en el instituto Georges-Brassens. Un recorrido clásico, como el de cientos de niños de la misma ciudad. Nada que ver con Magali Verron, que vive en Val-de-Marne, al sur de París. Después de la primaria, en septiembre de 2004 empieza a ir a estudiar a Créteil, en el centro... A ver si adivinas el nombre... —A modo de respuesta, el columpio soltó tres nuevos chirridos—. ¡Albert-Schweitzer! —dije casi gritando.

Mona se desvió bruscamente de su trayectoria rectilínea. Sin responder a su mirada atónita, continué:

—¡Otra coincidencia, por supuesto! Magali va luego al instituto a veinte kilómetros de Créteil, a Courcouronnes exactamente. ¿Cuál crees tú que es el nombre del instituto de Courcouronnes?

—¿Georges-Brassens? —preguntó Mona.

—¡Exacto! Lo he comprobado, hay menos de diez institutos Georges-Brassens en Francia..., uno de ellos en Neufchâtel-en-Bray y otro en Courcouronnes.

—Es raro, desde luego, pero...

No le di tiempo a continuar.

—Después, tanto Morgane como Magali cursaron estudios de medicina, Morgane en Ruan y Magali en la universidad Evry-Val-d'Essonne.

Mona frenó con el pie el impulso del columpio.

—¿Cabe la posibilidad de que fueran familia? ¿O simplemente amigas?

—No. No he encontrado nada sobre Magali Verron en ninguno de los artículos y los informes de la investigación sobre el caso Avril. Además, Magali tenía diez años en la época del asesinato de Morgane. Y no vivía en Normandía.

El viento marino continuaba agitando el columpio, del que Mona había bajado. Un viento frío. Ella se subió hasta el cuello la cremallera del traje. La estrella brilló sobre su corazón.

—Vale —dijo—, pensemos con calma. Tienes razón en un punto: eso no puede ser una coincidencia. Lo que significa que existe forzosamente una relación entre esas dos chicas... *A priori*, por lo que tú sabes, Morgane no conocía a Magali Verron.

Magali tenía diez años menos que ella. Vivía en Île-de-France. —Su rostro se arrugó, su naricilla se frunció y se movió como la de un conejo desconfiado que olfatea una pista. De pronto, sus ojos lanzaron destellos de inspiración—. ¡Pero también es posible lo contrario, Jamal! Magali forzosamente tuvo que oír hablar del caso Avril, del asesino de la bufanda roja. Tenía diez años en aquella época, esa historia pudo traumatizar su infancia... Hasta el punto, por qué no, de identificarse con ella, de copiar sus gustos, sus aficiones, incluso de elegir unos colegios que se llamaran igual que los centros educativos donde Morgane Avril había estudiado...

Hice una mueca de escepticismo.

—¿Hasta el punto de matarse de la misma forma, diez años después? ¿De hacer que la violen? ¿De simular un estrangulamiento con una bufanda Burberry?

La nariz rosada de Mona respiró profundamente.

—Es difícil de creer, lo reconozco.

Me acerqué a Mona. Antes de continuar, dudé si pegarme o no a su traje húmedo y rodearla con un brazo.

—Eso no es todo, Mona. Magali Verron no solo ha copiado la muerte de Morgane Avril. —Mi voz descendió dos octavas—. Nació el 10 de mayo de 1993, es decir, diez años, día por día, después que Morgane Avril.

—¿Morgane nació el 10 de mayo de 1983?

—Sí, en el hospital Fernand-Langlois de Neufchâtel-en-Bray.

Mona aspiró hondo y retuvo el aire.

—¿Y dónde... dónde nació Magali Verron?

—A más de seis mil kilómetros de Normandía, en el extrarradio norte de Quebec... —Le di a Mona tiempo para que soltara una larga espiración de alivio antes de cortarle de nuevo el aliento—. Te dejo adivinar el nombre del lugar concreto...

Su respuesta se hizo esperar, como si se le hubiera atascado en la garganta.

—¿Neufchâtel?

—¡Sí! Por increíble que pueda parecer, nació en Neufchâtel, un pueblo situado entre Charlesbourg y Loretteville.

Mona relajó bruscamente todos los músculos de su cara de ratón al acecho. Como si hubiera renunciado a comprender. Dio un paso hacia mí y pegó su neopreno a mi WindWall. El contacto fue extraño, un poco viscoso. Éramos dos cosmonautas en el planeta Marte.

—Magali Verron no solo ha copiado la muerte de Morgane Avril —repetí—. ¡También copió su nacimiento! He buscado: en todo el mundo solo hay cinco pueblos que se llamen Neufchâtel, cuatro en Francia y uno en Canadá. Magali Verron llegó a Francia, a Créteil, a los siete años.

—Hostia, Jamal, ¿qué significa esto?

—No tengo ni idea, Mona. No tengo ni idea. Algo se nos escapa. Tiene que haber forzosamente una explicación racional. —Sin apartarme de ella, le susurré al oído—:

Copiar la vida de otro. Todas las etapas, de principio a fin. Todos sus gustos, todos los lugares frecuentados, como un espejo, pero a distancia. Una especie de holograma. ¡Joder, es imposible!

—Un asesino en serie busca a víctimas que se parezcan, ¿no? —intentó argumentar Mona, sin verdadera convicción—. ¿Sabes lo que quiero decir? Chicas similares que le recuerdan a su madre, a su ex, o una fantasía concreta.

—¡Pero en este caso sucede lo contrario, Mona! Es como si esa chica, Magali Verron, hubiera intentado sustituir a la víctima, meterse en la piel de la presa. Como para atraer al predador hasta que este la encuentre...

—Hasta acabar el trabajo ella misma —añadió Mona—. Hasta enrollar el arma del crimen alrededor de su cuello. El último gesto que hizo en su vida.

No contesté. Escuché unos segundos la resaca de las olas, luego la besé suavemente en los labios y pasé la mano por las curvas de su piel de delfín. Bajé hasta sus caderas. La respiración de Mona se aceleró. Entonces noté un bulto en el estrecho bolsillo del traje. Mis dedos exploraron hasta sacar un pañuelo de seda color amarillo.

—Para el pelo —susurró Mona—. Precaución normanda.

El pañuelo se deslizó despacio entre mis dedos. Sin pensar, levanté las manos y coloqué el trozo de tela por debajo de su barbilla.

Lentamente.

—¿Cuánto tardarías en anudarlo?

Acerqué todavía más el cuadrado de seda a su cuello. Un instante después, los ojos de Mona se enturbiaron.

Leía en ellos miedo. Un terror repentino e intenso que rozaba el vacío absoluto.

¡Qué gilipollas!

Inmediatamente bajé los brazos, pero el mal estaba hecho.

Las lágrimas le empañaron la voz.

—Por favor, Jamal, no juegues a eso...

—Perdona —farfullé—. No quería...

Ella me quitó el pañuelo amarillo de las manos.

—Olvídalo. Soy yo quien tiene que disculparse. Ese temor ha sido una idiotez.

Estuvo un momento mirando la tela en la palma de su mano.

—¿Quieres que te diga de qué estoy convencida, Jamal?

—¿De qué?

—De que no es posible. —Observó el acantilado frente a nosotros, el búnker, los corderos, el sitio exacto desde donde Magali había caído el día anterior, y repitió—: No es posible que una chica que cae desde ahí arriba pueda hacer eso. Ponerse un fular alrededor del cuello.

Con un gesto brusco, juntó las manos, se las pasó por detrás de la cabeza y se enrolló la tela amarilla alrededor del cuello.

¿Cuánto tiempo había tardado? ¿Menos de un segundo?

—¡No es una cuestión de tiempo, Jamal! —aseguró Mona—. Quizá sea posible..., cómo decirlo..., técnicamente. Pero ¿te lo imaginas? Ejecutar ese gesto flotando por los aires, o más bien cayendo como una piedra. El gesto preciso... Haciendo abstracción de todo lo demás. No es posible, Jamal, eso es lo que yo pienso. Y aun así, te creo: Magali no llevaba esa bufanda alrededor del cuello arriba en el acantilado pero sí la llevaba abajo...

—Tiene... tiene que haber forzosamente una explicación racional...

—Eso ya lo has dicho, Jamal.

Me callé. Ella tenía razón. Toda esta historia no se tenía en pie.

Y sin embargo...

Mona se guardó el pañuelo en el bolsillo. Se sentó en la moto balancín sobre muelle y me miró como una enfermera que analiza la situación con un paciente poco cooperador.

—Resumiendo lo que sabemos, Jamal, un asesino en serie viola y mata a dos mujeres en 2004: Morgane Avril y Myrtille Camus. Diez años más tarde, una chica muere en las mismas circunstancias. Tenemos dos hipótesis. Para empezar, la hipótesis más insólita: esta chica reproduce de manera idéntica el destino de Morgane Avril, toda su vida, sus gustos musicales, los colegios, las aficiones... ¡Hasta matarse de la misma forma!

—Y elegir el mismo día y lugar de nacimiento que Morgane —intervine—. ¡Floja!

—Floja, de acuerdo. Pasemos entonces a la segunda hipótesis, la más lógica. El asesino golpea de nuevo. Pero, esta vez, no al azar, en vista de todo lo que sabemos sobre Magali Verron. Elige a su víctima, la viola, la estrangula. Esa sería más bien la tesis de la policía, ¿no?

—¡Igual de floja! Magali no ha muerto estrangulada, se ha suicidado. —Mona movió despacio la cabeza y se quedó pensativa unos instantes—. Pero resulta —continué— que he quedado con el inspector Piroz dentro de menos de dos horas y que, para serte sincero, Mona, estoy cagado de miedo. Tengo... tengo demasiada pinta del perfecto culpable...

—No pueden hacer nada contra ti. ¡No es tu esperma, Jamal! ¿Estás fichado?

—¡No!

—¿No has matado nunca a nadie? ¿Has robado alguna vez?

Se balanceó despacio sobre la moto. Con el traje de látex y el pelo suelto sobre los hombros, parecía un ángel del infierno en una Harley en miniatura.

Le sonreí con ese aire de Droopy desolado que al parecer constituía todo mi encanto.

—Robado, sí. Para pagarme los estudios. Pero no me pillaron nunca, tenía un método infalible.

Sus pupilas chispearon. Era evidente que estaba encantada de cambiar de tema.

—¿Otro?

—Solo robaba en verano junto a los ríos, en las gargantas de Tarn o de Ardèche. Ya sabes, esas autopistas de piragüismo. Me servía directamente de los bidones donde los turistas guardaban la documentación, los relojes y los móviles, sobre todo en los parajes donde dejaban la embarcación en la orilla para ir a saltar rocas. En el *camping* o en la playa, imposible registrar las bolsas; todos vigilan a todos. Pero, con un chaleco hinchable amarillo frente a treinta canoas todas iguales, nadie presta atención.

Mona estuvo a punto de caerse de la moto.

—¡Joder! ¡Es un truco genial! ¿De verdad hiciste eso? —dijo escrutando hasta el último poro de mi cara.

—Es posible... Me encanta inventarme historias.

La réplica restalló:

—Y lo de la bufanda, ¿también te lo has inventado?

Se le había escapado. Lo había dicho maquinalmente. Al menos eso es lo que pensé en aquel momento, que no era algo premeditado.

Me enfurruñé.

—¡Joder, Mona, tú no!

—Yo no, ¿qué?

—Mona, mira, yo no bromearía con la muerte de esa chica. No bromearía con una violación. Joder, hasta un niño de cuatro años entiende la diferencia entre lo que es un juego, una simulación y lo que es serio. Creía que tú también lo sabrías, Mona... — La miré fijamente a los ojos antes de continuar—. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién entonces?

Parecía ofendida. Se levantó y se esforzó en no levantar también el tono.

—Está bien, Jamal, cálmate. Te creo.

El corazón me latía desacompadamente. No había dicho aquello para marcarme un farol. Me había entrado pánico. Imposible afrontar solo esa historia de locos.

Si Mona me abandonaba...

Si Mona me abandonaba, ¿quién iba a creerme?

¿La policía?

¿André? ¿Christian Le Medef? ¿Denise y Arnold?

¿Ustedes?

¿OTRA COINCIDENCIA?

El silencio entre Mona y yo habría podido durar una eternidad. El riff de *La Grange*, de ZZ Top, sonó antes de que la investigadora se alejara.

¡La melodía de mi móvil! Había recibido un mensaje. Con un gesto impaciente, rescaté el teléfono del fondo de un bolsillo.

—¿Una admiradora? —me preguntó Mona con curiosidad.

Parecía encantada de que un elemento exterior rasgara la telaraña en la que nos debatíamos. Leí el mensaje y opté por el apaciguamiento.

—No sabes la razón que tienes...

—¿Joven y guapa?

—Guapa, sí. Pero demasiado joven.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años. —Mona se elevó unos centímetros poniéndose de puntillas y me miró con ojos de asombro—. Se llama Ophélie. Es una adolescente del Instituto Saint-Antoine. La violó su padre. Su regalo de cumpleaños cuando cumplió ocho años. Le han quedado algunas secuelas: agresividad, alteración del comportamiento, trastornos sexuales... Ningún adulto, sea educador, psicólogo o profesor, consigue ayudarla. Pero yo me entiendo bastante bien con ella.

—¿Y te llama durante las vacaciones?

—Sí. En el Instituto no paran de jorobarme con eso. Que si tengo demasiada intimidad con ella, que si perturbo el proceso terapéutico...

—Tienen razón —dijo Mona—. Mejor que cada uno haga su trabajo, ¿no crees? ¿Y qué quiere la niña esa?

Le pasé el móvil a Mona para que viera la foto que me había enviado Ophélie. Posaba pegada a un negrazo con un *piercing* que le cubría la mitad de las ventanas de la nariz. Un breve mensaje ilustraba la foto. Dos palabras.

¿Qué nota?

—¿Qué quiere decir eso de «qué nota»?

Recuperé el teléfono.

—Es un juego privado. Los fines de semana o en vacaciones, cuando Ophélie liga

con un tío, me envía una foto de él y yo lo evaluó... Algo así como si le corrigiera los deberes. Le pongo una nota y un comentario del tipo «puedes hacerlo mejor», «estás progresando», «te apartas del tema»... Y, a cambio, yo también le envío a veces fotos de mis novias...

Mona, más tranquila, dejó escapar por fin una carcajada.

—¡No me extraña que los educadores del Instituto se te echen encima!

Tecleé rápidamente mi respuesta.

2,5 sobre 10. Falta de imaginación. Evita el copipega.

Mientras clicaba para enviar el mensaje, Mona se bajó de pronto la cremallera del traje, desafiando al viento que se precipitaba entre el malecón y las casetas de playa. Sus pechos asomaron delicadamente bajo el neopreno.

—¿Y yo? ¿Qué nota?

¡Esa chica estaba loca!

—¿Quieres saber lo que opina mi amiga? ¿Es eso?

Ajusté el visor del iPhone para encuadrar la cara de Mona.

—Ya está. Pero no te fíes, Ophélie es un bicho. Hasta ahora no ha aprobado a ninguna de mis novias. —Me acerqué a Mona—. Tápate antes de que pilles algo malo. Te dejo, tengo que ir a ver a la policía.

Tiré yo mismo de la cremallera para que el escote de Mona se transformara en un formal cuello vuelto.

Tenía tiempo de pasar otra vez por el hotel para cambiarme y de comprarme un bocadillo antes de coger el autobús para Fécamp y presentarme en la gendarmería.

Cuando entré en el vestíbulo de La Sirène, André estaba ordenando unos folletos turísticos del palacio Bénédictine. Ese tipo se pasaba el tiempo apareciendo y desapareciendo detrás del mostrador; cualquiera habría dicho que tenía una entrada secreta, una trampilla en el suelo o algo por el estilo.

Al parecer no había recibido más correo para mí... Me planté delante de él.

—André, ¿no habrás tenido como cliente a una visitadora médica? Magali Verron. Cubría el sector de médicos de la región del Havre. Debía de dormir de vez en cuando en un hotel. Anteayer, por ejemplo...

—¿Es la chica que se ha suicidado?

Seguía ordenando con indiferencia los otros folletos. Bici-raíl de Etretat. Museo de Terre-Neuvas. Mi primer reflejo fue preguntarme cómo había podido establecer la relación tan deprisa.

—Sí...

—No me dice nada. Pero hay más de diez hoteles en el cantón, sin contar los de Etretat y las habitaciones que alquilan los campesinos de la zona. ¿No tienes una

foto?

—No...

Intenté describirle lo mejor posible a Magali Verron. No le oculté nada de su belleza fascinante y del poder de atracción de su mirada desesperada.

La respuesta de André restalló como una evidencia:

—Una chica tan guapa me habría llamado la atención...

Por supuesto.

Mientras subía la escalera de madera, mi teléfono vibró.

¡Otro mensaje!

La respuesta de Ophélie a la foto de Mona...

Me dispuse a leer el texto, convencido de que mi pequeña protegida iba a asesinar a mi musaraña pelirroja con una crítica celosa y mordaz. El mensaje me dejó sin habla.

11 sobre 10. No dejes escapar a esta, es la mujer de tu vida.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, la corriente de aire helado me sobrecogió. La ventana se había quedado abierta.

La mujer de la limpieza. Para ventilar.

La cama estaba hecha, impecable. Las toallas, limpias. Pensé fugazmente en el desorden de la habitación después de haber pasado la noche con Mona.

De pronto me quedé paralizado.

Encima de la mesa, justo al lado del ordenador portátil, había un sobre marrón. Un sobre nuevo, intacto. Ningún sello esta vez. Ninguna dirección. Solo mi nombre.

Jamal Salaoui.

La misma letra femenina que en los envíos anteriores.

Antes de coger el sobre, me asomé a la ventana abierta. El soplo del viento me helaba el cuerpo, en estado de fusión. No era muy difícil acceder a mi habitación por el exterior; los tejados planos del restaurante de La Sirène y del colgadizo formaban una especie de escalera para gigantes. Pero ¿quién se habría arriesgado a semejante escalada en pleno paseo marítimo, prácticamente a la vista de todo el mundo, para dejar un sobre encima de mi mesa?

Por un instante pensé en bajar a preguntarle a André si había entrado alguien en mi habitación, aparte de la señora de la limpieza. Lo descarté.

Más tarde...

Cerré la ventana. Tenía que tranquilizarme. El sudor, el que supuestamente debía absorber el WindWall, resbalaba en regueros tibios sobre mi piel. Me desnudé sentado en la cama y desatornillé la prótesis de carbono. Mis manos mojadas dejaron huellas oscuras en el sobre que rasgaba. Era más fino que los anteriores. Solo tres hojas grapadas.

Inmediatamente reconocí la franja tricolor de la policía nacional.

Desnudo sobre la cama con excepción del calzoncillo, dejé colgar mi única pierna hasta el suelo esforzándome en controlar el temblor nervioso que la agitaba.

Caso Myrtille Camus - Sábado, 28 de agosto de 2004

—Yo era la mejor amiga de Myrtille.

—Lo sabemos —contestó Bastinet.

El comandante del SRPJ de Caen y la psicocriminóloga Ellen Nilsson estaban sentados frente a los cuatro testigos: Louise y Charles, los padres de Myrtille Camus; Frédéric Saint-Michel, su prometido, y Alina Masson, su mejor amiga, la que acababa de hablar.

La persona cuyo testimonio podía resultar decisivo...

El comandante Bastinet no tuvo necesidad de consultar sus notas; se sabía el expediente de memoria. Desde el descubrimiento del cuerpo de la chica, violada y estrangulada en un bosque cerca de Isigny, había dormido menos de cinco horas en lapsos de media hora, como un navegante que participa en una carrera. Sí, era algo parecido.

Una carrera.

Contrarreloj.

En solitario...

Para acorralar a ese cabrón que ya había actuado dos veces en tres meses. Contra Morgane Avril en Yport, en junio, y contra Myrtille Camus ahora.

A decir verdad, no esperaba mucho de los servicios que pudiera prestarle esa tal Ellen Nilsson, la chica que el ministerio le había endosado. No tenía nada contra los psicocriminólogos, todo lo contrario; no era su especialidad, pero había recurrido con frecuencia a especialistas en el cerebro para comprender mejor a los perturbados con los que había tenido que vérselas. Sin embargo, se preguntaba en qué podría serle útil esa rubia estilizada, que había llegado con su estuche de bolígrafo Dupont por toda arma, su bloc Mont-Blanc por toda armadura y su yogur Activia por toda comida.

—Señorita Masson, ¿dirige usted el campamento de adolescentes donde Myrtille Camus ha encontrado la muerte?

Alina asintió.

¡Una chiquilla!, pensó Bastinet.

Alina Masson tenía veintiún años, apenas unos meses más que Myrtille Camus. En el campamento de Isigny-sur-Mer organizado por la asociación de la Sábana de Oro de Elbeuf no existía ninguna jerarquía entre las dos chicas. Solo una complicidad que venía de antiguo.

Bastinet decidió ir directo al grano.

—¿Myrtille se sentía amenazada? Amenazada por un hombre, quiero decir, en repetidas ocasiones. ¿Es así, señorita Masson?

—No exactamente, comandante.

Bastinet puso mala cara. Ellen Nilsson, contemplando sus uñas esmeralda, reformuló la pregunta:

—Tómese su tiempo, señorita Masson. Cuéntenos los hechos. Solo los hechos. ¿Quién era ese hombre?

—La primera vez que lo vi —explicó Alina—, estaba en el lago del parque de ocio de Isigny. Se encontraba a un centenar de metros de nosotros. Y... miraba a Myrtille.

—¿Cuál fue su reacción? —preguntó Bastinet.

—Ninguna. En aquel momento no le presté realmente atención. Era algo..., cómo le diría..., frecuente.

—¿Frecuente? —repitió el comandante.

Alina miró, incómoda, a Frédéric Saint-Michel. El prometido de Myrtille indicó con un gesto de la mano que podía continuar. Ellen Nilsson hizo unas anotaciones en su bloc Mont-Blanc mientras el comandante Bastinet apremiaba a la testigo para que prosiguiera.

—Myrtille ofrecía todas las mañanas, en la orilla del lago, una sesión de aquagym de media hora para los adolescentes. Poníamos música de fondo, Myrtille bailaba y los niños repetían los gestos que hacía ella. Al cabo de unos días, el aquagym de Myrtille se había convertido en una cita diaria para todo el *camping*. Familias, turistas, adolescentes...

—Myrtille era el centro de todas las miradas —sugirió Ellen.

—Eso es... —Alina titubeó, interrogó a Louise Camus con la mirada y continuó con voz trémula—: Myrtille era una chica muy guapa. Bailaba con una gracia y una energía que no dejaban a nadie indiferente.

Unas lágrimas asomaban por la comisura de los ojos de Louise. La antigua profesora de danza apretaba la mano arrugada de su marido.

—¿Puede describirnos a ese hombre que miraba a Myrtille? —dijo Bastinet—. Ese hombre que la miraba más que el resto...

—Solo lo vi de lejos, comandante. Estatura normal. Bastante joven. A primera vista, de nuestra edad. Llevaba una gorra blanca y azul con las tres rayas de Adidas. Y gafas de sol. Me pareció que estaba bastante bronceado.

Bastinet maldijo. La descripción podía corresponder a la del desconocido de la bufanda roja que habían visto tres testigos en Yport, el sospechoso número uno del asesinato de Morgane Avril, ese al que el inspector Grima había buscado en vano. Pero también podía corresponder a miles de hombres más...

—¿Cuándo volvió a ver a ese tipo?

—Andaba por el *camping*; reconocí su gorra varias veces. En mi opinión, debía

de ser del pueblo. O era monitor en alguno de los otros grupos que estaban en el parque. En Isigny había diez campamentos como mínimo...

—Siete exactamente, señorita —precisó Bastinet—. Ciento trece adolescentes a cargo de veintiocho adultos.

Ellen Nilsson puso los ojos en blanco, como si estuviera harta del rigor puntilloso del comandante.

—Para ser precisos —prosiguió Alina—, la segunda vez que me fijé en él fue en Saint-Marcouf.

Bastinet consultó sus notas rápidamente. Las islas Saint-Marcouf, a siete kilómetros de la costa normanda, eran las dos únicas islas del litoral francés de Calais hasta el norte de Cotentin. Dos piedras puestas en el mar, sobre las que Napoleón había construido un fuerte contra los ingleses. Eran propiedad del Estado y estaba prohibido dormir allí, pero las embarcaciones podían fondear. Las islas Saint-Marcouf constituían un destino ineludible para el turismo local. El campamento de la Sábana de Oro había organizado, como era de esperar, una salida a vela hasta las islas cinco días antes del asesinato de Myrtille.

—Myrtille y su grupo de cinco adolescentes habían pasado el día en el archipiélago —continuó Alina—. Yo fui en una 3.20 con otro grupo, hacia mediodía, a reunirme con ellos. Reconocí... al tipo. La misma gorra, las mismas gafas. Iba a bordo de una Zodiac, una pequeña, tipo barca de alquiler... y navegaba alrededor de las islas.

—¿Desde hacía cuánto tiempo? —preguntó Ellen.

—No lo sé... Ya estaba allí cuando nos acercamos a Saint-Marcouf. Dio unas cuantas vueltas. Miraba a Myrtille; eso era evidente. Después se marchó. No pudo durar más de cinco minutos en total, pero...

—Pero esta vez le preocupó —la interrumpió Bastinet.

Ellen suspiró ostensiblemente.

—No exactamente, comandante —precisó Alina—. Más bien me dije algo como: ese está empezando a jorobarnos con tanto dar vueltas a nuestro alrededor.

—Comprendo. Un reflejo de monitora vigilante. ¿Cuándo vio a ese hombre por última vez?

—Dos días después. Myrtille estaba de permiso, había ido a pie hasta la playa de Grandcamp-Maisy y habíamos quedado en que yo la recogería cuando fuera a hacer la compra con el nueve plazas. A la hora acordada, la busqué en la playa. Dormía tumbada boca arriba, en bañador y con un pañuelo sobre los ojos. La desperté. Fue después cuando vi que ese hombre estaba allí, sobre una toalla, a unos treinta metros de ella. Myrtille me confesó en el camino de vuelta que había dormido como un tronco, tumbada en la arena, más de dos horas... —Sus dedos trémulos buscaron un pañuelo en el bolsillo. No lo encontró, renunció y continuó—: Eso significa que ese tipo pudo observarla durante todo ese tiempo, que pudo imaginar cualquier cosa, montarse su película...

Alina se calló bruscamente y rompió a llorar. Frédéric Saint-Michel, con las manos crispadas sobre los brazos del sillón, no hizo ningún ademán hacia ella. Parecía atrincherarse en su odio hacia el asesino de su prometida, como si viviera cada segundo en que la neurosis del mirón quizá se había transformado en una pulsión criminal.

Mientras Ellen le tendía a Alina un pañuelo de papel en un delicado envoltorio de vichy azul, Bastinet insistió:

—¿Podría describirnoslo?

Alina era una chica fuerte. Sorbió por la nariz, tosió para aclararse la voz y continuó:

—La verdad es que no. Estaba tumbado boca abajo. Con la gorra de siempre y las gafas de sol puestas. Era más bien delgado y bastante musculoso, con unos músculos largos, como los deportistas. Pero sería incapaz de reconocerlo.

La policía le enseñó después el retrato-robot del desconocido de Yport, sustituyeron mediante Photoshop la bufanda roja por una gorra de Adidas y añadieron unas gafas de sol.

Podía ser él.

O no serlo.

El comandante Bastinet le dirigió una sonrisa comprensiva.

—De acuerdo, señorita Masson. Una última precisión que en realidad no va dirigida solo a usted. ¿Puede decirme si Myrtille llevaba un diario íntimo?

—No exactamente, comandante. No era un verdadero diario.

Padres, prometido y amiga se relevaron para describir la libreta de Moleskine azul celeste en la que Myrtille escribía desde la adolescencia y que llevaba siempre encima o en el bolso.

Desaparecidas, las dos, sin duda entre las manos de su violador.

Myrtille le confiaba sus pensamientos más secretos a esa libreta. Frases cortas, unas veces graciosas, otras melancólicas. A Myrtille le gustaba mucho escribir.

Bastinet iba a dar las gracias a los cuatro testigos cuando Ellen levantó la mano. La psicocriminóloga había dudado bastante antes de hacer su última pregunta delante del prometido de Myrtille Camus. Se sentía un tanto incómoda ante Frédéric Saint-Michel. La diferencia de edad con su futura esposa, seguramente, aunque a sus treinta y siete años conservaba un encanto de educador carismático, cuya mirada plácida de monje budista iba acompañada de una complexión de yudoca.

Adoptó el timbre de voz más suave que pudo y se dirigió directamente a Alina.

—Señorita Masson, en su opinión, el día del asesinato, ¿por qué Myrtille Camus iba vestida con tanta elegancia?

La pregunta desconcertó a Alina.

—¿Qué quiere decir?

Ellen levantó un dedo esmeralda, anillo y uña a juego, para indicarle a Bastinet que no interviniera y precisó:

—Myrtille era monitora en un campamento de adolescentes. Bajo su dirección. Supongo que llevan prendas de vestir prácticas para trabajar con chavales: pantalones cortos, camiseta, zapatillas de deporte... No ropa interior de color malva y un vestido tan corto...

—Era... era su día libre —balbució Alina, sorprendida de que la psicocriminóloga no se acordara de ese detalle.

El comandante Bastinet fulminó con la mirada a su colega. Frédéric Saint-Michel crispó de nuevo las manos sobre la silla para contener la rabia, en contraste con la calma de Louise y Charles, que se levantaron en medio de un silencio fantasmal.

El comandante observó a Frédéric Saint-Michel antes de que este saliera de la habitación. Alto. Erguido. Porte orgulloso todavía. Llevaba los largos cabellos atados con una cinta negra.

Bastinet estaba convencido de que el duelo haría estallar al cabo de unos meses a aquella juventud insolente. El hecho de que encontraran o no al asesino de su futura esposa no cambiaría nada: Saint-Michel se apergaminaría más deprisa que otros, encanecería, se pudriría como una apetitosa fruta demasiado madura.

Según el expediente, todo el mundo lo llamaba Chichin.

Las historias de amor acaban mal, pensó estúpidamente Bastinet. En general...

Los días que siguieron, la pregunta de Ellen Nilsson hizo su camino en la mente de Alina Masson, como una pequeña resquebrajadura en el espejo de sus recuerdos que se convirtió poco a poco en una larga fisura.

Pensó cientos de veces en aquel vestido corto, en aquella ropa interior de color malva.

Alina dudó si ir a hablar con Ellen Nilsson o no. Cogió varias veces el teléfono móvil para hacerlo, pero ninguna de ellas llegó a marcar el número de la tarjeta que le había dado la psicocriminóloga. No acababa de confiar plenamente en aquella psicóloga con la cara estirada.

Aun cuando aquella mujer quizá hubiera dado en el clavo.

Solo ella.

Alina prefirió callar. Se arrepintió, cada vez más a medida que pasaban los días, pero expresar sus dudas era traicionar el secreto de Myrtille. Su mejor, su única amiga.

Los días que siguieron, Charles y Louise Camus se acercaron todavía más a Carmen Avril.

Aunque eran del todo opuestos, unieron sus fuerzas.

Charles y Louise buscaban la paz; Carmen buscaba la guerra.

A Charles y a Louise los animaba un sentimiento de justicia; a Carmen, un

sentimiento de odio.

Pero, en el fondo, tenían el mismo objetivo.

Conocer la verdad.

Descubrir la identidad del asesino de Morgane Avril y de Myrtille Camus.

Los días que siguieron, el comandante Bastinet pidió a sus hombres que se concentraran en la búsqueda del sospechoso número uno.

El hombre de la gorra de Adidas.

Los anuncios de «se busca» permitieron confirmar la declaración de Alina Masson: varios testigos más habían visto a ese chico en el *camping* de Isigny-sur-Mer, en la playa de Grandcamp-Maisy, en las proximidades del club de vela...

Lo habían visto..., pero nadie pudo identificarlo. No trabajaba en los alrededores; la policía lo comprobó con todos los potenciales empleadores.

¿Un predador solitario que se confundía entre la masa de veraneantes?

El hecho mismo de que no se presentara por iniciativa propia en la gendarmería para declarar reforzó más en la mente del comandante Bastinet la convicción de que era sin duda alguna el violador-asesino. El mismo hombre que el que llevaba aquella bufanda roja en Yport.

Cuantos más días pasaban, más perdía el comandante la esperanza de encontrar su pista. El tipo se había colado entre las mallas de la red. No sabrían nunca quién era, a menos que tuvieran un enorme golpe de suerte, cosa en la que Bastinet, por experiencia, no creía.

Se equivocaba.

La suerte se inclinó hacia los investigadores dos meses más tarde, exactamente el 3 de noviembre de 2004. El día en que la policía descubrió la identidad del chico de la gorra de Adidas.

En ese momento, ya era demasiado tarde.

Otras dos muertes habían cubierto de luto el caso Camus-Avril.

¿LA SUERTE SE INCLINÓ?

Estuve a punto de perder el autobús para Fécamp. Lo alcancé en el cruce de la senda Colin y la calle Cramoisan. El conductor no dudó en infringir el reglamento para dejarme subir al vuelo; era la ventaja de correr con una sola pierna detrás de un bus.

Aproveché la escasa media hora de trayecto para analizar la situación. Casi a mi pesar, esas inverosímiles similitudes entre el suicidio de Magali Verron y el asesinato de Morgane Avril diez años antes me obsesionaban. Esa sucesión de coincidencias que ningún policía podía tragarse. Pero yo tenía la certeza de que debía seguir en paralelo la otra dirección, la del asesinato de Myrtille Camus, la segunda violación del asesino en serie. Si un desconocido se divertía mandándome por correo todos los detalles de esa investigación, era porque, de una u otra forma, la respuesta a mis preguntas se encontraba ahí. Tenía que memorizar hasta el más mínimo indicio. Todo eso formaba un solo y único conjunto. Coherente. Y evidente, sin duda, siempre y cuando se encajara con precisión cada uno de los elementos del puzle.

El autobús me dejó en Fécamp, en el muelle de la Vicomté, a las dos menos cuarto. El tiempo de comprarme un sándwich de jamón y ensalada en la panadería de enfrente y comérmelo en el puerto, frente al malecón. En el mostrador de información de la gendarmería, disimulé mi nerviosismo bromeando con la policía con sonrisa de azafata.

—Me ha citado Piroz —dije con cara de colegial al que han enviado al despacho del director.

Ella se hizo la poli simpática que conoce el mal carácter de su jefe. Hasta soltó un «¡ánimo!» antes de que me adentrara en el pasillo.

Las dos en punto.

Estaba de pie delante del despacho del inspector Piroz.

La puerta se encontraba abierta. Me paré un instante.

—Entre, señor Salaoui.

Piroz me indicó que cerrara la puerta a mi espalda. El pelo gris peinado hacia atrás le caía sobre los hombros como las ramas de un sauce llorón bajo el peso de la escarcha.

—Siéntese.

No tenía cara de director hartado de sermonear a un niño malo, sino más bien de

médico especialista que no tiene buenas noticias que darle a su paciente. Una pila de expedientes se acumulaban detrás de la maqueta del *Étoile-de-Noël*.

—Tengo los resultados, señor Salaoui.

No cualquier especialista. Un oncólogo.

—No son buenos, señor Salaoui.

—¿Ah, no?

—Las huellas dactilares... —Piroz se pasó los dedos por el pelo grasiento, a modo de peine—. Son las tuyas.

Aunque estaba preparado, me costaba encajar el golpe.

—¿En la bufanda de Burberry?

Piroz asintió con la cabeza.

—Se lo explicaré, inspector.

El policía no me interrumpió ni una sola vez mientras le contaba los hechos tal como se habían producido: mi descubrimiento de la bufanda enganchada en el alambre de espinos junto al búnker, mi reflejo idiota de lanzársela a Magali Verron, su salto al vacío, la bufanda flotando en su mano. Había preparado mi discurso en el autobús, pero aun así farfullé al contar lo que seguía.

La playa.

La bufanda enrollada alrededor del cuello de la suicida.

Expuse la versión de Mona: la chica no le había visto la cara al violador, me había confundido con él, se había asustado, había saltado para escapar de mí, para acusarme. No me lo creía ni yo mismo, pero más me valía parecer sincero; sospechaba que iba a ser difícil convencer a Piroz.

No sabía hasta qué punto me equivocaba.

—Su versión es interesante, señor Salaoui. Pero antes me ha interrumpido. Las huellas dactilares que hay en la bufanda roja de cachemira son las tuyas, en efecto... —Abrió el expediente verde que tenía delante. Yo sabía por experiencia que eso no era buena señal—. Pero tendrá que explicar, señor Salaoui, por qué hemos encontrado también sus huellas dactilares en el cuello de Magali Verron, en sus piernas y en su pecho...

Me quedé de una pieza.

Petrificado.

Mi cuerpo entero era una carcasa de acero frío, más rígido que mi pierna izquierda. Mi voz en apnea trató de seguir respirando.

—Eso... eso es imposible, inspector, yo no he tocado a esa chica.

—No la tocó antes de que saltara, eso es lo que me ha dicho. Pero ¿y en la playa, cuando ya estaba muerta?

Me aterraba el terreno al que Piroz quería llevarme.

—¡No la he tocado, inspector! Ni antes de su muerte ni después. Christian y Denise deben de habérselo dicho...

—Estoy simplemente intentando ayudarle, señor Salaoui.

¡Y una mierda!

Me tomé tiempo para repasar la escena mentalmente, para recordar todos los detalles. No tenía ninguna duda: en ningún momento había estado en contacto directo con Magali Verron.

¿Qué significaba este nuevo delirio?

Le solté a Piroz una carcajada ridícula.

—No me creo ni por un segundo esas tonterías, inspector. ¿Cuál es el próximo paso? ¿Anunciarme que han encontrado mi esperma en la vagina de Magali Verron?

Piroz se alisó despacio un mechón gris entre el índice y el pulgar.

—Eso me parecería bastante lógico, señor Salaoui. Lo más probable es que el hombre que ha estrangulado a Magali Verron sea el que la ha violado.

Exploté. El *Étoile-de-Noël* cabeceaba ante mis ojos extraviados.

—¡Joder! ¡Intenté salvar a esa chica, impedir que cayera, y usted me acusa de haberla...!

No tuve fuerzas para terminar la frase. La sonrisa de Piroz me dejó helado. Un miedo más intenso todavía me atravesó.

No me lo había dicho todo.

Escupí otra pregunta:

—¿Tiene los resultados de la prueba de ADN? ¿Es eso?

—No, es demasiado pronto, quizá a última hora de la tarde...

—Pero tiene ciertos indicios.

—Sí. Estimaciones, si prefiere ese término. Y no son buenas. ¡Nada buenas para usted!

¡Me cago en la puta!

Estaba sentado en una silla eléctrica que acababa de enviarme dos mil voltios a través del cuerpo. Mi esperma en la vagina de Magali Verron... Eso era lo que el cabrón de Piroz acababa de dar a entender.

La calma del inspector contrastaba con la tormenta que soplaba bajo mi cráneo.

—Creo que sospecha lo que ocurrirá a continuación, señor Salaoui. El juez de instrucción ha firmado esta mañana su imputación. Vamos a tener que ocuparnos de algunas formalidades. Buscarle rápidamente a un abogado, por ejemplo. —Me había dejado sacar la cabeza del agua un momento para mejor ahogarme después—. Pero, no quiero ocultarle nada, señor Salaoui, antes de llegar a ese punto me gustaría hablar un poco con usted. —Por primera vez, sus manos delataron una ligera vacilación—. Hablar de algo distinto del caso Verron. Del doble crimen de Morgane Avril y Myrtille Camus. Hace diez años. ¿Se acuerda, señor Salaoui?

¿Que si me acordaba?

De pronto tuve la impresión de que Piroz avanzaba por un terreno resbaladizo, en el límite de lo que un juez de instrucción autorizaría. Me erguí en la silla.

—¿Así que se trata de eso, inspector? Tres chicas muertas. Empiezan por acusarme de haber matado a una, y luego, ya metidos en harina, me endosan los otros

dos crímenes en los que la policía está estancada desde hace diez años.

Piroz frunció muy ligeramente las cejas, no del todo impresionado.

—Debe de haber hecho usted su propia investigación, señor Salaoui. Y debe de haber observado algunas coincidencias entre el destino de Morgane Avril y el de Magali Verron. Pasmosas, ¿no? La palabra incluso se queda corta, ¿no le parece? Tiene razón, estamos estancados... Pero al menos tenemos una certeza, ¡esos tres crímenes están relacionados!

Yo ya no me atrevía a afirmar nada. Me limitaba a ladrar como un perro atado. A morder a los que pasaban por mi lado.

—Explicar las coincidencias es su trabajo, no el mío.

—En efecto.

Piroz consultó de nuevo sus expedientes, esta vez uno beis.

—Voy a hacerle una pregunta importante, señor Salaoui. Muy sencilla, y muy importante para usted. ¿Tenía las dos piernas hace diez años? Su expediente es..., cómo le diría..., bastante impreciso en ese punto.

Había comprendido el juego sin que Piroz hubiera tenido que explicármelo. El sospechoso número uno en el caso Avril-Camus, el desconocido que llevaba una bufanda de Burberry y quizá, tres meses más tarde, una gorra de Adidas podía corresponder vagamente con mi descripción.

Moreno, estatura normal, deportista, piel tostada.

Excepto que él no cojeaba...

Excepto que nada me obligaría a decirle la verdad a Piroz.

Al menos en ese punto.

—No, inspector. Nací así... En fin, casi. Para que me entienda, no tuve suerte, el hada que se inclinó sobre mi cuna perdió la chaveta en el momento de concederme un don.

Piroz me miró con desconfianza. Por más que me metiera en el cuerpo un canguelo de mil demonios con sus acusaciones, iba a vengarme de él. Me relamía por anticipado de ver cómo se le saldrían los ojos de las órbitas.

—El hada esa de las narices me dio un toque en la frente con su varita mágica, pronunció la fórmula mágica, abracadabra o algo por el estilo, y luego, de verdad de la buena, inspector, en vez de concederme el don de la belleza, me concedió el de la cojera.

Semblante consternado de Piroz.

—Como se lo cuento, inspector. Es tener mala pata, ¿no cree?

Mi mente destrozada rebosaba de pompas que explotaban como fuegos de artificio. Tenía la impresión de cargar contra un carro de combate empuñando un sable.

La tez de Piroz adquirió un color rojo ladrillo.

—Esto no es un juego, Salaoui. Joder... Intento ayudarle.

Aproveché la ventaja.

—¡O tenderme una trampa! Un discapacitado. Moro. Soltero. Que trabaja con los pirados. El chivo expiatorio perfecto, ¿no? Diez años lleva la policía buscando a uno... —Piroz apoyó los dos codos sobre la mesa—. Yo no he tocado a esa chica, inspector —insistí—. No son mis huellas las que están en su cuello. No es mi esperma. ¡Búsquese otro palomo!

El policía fijó su mirada un instante más allá del palo de trinquete del *Étoile-de-Noël* antes de volver a tomar la palabra lo más tranquilamente que pudo.

—No es la estrategia correcta, Salaoui. Una pierna menos no le salvará delante del jurado...

¡Capullo! ¿Y cuál era la estrategia correcta?

Por más que mi mente explorara decenas de hipótesis, por más que buscase todas las puertas de salida, solo había una explicación posible.

Una maquinación policial.

Estaban fabricando el culpable que necesitaban. Un pobre tipo que se encontraba por casualidad una mañana en el acantilado en el momento menos oportuno.

Yo.

Un instante después, el otro hemisferio de mi cerebro me susurró que estaba en la gendarmería de Fécamp, no en Corea del Norte o en Sudáfrica... No se fabricaban pruebas falsas para acorralar a un inocente. Aquí, no. En Francia, no.

—Tengo derecho a un abogado.

—Por supuesto, Salaoui. Es imposible imputar a un ciudadano sin que haya escuchado los cargos acompañado de un abogado.

Me venían vagos recuerdos de series vistas en el sofá desfondado de nuestro piso de La Courneuve. *Navarro* y compañía, ese tipo de productos soporíferos que veía mi madre y ante los que yo remoloneaba para no meterme en mi habitación y ponerme a estudiar.

El caso Avril-Camus se remontaba a hacía casi diez años. Diez años, eso debía de corresponder al plazo de prescripción de un crimen. Una idea descabellada me rondaba por la cabeza.

¿Y si yo fuera su última oportunidad?

Dentro de unos meses el caso Avril-Camus sería archivado.

¿Y si antes de bajar el telón, la policía hubiera decidido acorralar al primero que pasara por allí?

—¿Conoce usted a algún abogado, Salaoui?

No contesté. Ahora sospechaba de todo. Un segundo detalle, al que no había prestado atención hasta el momento, me sorprendió. Se trataba de nuevo de un recuerdo de las series de culto de mi madre.

—¿No tiene que haber dos policías para interrogar a alguien?

—No, señor Salaoui... Para un simple interrogatorio, no.

Piroz se levantó, irritado.

—Voy a confesarle una cosa: tengo trabajando en el caso de la muerte de Magali

Verron a tres hombres que están buscando a todos los tipos con los que esa chica ha estado en los últimos días. Y que comprueban todas esas coincidencias entre los gustos y los estudios de Magali Verron y los de Morgane Avril, esas semejanzas delirantes que no se acaban de entender. Ha tenido suerte de que le haya tocado yo, Salaoui. Cuando todo, absolutamente todo, le acusa, yo sigo buscando por otro lado. Como para pensar que no estoy completamente convencido de su culpabilidad en este maldito caso, así que no vaya a estropearlo.

Piroz había pronunciado esta última parrafada con una extraña solemnidad. Un sermón de justiciero. Como si solo él pudiera oponerse al destino que amenazaba con aplastarme.

¿Una trampa? ¿Otra más? Piroz era listo.

Se inclinó hacia mí, sus largos cabellos se deslizaron sobre su cuello y le rodearon la barbilla como una barba postiza que se despegara.

—Por última vez, Salaoui, es muy importante, ¿andaba usted con los dos pies hace diez años?

Piroz debió de interpretar mi largo silencio como un tiempo de reflexión, pero mi decisión ya estaba tomada.

No le creía.

Yo era culpable.

Así me veía él. Así me veían los demás policías. Todos los indicios estaban ahí, acumulados: las pruebas, los hechos, los testigos.

¿Qué valía mi palabra contra un muro de certezas?

Nada.

No sabía quién, pero me habían tendido una trampa.

Ya no tenía elección, debía pasar a través de la red que me aprisionaba.

Inmediatamente. Fueran cuales fuesen las consecuencias.

El gesto no requirió más de un segundo. Me incliné hacia delante, justo lo suficiente para coger con las dos manos la peana de la maqueta del *Étoile-de-Noël* y, en el mismo movimiento, girar con los brazos levantados para golpear el cráneo del inspector con la base de caoba.

Piroz no tuvo tiempo ni de esbozar el más mínimo movimiento de defensa. Se desplomó pesadamente. Sus manos intentaron atrapar el vacío mientras sus piernas dejaban de sostenerlo. Solo sus ojos se aferraron. Aterrorizados.

Su seguridad altanera se había transformado en un pánico desesperado.

Un hilo de sangre salía de la boca que me suplicaba.

—Salaoui, no...

¿No qué?

¿Qué le daba más miedo perder?

¿Su maqueta? ¿Su presa? ¿Su vida?

Intentó levantarse, apoyó las dos manos en el suelo de baldosas. Aturdido. Unas gotas escarlata bañaban su frente y resbalaban por sus cabellos.

Dirigí una última mirada al *Étoile-de-Noël*, los finos cordajes pegados con la precisión de un relojero, los salvavidas y los pabellones pintados con delicadeza, los pequeños marineros dispuestos con minuciosidad sobre la cubierta, y a continuación estrellé el conjunto contra la nuca de Piroz.

Cayó de nuevo al suelo. Esta vez, K-O.

Me quedé inmóvil unos segundos, convencido de que una decena de gendarmes alertados por el ruido iban a aparecer en el despacho.

Silencio. Puerta cerrada.

Cualquiera habría dicho que estaban acostumbrados a que les zurraran entre sus paredes.

Evalué rápidamente la situación. ¿Cómo iba a salir ahora de ese atolladero? ¿Por la ventana? ¿Echando a correr por el pasillo hasta la entrada? ¿Agarrando a Piroz por el cuello, poniéndole la punta de un abrecartas sobre la carótida y escapando escudándome tras él?

¡Ridículo!

Mi única posibilidad era salir como había entrado. Con naturalidad. Vagamente preocupado. Dirigiendo una mirada de complicidad a la poli de la entrada.

Rasgué lo más silenciosamente que pude la franja de tela de color manzana del estor que se suponía que debía proteger la habitación del inusual sol de Fécamp, y tardé menos de un minuto en amordazar y atar a Piroz con la cortina.

Respiraba, pero ya no se movía. Ojos cerrados, pegados con sangre, cejas y pelo revueltos. Invertí unos segundos más en coger al vuelo la carpeta verde.

Magali Verron.

Dudé en llevarme más expedientes. Una columna entera de documentos estaba apilada sobre la mesa del inspector, pero no tenía tiempo de seleccionar. Ni de cargar más de la cuenta.

Siguiendo un último impulso, metí en la carpeta una hoja suelta que sobresalía de la pila, la que me había intrigado el día anterior.

La tabla que destacaba en la hoja blanca.

Ocho cifras en cuatro casillas.

2/2	3/0
0/3	1/1

¿Otro misterio?

Ese podía esperar...

Salí.

Me crucé con un policía; otro apareció por mi derecha y me rozó; dos más avanzaron hacia mí desde el fondo del pasillo, con el revólver en el cinturón, me

miraron, ralentizaron, se apartaron.

Pasé entre ellos sin volverme.

Ya estaba en el vestíbulo.

—¿Ha sobrevivido? —me preguntó, bromeando, la guapa policía de la entrada.

Casi sentí remordimientos al devolverle la sonrisa. Sus colegas le echarían la culpa. Había bromeado con el violador huido sin sospechar nada, sin dar la alerta. ¿Se atrevería a decir que le había parecido bastante simpático? ¿Que no respondía en absoluto al perfil de un asesino? ¿Que quizá se equivocaban?

Por un instante pensé que la gravedad de la maquinación urdida por la policía contra mí contrastaba con la facilidad con la que me había escapado de la gendarmería.

No iba a quejarme de eso.

En cuanto bajé los peldaños de la gendarmería, el viento cargado de yodo me azotó la cara.

Era libre.

¿Durante cuánto tiempo más?

Me alejé de allí a paso rápido y me dirigí hacia el puerto.

¿De cuánto tiempo disponía antes de que Piroz diera la voz de alarma?

Pensé fugazmente en las cinco direcciones de mi estrella: convertirme en el héroe con una sola pierna del Ultra-Trail del Mont Blanc, hacer el amor con la mujer de mis sueños, tener un hijo, ser llorado, pagar mi deuda...

Mal comienzo...

La policía tardaría unas horas escasas en dar conmigo; siendo optimistas, unos días. Imposible ir a dormir a La Sirène o simplemente acercarme a Yport.

¿Qué esperaba?

¿Demostrar yo solo mi inocencia? ¿Que la bruma de misterios se disipara como un mal sueño? ¿Que la policía encontrase a otro culpable? ¿Al verdadero asesino?

Dejé detrás de mí el paseo marítimo. Desierto. El frío no incitaba a los escasos paseantes a ir más allá del malecón de hormigón. Los cantos rodados de la playa me engulleron sin que nadie reparara en mí.

Sin que nadie me oyera.

¡Soy inocente!, gritaba mentalmente.

¡Soy inocente!

El agua subía de manera gradual, pero andando deprisa podía alejarme lo suficiente antes de que cubriera por completo la plataforma litoral. Entre Fécamp e Yport, a lo largo de casi diez kilómetros de costa, solo había un acceso al mar, Grainval, y decenas de carteles con la indicación de que estaba absolutamente prohibido pasear bajo los acantilados.

La policía local había dejado hacía mucho tiempo de jugar al escondite con los contrabandistas en el sendero de los aduaneros. Nadie vendría a buscarme aquí, entre el mar y la creta.

Los guijarros rodaban bajo mis pies. Fécamp ya no era más que una línea de edificios grises y borrosos. Con la carpeta verde en las manos, pensaba en Piroz y en sus acusaciones.

Una cuestión me obsesionaba.

Al golpearlo y huir, ¿había rasgado justo a tiempo la telaraña que tejían a mi alrededor?

¿O había bajado otro peldaño hacia ese abismo que me engullía?

II

Arresto

Rosny-sous-Bois, 22 de julio de 2014

Unidad Gendarmería de Identificación de Víctimas de Catástrofes (UGIVC), Instituto de Investigación Criminal de la Gendarmería Nacional (IRCGN)

De Gérard Calmette, director de la UGIVC

Para el teniente Bertrand Donnadieu, Gendarmería Nacional, Brigada Territorial de Proximidad de Etretat, Seine-Maritime

Apreciado teniente:

A raíz de su mensaje del 13 de julio de 2014 en relación con el descubrimiento el día anterior, 12 de julio, de tres esqueletos en la playa de Yport, en Seine-Maritime, nuestro servicio se ha dedicado a investigar con la mayor diligencia este sorprendente asunto.

Aunque a día de hoy ninguno de estos tres individuos ha sido identificado, los primeros dictámenes periciales confirman varios hechos irrefutables.

Para empezar, podemos afirmar con toda certeza que los huesos pertenecen a tres hombres, mayores de edad, de entre veinte y treinta años en el momento del fallecimiento.

En segundo lugar, los exámenes no han revelado ninguna marca de golpes en los respectivos cráneos, ni siquiera en otras partes de los esqueletos, lo que parece excluir la hipótesis de una muerte como consecuencia de un impacto exterior, por ejemplo, el desmoronamiento de una de las paredes rocosas de la cavidad por la que los tres hombres quizá se hubieran desplazado. No obstante, la hipótesis de una muerte violenta, o no natural, sigue siendo la pista principal que seguimos, dadas las circunstancias del hallazgo de los cuerpos. Análisis químicos complementarios permitirán, sobre todo, contemplar la posibilidad de un envenenamiento.

La estimación de la fecha de la muerte de los tres individuos es uno de los puntos más desconcertantes de

esta investigación. Como es habitual en un procedimiento de identificación, hemos asignado a cada uno de los tres esqueletos un identificador provisional que solo servirá mientras dure la investigación. En este caso, tres nombres de pila, cuyo orden alfabético corresponde a la cronología de su muerte.

Porque, y este es un punto particularmente difícil de explicar, los tres individuos han fallecido en fechas diferentes, lo que excluye cualquier muerte que podríamos calificar de «colectiva» o «simultánea», ya se trate del accidente de un grupo de espeleólogos, de un triple asesinato o incluso de un suicidio colectivo.

Para ser más precisos, el primero de estos esqueletos, al que hemos llamado Albert, falleció como muy tarde en el verano de 2004.

El segundo, Bernard, falleció varios meses después que Albert, probablemente entre el otoño de 2004 y el invierno de 2005.

El tercero, Clovis, ha fallecido en 2014, entre febrero y marzo, es decir, hace unos cinco meses. Teniendo en cuenta la acidez de las cavidades de caliza con sílex donde los cadáveres han estado, la rapidez de la descomposición de este último cuerpo no parece muy sorprendente.

Por último, teniente, y como usted mismo menciona en su correo, parece difícil dissociar el procedimiento de identificación de estos tres esqueletos del caso conocido como el de «el asesino de la bufanda roja», una de cuyas víctimas, Morgane Avril, fue hallada en junio de 2004, estrangulada, no lejos del lugar donde estos tres esqueletos han sido descubiertos también.

No obstante, antes de tener el resultado de pruebas complementarias, entre ellas el análisis genético practicado en los huesos, no podemos establecer qué relación directa podría haber entre la muerte de estos tres hombres, de los que no sabemos nada, y el asesinato de esas chicas.

Tenga la seguridad, teniente, de que empleamos todos los medios posibles para hacer avanzar al máximo esta investigación. Sin embargo, no puedo ocultarle que, dada la reducción de efectivos que sufrimos y el incremento de

la actividad, nuestros servicios deben hacer frente a otras urgencias. Los fallecimientos de Albert y Bernard, al haber superado el plazo de prescripción legal de diez años, no son considerados, desde un estricto punto de vista reglamentario, como una prioridad para nuestros servicios.

Reciba un cordial saludo,

GÉRARD CALMETTE, director de la UGIVC

¿DURANTE CUÁNTO TIEMPO MÁS?

Esperé buena parte de la tarde a que oscureciera escondido en una de las innumerables cavidades del acantilado, un poco más arriba del valle costero de Vaucottes, agarrado como un mejillón a los lienzos de roca que el oleaje dejaba al descubierto.

Empapado.

El mar dejaba secar una franja de cantos rodados de aproximadamente un metro entre él y la pared de creta, pero algunas olas más temerarias se divertían viniendo a romper contra el acantilado y rociar, de rebote, al imbécil que se escondía allí. En recompensa por mis esfuerzos, un Dios compasivo me había regalado la más suntuosa de las puestas de sol justo antes de que subiera por el valle teñido de rojo en dirección a Vaucottes.

Esperé un poco más antes de salir al bosque de Hogues. Diez minutos. El tiempo necesario para que la oscuridad fuera más intensa y mi ropa húmeda se solidificase en un sudario de hielo.

Libre todavía, pero helado.

Noche gris. En la penumbra, el valle costero de Vaucottes adquiriría un aspecto de valle encantado. La treintena de casas perdidas en la jungla de pinos, avellanos y robles parecía haber sido erigida tras un concurso de arquitectos malditos. Las villas rivalizaban en invenciones barrocas. Tejados de chalet suizo, campanarios tiroleses, ventanas curvas en voladizo inglesas, fachadas moriscas. Comprobé que no circulaba ningún coche y subí por la carretera de la playa. La Horsaine, la villa del director de tesis de Mona, se escondía después del cruce.

Martin Denain.

123, chemin du Couchant.

«Encontrarás las llaves debajo de uno de los ladrillos del brocal del pozo —me había indicado Mona por teléfono—. Junto al cobertizo para las carretas. El jardinero que se ocupa del mantenimiento de la propiedad la deja ahí cuando se va. Instálate como si estuvieras en tu casa, yo iré para allá en cuanto pueda».

Me había enviado un beso virtual y había colgado. Sin hacerme preguntas, conformándose con la constatación aterrada que yo le había transmitido.

«La policía me persigue».

«Tengo que esconderme».

«Necesito que me ayudes».

Mona era una chica fantástica.

Cogí la llave de hierro de debajo del ladrillo, la puerta se abrió, me refugié tras las paredes de La Horsaine.

«Instálate como si estuvieras en tu casa...».

Primero una ducha, ardiendo. Después, analizar la situación. Contárselo todo a Mona en cuanto llegara...

Antes de encontrar el cuarto de baño, vagué por el dédalo de pasillos, innumerables habitaciones minúsculas, escaleras que unían tres pisos con multitud de entreplantas. Martin Denain, el director de tesis de Mona, no debía de venir con frecuencia a su segunda residencia. No es que la casa no estuviera cuidada, todo lo contrario. Un jardinero cortaba el césped y podaba impecablemente los rosales, y debían de pagar a precio de oro a una señora de hacer faenas para combatir las colonias de arañas y sacar brillo a las vidrieras que adornaban todas las ventanas del último piso.

Una villa limpia... y vacía.

Era ese contraste lo que me sobrecogía mientras me contorsionaba frente al inmenso espejo dorado con pan de oro para hacer que los vaqueros mojados bajaran por mis piernas. La prótesis cayó ruidosamente sobre las baldosas de cerámica azul de Delft. Tuve la impresión de que el eco se propagaba por las mil y una habitaciones de la villa desierta y despertaba a sombras y fantasmas.

El chorro de agua cubrió los ruidos de la casa. Estuve en la ducha apoyado en una sola pierna.

¡Flamenco en el baño! Seguro que la expresión le habría gustado a Mona.

Con los ojos cerrados, repasé mentalmente la decoración de La Horsaine. Martin Denain había disecado su casa; esa era la palabra apropiada. Como para encontrarla idéntica tras largos meses de ausencia.

¡Un simulacro de vida!

Flores sobre la repisa de la chimenea y sobre las mesillas de noche. Artificiales.

Una cesta con fruta sobre la mesa de la cocina. Espléndidas imitaciones.

En el pasillo, estanterías en las que se amontonaban en un desorden total libros de bolsillo, revistas y juegos de sociedad que intuías que llevaban lustros allí, olvidados.

Mientras dejaba que el agua caliente corriera sobre mi piel desnuda, pensé que esa decoración de casa encantada parecía extraña, casi irreal, como directamente sacada de la imaginación de un novelista.

Igual que la personalidad de Mona, por cierto...

Una investigadora científica surgida de la nada.

Vivaz. Guapa. Excéntrica y desvergonzada.

Como salida de la mente de un escritor... o de la mía, la de un soltero en busca de amor.

Levanté la cabeza para dejar que el chorro de agua me abofeteara la piel.

¡No, pensándolo bien, la segunda hipótesis no se sostenía! Mona tenía muchísimo encanto, pero, si me hubieran propuesto que hiciese el retrato de la mujer ideal, no habría dibujado el suyo.

Y como por arte de magia, bajo la cascada de lluvia caliente, el rostro descolorido de Magali Verron se puso a danzar ante mis ojos.

«Instálate como si estuvieras en tu casa».

Me coloqué la prótesis y me puse un albornoz color crema colgado de un gancho. De Calvin Klein. Dudaba si llamar a Mona. Debía ser prudente, la policía nos relacionaría, eso seguro. Sabía que ella no les diría dónde me escondía, pero podían desconfiar, seguirla...

Aparté de mi mente esas ideas. Volví a perderme en la sucesión de habitaciones vacías para evitar pensar que no tenía ninguna estrategia, aparte de la huida hacia delante. Ni el menor atisbo de idea para demostrar mi inocencia, aparte de ganar tiempo.

Al cabo de media hora, empecé a orientarme en el laberinto barroco. Con excepción de los sótanos, sin duda tan inmensos como la propia villa, había visitado todas las estancias. En el salón, unas botellas cobrizas estaban alineadas sobre una estantería de hierro forjado.

«Instálate como si estuvieras en tu casa».

Me serví un calvados, un Boulard. La etiqueta indicaba «hors d'âge».

Como la casa.

Nada más dar un trago, en mi garganta se declaró un incendio. Mi tos chocó contra las paredes, rebotó en el silencio y se alejó entrecortadamente hacia los pisos superiores, como un temeroso espíritu inquieto que hubiera sido molestado. Por más que buscaba en mi memoria, por más que me remontaba hasta mi primera infancia en La Courneuve y la sucesión de viviendas de cero a cinco dormitorios en las que había vivido a medida que la familia aumentaba, en toda mi vida nunca había puesto los pies en una choza tan enorme.

La verdad es que acojonaba bastante.

Decidí esperar a Mona en la habitación que había bautizado con el nombre de nido de águila: era la más alta de la villa, construida en una pequeña torreta que sobrepasaba unos metros el tejado y la chimenea. Desde el exterior, esa especie de campanario kitsch me había parecido un capricho de arquitecto, un sucedáneo esnob de la torre del homenaje. ¡Me había equivocado! En la estancia redonda del nido de águila, desde todas las estrechas ventanas con aspecto de tronera romántica, la vista del valle costero de Vaucottes, la playa y el mar era asombrosa.

¡Era como un faro!

Martin Denain había montado allí su despacho. Una biblioteca baja de trescientos sesenta grados rodeando dos sillones Voltaire y una mesa de roble forrada con un grueso terciopelo de color púrpura.

Esperé mucho rato, entre cielo y mar, más de una hora quizá. Empezaban a cerrármese los ojos cuando las manos de Mona se posaron sobre mis hombros.

No la había oído entrar ni subir la escalera.

Un hada.

Llevaba la estrella de su varita mágica sobre el corazón.

—Gracias —dije, antes incluso de besarla.

Largamente.

Nos quedamos un momento disfrutando de la luna y de su gemela temblorosa que se ahogaba en la Mancha.

—Cuéntame —dijo por fin Mona.

No le oculté nada: las acusaciones de Piroz, mi huida, la convicción de que era víctima de una maquinación policial. Después de haberme escuchado, sin interrumpirme ni una sola vez, Mona pronunció dos palabras, las dos únicas que yo quería oír:

—Te creo.

La besé otra vez. Le solté el pelo y sus cabellos dorados se deslizaron entre mis dedos.

—¿Por qué? ¿Por qué haces todo esto por mí?

Su mano se adentró entre los faldones abiertos del albornoz.

—Vete tú a saber. ¿El perfume de lo desconocido? ¿El gusto desmedido por las historias que se salen de lo común? Una íntima convicción de que no le harías daño a una mosca...

—A una mosca, no. Pero ¿a un policía?

Se echó a reír.

—Si te digo que llames a un abogado y te presentes mañana por la mañana en la gendarmería, ¿lo harás?

Abracé a Mona.

—¡No! No quiero caer en su trampa. Quiero comprender por mí mismo.

—¿Comprender qué?

—¡Todo! Tiene que haber forzosamente una solución lógica, una llave que abra la puerta de salida de este maldito palacio de hielo.

Mientras Mona descubría tesoros en la reserva de la cocina —foie gras, confit de pato y bergerac tinto—, abrí el expediente «Magali Verron» que había cogido de la mesa de Piroz.

Echaba pestes interiormente, ya que la carpeta no contenía ningún detalle que no conociera ya. Su currículum detallado, que confirmaba los datos encontrados en internet, su infancia en Canadá y más tarde en el Val-de-Marne, los diferentes centros de enseñanza a los que había ido, su trabajo en Bayer-Francia. La otra mitad del expediente hacía referencia a la violación y a la muerte. Informes médicos complejos enumeraban todas las contusiones, acompañadas de fotos sórdidas, especificaban su grupo sanguíneo, su ADN, los detalles de su asfixia como consecuencia de un

estrangulamiento... «que provocó la muerte», precisaban.

¡Se equivocaban, joder! Quizá por unos minutos, pero se equivocaban.

Lamentaba no haber dedicado más tiempo a mirar las carpetas que Piroz tenía encima de la mesa en busca de datos sobre los casos Camus y Avril, de indicios distintos de los que un alma bienintencionada me hacía llegar con cuentagotas.

Y también de datos sobre esta serie de cifras, esta ecuación por la que Piroz mostraba interés.

2/2	3/0
0/3	1/1

—¡A cenar! —gritó Mona con una energía contagiosa que dispersó durante un breve instante el enjambre de preguntas que se arremolinaba en el interior de mi mente.

La reserva del director de tesis no desmerecía comparada con el menú de La Sirène. Mona se había limitado a poner el bloc de foie gras en la mesa y calentar el confit al baño María dentro del tarro.

—¡A la salud de Martin! —dijo levantando su copa de bergerac—. P@nshee le paga el equivalente de tres vueltas al mundo al año. Así que no nos queda otra que ayudarlo a hacer un poco de sitio en su casa.

Brindé. Con una sonrisa triste. Sin entusiasmo.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó de pronto Mona.

—No lo sé...

—Lástima. —Extendió el foie gras sobre un biscote reblandecido, descubierto en un envoltorio de celofán al fondo de un armario—. Lástima. Acabarán forzosamente por pillarte. Y entonces lo perderás todo. Todo lo que me había atraído de ti. —Rozó con un dedo la estrella que llevaba en la blusa—. Esta idea genial de conseguir hacer realidad en tu vida cinco sueños. ¿Qué... qué vas a hacer de esos sueños?

—No tengo elección, Mona.

Ella me miró en silencio, un buen rato, sin tomarse la molestia de seguir intentando convencerme. En el momento en que se levantaba para coger la cacerola que tenía detrás, el riff de la melodía de mi teléfono móvil estalló en la habitación.

Número desconocido.

Descolgué.

—¿Salaoui?

¡Era la voz de Piroz!

—Salaoui, no cuelgue. No haga el idiota. ¡Entréguese, joder! Tendrá derecho a un abogado. Tendrá acceso al sumario. Podrá defenderse.

Decidí seguir escuchando, menos de quince segundos, sin decir nada. Ese cabrón

seguro que estaba intentando localizarme.

—Salaoui, me ha herido gravemente, pero ya nos ocuparemos de eso más adelante. Me he puesto en contacto con el Instituto Saint-Antoine, con todos sus compañeros, incluidos los profesionales, los psicoterapeutas. ¡No está solo! Podemos ayudarle. No eche al traste...

Veinticinco segundos.

Colgué y desconecté el teléfono, pero seguía temblándome el brazo. Mona puso su mano sobre la mía despacio. Habló más despacio todavía, como si tratara de amansarme.

—Ese policía, con sus palabras, en el fondo te ha dicho lo mismo que yo.

Entregarme.

Sería tan fácil...

—Quieren endosarme los asesinatos, Mona. Ya lo has oído, él y sus psicólogos me harán pasar por loco... —Ella apretó más fuerte aún mi mano—. ¡Mis huellas no pueden estar en el cuerpo de esa chica! —continuó—. La policía miente. Traman algo. ¿Por qué nadie está al corriente de la muerte de Magali Verron?

—Yo estoy al corriente, Jamal. André Jozwiak está al corriente y ha debido de divulgar la noticia entre todos los de Yport que frecuentan su bar.

—Ningún periódico ha hablado hoy del asunto.

—Hablarán mañana... Jamal, ¿por qué iba a arriesgarse la policía a construir indicios falsos?

—No tengo ni idea, Mona. Pero, si quieres jugar a las adivinanzas, tengo un montón de ellas que proponerte. ¿Por qué se divierte alguien enviándome esos sobres para contarme todos los detalles del caso Avril-Camus? ¿Por qué Magali Verron se ha suicidado después de haber copiado la vida de Morgane Avril? ¿Por qué esa bufanda roja de cachemira estaba enganchada en mi camino como un farol imposible de evitar?

Mona apartó el trozo de foie gras que tenía delante y que apenas había probado.

—Muy bien, tú ganas. Me rindo.

Con ayuda de unas pinzas de acero inoxidable, cogió los dos muslos de pato confitados. Rojo carmín. Me parecieron dos piernas arrancadas del cuerpo de un recién nacido, que un médico forense hubiera conservado en un tarro. Sin que yo esbozara siquiera el más mínimo gesto, Mona se percató de mi asco. Me puso una mano en el hombro.

—¡Lo único que sé es que no eres un asesino! Eso ni se me pasa por la cabeza. Pero alguien sí lo cree...

La carne hervida me daba ganas de vomitar.

—¿Por qué yo, joder?

Mona se quedó pensando. Por un instante me dejé enternecer por su cara de musaraña inmovilizada en una concentración extrema, las aletas de su nariz vibrando, sus pestañas abriéndose y cerrándose, sus incisivos mordiendo el labio inferior.

—¿Por qué tú?... Buena pregunta, Jamal. ¿Habías venido antes a Yport?

—No...

Sus dientes abandonaron el labio, dispuestos a morderme.

—¡Necesito que me digas la verdad, Jamal! Yo no soy de la policía. Si quieres que te ayude, deja de jugar.

—Te digo que no. Pero... estuve a punto de venir.

—Joder, Jamal, sé más claro.

—Fue hace unos diez años. Chateaba en la red con una chica que me gustaba, había conseguido convencerla de que pasáramos un fin de semana en la costa. A ella le apetecía ir a Etretat, pero era demasiado caro para mí, así que reservé en las afueras de L'Aiguille. Aquí, en Yport.

—¿Y entonces?

—Pues que, en cuanto vio que su príncipe azul solo tenía una pierna, la muy guarra canceló nuestra luna de miel.

—¿No se lo habías dicho?

—No. Se me había olvidado instalar una webcam debajo de la mesa...

—Vale. Entonces, ¿no habías puesto nunca los pies en Yport?

—¡Ni siquiera uno solo!

Mona rompió a reír. Sirvió sendas copas de bergerac.

—Lo siento. ¡Añadiremos las calabazas de Yport a la lista de las coincidencias! Y esta semana, ¿qué has venido a hacer aquí? ¿No hay otros sitios en el mundo para preparar tu paseo a la pata coja por los glaciares?

—Hace unos meses contesté a una encuesta por teléfono. Un rollo sobre el turismo en Normandía. Si la hacías, entrabas en un sorteo, y gané una semana en un hotel de Yport. Media pensión incluida y los mayores desniveles de toda la cuenca parisina como terreno de juego... ¿Entiendes ahora por qué no dudé en venir a enterrarme aquí?

—Entiendo...

Mona vació su copa, se dirigió hacia la ventana y levantó la vista hacia la torreta, cuya sombra se adivinaba por encima del tejado.

—Tenemos que ser sensatos, Jamal. No puedo quedarme a dormir aquí. La policía no tardará en relacionarnos. Mañana por la mañana se presentarán en La Sirène y me harán preguntas.

Me acerqué, y le puse una mano en la cintura.

—Tenemos hasta mañana por la mañana, ¿no?

Su mirada se deslizó sobre el vello oscuro de mi torso, que contrastaba con el rizo claro del albornoz abierto.

—Aquí no —susurró mirando el nido de águila—. Ahí arriba...

¿EL PERFUME DE LO DESCONOCIDO?

Mona quiso ducharse antes de ir a la habitación redonda que dominaba la villa. Desde allí, oí sus pasos por la escalera. Ella también se había puesto un albornoz de Calvin Klein. De color rubí.

Me dio un beso en la boca, admiró un instante el panorama, el valle dormido que las olas ciegas lamían, y se alejó para coger de uno de los estantes de la biblioteca que nos rodeaba un viejo libro con las páginas dobladas. Dio un gracioso saltito para sentarse en la mesa forrada de terciopelo púrpura.

—¡Maurice Leblanc! —exclamó exhibiendo el volumen amarillento—. El padre de Arsenio Lupin. Escribió sus primeras novelas aquí, en Vaucottes. Incluso convirtió este valle en el escenario de una de sus historias...

Me tenía sin cuidado lo que me contaba.

Quería olvidar el caso Verron-Avril-Camus.

Quería olvidar que la policía me buscaba.

Quería olvidarlo todo salvo el cuerpo blanco de Mona envuelto en el albornoz de color rubí.

Ella levantó una rodilla para que la tela de toalla, ceñida al talle con un cinturón de algodón, se abriera unos centímetros.

—Oye, Jamal, este relato de Maurice Leblanc te va a interesar. Es la historia de un pobre tipo que pasa por delante de una de las mansiones de Vaucottes. Se llama Linan, un bonito nombre, ¿no te parece? Entra en la casa para birlar algo con que alimentar a sus perros enfermos. Pero la suerte no lo acompaña: unos minutos antes, el propietario se había pegado un tiro en la sien en el salón. ¡Un suicidio!

Me acerqué a ella. Separé lentamente las dos partes delanteras del albornoz para liberar sus pechos de alabastro.

—¿Y cómo sigue? —murmuré.

Un tironcito. El albornoz se deslizó suavemente sobre su piel desnuda, hasta la cintura. Mona era como una fruta roja que hubieran pelado para saborear mejor la pulpa. Dejó que mis manos corrieran por sus pechos. Se le alteró un poco la voz, pero no perdió el hilo del relato.

—Linan hace demasiado ruido, se asusta, tira algo al suelo, el criado se despierta, lo descubre junto al cuerpo de su señor... Puedes imaginar lo que sigue. Arresto.

Juicio. Todo el mundo piensa que el pobre Linan es el culpable, nadie cree que haya sido un suicidio.

Mis manos jugaban ahora más abajo, en su vientre, para detenerse en el cinturón rubí atado por debajo del ombligo.

—¿Y cómo termina? —le susurré al oído.

Un estremecimiento le electrizó la nuca. Levantó el libro a la altura de sus pechos.

—Mmm... ¿Quieres que te lea las últimas líneas? Presta atención, es muy instructivo, te va a encantar.

Una mañana, la justicia se pronunció.

—Prepárese para morir, Linan.

Lo lavaron. Lo ataron. Él se dejó hacer, como un animal dócil, como un trapo. Tuvieron que llevarlo hasta el cadalso.

Le castañeteaban los dientes. Farfullaba.

—Yo no he matado a nadie... Yo no he matado a nadie.

Bajo la presión de mis dedos, el cinturón del albornoz se deslizó alrededor de su talle. Los dos faldones de algodón rojo se abrieron como una rosa al recibir el primer rayo de sol.

—*El cadalso* —susurró Mona—, relato publicado en *Gil Blas* el 6 de febrero de 1893. ¡Uno de los primeros panfletos contra la pena de muerte!

Dejó el libro y permaneció erguida, sentada en la mesa. Me recordaba a Concetti, la profe de inglés que excitaba, en esa misma postura, a toda la clase cuando teníamos quince años. En una versión menos vestida.

Mis manos se deslizaron sobre sus caderas desnudas.

¿Un suicidio? Un inocente. Un inocente al que le endosan un crimen que no ha cometido.

Gracias, Mona. Mensaje recibido.

—¿Y querías que me entregara a la policía?

Me apoyé en la mesa. Mientras pegaba los labios a su cuello, como por arte de magia, su pie desató el cinturón de mi albornoz. Mona no se conformó con esa hazaña; los dedos de sus pies emprendieron una exploración bajo los faldones abiertos del algodón color crema.

De pronto apoyó la palma de las manos en el terciopelo púrpura de la mesa y arqueó el cuerpo. Sus pechos se alzaron hacia el cielo. Dos cumbres gemelas nacidas de una misma erupción. Me agarré a ellas con las dos manos mientras mi lengua descendía por el tobogán de su vientre, un deslizamiento interminable que me dejaba ebrio, embarrancado en una mata corta y húmeda.

Mona dormía hecha un ovillo, como un niño, sobre la mesa forrada de terciopelo. En

el momento de sumergirse en el sueño, me había hecho prometerle que la despertaría antes de que amaneciera para poder irse a su habitación de La Sirène.

Un pequeño vampiro monísimo... Sensual y atrevido.

No había podido evitar preguntarme qué le excitaba más a Mona: ¿hacer el amor con un prófugo acusado de violación y asesinato, o entregarse a ese hombre sobre la mesa del despacho de su director de tesis, con el cuerpo febril, en el lugar exacto donde este último debía de haber escrito lo esencial de su obra?

Las dos cosas, seguro.

No tenía sueño. Daba vueltas sin fin, tanto en sentido propio como figurado. Mi mirada llevaba varias horas perdiéndose entre las estrellas que la marea descendente había encendido, el cuerpo desnudo de Mona y los cientos de volúmenes que me rodeaban.

Los viejos libros de bolsillo se codeaban con enormes colecciones de fotografías, gruesos manuales científicos y decenas de archivadores. Leí maquinalmente las inscripciones de los lomos.

1978-1983-1990-1998-2004.

¿2004?

El año del asesinato de Morgane Avril y de Myrtille Camus.

Me acerqué y abrí el archivador. Me esperaba encontrar reproducciones de textos de clase hechas con multicopista, ejercicios de alumnos, fotocopias de artículos de investigación.

¡Nada más lejos de la realidad!

Me mordí el labio para no gritar.

El profesor Martin Denain, especialista en química molecular, se había entretenido en recortar todos los artículos del *Courrier cauchois* que hablaban del caso Morgane Avril.

Con gesto febril, puse la carpeta encima de la silla más próxima y cogí unas hojas al azar. Todos los papeles amarillentos contaban la misma historia, la que yo había leído en los documentos que un desconocido me había hecho llegar.

Nada nuevo, ya conocía la mayor parte de los artículos.

Nada nuevo... con una excepción.

¿Por qué ese profesor que no ponía nunca los pies en Yport había coleccionado estos periódicos?

Dudaba si despertar a Mona para preguntárselo.

Luego.

Me incliné de nuevo sobre el archivador, tenía el resto de la noche para leer esos artículos, para buscar un detalle que se me hubiera escapado y del que pudiese saltar la chispa, esa famosa clave que lo explicaría todo.

Qué ingenuo era...

Había echado ya un vistazo a una decena de artículos cuando abrí una doble página en color.

Caso Avril.

Número especial del *Courrier cauchois*.

Edición del jueves 17 de junio de 2004.

DE TOI, MORGANE,^[6] era el titular del largo artículo.

No desconfiaba.

Al principio no me fijé en la enorme foto de la chica, sonriente, vestida al estilo oriental, seguramente durante una representación de *raks sharki*.

Y de pronto me quedé paralizado, boquiabierto. Estaba viendo por primera vez la cara de Morgane Avril. En ninguno de los artículos que me habían enviado aparecía una foto suya. O bien alguien se había tomado la molestia de recortarlas. Ahora entendía por qué.

Grité como un loco.

La habitación redonda vibró a mi alrededor como un cohete despegando.

—¡Joder! ¡No puede ser ella!

Mis ojos incrédulos se posaron de nuevo en el artículo.

No era Morgane Avril la que aparecía fotografiada a toda página en ese periódico de 2004...

¡Era Magali Verron! Esa chica que había nacido diez años después y que se había tirado ante mis ojos desde lo alto del acantilado. El día anterior.

Mona se despertó sobresaltada. Se puso el albornoz y, sin atarse siquiera el cinturón, se acercó a mí, inquieta.

—¿Una pesadilla?

Le tendí, temblando, la doble página.

—Joder, mira esta foto, Mona.

Ella leyó el titular, «De toi, Morgane», y se concentró en la fotografía.

—Era increíblemente guapa —murmuró la investigadora.

—Joder... Mona, vas a tomarme por un chiflado...

—No, ¿tú crees?

Le pasé una mano por los labios para borrar su sonrisa irónica.

—Esa chica de la foto, esa a la que llaman Morgane Avril en ese periódico antiguo... es la que se suicidó ayer. Es... Magali Verron.

Mona me miró largamente, como si su mente intentara resolver una ecuación compleja, evaluar todos los parámetros antes de formular una hipótesis. Cruzó maquinalmente los dos faldones del albornoz, que volvieron a separarse de inmediato.

—Se parecen, Jamal.

—¡No, Mona! No es un simple parecido. Es... ¡Mierda, es ella!

—Solo viste a Magali unos segundos...

—Puede, pero su rostro se me quedó grabado en la memoria. Lo entiendes, ¿verdad? Cada detalle de su rostro...

—Tal como hablas, parece que estuvieras enamorado de ella.

Mona me había soltado aquello en un tono de voz sereno. Un poco cínico. Preferí no contestar y volverle la espalda para mirar el resto del contenido del archivador. Conforme iba pasando artículos, mostraba otras fotos de Morgane Avril: de frente, de perfil, centradas en su cara o encuadrando el conjunto de su cuerpo.

¡Era ella! Por ridículo que pareciera, era Magali, estaba convencido, no podía tratarse de un error.

Mona parecía ahora irritada por mi obsesión. Se cerró el albornoz hasta el cuello, apretó las manos contra el borde de la mesa y me miró como si fuera un estudiante obtuso.

—¡Por lo que más quieras, Jamal, párate dos segundos a pensar! Hay zonas oscuras en este asunto, estamos de acuerdo, pero también hay, como mínimo, dos certezas absolutas. La primera es que Morgane Avril murió el 5 de junio de 2004. Todos los medios de comunicación nacionales informaron de la noticia, toda la policía francesa trabajó meses en ese caso. La segunda certeza es que Magali Verron murió el 19 de febrero de 2014, ayer, tú eres testigo directo de su muerte. En todo lo demás, estoy contigo, misterio absoluto, pero esos dos fallecimientos son axiomas...

—¿Son qué?

—¡Axiomas! Hechos que pueden considerarse ciertos y sobre los cuales es posible basarse para avanzar en un razonamiento.

—¡Continúa! ¿Cuál es tu razonamiento?

Mona miró una foto de Morgane Avril publicada en *L'Eclairneur brayon*.

—Pues sabemos que Magali Verron intentaba parecerse a Morgane Avril. Diez años después. Mismos colegios, mismos gustos, misma profesión... Misma muerte. Un mimetismo demencial. En el fondo, no es tan sorprendente que intentara también parecerse a ella físicamente.

—No es solo un parecido, Mona. ¡Es ella!

Mona estaba lanzada. Yo empezaba a comprender lo que la convertía en una excelente investigadora: era capaz de encontrar una explicación verosímil para cualquier paradoja.

—¡Aun sin conocerse, Magali y Morgane pueden tener un vínculo de parentesco! Me dijiste que Morgane había nacido tras una fecundación *in vitro* en Bélgica, ¿no? Magali, nacida diez años después, podría tener el mismo padre biológico. Entonces ve la foto de Morgane, por ejemplo, cuando sale en la tele a raíz de su asesinato. Le llama la atención ese parecido, investiga, descubre que tienen el mismo padre, eso la traumatiza...

—Hasta el punto de simular una violación y un estrangulamiento, y luego tirarse por un acantilado...

—¿Por qué no? Yo busco, Jamal, busco como tú explicaciones racionales.

—No hay nada de racional en esta historia...

En la habitación se hizo un silencio que podía cortarse. Éramos dos fareros a los que la tormenta había incomunicado del resto del mundo.

—Nada de racional —repetí—. ¿Por qué, por ejemplo, tu director de tesis, que no viene nunca aquí, se dedicó en 2004 a coleccionar los recortes de un periódico local?

—En esa fecha estaba redactando un trabajo de varios cientos de páginas con el objetivo de obtener la habilitación para dirigir tesis, un paso obligatorio para ser profesor universitario. Formaba parte de una delegación del CNRS, el Centro Nacional para la Investigación Científica. Un año sin clases. Pasó varios meses aquí hablando solo con las piedras, el microscopio y el programa de tratamiento de textos. Parece comprensible que se aburriera. Ese suceso que se había producido a unos kilómetros de su lugar de estudio debió de fascinarlo. Como a todos los de la zona.

Como a todos los de la zona.

¡Una vez más, Mona tenía respuesta para todo!

Tuve la impresión de que me estaba recitando una lección bien aprendida.

—Es un poco raro, ¿no crees? ¡Cada vez que un investigador viene a recoger guijarros a Yport, una chica se suicida!

Me arrepentí de mi réplica antes incluso de haber acabado de pronunciarla. Mona ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Se revolvió el pelo, puso el libro de Maurice Leblanc en la estantería y se ciñó maquinalmente el albornoz alrededor de la cintura.

Tranquila. Natural.

—Voy a vestirme, Jamal. Son las tres de la madrugada. Tengo que volver a La Sirène. La policía me interrogará sobre la noche de ayer, nuestra cena a solas, habitación para dos, sábanas pegadas a la mañana siguiente. Tendré que contarles que has sido un ligue de una noche, que me has parecido un poco paranoico con tus historias retorcidas y que no, vaya ocurrencia, no tengo ni la menor idea de dónde puedes estar.

—Confío en ti, Mona. Se te da muy bien contar historias.

No se me ocurrió otra cosa que decir. Mi imaginación desbordante, la que la había seducido, se había volatilizado. Observé a Mona bajar la escalera.

Se volvió hacia mí.

—Solo una precisión técnica, Jamal. Nuestro equipo de investigación recoge guijarros en Yport todos los años, y lo hace desde que existe el laboratorio, es decir, desde hace exactamente veintitrés años.

Desapareció dejándome como único vigilante del faro.

Me tomaba por un loco. ¿Acaso debía extrañarme por ello?

Observé por la ventana el Fiat 500 de Mona maniobrar por el camino de grava y desaparecer después del primer recodo de la carretera.

¿Hacerle caso? ¿Rendirme? ¿Llamar a la policía? ¿Esperar a que vinieran a buscarme?

¡Todavía no!

No había puesto todas mis cartas boca arriba antes de darme por vencido. No era el único testigo. Christian Le Medef y la vieja Denise habían contemplado también el

rostro frío de Magali Verron, podrían compararlo con el de Morgane Avril.

Rasgué la página entera del *Courrier cauchois* de 2004 en la que aparecía la foto de Morgane Avril.

Ninguna lógica podía hacer que mi convicción se tambaleara.

No era un simple parecido.

¿UNA PESADILLA?

Eran algo más de las cuatro de la madrugada cuando, linterna en mano, me puse en marcha. Anduve dos kilómetros junto al mar, al pie del acantilado, hasta llegar a Yport.

No había dormido. Ya tendría tiempo al día siguiente, escondido en uno de los sótanos de mi casa encantada. A no ser que la policía fuese lista y descubriera mi escondrijo. A no ser que Mona me denunciase.

A la luz de la linterna, la pared de roca calcárea parecía la muralla de una fortaleza, tan infranqueable como interminable.

Yport dormía. Bajo el reflejo de las luces de neón azules del casino que electrizaban la noche, busqué con la mirada el Fiat de Mona entre la decena de coches estacionados en el aparcamiento del paseo marítimo. No lo encontré. Seguramente Mona lo había dejado en una de las calles contiguas.

Todas las contraventanas azul pastel de las habitaciones de La Sirène estaban cerradas.

La mía.

Donde dormía Mona. Sola.

Una mano invisible me oprimió el corazón. Me obligué a avanzar a oscuras por el malecón sin dejar que mi mente siguiera vagabundeando. No debía perder más tiempo. Los últimos doscientos metros que tenía que recorrer serían los de más riesgo; en las calles desiertas del pueblo dormido podía surgir cualquier peligro. La policía debía de haber puesto precio a mi cabeza o algo por el estilo, un llamamiento a la delación, una bonita recompensa a quien les entregara al violador cojo. Nunca me había sentido tan vulnerable. Aquí no existía la opción de fundirse en el laberinto de cajas de escalera o aparcamientos subterráneos que unían los diferentes bloques de la Cité des 4.000.

Doscientos metros al descubierto hasta la casa de Christian Le Medef.

Avanzaba en silencio, sin turbar el sueño de los habitantes de Yport con un toc-toc lúgubre, tipo Long John Silver de vuelta a *La Hispaniola*. Con el tiempo había aprendido a hacer que la prótesis de mi pie izquierdo se deslizara a unos milímetros del asfalto.

Un ruido me sobresaltó.

Detrás de mí.

Apreté el paso y luego me detuve bruscamente.

El ruido continuaba, regular. Se intensificaba. Se acercaba.

Me refugié en la sombra de la puerta cochera de la agencia YportInmo, con el corazón latiéndome a cien por hora.

Una respiración sorda se oía en la calle fría. Los pasos por la acera aceleraron. Largos segundos estirados hasta el infinito, hasta que la sombra se abatió sobre mí.

El viejo perro pareció tan sorprendido como yo de cruzarse con un noctámbulo.

Puse un dedo sobre mis labios para indicarle que no hiciera ruido. Él se sentó, obediente, pero se levantó en cuanto empecé a avanzar de nuevo, dejando simplemente unos metros de distancia.

Sus ojos amarillos detrás de mí parecían dos faros que ya no iluminaran. El pobre perro gris noche andaba solo con tres patas. Ninguna de madera, aluminio o carbono para aliviarlo, solo un muñón rígido de pelo. ¿Me seguía los pasos quizá por simples celos?

Me detuve delante de la casa de Le Medef. Inmediatamente vi los rayos de luz que se filtraban por debajo de las contraventanas cerradas de la habitación de arriba.

¡Mi testigo no dormía! Habría apostado cualquier cosa a que se trataba de un insomne depresivo.

El perro se sentó en la acera de enfrente para esperarme.

Empujé la cancela y llamé despacio a la puerta.

Ninguna respuesta.

Accioné la manilla, convencido de que no cedería y que tendría que pensar en una manera de advertir a Christian Le Medef de mi visita sin alborotar a todo el barrio.

¡No hizo falta!

La puerta se abrió como si Le Medef esperara mi visita. Puse un pie dentro de la casa y dije en voz baja, casi susurrando:

—¿Christian?... ¿Christian Le Medef?...

No me apetecía que ese paranoico me pegara un tiro.

—¿Le Medef?... Soy Salaoui...

Ninguna respuesta. La luz encendida en el piso de arriba iluminaba la parte alta de la escalera. A lo mejor ese tipo se había atiborrado de somníferos.

Atarax...

Mientras subía, me esforcé en que mis pasos sonaran al pisar cada peldaño. La barandilla se movió bajo mi mano derecha, estaba medio suelta; incluso creí que iba a desprenderse. ¿No se suponía que a Christian Le Medef le pagaban para mantener la casa?

Mi pie se hundió en la moqueta del descansillo.

—¿Christian?

Ninguna reacción todavía.

Con precaución, empujé la puerta del dormitorio esperándome encontrar a Le

Medef tumbado en la cama. Drogado o borracho.

Mis ojos se toparon con el vacío.

No había nadie en la habitación. La sábana estaba impecablemente estirada. Había un libro sobre la mesilla de noche, justo al lado de la lámpara encendida. Algunas prendas de vestir, un pijama, una camiseta y un jersey beis colgados en un riel con soporte para ropa.

¡El dormitorio de un viejo solterón!

Me detuve para reflexionar en medio del silencio. Un chisporroteo casi inaudible me desconcentró. Bajé los escalones de cuatro en cuatro.

El dormitorio de un solterón, repetí mentalmente. ¡Pero de un solterón que madruga! Al parecer, Le Medef ya estaba en pie. ¡El zumbido que oía era el de un transistor mal sintonizado! Seguramente Le Medef estaba desayunando. Avancé sobre las baldosas blancas y negras. Aparte del pasillo, la planta baja se reducía a una habitación: una cocina abierta, unida a un saloncito.

Una mesa en el centro. Una silla.

Me quedé en el umbral, mudo e inmóvil.

Joder, ¿qué demonios había pasado?

Había un plato encima de la mesa. Una loncha de carne demasiado cocida flotaba en un mar de *tagliatelle*. Un vaso medio lleno de vino tinto delante del plato. Una botella casi vacía. Un cuchillo, un tenedor, una servilleta de cuadros en equilibrio sobre el borde. Una *baguette* pequeña.

Ni rastro de Le Medef.

—¿Christian? —volví a llamar.

«France Bleu, al filo de la madrugada», me respondió en sordina el transistor antes de que empezara a sonar *Mon vieux*, de Daniel Guichard. Subí la voz por si estaba en el váter o duchándose.

Sin ninguna esperanza.

Le Medef no había dormido en casa esa noche.

Ni siquiera se había terminado la cena.

Mi mente mascullaba.

Joder, ¿qué demonios había pasado?

Durante los minutos siguientes, registré hasta el último rincón de la casa de pescadores. Apenas sesenta metros cuadrados, así que no tardé mucho. Lo único que saqué en limpio fue que Le Medef no estaba allí. Ni él ni su cadáver...

Nada. Solo algunos objetos personales del parado: ropa, libros, un ordenador portátil cuya clave de acceso yo no tenía, un frigorífico casi lleno, una pila de periódicos locales, medicamentos, antidepresivos, Anafranil, no Atarax.

Como si Le Medef hubiera tenido que irse de repente.

¿Cuándo?

Pasando totalmente de las huellas que dejaba, toqué el pan que estaba en la mesa. Blando.

Removí las cenizas en la chimenea. Templadas.

Todo indicaba que Le Medef había desaparecido hacía menos de diez horas, sin duda cuando estaba cenando. Eso coincidía más o menos con el momento en que Mona había llegado a Vaucottes. Eché otra mirada circular a la sala. Me recordó el piso de mi tío Youssef. Yo tenía siete años cuando entré allí por primera vez con mi madre. Mi tío había muerto de un ataque al corazón tres horas antes y mi madre tenía que buscar unos papeles para las pompas fúnebres. Todavía estaba la sopa en un cuenco, había una rebanada de pan de miga mordisqueado y las zapatillas estaban debajo de la silla.

¿Christian Le Medef estaba muerto?

¿Lo habían matado? ¿Secuestrado? ¿Inducido a huir?

¿Por qué?

Sus últimas palabras, pronunciadas el día anterior delante de la Maison de la Presse, resonaban en el interior de mi mente.

«Voy a seguir husmeando para averiguar algo más sobre esa tal Magali Verron. Para romper la ley del silencio, ya me entiendes».

¿Había encontrado algo?

Él creía que se trataba de un complot, de una maquinación.

El silencio de los periódicos.

El silencio de la policía.

¿Había detenido la policía a Christian Le Medef para que no hablara?

«¡Ridículo!», me susurraba una vocecita razonable. En Francia, la policía no interroga a los ciudadanos por la noche sin dejarles siquiera que terminen de cenar.

Consulté el reloj. Las 4.35. Me concedí diez minutos más para recorrer la casa antes de volver a Vaucottes, antes de que Yport se despertara. Abrí los cajones, pasé la mano por debajo de los muebles, saqué los libros de las estanterías, la ropa del armario. Nada.

Con excepción de un detalle.

Una hoja blanca doblada dentro de la guía de teléfonos, en la que alguien, seguramente Le Medef, había escrito una serie de cifras en cuatro casillas.

2/2	3/0
0/3	1/1

Me temblaron los dedos al cerrar las páginas amarillas. ¿Seguía Le Medef la misma pista que Piroz? ¿Por eso lo habían eliminado?

Gotas de sudor corrían por mis brazos, hasta las manos, e inundaban todos los objetos que tocaba.

Tiradores, pestillos, interruptores...

Litros de ADN que permitirían culparme de la desaparición de Christian Le Medef en cuanto los vecinos dieran la voz de alarma.

Eché un vistazo a través de las contraventanas. La calle seguía desierta, aparte del perro con tres patas bajo la farola. Doblé la hoja con las ocho cifras, me la metí en el bolsillo y salí.

¿HABÍA ENCONTRADO ALGO?

Dormí hasta las diez de la mañana. El mensaje de texto de Mona fue lo que me despertó.

Visita polis a La Sirène.
Te buscan. Yo callada.
Te quieren vivo, creo. ¡Uf!
Cúidate.
Bonnie

Me quedé largos segundos inmóvil. Disfrutando. Los rayos del sol colgado sobre el valle de Vaucottes atravesaban los cristales para dorar las sábanas de lino. Ajusté el enorme edredón de plumas bajo mi espalda y tecleé una respuesta.

¡No me cogerán!
Misterio n.º 123: Christian Le Medef, llamado Atarax, testigo n.º 2 del suicidio de Magali Verron, desaparecido desde anoche.
¡Una trampa!
Sé prudente.
Clyde

Esperé varios minutos la respuesta de Mona. Sin que llegara.

Levantarse. Lavarse. Vestirse. Desayunar. Afeitarse.

Mona debía de limitar deliberadamente nuestros mensajes. Tenía razón. La policía la había encontrado, podían sospechar de ella. Vigilarla.

Hacia las once, después de haberme zampado una caja de galletas caramelizadas mojadas en café, bajé al sótano, único lugar de la casa de Martin Denain que aún no había visitado.

La continuación de mi plan de ataque seguía estando bastante confuso en mi cabeza. Para empezar, pasar todo el día escondido en esa villa y utilizar los instrumentos de comunicación disponibles con la esperanza de encontrar una pista. Internet. Teléfono. Como aquel tipo de una película de Hitchcock que resuelve un caso sin salir de su casa, con una pierna escayolada.

A juzgar por la gruesa capa de polvo, en el sótano del profesor de universidad no

debía de haber puesto nadie los pies desde hacía meses. Mis huellas de pasos asimétricas quedaron impresas en el hormigón gris, más identificables que si hubiera andado por la nieve. Cuando la bombilla desnuda colgada en el extremo del cable eléctrico se encendió, un olor de insecto chamuscado se difundió por la estancia.

Había un batiburrillo de trastos de uso exclusivo para fines de semana soleados: bicicletas, sombrilla, tumbonas, barbacoa, sillones de jardín, red de bádminton, pelotas, raquetas...

Y cajas de cartón apiladas contra las paredes.

Tenía un día entero por delante, así que no me resistí a la tentación: arranqué la cinta adhesiva marrón de la primera caja. Contenía una decena de álbumes de fotos.

Los hojeé sin prisa, como si cada volumen correspondiera a un episodio de una serie televisiva.

Los Denain, temporada 1.

El profesor universitario posaba delante de la aguja de Etretat en los años ochenta, a juzgar por el Renault 5 de color naranja aparcado detrás de ellos, de la mano de su mujer, una rubia guapa y esbelta, con la melena revuelta, sonriente. Su vida desfiló foto a foto, bajo papel de celofán. Martin en la playa. Martin haciendo bricolaje. Martin pescando.

Otro álbum. Denain menos joven posaba delante de la aguja de Etretat, en los años dos mil a juzgar por el Audi A4 aparcado detrás de ellos, de la mano de su mujer, una rubia un poco corpulenta, con el pelo corto y aire severo. Martin haciendo surf. Martin practicando el golf. Martin jugando al tenis con su hijo, un chico moreno que debía de tener mi edad y al que se veía crecer con el paso de las páginas y de sus estancias en la segunda residencia familiar.

Seguí rebuscando en otros álbumes, al azar, hasta encontrar lo que buscaba: una foto de Mona. Había dos entre los cientos de instantáneas.

En la primera, Martin Denain recogía guijarros con Mona. En la segunda, el investigador posaba con Mona delante de la aguja de Etretat. Sus manos no se tocaban, pero Mona estaba más guapa que nunca.

El profesor Denain tenía mucha suerte.

Como por una especie de telepatía, mi teléfono sonó en ese momento. ¡La respuesta de Bonnie!

Mala suerte la de Le Medef, tío.

Apúéstalo todo a tu testigo n.º 3. La vieja Denise.

¡Si no, camisa de fuerza directamente!

Sonreí, palpé la doble página del *Courrier cauchois* en mi bolsillo. Mona tenía razón. Con Le Medef fuera de juego, solo Denise podía declarar que el rostro de Magali Verron era idéntico al de Morgane Avril. Solo Denise podía demostrar que yo no estaba completamente chiflado... El problema era que lo único que sabía de ella era su nombre de pila y su edad.

Denise. Setenta años.

Un espécimen tan raro como una Nathalie de cincuenta o una Stéphanie de treinta.

No iba a llamar a todas las Denise del cantón que figuraran en la guía telefónica. Ni a pedirle su dirección a Piroz...

Tecléé, nervioso, una breve respuesta. Dos simples palabras en forma de SOS.

¿Denise qué?

Como si Mona pudiera saberlo... Le Medef me había dicho que no había vuelto a ver a Denise en Yport. Podía muy bien vivir en un pueblo de los alrededores.

Proseguí mi exploración en el sótano.

En uno de los estantes más altos encontré una cajita roja. Conseguí descifrar las letras medio borradas:

WINCHESTER AM MUNITION.

¡Una caja de cartuchos!

No hay munición sin armas... Era evidente que el profesor Denain escondía un revólver en algún lugar del sótano, sin duda lejos del alcance de los niños.

Registré durante un cuarto de hora largo antes de encontrar lo que buscaba, al abrir uno de los últimos cajones de una cómoda cuyo acceso obstaculizaban casi por completo un taburete y una mesa de *ping-pong*. Primero aparté pilas de ropa. Prendas de marca, tiradas allí como trapos. ¿Pasadas de moda? ¿Demasiado pequeñas? ¿Olvidadas? Guantes de Vuitton gastados. Un polo Eden Park rosa. Una camiseta de adolescente de Armani. Una corbata de vichy de algodón, de Burberry.

Dejé que el trozo de tela se deslizara entre mis manos y pensé que seguramente todos los tipos que disponían de un poco de pasta debían de tener esa clase de complementos en su guardarropa. No iba a imaginar, solo faltaría eso, que una coincidencia más me había llevado a ponerme a registrar el sótano del asesino de la bufanda roja..., alias Martin Denain, profesor de química molecular.

El revólver estaba escondido debajo de la ropa.

Un King Cobra, según el nombre impreso en blanco sobre el metal negro. Nuevo. Al menos eso suponía; era la primera vez que tenía la culata de un arma de fuego en la mano.

El aviso de mensaje sonó en el sótano mientras mi dedo probaba la sensibilidad del gatillo.

¡Pregúntale al perro!

Tardé unos segundos en comprender el mensaje de Mona.

¿El perro? ¿Qué perro?

Primero pensé que se trataba de un mensaje con doble sentido; luego me acordé de Arnold, el shih tzu de Denise.

¿El cuarto testigo?

¡Mona me tomaba el pelo!

Estaba pensando en una respuesta ingeniosa, tipo «Si tienes tiempo mientras estás en la playa, pregúntales tú a las gaviotas», cuando mi pulgar se inmovilizó sobre el teclado del teléfono.

La solución estalló dentro de mi cabeza como una evidencia.

¡Mona no se burlaba de mí!

Su consejo no podía ser más explícito. «¡Pregúntale al perro!». Con un poco de desparpajo y mucha suerte, podía funcionar.

Subí los escalones del sótano de cuatro en cuatro, sin perder ni un segundo en arreglar el desorden que quedaba a mi espalda. Tenía que haber forzosamente una guía telefónica en esa casa, así que fui al salón a buscarla y empecé a abrir los cajones de todos los muebles.

El chirrido de neumáticos en el jardín de la villa paralizó mi último gesto, como si una mano de hierro hubiera cerrado el puño sobre los pensamientos que inundaban mi mente.

¡La policía!

Instintivamente, me agaché por debajo de la ventana.

Oí con claridad el ruido de una puerta que se abría. Unos pasos avanzando sobre la grava... No iba a dejarme atrapar allí, de esa forma tan tonta. Me levanté con precaución y eché un vistazo a través del cristal.

El coche estaba aparcado delante de la puerta de entrada. El tipo se acercaba, seguro de sí mismo.

Aunque pareciera lisa y llanamente imposible, teniendo en cuenta que ni siquiera la policía lo había conseguido, él me había encontrado.

Se entretuvo encendiendo un cigarrillo y después no titubeó ni un segundo.

El cartero fue hasta el buzón, metió dentro un gran sobre marrón y montó de nuevo en la furgoneta amarilla para continuar su recorrido.

¿CON DOBLE SENTIDO?

Martin Denain
A/A Jamal Salaoui
La Horsaine
123, chemin du Couchant
Vaucottes
76111 Vattetot-sur-Mer

Volví a leer la dirección temblando.

Martin Denain
A/A Jamal Salaoui

Las líneas manuscritas danzaban ante mis ojos.

¿Quién podía saber que me escondía allí?

¡Nadie! Nadie con excepción de la que me había facilitado ese escondrijo.

De la única persona que me ayudaba a escapar de la policía.

De la única persona en el mundo que aceptaba creerme.

Mona.

¿Estaba representando una farsa desde el principio, desde nuestro primer encuentro en la gendarmería?

Observé de nuevo el valle a través de la ventana; mi mirada descendió hasta la playa. ¿Qué relación podía tener la recolectora de guijarros con la muerte de Magali Verron? ¿Y con las de Morgane Avril y Myrtille Camus? Aquello no tenía ningún sentido. Mona era la única que podía haber enviado ese sobre por correo, pero, mandándomelo aquí, a casa de su director de tesis, indefectiblemente se acusaba. Una vez más, renuncié a comprender. La curiosidad era más fuerte; imaginaba que ese sobre contenía más detalles sobre el caso Avril-Camus, detalles de los que en internet o en la prensa no se había hablado.

Me senté en el sillón más cómodo del salón, el que estaba frente a la chimenea apagada. Las manos seguían temblándome cuando rasgué el sobre.

Solo contenía dos páginas.

Acta de la declaración de Frédéric Saint-Michel.

Piezas de convicción MC-47, MC-48, MC-49, MC-50.

Caso Myrtille Camus - Lunes, 30 de agosto de 2004

Ellen Nilsson le había pedido al comandante Bastinet que la dejara dirigir la declaración de Frédéric Saint-Michel, el prometido de Myrtille Camus. El comandante había accedido de buen grado a la petición de la psicocriminóloga. Estaba agobiado por los expedientes, las exigencias de resultados del juez Paul-Hugo Lagarde y el hostigamiento al que lo sometía Carmen Avril, que se negaba, junto con su abogado, a creer que la policía hacía todo lo posible para encontrar al asesino de su hija. Y, para aumentar la presión, Bastinet vivía con la angustia de que apareciera el cadáver de otra chica violada.

Durante la reunión de trabajo improvisada delante de la máquina de café, Bastinet había observado que sus facciones arrugadas y las bolsas bajo sus ojos contrastaban con la frente lisa y los pómulos delicados de la psicóloga. «¡Cinco mil euros!», había dicho con sarcasmo por lo bajini Béranger, su segundo. La tarifa estándar de un lifting cervicofacial.

¡Aquello sobrepasaba a Bastinet!

¿Cómo podía una chica tan preocupada por su apariencia ejercer un oficio que consistía en adentrarse en la intimidad de los demás?

—Señor Saint-Michel, ¿se trata de una carta de Myrtille? —preguntó la psicocriminóloga.

—Sí. Es la última que recibí de ella. Me la envió estando en el campamento, unos días antes de su muerte.

Frédéric Saint-Michel estaba al lado de Alina Masson. Ella lo confirmó con un gesto de la cabeza. La energía combativa de la mejor amiga de Myrtille Camus contrastaba con la melancolía que empañaba la mirada de Saint-Michel.

—¿No se comunicaban con mensajes de texto? —insistió Ellen.

—Sí, también. Pero...

A Frédéric Saint-Michel seguía resultándole difícil hablar de su futura esposa. Sus dedos estrujaban un paquete de tabaco en el fondo de uno de sus bolsillos, implorando casi con la mirada autorización para fumar en la comisaría.

Alina Masson tomó el relevo.

—Myrtille era muy romántica. Le gustaba el correo. El correo en papel, quiero decir. Le gustaba escribir. En el campamento, a veces terminábamos las reuniones pasada la medianoche y ella se ponía a escribir igualmente en su tienda a la luz de la linterna.

Cada rasgo de carácter de Myrtille, salido de la boca de su mejor amiga, parecía

una flecha clavada en los recuerdos de Saint-Michel. El hombre se puso un cigarrillo apagado entre los labios y se cogió la cabeza con las manos. Ellen lo observaba como un entomólogo observa a una mosca que choca contra las paredes de un vaso boca abajo. Pese a su promesa, el comandante Bastinet no pudo evitar intervenir.

—¡Si nos leyera esa carta!

Ellen frunció todo lo que pudo su frente estirada y suavizó con una voz serena las palabras de su jefe.

—Señor Saint-Michel, sé que se trata de una carta íntima, un poema, por lo que usted nos ha dicho. Seguramente son las últimas palabras que Myrtille escribió antes de que le quitaran la vida. Pero quizá encontremos ahí un indicio...

Frédéric Saint-Michel aplastó el cigarrillo en el hueco de la mano antes de contestar:

—Íbamos a casarnos.

Se salía de la cuestión.

La psicocriminóloga batió sus largas pestañas. Demasiado largas. Postizas.

—Lo sé, Frédéric. Nos gustaría escuchar lo que le escribió.

Saint-Michel miró fijamente el papel que había sacado de un bolsillo. Más pesado que una pila de libros. Sus labios se movieron, pero ningún sonido salió de ellos.

Bajo la mesa, Ellen Nilsson puso sus dedos de uñas esmaltadas en color carmín, a juego con el vestido amaranto, sobre las rodillas del comandante. Este, sorprendido en un primer momento, enseguida comprendió que simplemente le estaba pidiendo un poco de paciencia.

La psicóloga alargó hacia el testigo un brazo con la muñeca oculta bajo un túnel de pulseras.

—No pasa nada, Frédéric. Déjenos esa carta.

La hoja se deslizó sobre la mesa. La psicocriminóloga leyó en voz alta y clara:

Myrtille, 24 de agosto, Isigny-sur-Mer, 2.25 de la mañana

Amor mío:

*Al tiempo sus agujas le robaré
para impedir que se vaya.*

*Al sol sus muletas le robaré
para impedir que salga.*

*A la primavera sus junquillos le robaré
para impedir que se aje.*

Al capullo su oruga le robaré

para impedir que escape.

*En el mundo rejas pondré
para impedir que nos separe.*

*Con harapos nuestra fortuna vestiré
para impedir que nos compre.*

*A las demás chicas mataré
para impedir que te amen.*

*A la vida una familia le pediré
para impedir que nos hastíe.*

*A nuestro alrededor un castillo construiré
Y contra todo lo defenderé.*

M2O

Alina Masson retorció un pañuelo de papel para enjugarse las lágrimas. Frédéric Saint-Michel apretó otro cigarrillo entre los dientes y lo mordió hasta hacer un surco entre el filtro y el resto.

—Es un poema precioso —dijo Ellen.

No era un cumplido de cortesía, lo pensaba de verdad. Myrtille tenía talento; un talento que habían machacado como cuando se arruga una página manuscrita para hacer una bola antes de tirarla a la papelera.

Ahora comprendía mejor las reacciones de los que habían vivido irradiados por el carisma de Myrtille, entre cólera y desesperación. Le había propuesto a Charles y a Louise Camus asistir a la declaración, pero los padres de Myrtille habían rechazado educadamente la invitación. Ya no querían seguir compartiendo el recuerdo de su hija con policías o jueces. Myrtille estaba enterrada en Elbeuf, en el cementerio de Saint-Étienne, y les gustaba recogerse allí todas las mañanas. Solos. Al contarles una y otra vez a los investigadores hasta el más mínimo detalle de la vida de Myrtille, tenían la impresión de dispersar sus recuerdos como si dispersaran sus cenizas.

Bastinet no añadió nada. Decepcionado. No es que fuera insensible a aquellos emotivos versos, pero no veía nada en el poema que pudiera ayudarlo a identificar al asesino, ni siquiera releyéndolo una y otra vez. Dejó correr un dedo sobre la hoja.

—¿Qué significa esta firma, M2O?

—Matrimonio, 2 de octubre —precisó Saint-Michel—. Es la fecha que habíamos fijado para la ceremonia. La religiosa en Orival y la civil en Elbeuf. El vino de honor en la Casa de la Juventud y la Cultura, y la cena y el baile en el circo-teatro.

Decapitó el cigarrillo y escupió la colilla en la palma de la mano. Alina puso el pañuelo de papel húmedo sobre la mesa.

—¿Este poema puede realmente ayudarles?

Bastinet alimentó la duda haciendo un movimiento impreciso con la cabeza; no iba a soltarles que había perdido el tiempo, que el único indicio verdadero era la libreta Moleskine azul celeste de Myrtille, esa donde escribía con regularidad, en la que tal vez se mencionaba un pequeño detalle sobre los días y las horas anteriores a su violación. La libreta que el asesino se había llevado.

Bastinet se levantó. Miró a Frédéric Saint-Michel y le pareció que tenía mala cara, nada que ver ya con el Chichin guitarrista que hacía fantasear a las monitoras de su Casa de la Juventud y la Cultura. Entre ellas, la hermosa Myrtille.

Matrimonio, 2 de octubre.

Los acordes machacones del programa televisivo *Dime que sí* sonaron en su cabeza.

Dime que sí, Freddy.

¡Qué gilipollez!

Mientras empujaba la puerta del despacho, Bastinet explicó que tenía otras urgencias, que dejaba a Ellen terminar sola la entrevista, que la psicóloga contaba con toda su confianza.

Para seguir hablando de poesía, pensó, de la absurda vestimenta sexy de Myrtille Camus el día del drama, de la fecha de la boda y de la tarta nupcial anulada. ¿De qué servía interesarse por la víctima aparte de para tener buena conciencia? Toda la investigación debía concentrarse en el asesino. Durante el interrogatorio, que había durado menos de veinte minutos, le habían pasado tres nuevas llamadas de personas que afirmaban haber reconocido al tipo de la gorra Adidas que rondaba alrededor de Myrtille Camus antes de la muerte de esta. Se sumaban a unas cuantas decenas más, desde principios de semana. Habría que verificar todos los testimonios, por principio, aunque Bastinet estaba convencido de que el violador no se dejaría pillar tan fácilmente.

El cabo de la gendarmería de Valognes lo llamó tres horas más tarde. Bastinet estaba intentando convencer a todas las oficinas de turismo del departamento que colocasen en sus escaparates el retrato-robot del desconocido de la gorra blanca y azul y del otro, casi su gemelo, de la bufanda roja de Burberry. El supuesto asesino vivía en la segunda residencia de sus padres, así que había que apuntar a las zonas turísticas, pero a los ayuntamientos no les hacía ninguna gracia.

—Póngalos donde quiera, comandante, pero no delante de las narices de los turistas.

¿De los turistas? ¿En septiembre?

—¿Léo?

—Sí.

—Soy Larochelle, de la comisaría de Valognes.

—Sí...

El cabo se quedó un largo momento en silencio. A ver si espabila este idiota, pensó Bastinet.

Larochelle no había podido resistirse a la tentación de echarle un mínimo de teatro a su triunfo. Al segundo siguiente dejó a Bastinet clavado en el asiento.

—¡Lo hemos pillado!

—¿A quién?

—Al tipo de la gorra de Adidas. Al que rondaba alrededor de la joven Camus. Lo hemos localizado en Morsalines. Confía en mí, es una información fiable, es nuestro. ¡Tengo incluso su nombre y dirección!

¿SU NOMBRE Y SU DIRECCIÓN?

Leí y releí el poema.

Conmovero. Emocionado.

Una vez más, me pregunté qué relación existía entre el caso Myrtille Camus... ¡y yo!

¿A qué venía esa profusión de detalles? ¿Cómo podía ayudarme la investigación del segundo crimen del asesino de la bufanda roja a resolver el primero, el de Morgane Avril, y, por consiguiente, el enigma del suicidio de Magali Verron hacía dos días? ¿Cómo podía ayudarme a salir del callejón sin salida en el que estaba atrapado?

Con todo, por el momento, conocer la continuación de la historia, el nombre de ese tipo identificado por la policía de Valognes, el sospechoso número uno del asesinato de Myrtille Camus, no urgía, ya que alguien se las arreglaría para hacérmela llegar. Eso formaba parte de su plan.

Me levanté, caminé por el salón concentrándome en cada verso. El parquet barnizado chirriaba bajo mis pies como el campanileo obsesivo de un concurso televisivo. Desde que había leído esa acta, una intuición me rondaba insistentemente por la cabeza.

¿Y si esos sobres no fueran una trampa? ¿Y si, por el contrario, alguien me enviaba esas cartas para que yo encontrara la solución? Para que descubriera en esa multitud de indicios, diez años después, lo que la policía había pasado por alto. La identidad del doble asesino.

Aquel poema era una de las piezas del puzzle. Una más.

Me acerqué otra vez a la ventana. Fuera, un tipo encorbatado caminaba hacia la playa, con un teléfono pegado a la oreja y volviéndose sin parar.

Desgrané mentalmente las preguntas, tal como se me ocurrían, en desorden. Casi una decena.

¿Por qué me enviaban esos sobres? ¿Qué aptitud especial tenía yo para resolver ese caso del que no sabía absolutamente nada dos días antes?

¿Quién, aparte de Mona, podía saber que me escondía en la segunda residencia de Martin Denain?

¿Qué había sido de Christian Le Medef? ¿Lo habían secuestrado? ¿Matado?

¿Qué significaban las cuatro casillas y las ocho cifras que interesaban a Le Medef y a Piroz?

En la calle, una rubia bajaba la pendiente pronunciada cargada con dos niños, una bici de cuatro ruedas y un patinete.

Si bien no tenía ninguna respuesta para los cuatro primeros interrogantes, me parecieron lógicos, racionales. Nada que ver con los seis siguientes, a cual más delirante.

¿Cómo había podido la policía encontrar mis huellas en el cadáver de Magali Verron si yo no la había tocado?

¿Cómo había podido enrollarse Magali Verron esa bufanda roja alrededor del cuello mientras caía por el acantilado?

¿Por qué la prensa no había dicho nada acerca de su muerte?

¿Cómo explicar esas coincidencias irreales entre Magali Verron y Morgane Avril? Nacimiento, gustos, escolaridad... ¡y rostros idénticos!

¿Era posible, como yo estaba convencido, que Morgane Avril no hubiera muerto hacía diez años, cuando todos los periódicos de Francia habían informado de su asesinato?

Y la consiguiente pregunta:

¿Era concebible que un solo parámetro pudiera resolver la totalidad de esa ecuación con diez incógnitas?

Eché otro vistazo desconfiado al exterior. Un adolescente, último vagón de la familia de paseo, arrastraba los pies por el asfalto, aislado del mundo con unos cascos MP3 del tamaño de unas orejeras.

Solo estaba seguro de una cosa: no iba a resolver ese enigma solo, únicamente con el poder de mi materia gris, como en esas películas antiguas en las que el investigador barrigón desentraña el misterio sin siquiera levantarse del sillón.

Necesitaba actuar, y la primera acción consistía en averiguar la identidad del tercer testigo.

Denise.

¡Mona tenía razón! No había más que preguntarle la dirección a su perro...

En los minutos que siguieron, registré el salón de Martin Denain hasta que encontré la guía de teléfonos bajo una pila de periódicos antiguos. Pasé de forma compulsiva las páginas amarillas. Solo había tres clínicas veterinarias en un radio de veinte kilómetros. Empecé por la más cercana, la clínica L'Abbatiale, en Fécamp. Una secretaria con voz de gata me contestó.

—Perdone —maullé yo también—, llamo de parte de mi abuela, Denise, por su perro, Arnold.

—Arnold —repitió la chica con su voz almibarada—. Un momento... —Una adicta del teclado. Escribía a toda pastilla—. Arnold, un shih tzu de once años, ¿es ese?

¡Estuve a punto de gritar de alegría!

—¡Sí! Verá, mi abuela..., cómo le diría..., empieza a perder un poco la cabeza. Se le olvidan las visitas, las vacunas... Así que estoy tomando yo el relevo, con Arnold y con todo lo demás.

—Comprendo, espere, voy a mirar... —Oí crepitar de nuevo un teclado y la voz rosa caramelo continuó—: Le enviamos una carta de recordatorio a su abuela hace seis meses. Arnold tiene que venir a visitarse antes de junio para la vacuna contra la piroplasmosis.

—¡Lo sabía! Se le ha olvidado. ¿Puede volver a enviarme la carta?

—¿A su dirección o a la de ella?

—A la de mi abuela. Paso por su casa todas las semanas.

A la secretaria le encantó este último detalle. Su voz se hizo ya totalmente empalagosa.

—Se la envío hoy mismo, señor...

Me quedé dubitativo un lapso de tiempo prudentemente dosificado. Justo antes de que ella colgara, tomé la palabra:

—¡Espere! ¿Qué dirección les ha dado mi abuela? Ahora que lo pienso, quizá la carta anterior se perdió, tuvimos que trasladarla hace unos meses a una casa de una sola planta.

Un breve silencio sin ningún ruido de tecleo. Supuse que estaba utilizando el ratón.

—Denise Joubain. Antigua Estación, carretera de Les Ifs, en Tourville-les-Ifs. ¿Es correcto?

—Perfecto, señorita.

Señorita.

Me dio unas gracias acarameladas y aproveché para colgar.

Un minuto después, el mapa a escala 1:25.000 estaba extendido sobre la mesa del salón. Les Ifs era un caserío situado a seis kilómetros de Yport, en pleno campo. Pasé un rato marcando las zonas boscosas, los taludes con vegetación y los senderos aislados para trazar el itinerario que me permitiera ir a casa de Denise Joubain minimizando la probabilidad de cruzarme con alguien que me denunciara a la policía. Seis kilómetros era mucho para que un cojo trotando a campo traviesa pasase inadvertido.

Intentar ver a esa vieja suponía un riesgo; era consciente de ello. Pero ¿acaso resultaba menos arriesgado quedarse criando mohos en aquella casa un día entero?

Tenía en mi mano un último triunfo.

Denise y Arnold.

Y pensaba aprovecharlo.

¿EMPIEZA A PERDER UN POCO LA CABEZA?

Seguía desde hacía varios kilómetros la vía férrea abandonada. La antigua línea de Fécamp, que en otros tiempos enlazaba con el tren Ruan-El Havre, no había sobrevivido al declive del turismo en la costa normanda. Solo quedaba de ella una larga cicatriz en los campos pantanosos, de unos diez metros largos de profundidad, y parcialmente reconquistada por los avellanos, los robles y los olmos.

El espacio entre las traviesas, que una fría llovizna volvía resbaladizas, marcaba el ritmo de mis zancadas. Hasta Tourville, no me crucé con nadie, salvo con algunas gaviotas que me espiaban desde el cielo y un cernícalo que, inmóvil sobre el tronco de un plátano, parecía esperar desde la Belle Époque a que pasara un tren.

Subí el talud a la altura del caserío de Les Ifs y me encontré frente al lugar donde se suponía que vivía Denise Joubain.

¡La antigua estación! Una casa solariega, azul lino, con paredes revocadas hasta el tejado de pizarra, y coronada por dos chimeneas anaranjadas y un reloj monumental. El tiempo se había parado allí un día lejano a las 7.34. A nadie le había parecido necesario retirar de la fachada la placa de cerámica que anunciaba: FERROCARRIL, y casi podía uno imaginar que la puerta de roble iba a abrirse para mostrar a una multitud de elegantes mujeres con enaguas almidonadas bajo el vestido, banqueros bigotudos tocados con canotier y pequeños parisinos disfrazados de marinero.

Los trenes los esperaban.

Una decena de vagones y tres locomotoras estaban desperdigados a lo largo de la vía férrea abandonada. Un vagón del Orient-Express, un coche Pullman, una locomotora Pacific Chapelon. Nuevos, como si hubieran circulado el día anterior.

El decorado me pareció surrealista, pese a que, al preparar mi itinerario, había visto que una asociación de exferroviarios había instalado su cuartel general justo al lado de la antigua estación y restauraban vagones herrumbrosos para que compañías ferroviarias de todo el mundo pudieran ofrecerles una segunda juventud.

La llovizna se hizo más intensa. Sin duda eso explicaba por qué no había nadie trabajando en el exterior. Me acerqué hasta la puerta sin conseguir librarme del convencimiento íntimo de que, una vez más, las cosas no sucederían como estaba previsto que ocurriesen.

De que la vieja Denise no estaría en casa.
De que también a ella la habrían hecho callar.
De que...

El ladrido de Arnold estalló detrás de la ventana, luego apareció su hocico negro, tocado con una cortina de encaje. Babeó dos minutos largos sobre el cristal, histérico, antes de que Denise Joubain me abriera.

Denise me miró de arriba abajo con ojos atónitos, como si, con mi WindWall violeta, fuera una especie de viajero espaciotemporal venido del siglo futuro.

—¿Sí...?

No me había reconocido. Sin embargo, había tomado la precaución de ponerme la misma ropa que cuando nos habíamos visto, dos días antes.

—Soy Jamal. Jamal Salaoui. ¿Se acuerda? La playa de Yport... Magali Verron, la chica que se suicidó...

Mientras buscaba en lo más profundo de su memoria, Denise me invitó a entrar sin hacerme más preguntas. Arnold me miró con desconfianza y finalmente fue a tumbarse sobre un cojín verde a juego con su jersey de color tilo.

La gran estancia que servía de vestíbulo, comedor y salón estaba decorada con vigas vistas, armarios y cómodas normandos, encajes y flores secas, pero eran sobre todo las fotografías colgadas en las paredes lo que atraía la atención: decenas de fotos de trenes, inmovilizados en los paisajes más bellos del mundo; inmensas estepas nevadas, pendientes andinas vertiginosas, interminables espigones que atravesaban el mar.

—Mi marido era ferroviario —precisó Denise—. Jacques murió hace ya más de nueve años. —Se volvió hacia un póster del Orient-Express atravesando la laguna de Venecia—. Supimos aprovechar las ventajas que eso suponía...

Saqué del bolsillo la doble página del *Courrier cauchois* del jueves 17 de junio de 2004.

—Me gustaría enseñarle una foto, Denise.

Le puse delante el retrato de Morgane Avril, tomando la precaución de tapar la fecha y el titular del artículo: DE TOI, MORGANE. Aunque la anciana perdiera un poco la memoria, no podía haber olvidado la cara de Magali Verron tras su suicidio en la playa, dos días antes. La misma cara que la que aparecía en el periódico.

—¿La reconoce?

Denise se disculpó y me dejó solo unos segundos para ir a buscar las gafas al dormitorio, la primera habitación a la derecha. Al verla alejarse, pensé que la encontraba menos despierta que en la playa de Yport la mañana del suicidio. Como si hubiera envejecido dos años en dos días. Cuando volvió, se inclinó hacia la foto.

—Sí..., es la chica que murió después de que la violaran.

Me contuve para no abrazar a Denise y darle un par de besos. Tal como había previsto, ella también había confundido la foto de Morgane Avril con el rostro de Magali Verron. No estaba loco. ¡No me había inventado ese increíble parecido!

¿Podría convertirse la anciana en una aliada?

Desplegué la doble página del *Courrier cauchois*.

—Mire la fecha, Denise, mire el número de la edición del periódico.

Se recolocó las gafas, como si la claridad de su visión dependiera de un milímetro más arriba o más abajo.

—¿Jueves 17 de junio de 2004? Dios mío... Esa monstruosa historia me parecía tan reciente...

Miré, en la pared opuesta, cómo se adentraba el Shinkansen entre los rascacielos de una ciudad japonesa, tal vez Osaka.

—¿Tan reciente como un par de días? —sugerí.

Una risita cristalina hizo vibrar a Denise, que fue a sentarse en una silla de madera con el asiento de anea. Arnold se subió de un salto a sus rodillas.

—Ya sé que pierdo un poco la noción del tiempo —respondió con una pizca de ironía en la voz—, pero, aun así, dos días me parece exagerado, ¿no cree? Pensándolo bien, ese periódico tiene razón; Jacques aún vivía cuando ocurrió aquello. Me dejó en 2005...

Levantó su mano arrugada para indicarme que me sentara. Seguía sin preguntarme quién era y por qué le hacía esas preguntas. Cogí otra silla de madera y anea y me puse frente a ella. Arnold me olfateó como si considerara en serio la posibilidad de cambiar de rodillas.

Me costaba reprimir los signos externos del nerviosismo que me invadía.

¡Lo que recordaba en ese momento Denise era el asesinato de Morgane Avril!

Era lógico, en el fondo, puesto que siempre había vivido allí. Sin embargo, no parecía relacionar a las dos chicas muertas en un intervalo de diez años.

—¡Tiene razón! —confirmé—. Es la foto de Morgane Avril, la chica violada y asesinada en Yport en 2004. Pero yo he venido a hablarle de la otra chica, Magali, la que se mató ayer saltando por el acantilado.

Su mano temblorosa se adentró en el largo pelaje de Arnold. Denise me miró como si no hubiera entendido bien lo que le había dicho, dudó si hacérmelo repetir y al final balbució lentamente siete palabras:

—Yo estaba allí cuando descubrieron el cadáver.

Por supuesto, Denise. Yo también. Los dos estábamos allí. Los tres, contando a Le Medef.

Ella cerró los ojos. Tuve la impresión de que se había dormido, pero empezó a hablar lentamente, como si estuviese contándome un sueño.

—Paseaba por la playa. Era muy temprano, creo, pero no hacía frío. —Su mano se deslizó por la barriga del shih tzu, que ronroneó de placer—. Arnold era muy joven entonces...

Una alarma se encendió en algún lugar de mi cerebro.

¿Arnold? ¿Muy joven?

—Era un día un poco loco en Yport —continuó Denise—. Había jóvenes bailando

frente al casino. Había música, mucha música, toda la noche, rock. A mí también me gustaba bailar el rock cuando tenía su edad, bueno, otro rock, no el que tocaban esa noche. Es curioso, ¿no le parece?, que los jóvenes hayan cambiado de música, pero hayan conservado el mismo nombre. Todos parecían felices. Antes del drama, claro. Antes de que encontraran el cuerpo sin vida de esa pobre chica al pie del acantilado.

Me entraron de golpe ganas de coger la bola de pelo acurrucada sobre las rodillas de Denise y lanzarla hacia el techo para provocarle un *shock* a aquella vieja, para que se concentrara en sus recuerdos de hacía dos días, no en los de hacía diez años, y que confirmase mi versión, por ejemplo. O sea, que en ningún momento había tocado el cadáver de Magali Verron.

Levanté la voz. Arnold puso las orejas tiesas.

—Señora Joubain, no he venido para que me hable de Morgane Avril, sino de lo que pasó cuando nos vimos el miércoles, hace dos días. Haga memoria, el paseo con Arnold por la playa de Yport...

Una sonrisa iluminó el rostro de Denise. Hasta me pareció ver que el rabo de Arnold se movía al oír la palabra «paseo».

—Dios mío, es verdad, estaba paseando... Arnold también. Pero de eso hace bastante tiempo. Ya no salgo mucho, ¿sabe? Las piernas no me llevan muy lejos desde hace años. Y a Arnold sus patas tampoco...

Notaba cómo cedían las últimas resistencias en mi mente en ruinas.

¿De qué hablaba esa vieja loca?

Hacía bastante tiempo... Las piernas ya no la llevaban...

¡Pero si anteayer recorría la playa de Yport llevando a su shih tzu atado con una correa!

Denise continuó, como si fuera incapaz de detener las oleadas de nostalgia.

—Soy como esos trenes abandonados que están ahí afuera. Como esa línea ferroviaria oxidada. Estoy aquí esperando y recordando. De vez en cuando viene a buscarme un taxi, cuando tengo que ir al médico o para llevar a Arnold al veterinario. Hasta las compras me las trae la mujer de la ayuda domiciliaria.

Dominado por una especie de vértigo, miré los cuadros de las paredes. Los trenes se movían como en una estación de clasificación, cuyo cambio de agujas estuviera manejado por un loco. Denise siguió la dirección de mi mirada.

—He viajado mucho. Jacques y yo dimos varias veces la vuelta al mundo. No pagábamos nada. Él era ingeniero mecánico... Recuerdo, en marzo del sesenta y dos, la línea Baikal-Amur inmovilizada en medio de la nieve justo después de Taishet y...

La interrumpí, cortante. Arnold irguió las orejas y me amenazó con sus dientes alargados como pepitas de melón.

—Nos vimos en la gendarmería anteayer... Usted salía del despacho del inspector Piroz.

—¿Es... es usted policía? —balbuceó Denise.

—No... No, al contrario.

Inmediatamente me arrepentí de ese «al contrario». Exponiéndome a que Arnold me mordiera, puse una mano sobre las rodillas de Denise.

—¿Tiene miedo? ¿Le han pedido que olvide el accidente de anteayer? ¿Que no le hable de él a nadie, y menos aún a los periodistas?

Denise se levantó de un salto. Arnold se deslizó por sus piernas gañendo.

—¿Es usted periodista? ¿Es eso? ¿Viene a hurgar otra vez en esa historia pasada?

Me levanté yo también. Su cara arrugada llegaba a la altura de mi cuello.

—Esperamos más de un cuarto de hora juntos en la playa a que viniera la policía —dije, casi gritando—. Usted cubrió el cuerpo de esa chica con mi cortavientos. Esa chica llevaba una bufanda roja alrededor del cuello...

Denise retrocedió unos pasos. En un perchero, junto a la entrada, había colgados un chubasquero gris, un sombrero de paja y un fular de seda beis. Nuestras miradas se clavaron en aquel trozo de tela y después se cruzaron.

Leí el terror en los ojos de Denise.

Mis manos se posaron en sus hombros al tiempo que mi voz se dulcificaba.

—No quiero hacerle daño. Lamento haberme mostrado brusco. Lo único que qui...

En un primer momento no entendí su gesto. Se limitó a poner la mano derecha sobre su muñeca izquierda, en un movimiento que parecía natural.

El timbrazo estridente atravesó la sala mientras un piloto rojo parpadeaba en su muñeca izquierda, en su reloj.

Lo que yo había tomado por un reloj...

Denise, como muchas personas de edad avanzada que vivían solas, llevaba una pulsera de alarma, seguramente conectada al teléfono de su médico de cabecera o de un servicio de urgencias.

Joder...

Si no desactivaba ese cacharro, el servicio de emergencias no tardaría más de unos minutos en presentarse.

El teléfono sonó al segundo siguiente. Ella dio un paso para ir a contestar, pero la retuve agarrándola de una manga. En cuanto saltó el contestador, una voz inquieta sonó en la habitación:

—Señora Joubain... Soy el doctor Charrier. ¿Tiene algún problema? Contésteme, señora Joubain, ¿tiene algún problema?

Ese matasanos iba a dar la voz de alarma.

Tenía que largarme...

Probé suerte. Una vez más. La última.

—Denise, se lo ruego, míreme. ¡Tiene que reconocerme!

Sus ojos me atravesaron como si yo fuera un fantasma translúcido y solo le interesase la puerta que estaba detrás de mí. Luego, seguramente tranquilizada por la llegada inminente de una ambulancia, me respondió con una voz más calmada:

—Sí, le reconozco. Estaba a mi lado, en la playa... —Antes de que yo tuviera

tiempo de saborear esta última esperanza, la anciana me cogió la mano—. Usted también era más joven. A diferencia de los demás chicos, usted no bailaba. Podría haberlo hecho. Tenía las dos piernas en aquella época... Usted...

Fui incapaz de escuchar una sola palabra más. Salí precipitadamente sin entretenerme en cerrar la puerta. La última imagen que conservé de la antigua estación fue la de Arnold corriendo tres metros por el aparcamiento y después ladrando como si quisiese decirme que no volviera a poner los pies allí nunca más.

Bajé por el talud entre dos vagones que descansaban sobre unos bloques de piedra y corrí por la vía férrea abandonada que se perdía hacia el infinito, como una interminable cremallera que un gigante hubiera cerrado sobre los secretos enterrados bajo la tierra.

—Hola, ¿Mona?

Por primera vez, había decidido mentirle. Al menos por omisión. No revelarle que la vieja Denise Joubain era incapaz de recordar el accidente de hacía dos días..., pero que en cambio se acordaba perfectamente del asesinato, diez años antes, de Morgane Avril.

Que lo confundía todo, incluido el día que había estado conmigo.

Que me tomaba por otro.

Que estaba loca, ni más ni menos.

La señal de llamada del teléfono sonaba ininterrumpidamente. Las traviesas desfilaban bajo mis pies como los peldaños de una interminable escalera hacia el infierno. Cien metros más, y tendría que salir del foso protector de la vía férrea abandonada para aventurarme por los taludes con vegetación, entre los huertos normandos. La llovizna se había transformado en una bruma fría que me helaba la piel, pero que solo ofrecía de mí, al paseante que tuviera el valor para andar por el campo con ese tiempo, una vaga silueta.

Estaba solo.

Christian Le Medef, desaparecido. Denise Joubain, senil.

Yo era el único testigo de la muerte de Magali Verron.

Apreté nerviosamente el móvil con la mano.

El único testigo, con excepción de la policía. De Piroz, de su segundo y de todos los policías de la comisaría de Fécamp que habían visto el cadáver.

Llamada frustrada. Reintentarlo.

Pulsé la tecla verde del iPhone. Ella descolgó.

—Hola, ¿Mona?

—¿Qué? ¿Has encontrado a la vieja?

—No. Bueno, sí, pero es una historia complicada...

—¡Cuenta!

—Más tarde, Mona.

Me detuve bajo un avellano. Gruesas gotas frías caían de las ramas y explotaban sobre el tejido sintético de mi cortavientos.

—¿Puedo coger tu coche?

Durante unos instantes solo oí en el otro extremo del teléfono el murmullo de los cantos rodados que el mar arrastraba. Luego, la voz de Mona prosiguió en un tono jovial:

—¿Para ir a entregarte a la policía?

—No, Mona. Para ir a Neufchâtel.

—¿Cómo?

—A Neufchâtel-en-Bray. Carmen Avril, la madre de Morgane, sigue teniendo allí la casa rural, Le Dos-d'Âne. Está a menos de una hora de camino. Tengo que comprobar todos los detalles, Mona... Necesito pruebas, necesito que tú...

—Vale, tío, tranquilo. Coge mi coche si quieres. No se ha movido, está aparcado en el malecón, enfrente del casino...

No dediqué ni un segundo a expresar en palabras lo inmensamente agradecido que le estaba a Mona.

—¿Enfrente del casino? ¡Mierda! No puedo acercarme a la playa de Yport en pleno día, ni siquiera con este tiempo. Me echarán el guante...

Mona suspiró como una madre que no tiene otra opción que ceder al capricho de su retoño.

—¡Eres un plomo, Jamal! Dejaré el Fiat a la salida de Yport, después del *camping* municipal, junto a las pistas de tenis. La llave de contacto estará puesta. Las puertas y el maletero no cierran desde hace siglos...

—Gracias, Mona. Te demostraré que has hecho una buena apuesta...

—¡Calla de una vez! Y cuelga antes de que cambie de opinión...

Mientras me guardaba el teléfono en el bolsillo, me acordé del cartero, del sobre marrón con mi nombre y de la dirección de Martin Denain. Una dirección que solo Mona sabía, Mona, a quien no le había confesado que ningún testigo estaba en condiciones de confirmar mi versión...

¿Cuál de los dos traicionaba al otro?

Reanudé mi carrera por el sendero helado. La bruma se intensificaba sobre la planicie. Ya no podía distinguir las hileras de álamos que bordeaban los campos de postes de las líneas de alta tensión, alineados en dirección a las centrales nucleares.

Únicamente mi testimonio contra el de todos los demás.

¿Quién podría creerme ahora?

¿Quién podría seguir apostando por mi inocencia?

Nadie...

¿Nadie salvo ustedes?

En este punto de no retorno de los abismos de la locura, ¿siguen dispuestos a creer

todo lo que vengo afirmando desde el principio?

No me invento nada. Todo acabará bien.

¿Todavía están dispuestos a apostar por mí?

Estoy mentalmente sano. No he violado ni matado a nadie.

Y voy a demostrarlo.

¿TIENE ALGÚN PROBLEMA?

El Fiat 500 circulaba a ciento treinta kilómetros por hora por la autopista A13. Mi pie llevaba veinte kilómetros pisando el pedal del acelerador para que no descendiera la velocidad en el largo tramo falsamente llano que llevaba al Pays de Bray. No hacía falta control de velocidad, el motor iba a tope.

Comprobaba con regularidad que nadie me seguía. Por puro principio: la autopista estaba desierta, con excepción de los escasos camiones a los que adelantaba en la subida y que empequeñecían en mi retrovisor hasta desaparecer. El tráfico era más denso en el sentido opuesto. Algunos monoplazas ingleses bajaban hacia el sur, respetando escrupulosamente los límites de velocidad, con esquís y maleteros de techo en la baca. No estaba claro que llegaran a la montaña antes de que la nieve se hubiese fundido. Una lluvia intermitente irritaba el limpiaparabrisas, que chirriaba extendiendo más que secando las gotas esparcidas.

La monótona planicie del Pays de Caux se dividió de golpe. Los inmensos campos fangosos empequeñecieron, cercados por un paisaje de setos cada vez más espesos. La autopista, tras el largo ascenso, caía bruscamente al vacío para subir de nuevo por el lado de enfrente. Era la primera vez que veía la depresión del Pays de Bray, esa especie de amplio valle de arcilla excavado en la planicie cretácea. Casi inmediatamente, maniobré hacia la derecha para salir en dirección a Neufchâtel-en-Bray.

Las casas nuevas parecían haber crecido junto al nudo viario como champiñones alrededor de un tocón. La autopista era gratuita; Ruan quedaba a cincuenta kilómetros. A todas luces, la gran periferia de casas unifamiliares se comía el campo hasta allí.

El termómetro del Fiat marcaba una temperatura de 3 °C. A la hora que era, media tarde, me esperaba entrar en una ciudad fantasma poblada tan solo por unos cuantos viejos que desafiaban al frío y la acera resbaladiza entre un comercio y otro.

En cuanto salí del puente que cruzaba el Arques, la anarquía de vehículos aparcados en doble fila casi me obligó a frenar en seco.

¿Qué hacían todos allí?

Al cabo de un momento, una riada de niños tocados con gorros multicolores se metió en el laberinto de coches.

Las cuatro y media. ¡Mierda, la salida de los colegios!

Giré en la primera esquina para evitar el gentío. Después de haber vagado por un laberinto de calles, entre direcciones prohibidas y callejones sin salida, aparqué en una calleja desierta. Me calé el gorro Nike en la cabeza, me estiré los pantalones a fin de bajarlos lo suficiente para ocultar la prótesis y me apeé del Fiat 500. La acera estaba cubierta de una nieve fundida asquerosa en la que mi pie rígido trazaba un fino arroyo.

Me metí en la primera tienda que encontré con los cristales empañados.

Estaba seguro de que Piroz no había alertado a todas las gendarmerías del departamento y de que la policía aún no había puesto mi foto en todos los escaparates de los comercios de la región.

Una frutería. El tipo estaba ocupado intentando colocar sus manzanas en un plano inclinado sin que se cayeran.

Frutas y verduras ecológicas, anunciaba un cartel bien a la vista encima de la caja.

—¿Qué desea?

—Estoy buscando una casa rural, Le Dos-d'Âne. ¿Sigues llevándola Carmen Avril?

El tendero se incorporó. Estaba casi calvo, con excepción de un mechón de pelo peinado de manera que parecía el tallo de una piña.

—¿Qué quiere de ella?

Intenté desactivar su desconfianza con una sonrisa forzada.

—No voy a mentirle. Soy periodista, preparo un reportaje sobre el asesinato de su hija, Morgane.

Tallo de Piña me observó de la cabeza a los pies, como sus clientes debían de hacer para elegir una fruta madura. Poco faltó para que me palpara la pierna.

—No creo que tenga ganas de que vengan a incordiarla con eso ahora. Es un asunto viejo.

—Diez años —precisé—. Nos gustaría reabrir el caso unos meses antes de que prescriba.

No se tomó la molestia de contestarme; se volvió hacia una pirámide de frutos rojos. En pleno invierno, ese capullo vendía fresas ecológicas, frambuesas ecológicas, cerezas ecológicas...

Un ruido de pasos a mi espalda me hizo dar un respingo. Una chica de mejillas coloradas llevaba en las manos tres cajas de coles lombardas, blancas y rizadas. Me empujó sin miramientos al tiempo que me decía:

—Carmen estará de acuerdo. No es que les tenga mucha simpatía a los de los periódicos, pero, a pesar del tiempo que ha pasado, escuchará todo lo que pueda ayudarla a pillar al cabrón que mató a su hija.

Tallo de Piña se encogió de hombros y se puso a farfullar solo en un rincón:

—Seguirán diciendo que somos un pueblo de perversos.

La frutera colocó al tresbolillo, con gestos precisos, las tres banastas.

—Encontrará Le Dos-d'Âne un kilómetro por encima de Neufchâtel, en la carretera de Foucarmont. El cartel de Casas Rurales de Francia se ve claramente.

En el momento en que salía de la tienda, añadió, como una amenaza:

—Le aconsejo que no se divierta engañándola.

Unos críos caminaban delante de mí mientras me dirigía al lugar donde había dejado el coche. Tres venían de frente por la carretera para evitar los baches de la acera transformados en charcos helados. No vi ni a un solo padre acompañándolos, como si únicamente fueran a buscar a sus hijos cuando hacía buen tiempo.

Eso me convenía. Menos testigos.

Soplé sobre mis dedos fríos y abrí la puerta del Fiat.

Mi mano se quedó paralizada en la empuñadura metálica, como pegada por el hielo.

El sobre marrón estaba sobre el asiento de al lado del conductor.

Para Jamal Salaoui.

Esa maldita letra que ya me era familiar.

Enseguida pensé en Mona. Ella era la única que sabía que iba a Neufchâtel..., ¡pero le era materialmente imposible estar allí! ¿Cómo podría haber conseguido otro coche? ¿Cómo podría haber llegado antes que yo a Bray, cuando yo había conducido pisando el acelerador todo el rato? ¿Cómo podría haberme seguido, cuando me había pasado la mitad del trayecto mirando por el retrovisor?

¿Por qué iba a divertirme este juego sádico?

Me senté en el Fiat. Di el contacto y acerqué los dedos a la rejilla de ventilación para calentármelos.

¿Quién podía saber que había aparcado allí?

Nadie.

¿Quién podía haber dejado el sobre encima del asiento?

Cualquiera. La puerta del coche no se podía cerrar con llave...

Esperé largos minutos con la calefacción puesta al máximo y orientándola hacia mi cara, hasta que noté que el soplo de aire caliente me quemaba la piel. Entonces abrí el sobre.

Caso Myrtille Camus - Viernes, 8 de octubre de 2004

El comandante Léo Bastinet releía de principio a fin, por tercera vez, el fax del cabo Larochele.

El desconocido de la gorra de Adidas, el sospechoso número uno del asesinato de Myrtille Camus, se llamaba Olivier Roy.

Tenía veintiún años, vivía en Morsalines, en casa de sus padres, que dirigían la Maison de la Presse de Valognes. Él realizaba en Caen estudios de mediación intercultural alternados con prácticas en empresas.

No había sido en absoluto mérito del cabo Larochelle identificar al chico cuyo retrato-robot estaba expuesto en todas las gendarmerías de la región: sus padres, Monique y Gildas Roy, se habían presentado el 7 de octubre de 2004 en la comisaría de Valognes para informar de la desaparición de su hijo. No cabía duda alguna: Olivier era el tipo que la policía buscaba. Había acampado en Isigny-sur-Mer, navegado por las islas Saint-Marcouf y tomado el sol en la playa de Grandcamp-Maisy en los momentos precisos en que Myrtille Camus se encontraba allí.

Sus padres explicaron que el asesinato de Myrtille Camus había afectado personalmente a Olivier, sin que ellos llegaran a comprender la razón. Desde el anuncio de la muerte de la chica, había permanecido interminables horas encerrado en su cuarto, del que solo salía para dar largos paseos solitarios. El 6 de octubre de 2004, a última hora de la tarde, se había alejado en dirección norte, por el bulevar des Dunes, hacia Saint-Vaast-la-Hougue. Desde entonces no había vuelto.

El comandante Bastinet creyó durante treinta y siete horas exactamente que tenía al culpable. El silencio de Olivier Roy podía ser interpretado como una voluntad de escapar de la policía; su depresión, como remordimientos; su huida, como una confesión.

Al día siguiente, hacia las seis de la tarde, toda la acusación se vino abajo como un castillo de naipes.

¡El ADN de Olivier Roy no era el del violador!

Una hora después, una segunda información cayó como una bomba: Olivier Roy no podía haber asesinado a Morgane Avril, ni siquiera ser el desconocido de la bufanda roja que habían visto los asistentes al festival Riff on Cliff. El fin de semana del 5 de junio de 2004 se encontraba con tres compañeros de su promoción en el festival de las artes de la calle Biarritz, a novecientos kilómetros de Yport.

La aparición-desaparición de Olivier Roy hizo saltar por los aires el expediente de Bastinet. Continuaron difundiendo unas semanas más avisos de búsqueda. Retiraron los retratos-robot imprecisos y los sustituyeron por la foto de Olivier Roy. Sin convicción.

¿Qué sentido tenía empeñarse en encontrar a un tipo que, en el mejor de los casos, no era más que un testigo?

El juez Paul-Hugo Lagarde expresó públicamente sus dudas sobre los métodos de Bastinet, antes de intrigar en el Tribunal Supremo para que lo declararan incompetente en ese caso pantanoso en el que su carrera corría peligro de hundirse. Los periódicos locales pasaron página. Los cronistas judiciales se cansaron de esa historia y desviaron su atención hacia la de un obrero de Mondeville que se había suicidado asfixiándose con monóxido de carbono en su garaje, junto con su mujer y sus cuatro hijos.

La psicocriminóloga Ellen Nilsson tomó cada vez con menos frecuencia el tren

París-Caen hasta dejar de hacerlo del todo, y los policías del Servicio Regional de la Policía Judicial, que habían hecho apuestas sobre qué parte del cuerpo de Nilsson sería la siguiente en ser rejuvenecida por la magia del bisturí, quedaron libres de retirar sus apuestas.

Todos los que, en las semanas siguientes al asesinato de Myrtille Camus, habían trabajado día y noche en aquella investigación solo habían temido una cosa: la aparición de otra víctima. Ese temor, esa carrera contrarreloj era lo que los había hecho resistir, correr, dopados con la misma adrenalina. Ahora se encontraban esperando que otra violación reabriera el caso. Esperanza vana.

El asesino de la bufanda roja se había retirado...

Carmen Avril fue a ver a Léo Bastinet al SRPJ de Caen el 12 de octubre de 2004, unos días después de que la pista Olivier Roy hubiera sido abandonada. Puso sobre la mesa del comandante una abultada carpeta, etiquetada como «Doble desconocido», que resumió en unas pocas frases asertivas.

Un solo camino podía llevar al descubrimiento de la identidad del asesino de Morgane y Myrtille: buscar quién podía estar en Yport el 5 de junio de 2004 y en Isigny-sur-Mer el 26 de agosto de 2004. La probabilidad de que tal persona fuera inocente era prácticamente nula, tanto más cuanto que no había acudido por iniciativa propia a la policía.

Bastinet asintió con la cabeza y abrió con gesto cansado la carpeta. Contenía interminables listas, series de direcciones, números de teléfono, copias de pantalla. Buscar a un tipo, pensaba el comandante, uno solo, en la costa normanda, un sábado de primavera primero y un jueves de fines de verano después, obligaba a comprobar el nombre de todos los turistas que habían alquilado una plaza de *camping*, una habitación de hotel, una casa rural. De los que se habían alojado en casas de amigos o familiares. De los que solo habían ido un día a Normandía, pero habían pagado un peaje en la autopista con su tarjeta bancaria, comido en un restaurante, comprado un objeto de recuerdo en una tienda. De los que habían dejado una tarjeta de visita, un cheque o incluso simplemente su rostro en una foto.

El comandante cerró despacio la carpeta y miró con ojos ojerosos a Carmen.

—Señora Avril, voy a serle franco. El efectivo asignado al caso Avril-Camus fue reducido al diez por ciento hace un mes. De cincuenta investigadores, hemos pasado a cinco. Dentro de unas semanas, si no se produce un hecho nuevo, ningún policía tendrá por misión exclusiva dedicarse a este caso. —Carmen Avril no pestañeaba. Bastinet hundió el clavo hasta el fondo—. Oficialmente, desde la semana pasada este caso no debería ocupar más del diez por ciento de mi trabajo.

Empujó hacia ella la carpeta «Doble desconocido», sin siquiera tomarse la molestia de evaluar el interés de semejante trabajo de benedictino.

—No abandonamos, señora Avril. La investigación se encuentra simplemente en

suspenso. Tenemos el ADN del violador, sabemos que ya ha reincidido. Es preciso esperar...

Bastinet estaba convencido de que Carmen iba a replicar. Un bofetón bien merecido, en el fondo.

¿Esperar a qué? ¿A que viole a otra chica?

Se sintió decepcionado.

Carmen bamboleó su cuerpo sin siquiera mirarlo, se puso la carpeta bajo el brazo y abrió violentamente la puerta gritando para que toda la planta la oyera:

—¡Saldremos adelante sin ustedes!

En junio de 2004, unos días después del asesinato de Morgane, Carmen Avril había fundado una asociación. Todos los que habían conocido a Morgane de cerca o de lejos se habían adherido a ella, casi quinientas personas, pero, al poco, solo una decena escasa de allegados había resultado suficientemente activa, y sobre todo suficientemente generosa para ayudar a pagar los honorarios de los abogados encargados del caso.

La misma noche del descubrimiento del cadáver de Myrtille Camus, Carmen había invitado a Charles y a Louise a sumarse a esa iniciativa. Al día siguiente habían fundado la asociación Hilo Rojo. El artículo primero de los estatutos depositados en la prefectura se reducía a tres palabras.

No lo olvides jamás.

Charles Camus se convirtió en el presidente. Su calma y su diplomacia parecían más eficaces para negociar con la policía y la justicia que la vehemencia de Carmen Avril, quien se conformó con la vicepresidencia. Con gran pesar por su parte. Carmen siempre había tenido dificultades con los hombres en general. Y con su autoridad en particular. Océane, la hermana de Morgane, ocupó la secretaría, y Alina Masson, la mejor amiga de Myrtille, fue nombrada tesorera. La hipótesis del «doble desconocido» unió a las dos familias durante las semanas que siguieron al segundo asesinato, pero, cuando quedó claro que nadie las ayudaría a llevar a cabo sus investigaciones, el grupo se resquebrajó.

«Saldremos adelante sin ustedes», le había soltado en la cara la madre de Morgane al comandante Bastinet.

Carmen Avril pensaba en términos de cruzada, de venganza, de castigo.

Charles Camus pensaba en términos de verdad, de justicia e incluso de perdón.

El endeble consenso en el seno de la asociación Hilo Rojo se rompió en el transcurso del año 2005. Carmen había dado una respuesta favorable a un periodista de France 2 que deseaba hacer un episodio del programa «Haga entrar al acusado» sobre el caso del doble asesino de la bufanda roja. Charles había puesto un veto categórico, pero la madre de Morgane había replicado con el argumento del número de testigos potenciales a los que ese programa llegaría, por no hablar de la

negociación económica de los derechos de imagen, que permitiría pagar a abogados y a investigadores. Todo el clan Avril se alineó detrás de ella; Louise Camus calló; Alina Masson y Frédéric Saint-Michel no se decidieron al principio a desautorizar a Charles, pero acabaron apoyando a Carmen.

La emisión se programó para el 24 de marzo de 2005, a las 22.30.

Al igual que los demás miembros de Hilo Rojo, Carmen vio los noventa minutos de filmación en una sesión privada previa, en unos estudios de La Plaine-Saint-Denis. El programa exponía la sucesión de los acontecimientos y la evolución de las investigaciones, alternando reconstrucciones sórdidas, fotografías impúdicas de las víctimas y testimonios compasivos de los vecinos. Todo ello sin aportar ningún dato nuevo al caso.

En la primera fila de la sala de proyección, los semblantes eran serios.

¡Puro morbo! La doble violación de Morgane y Myrtille se había utilizado para competir con series como CSI o NCIS emitidas por otras cadenas. Carmen Avril intentó prohibir la emisión del reportaje, pero France 2 se mantuvo firme. El programa tuvo una cuota de pantalla del 18,6 por ciento, lo que estaba un poco por debajo de la media habitual. La cadena no le pagó ni un céntimo a la asociación Hilo Rojo, y todavía menos, a título póstumo, a las dos actrices principales.

Unos días más tarde, Charles y Louise Camus anunciaron su deseo de mantenerse apartados del grupo. Charles mencionó un problema de salud, que se aceptó como una excusa diplomática.

La última vez que le dirigieron la palabra a Carmen Avril fue el día anterior al drama.

El 27 de diciembre de 2007.

¿ESPERAR A QUÉ? ¿A QUE VIOLE A OTRA CHICA?

Guardé los papeles en el sobre y lo metí en la guantera del Fiat 500.

Así que los dos casos, el de Morgane Avril y el de Myrtille Camus, se habían convertido en uno solo menos de un año después del doble asesinato...

¡Un caso archivado!

Mientras arrancaba el Fiat, esbocé una sonrisa. Esta última información iba a serme útil.

Inmediatamente.

Carmen Avril me recibiría con los brazos abiertos; iba a anunciarle que, diez años después, el asesino de su hija había salido de su madriguera.

Unos minutos más tarde aparcaba el coche un centenar de metros después del cartel CASAS RURALES DE FRANCIA. Una mujer caminaba por el talud, encorvada bajo el peso de tres carteras escolares. Tiraba de una recua de tres niños en dirección a un bosque de casas nuevas construidas en las colinas de Neufchâtel.

—Estoy buscando a Carmen Avril.

La madre porteadora tomó aire.

—Baje la alameda. No tiene pérdida. Mire, es aquella, está en la terraza de su casa.

Me señaló una figura azul entre las ramas de los árboles desmochados; luego, como una locomotora, tiró de la mano del primer niño para que los otros dos vagones los siguieran.

Bajé la alameda.

La casa rural Le Dos-d'Âne se extendía a lo largo de unos cincuenta metros. El gris del invierno combinaba con las enormes piedras de los distintos edificios, pero no había duda de que en primavera las paredes severas desaparecían tras los inmensos macizos de hortensias o las ramas floridas del gran manzano desnudo en medio del patio.

En la terraza, una mujer de gran corpulencia, armada con un martillo, se esforzaba en enderezar una barra de madera de lo que suponía que era una antigua prensa de manzanas. Una pieza de coleccionista que no desentonaba en aquel jardín

digno de un museo de artes y tradiciones normandas.

Carmen golpeaba con fuerza, energía y precisión.

De espaldas, parecía un hombre.

De pronto, el martillo se detuvo en el aire. Carmen se volvió instintivamente, como si hubiera olfateado mi presencia.

—¿Qué quiere?

—¿La señora Avril?

—Sí.

Se me aceleró el ritmo cardíaco mientras soltaba con la mayor naturalidad posible la parrafada que había repetido mentalmente diez veces desde Yport.

—Soy el inspector Lopez. Comisaría de Fécamp. Me gustaría hablar con usted.

Me miró de la cabeza a los pies. Una pregunta parecía quemarle los labios: «¿Contratan a lisiados en la policía?», pero se reprimió.

—¿Qué quiere de mí?

—Voy a ir al grano, señora Avril. Es sobre el asesinato de su hija, Morgane. Hay... hay novedades.

El martillo se estrelló contra las baldosas de la terraza sin que Carmen pudiera retenerlo. Su cara colorada y ajada como una manzana olvidada al fondo de un cesto se agrietó todavía más, mientras que a mí me invadía una oleada de alivio.

¡Piroz no se había puesto en contacto con ella!

No dejaba de ser raro, teniendo en cuenta la suma de coincidencias entre Magali Verron y Morgane Avril, pero era por lo que yo apostaba arriesgándome a ir a ver a Carmen Avril.

—¿Novedades?

—Nada concreto, señora Avril, no quisiera hacerle concebir falsas esperanzas. Pero estos últimos días se ha producido en Yport una sorprendente serie de acontecimientos. ¿Puedo entrar?

El interior de la casa estaba a la altura del pintoresco jardín. Una pequeña maravilla de casa rural con encanto. Vigas vistas. Amplia chimenea de ladrillo y gres en la que daban ganas de asar un ternero. Piezas de granja hábilmente recicladas, rueda de carreta convertida en mesa de salón y tarugos de madera en taburetes macizos. Tonos pastel, cuadros campestres y un poco de vidrio y hierro para dar un toque de modernidad. Un envoltorio rústico ideal para parisinos de paso. ¡La casa rural de Carmen Avril no debía de estar nunca vacía!

Carmen me ofreció asiento en un sofá que olía a piel de vaca. Por un breve instante me pregunté cómo había podido hacer una mujer sola semejantes trabajos de restauración.

Después se lo conté todo.

El suicidio de Magali Verron, la violación que lo había precedido, la bufanda de cachemira Burberry encontrada alrededor de su cuello. Omitiendo solo el detalle de que Magali se había encontrado con un corredor en lo alto del acantilado. Yo...

Carmen Avril me escuchó durante casi un cuarto de hora, boquiabierta.

—Ese cerdo ha vuelto —murmuró entre dientes.

Sin dejarla respirar, saqué de la mochila el expediente «Magali Verron» que había robado del despacho de Piroz. Los membretes en azul, blanco y rojo y los sellos oficiales hacían creíble la información surrealista que iba a darle a Carmen.

—Va a tener que escucharme sin interrumpirme, señora Avril. Después le pediré una explicación, si es que la tiene...

Ella asintió con la cabeza. Alterada. El asesino de su hija había vuelto a salir a la luz y estaba dispuesta a escuchar lo que hiciera falta. Respiré hondo e hice un relato de todo lo que había averiguado sobre Magali Verron.

Nacida el 10 de mayo de 1993 en Neufchâtel, Canadá. Estudiante en la región parisina, en la escuela primaria Claude-Monet, el colegio Albert-Schweitzer y el instituto Georges-Brassens, para terminar cursando estudios de medicina. Bailarina de *raks sharki*. Aficionada al rock progresivo de los años setenta.

La alteración de Carmen se había transformado en estupor.

¿Qué sentido podía tener esa sucesión de puntos en común con la vida de su hija? Mismo día y lugar de nacimiento, mismos nombres de centros de enseñanza, mismos gustos.

Puro desvarío.

La propietaria de Le Dos-d'Âne se levantó sin decir nada, solo un ligero desequilibrio al andar delataba su desconcierto. Dio tres pasos hacia la pequeña cocina y volvió con una bandeja estándar de las que se ofrecen a los huéspedes para recibirlos: galletas locales, vasos, botella de agua, naranjada y leche fresca. La bandeja vibraba entre sus manos trémulas. La dejó sobre la mesa de centro antes de contestarme con voz vacilante:

—Inspector, no sé qué decirle. Todo lo que me cuenta me parece... increíble. Absolutamente increíble. ¿Quién es esa chica? Esa tal... Magali Verron.

Me serví un vaso de leche antes de clavar otro clavo.

—Todavía no se lo he contado todo, señora Avril. Magali Verron se parecía a su hija. Un parecido más que sorprendente...

No me decidía a mencionar la fecundación *in vitro* de su hija y la hipótesis de que Morgane y Magali hubieran podido ser hermanas de padre. Carmen, como si me leyese el pensamiento, se me adelantó.

—¿Se parecían, inspector Lopez? Eso es ridículo. ¡Morgane no tenía ninguna hermana menor! Ni tampoco ninguna prima diez años más pequeña que ella. Sus únicos familiares éramos su hermana Océane y yo.

Meneé la cabeza como si reflexionara sobre otras explicaciones posibles. En realidad, quería ganar tiempo. Para sacar a Carmen del agua, debía tirar poco a poco del anzuelo hasta que saliera a la superficie. Hojeé de nuevo el expediente «Magali Verron» hasta llegar a la página en la que se detallaba su ADN.

—Señora Avril, me centraré en la cuestión que me ha traído aquí. Sabemos que

conserva todos los archivos de la asociación Hilo Rojo. Me gustaría hacer una comprobación con usted.

Carmen tenía que morder forzosamente el anzuelo. Si lo que había leído sobre ella era verdad, estaría dispuesta a seguir todas las pistas que pudieran llevarla hasta el asesino de su hija. Incluso la más descabellada.

Cogí distraídamente una galleta y acerqué la hoja hacia ella.

—Quisiera comparar el ADN de Magali Verron con el de Morgane.

El hilo se tensó inmediatamente. El tono de Carmen se endureció. En los últimos diez años había aprendido a desconfiar de la policía.

—¿No conservan el expediente de mi hija en sus propios archivos?

—Sí, sí —me apresuré a responder—, por supuesto. Pero reabrir el caso exige poner en marcha un procedimiento muy largo, contar con la conformidad del juez de instrucción, pedir montones de autorizaciones... He pensado que sería más rápido si venía a verla.

Me miró de un modo raro. No estaba seguro de que me hubiera creído, pero quizá tomaba mis justificaciones como una prueba suplementaria de la incompetencia de la policía.

—¿Trabaja con el inspector Piroz? —me preguntó de pronto.

Mastiqué con constancia la galleta. Miel y almendra. Se pegaba un poco a los dientes. Durante el camino hasta Neufchâtel, había intentado preparar respuestas para todas las posibles preguntas, pero no había previsto aquella.

Me tomé tiempo para amortiguar la sorpresa antes de tragar.

—Sí, claro. Ha sido él quien me ha enviado.

En su semblante cansado, los pómulos pasaron del rosa al carmín. Por primera vez, Carmen Avril pareció relajarse.

—Está bien, venga conmigo al despacho. Piroz es el único policía honrado de Normandía.

Me abstuve de decirle que no compartía precisamente su opinión. Atravesamos una especie de vestíbulo.

—Espéreme aquí —dijo la dueña de Le Dos-d'Âne.

Me dejó plantado en el cuarto y entró en otro, seguramente donde archivaba toda la información sobre el caso Avril-Camus. Durante su ausencia, observé la habitación. Estaba claro que se trataba de un dormitorio de niño que Carmen había transformado en despacho. Unas fotos decoraban las paredes forradas de papel pintado con motivos de aviones y globos aerostáticos. Fotos de Morgane de pequeña: Morgane disfrazada de médico, Morgane disfrazada de vaquero, Morgane disfrazada de bombero.

Curiosamente, no vi ninguna foto de su hermana Océane.

Carmen volvió con una caja y la dejó encima de una tabla que descansaba sobre dos caballetes.

—Le dejo que vaya mirando, inspector, estoy con usted dentro de un minuto.

Desapareció de nuevo en la habitación contigua mientras yo me apresuraba a abrir la caja. Después de haber leído por encima algunas hojas sueltas, me detuve en la fotocopia de un documento de la gendarmería de Fécamp.

Huellas genéticas de Morgane Avril establecidas el lunes 7 de junio de 2004. Servicio Regional de Identidad Judicial. Ruan.

Puse al lado la otra hoja. La presentación y el tipo de letra utilizados por el SRIJ habían cambiado desde 2004, pero los logos, los membretes y los sellos seguían siendo los mismos.

Huellas genéticas de Magali Verron establecidas el jueves 20 de febrero de 2014. Servicio Regional de Identidad Judicial. Ruan.

La primera información indicaba el grupo sanguíneo. Tanto Morgane como Magali pertenecían al grupo B+. No el más corriente, por lo que yo recordaba de las clases de biología médica a las que había asistido en el Instituto Saint-Antoine. Menos del diez por ciento de la población francesa.

Una coincidencia más.

Sentí un escalofrío en la nuca. Mis ojos descendieron hacia las figuras que componían el código genético de las dos chicas.

Me detuve en dos gráficos, acompañados de largas series de letras y cifras.

TH01chr 11 6/9. D2 25/29. D18 16/18

TH01chr 11 6/9. D2 25/29. D18 16/18

Ignoraba los detalles. Rollos de genotipos homocigotos y heterocigotos de los que no había entendido nada, pero sí recordaba que es científicamente imposible que dos individuos diferentes posean los mismos marcadores y frecuencias de aparición. Las cifras danzaban ante mí.

VWA chr 12 14/17 TPOX chr 15 9/12 FGA 21/23

VWA chr 12 14/17 TPOX chr 15 9/12 FGA 21/23

Las curvas verdes y azules parecían encefalogramas de una precisión milimétrica. No me hacía falta seguir buscando una diferencia mínima entre los dos histogramas, había comprendido...

¡Los perfiles genéticos de Magali y de Morgane eran idénticos!

Continué siguiendo mecánicamente las líneas con la yema del dedo índice, como un sabio loco releería hasta el infinito una fórmula que desafiara las leyes del universo.

D7 9/10. D16, 11/13, CSF1PO chr, 14/17

D7 9/10. D16, 11/13, CSF1PO chr, 14/17

Lo que leía era imposible.

¡Dos personas nacidas con diez años de diferencia no podían tener el mismo código genético!

Magali.

Morgane.

Entonces, ¿eran ambas la misma persona?

Por delirante que fuera esa evidencia, estaba convencido de que era así desde el principio. Morgane Avril no había muerto hacía diez años. Era ella la que había hablado conmigo el miércoles por la mañana, junto al búnker, antes de arrojarle por el acantilado. Por lo demás, cuanto más pensaba en ese alucinante parecido entre Morgane Avril y esa chica que se había suicidado ante mis ojos, Magali Verron, más me daba cuenta de que en el fondo me había parecido algo mayor que la Morgane de las fotografías de 2004. La misma cara, rasgo por rasgo, pero con unos años más, diez quizá.

Llegábamos a la misma conclusión, más evidente todavía: ¡Morgane Avril, viva hacía dos días!

Frecuencia alélica D3, 0,0789. Frecuencia genotípica D3, 0,013

Frecuencia alélica D3, 0,0789. Frecuencia genotípica D3, 0,013

Me vino a la mente, como un fogonazo, la enorme maquinaria judicial puesta en marcha para resolver el caso Avril: la policía, los jueces, los testigos, los periodistas, los cientos de artículos de prensa. ¿Cómo había podido engañar Morgane a todo el mundo? ¿Cómo había podido sobrevivir? Una vez más, aquello no tenía ningún sentido...

Con paso vacilante, me dirigí hacia el cuarto contiguo para informar a Carmen.

Su hija Morgane, viva.

Hacía tan solo dos días.

Antes de morir por segunda vez...

La propietaria de Le Dos-d'Âne no me había oído entrar. Estaba de espaldas a mí y hablaba por teléfono, cubriendo su boca y el teléfono con la mano izquierda.

—Le digo que un colega suyo está aquí —susurraba—. Por todos los santos, Piroz, ¿qué historia es esa de una doble de mi hija que al parecer se suicidó en Yport anteayer?

Se me agarrotaron los músculos.

¡Carmen Avril estaba hablando con la policía!

Ese mal bicho no se había fiado de mí y había querido comprobar lo que le había contado. Confiaba en Piroz, me lo había dicho...

¡Joder!

Me maldecía por no haber estado más en guardia. Di un paso adelante hacia la base del teléfono inalámbrico para apretar el botón del altavoz.

La voz histérica del inspector Piroz estalló en la habitación:

—¡Reténgalo, señora Avril! ¡Reténgalo, por lo que más quiera, vamos inmediatamente para allá!

Clic.

Mi pulgar cortó la comunicación. Al mismo tiempo, casi sin pensar, saqué del bolsillo el King Cobra encontrado en casa del director de tesis de Mona y apunté a Carmen con él.

—¿Quién es usted? —gritó ella.

¿Qué le respondía?

¿Le ponía delante de las narices las líneas del código genético hasta que me creyera?

¿La dejaba plantada y me iba de allí corriendo? ¿Seguía huyendo?

¿Hasta dónde?

¿Quedaba algún lugar donde pudiese escapar de esta telaraña? ¿No era más sencillo soltar el revólver y esperar a Piroz en el sofá del salón?

Las paredes temblaban a mi alrededor, me costaba mantener el equilibrio del cañón del King Cobra. La habitación donde estábamos era otro dormitorio de niño, convertido este en trastero. Había más fotos de Morgane colgadas en las paredes.

Morgane, a los tres años, adornando con guirnaldas de Navidad los hombros de su madre.

Morgane, a los seis años, montada en un tractor.

Morgane, a los siete años, encaramada en el manzano del jardín.

Carmen esbozó un imperceptible movimiento hacia delante. El cañón del King Cobra bajó unos milímetros mientras mi mirada, posada sobre la fotografía, descendía hacia otra rama del manzano.

Todo explotó al mismo tiempo, como si una prodigiosa aceleración acabara de empujar todos mis pensamientos en la misma dirección para hacerlos colisionar con mis certezas. Y saltar por los aires en mil pedazos.

Lo había comprendido. Todo.

Sabía quién era Magali Verron...

Sin dejar de apretar la culata del King Cobra, fui incapaz de contener una interminable risa de loco...

¿QUIÉN ES USTED?

Dos chiquillas de siete años se balancean en las ramas del manzano.

Morgane y su hermana, Océane.

Mismo gorro rojo, mismo abrigo verde con capucha de piel, mismas botas forradas, misma bufanda de lana alrededor del cuello.

Misma edad. Mismo rostro.

¡Gemelas!

Secándome el rabillo de los ojos, mojado por las lágrimas de mi risa nerviosa, levanté el cañón del King Cobra hacia Carmen para indicarle que no intentara hacer nada.

¡Morgane tenía una hermana gemela!

En ninguno de los documentos de los sobres marrones se mencionaba ese detalle. En el expediente se hablaba de Océane, la hermana de Morgane, de su declaración tras la noche del festival Riff on Cliff, pero no se precisaba su edad. Y a mí no me había llamado la atención en ningún momento.

Todo estaba claro.

Habían evitado darme ese dato para atraparme con más facilidad.

Con la punta del revólver, le indiqué a Carmen que saliera del cuarto.

En mi cabeza, varias piezas del puzle se ensamblaron en ese momento. Morgane había muerto, tras haber sido violada y asesinada, el 5 de junio de 2004. Diez años después, era Océane, su hermana gemela, la que se tiraba desde lo alto del acantilado de Yport. Era su mirada desesperada la que se había cruzado con la mía junto al búnker. Seguramente Océane no podía aceptar la muerte de su hermana. Así que se había inventado ese personaje de Magali Verron, lo había construido y representado. Misma fecha de nacimiento, mismos gustos, mismos centros de enseñanza... ¡Y mismo ADN!

Empujé a Carmen hacia el despacho. Con la mano izquierda, recogí de encima de la mesa los dos análisis genéticos.

¿Cómo había podido Océane engañar a la policía? ¿Cómo había conseguido hacer creer que su doble virtual, Magali Verron, había nacido diez años después, en Canadá, y crecido allí hasta los siete años?

Mis ojos se posaron en el análisis del Servicio Regional de Identidad Judicial,

miraron el sello de la Gendarmería Nacional.

A no ser que Piroz me hubiera proporcionado información falsa deliberadamente.

Con la punta del cañón, señalé una de las fotos de la pared. Una en la que una niña de seis años aparecía disfrazada de vaquero.

—¿Es ella? —le pregunté a Carmen—. ¿Es Océane, su otra hija?

—Sí. Eran inseparables. Océane era más como un chico, y Morgane, una princesita, pero nadie pudo nunca interponerse entre ellas, ni siquiera yo. Cuando asesinaron a Morgane, creí que Océane no sobreviviría.

—Lo ha hecho durante diez años —dije—. Es Océane, ¿verdad? Es ella la que se arrojó por el acantilado hace dos días...

Mientras pronunciaba estas palabras, me daba cuenta de que algo no encajaba. Carmen Avril me observaba, recelosa, pero yo no percibía ni tristeza ni cólera en su actitud. Nada que pudiera hacer pensar que acababa de perder a su segunda hija en un drama comparable al de hacía diez años.

Volvió la cabeza hacia el reloj colgado encima de la puerta.

—¿Le parezco una madre de duelo por la pérdida de su hija?

Recordé las palabras que Piroz había pronunciado gritando a través del teléfono.

«Reténgalo, por lo que más quiera, vamos inmediatamente para allá».

Tenía que largarme lo antes posible. No obstante, me oí responder con calma, separando las palabras para darles importancia a todas ellas.

—Era su hija, señora Avril. Era Océane. La vi saltar. Vi... vi su cadáver.

La propietaria de Le Dos-d'Âne me sonrió. En absoluto impresionada.

—¿Cuándo?

—El miércoles. Hace dos días. Por la mañana, muy temprano...

—Me va a costar creer ese cuento, señor..., señor Lopez.

Carmen avanzó, el cañón del King Cobra se inclinó a la altura del ombligo.

—He hablado por teléfono con Océane a mediodía, hace menos de cinco horas.

Encajé el golpe.

¡Carmen se estaba marcando un farol! Esa mujer era un bloque de hormigón. Mentía para darle a Piroz tiempo de llegar. Todos querían endosarme la muerte de las tres chicas.

—Muy bien, la creo —acabé por decir—. Su hija Océane está viva, no se tiró por el acantilado de Yport anteayer. Pero, en ese caso, quiero hablar con ella.

—¡Ni lo sueñe!

—¿Vive lejos de aquí?

Carmen me lanzó una mirada despreciativa.

—Es usted un enfermo mental peligroso.

No tenía más tiempo. Piroz, o unos polis de Neufchâtel a los que este hubiera avisado, iba a presentarse de un momento a otro.

—Más de lo que usted cree, señora Avril. Acompañeme, seguiremos hablando fuera.

Ella calibró durante unos instantes mi determinación y obedeció sin protestar. Avanzó por el jardín haciendo crujir descuidadamente la grava al andar. La sombra del manzano proyectaba su inmenso esqueleto sobre la hierba helada. Yo no podía dejar de imaginar que oía la sirena de la policía desgarrar el silencio, que veía unos bólidos aparecer de repente y adentrarse en el camino de la casa rural.

Nadie. La carretera de Foucarmont estaba desierta. Carmen Avril, bajo la amenaza discreta del revólver, se sentó en el asiento del copiloto del Fiat 500.

La encontraba asombrosamente cooperadora.

—No intente escabullirse —gruñí, pese a todo, en el momento de empuñar la llave de contacto.

—No se preocupe por eso. No sé quién es usted, pero, de una u otra forma, está relacionado con la muerte de Morgane. Y con la muerte de esa chica también, esa chica que fue violada y estrangulada anteayer.

—Violada tal vez. Pero estrangulada no.

Me miró como a un niño pillado en flagrante delito de mentira.

—¡Estrangulada! Eso me dijo Piroz por teléfono. Esa tal Magali Verron no se ha suicidado, como me ha contado usted, ha sido asesinada. No voy a dejarlo escapar, Lopez, hace diez años que espero este momento...

¿Qué momento?

No tuve tiempo de pedirle a Carmen que fuera más concreta, lo hizo por iniciativa propia desafiándome con la mirada.

—Que el asesino de mi hija y de la pequeña Myrtille Camus golpeará de nuevo.

Sostuve el pulso mirándola a los ojos.

—Piroz juega sucio. No sé lo que le ha contado, pero está buscando a un chivo expiatorio. Y, siento decírselo, su amigo poli tendrá que correr un poco más antes de degollarlo.

Carmen se encogió de hombros, como si mis argumentos no tuvieran ningún peso. Daba igual, me había dado cuenta de que se mostraría dócil mientras no supiera qué papel desempeñaba yo exactamente en esta historia. Para ella, sin duda morir tenía menos importancia que averiguar la verdad.

—¿Puedo saber adónde me lleva?

Arranqué sin responder. Recorrimos dos kilómetros para salir de Neufchâtel y giré en un camino de tierra. AVENIDA VERDE, ACCESO N.º 11, ponía en un letrero de madera. Aparqué bajo un tilo después del primer recodo. Quité el contacto y apunté de nuevo a mi pasajera con el King Cobra.

—Deme su teléfono. Rápido.

—¿Para qué?

Insistí. Carmen no hizo nada ni para ayudarme ni para protestar cuando me agaché para coger su bolso y sacar un Samsung Galaxy.

Mi pulgar se deslizó por la pantalla táctil.

Lista de contactos.

OCÉANE.

Hice un doble clic para llamar.

La foto de Océane apareció. En pantalla completa. ¡Una descarga eléctrica!

Era ella. Una certeza definitiva.

Magali Verron y Océane Avril eran la misma persona.

En la instantánea del móvil, sonreía bajo un cielo de algodón en una pose casi idéntica a la que había adoptado un segundo antes de saltar por el acantilado, los cabellos revueltos ondeando al viento marino, los ojos fruncidos y entornados, a pleno sol, como un desafío a la luz.

Justo antes de que se estrellara contra las piedras. La chica cuyo número estaba marcando había muerto anteayer.

Una voz respondió tras la primera señal. Un susurro lejano, casi inaudible.

—¿Mamá? Estoy con una visita. Te llamo dentro de diez minutos.

Esperé unos instantes en medio del silencio antes de darme cuenta de que había colgado.

En el asiento de al lado, Carmen exultaba.

—¿Ya está satisfecho, Lopez? Ha oído la voz de Océane. ¿No se ha encontrado con el contestador de un fantasma? ¿No ha marcado el prefijo del paraíso?

El Samsung resbalaba entre mis manos cubiertas de sudor. Ya no pensaba. Actuaba obedeciendo las órdenes de un cerebro cercano a la implosión. ¡Nada me demostraba que la chica que había contestado fuera Océane Avril! La lista de contactos desfiló bajo mis dedos. Me detuve unas letras más adelante.

TRABAJO-OCÉANE

Doble clic.

Esta vez tres señales antes de que alguien descolgara: una mujer, jovial, que hablaba fuerte articulando con claridad.

—Gabinete médico Marquis, dígame.

Respiré unos segundos e improvisé:

—¡Buenas tardes! Tengo visita dentro de un cuarto de hora en la clínica y estoy perdido. ¿Puede guiarme?

—No se preocupe, señor, ¿está en Neufchâtel?

—Casi...

Carmen ponía ojos de pánico mientras la secretaria me indicaba el camino.

Media vuelta en dirección al centro de la ciudad, a la derecha hacia la calle principal, otra vez a la derecha antes de la iglesia. Después del breve despertar de la salida de los colegios, Neufchâtel parecía haberse adormecido de nuevo bajo una humedad pegajosa y fría.

Ni rastro de policías.

La plaza Marquis estaba casi vacía. Aparqué justo enfrente del gabinete médico.

Pese a la amenaza del revólver, Carmen se resistió un poco a salir del Fiat. Por primera vez, vi miedo en su mirada. Apreté el King Cobra mascullando unas palabras

que sonaban como una excusa.

—No he matado a nadie, Carmen. Simplemente quiero saber la verdad. Como usted.

—No será la que usted espera, Lopez —me espetó la propietaria de la casa rural—. Océane trabaja al otro lado de esa puerta. No es ella la chica que usted busca, esa tal Magali Verron a la que no ha podido salvar. —Carmen, resignada, se desabrochó el cinturón de seguridad y añadió—: Ni ella ni ninguna otra hija mía. Se lo aseguro, no tengo trillizas...

Por un instante había pensado en esa posibilidad.

Trillizas, cuatrillizas, quintillizas.

Chicas como clones que saltarían una tras otra por el acantilado. Una cada diez años. ¡Ridículo! Digno de una mala novela policíaca.

Comprobé que no hubiera nadie en el aparcamiento y salí del Fiat tomando la precaución de esconder mi mano y el revólver bajo un trapo sucio que había encontrado en la guantera. Para un transeúnte apresurado, aquello podía pasar por un vendaje improvisado.

Un escalón. Empujé la puerta de vidrio pulido y dejé pasar primero a Carmen. Mis ojos se clavaron en los cuatro rectángulos dorados con el nombre y la especialidad de los médicos que prestaban sus servicios en el gabinete. Se detuvieron en el tercero.

OCÉANE AVRIL
GINECOLOGÍA Y OBSTETRICIA

Mi pie rígido resbaló en el escalón. Controlé el desequilibrio apoyándome en la pared de revoque sin soltar el arma oculta bajo la tela.

¡No!, gritaba una voz en el interior de mi mente. La chica que acababa de contestar al teléfono no podía ser la hermana gemela de Morgane. Esa hermana gemela había sufrido una caída de ciento veinte metros ante mis ojos. Me agarraba como a dos muletas a los dos axiomas formulados la noche anterior por Mona. Solo había dos certezas.

Morgane Avril había muerto hacía diez años.

Magali Verron había muerto hacía dos días.

¡Su prodigioso parecido, hasta su ADN idéntico, solo podía explicarse porque eran gemelas!

Entré en la clínica y, con un gesto que podía parecer amistoso, acerqué la mano vendada a la cadera de Carmen. Una chica con bata blanca nos sonrió desde detrás del mostrador de recepción y a continuación se dirigió directamente a Carmen:

—Hola, señora Avril. Si quiere ver a Océane, está con una visita. Pero no creo que tarde en acabar.

Miró la puerta que quedaba a mi derecha.

Doctora Avril.

Sin pensarlo ni un segundo, aparté a Carmen y abrí la puerta.

Cuatro pares de ojos se clavaron en mí.

Una mujer sentada, que tocaba su vientre redondo con manos trémulas.

Un hombre de pie a su lado, con una mano sobre su hombro y la otra dispuesta a pegarle a cualquiera que se acercase a ella.

Un niño de dos años, en un rincón de la habitación, jugando a cuatro patas con una torre de Lego tambaleante, sacada de una caja de juguetes.

Océane Avril detrás de su mesa.

—¿Sí?

La doctora me observó sin comprender mi intrusión.

Una inmensa vaharada de calor me invadió.

Era ella... Era Magali Verron.

Misma mirada melancólica.

Misma gracia delicada.

Misma perfección en todas las facciones, como si un pintor hubiera dibujado sus contornos a partir de mis emociones más íntimas... La chica de mis sueños, ¿cómo habría podido equivocarme?

La chica a la que le había tendido la mano junto al búnker...

La chica cuyo cadáver había vigilado largos minutos en la playa antes de que los gendarmes de Fécamp llegaran.

Y que estaba delante de mí. Llena de vida, explicándole a una joven pareja cómo traer al mundo a un niño...

Bajé tontamente el brazo. El trapo cayó al suelo como una medusa muerta dejando a la vista el King Cobra.

La mujer embarazada gritó, y su grito provocó el llanto de su hijo. La torre de Lego se tambaleó. El niño cruzó la habitación y se refugió entre los brazos de su padre. Mandíbula apretada. Puños apretados.

—¡Salga de aquí! —ordenó Océane.

Carmen Avril estaba entre la puerta y el pasillo para cerrarme el paso. Bebés desnudos con la piel de todos los colores me miraban desde las cuatro paredes en sus marcos de cristal, indignados, como a punto de formar a mi alrededor una inmensa cadena multirracial.

Tenía que huir. Y que pensar.

Me volví bruscamente y empujé a Carmen con todas mis fuerzas. La mujer cayó pesadamente hacia atrás volcando dos sillas del pasillo. Alargué la mano con el revólver, lo que provocó otros gritos, los de la chica con bata blanca de la recepción.

La puerta de vidrio se abrió de golpe.

Un escalón.

Al segundo siguiente estaba sentado tras el volante del Fiat 500. Otro segundo, y el coche retrocedía en el aparcamiento desierto, giraba, salía saltándose el stop.

Recuperé el aliento y me obligué a levantar el pie del acelerador, a conducir

despacio, al menos hasta la salida de Neufchâtel-en-Bray. En el retrovisor, por encima de la carretera de Foucarmont, me pareció ver las luces azules de un coche de policía, un poco más abajo del cartel CASAS RURALES DE FRANCIA.

Reduje más la velocidad...

¡La policía estaba en casa de Carmen!

Seguramente tardarían aún un poco en tener mi descripción, la marca de mi coche, el número de matrícula quizá, si Carmen había sido observadora.

El Fiat cruzó el puente del Arques; «49 km/h», indicó parpadeando un *smiley* luminoso.

Tenía que desaparecer. Posiblemente Carmen ya hubiera llamado a la policía. Si no me pillaban en Neufchâtel, me esperarían en la autopista para atraparme.

Giré a la derecha en dirección a Mesnières-en-Bray. Me veía obligado a perderme en las carreteras secundarias.

Todavía tenía una posibilidad de escapar.

La policía no iba a poner en marcha un plan de alerta por mí. No conocía los procedimientos, pero un dispositivo de ese tipo me parecía rarísimo, más raro, en todo caso, que los sucesos sórdidos y su cortejo de asesinos huidos. Si no salía de las carreteras departamentales, si esperaba a que anocheciera, siendo prudente, podría llegar a Vaucottes.

Después...

Encendí los faros. Delante de mí, la calzada se estrechaba. En la penumbra, la línea blanca del centro de la carretera se convirtió en mi único punto de referencia. Un hilo de Ariadna que dividía mi camino en dos partes iguales. Mis ojos se concentraban en esa línea, hipnotizados, como si a fuerza de mirarla fuese a conseguir separar mi razón en dos cámaras estancas.

La primera de ellas renunciaba. Me lo había inventado todo. No se había suicidado ninguna chica hacía dos días. Si esa joven existía, había muerto estrangulada por mis propias manos. Su rostro no era el de Océane Avril; lo había confundido con el de otra chica asesinada diez años antes: su hermana. Quizá incluso había estrangulado yo también a Morgane. Estaba loco, mataba, olvidaba, confundía a mis víctimas. Tampoco me acordaba de Myrtille Camus, pero, si había asesinado a Morgane Avril, entonces había violado y matado también a esa tercera chica.

A la luz cruda de los faros, la cinta blanca se extendía lentamente, hasta el vértigo.

Ahora comprendía a esos inocentes que confiesan a la policía un crimen que no han cometido, después de noches bajo custodia policial, después de horas de argumentos, hipótesis y pruebas asestadas por la acusación. Esos inocentes que acaban por creer en la verdad enunciada por otros, que llegan a dudar de sus propias certezas, las que tenían al entrar en el despacho del juez.

Una curva cerrada.

El hilo de alabastro se convirtió en horquilla del pelo.

¡No!, gritó la voz dentro de mi mente.

¡No!

La segunda cámara de mi razón continuaba resistiéndose. Existía una clave, una explicación lógica.

Estaba ahí, cerca.

Tenía que calmarme, reflexionar, reunir de nuevo todos los elementos y combinarlos de otra forma.

No había más que tomar altura, distancia. Ir más allá de las apariencias.

Hablar con alguien dispuesto a creerme.

¿Mona?

¿HABLAR CON ALGUIEN DISPUESTO A CREERME?

—¿La policía tiene los datos de mi coche? —gritaba Mona por teléfono.

Los faros del Fiat deslumbraron a un chiquillo a punto de cruzar la carretera con una pelota bajo el brazo, justo delante del cartel CARVILLE-POT-DE-FER.

Pisé el freno. La señal que estaba al lado del crío se burlaba de mí. «Reduzca la velocidad, piense en los niños». El chiquillo de cartón me miró pasar al ralenti con indiferencia.

Carville-Pot-de-Fer dormía.

Desde hacía cerca de una hora, iba de un pueblo a otro por atajos fangosos excavados como zanjas en la planicie del Pays de Caux.

Me acerqué el móvil a los labios.

—No es seguro, Mona. A lo mejor Carmen Avril no ha memorizado la matrícula.

—¡Sí, ya! ¡Después de llevar diez años esperando al asesino de su hija! Joder, Jamal, la poli me va a relacionar con esto en cuanto ella les hable de un Fiat 500.

El hermano gemelo del chiquillo de la pelota empequeñecía ya en mi retrovisor. Carville-Pot-de-Fer era un caserío friolero enroscado sobre sí mismo. Debería haberle dicho a Mona que no se preocupara, que no tenía más que contarle a la policía que le había robado el coche, que la puerta no cerraba, que...

—Nos vemos en Vaucottes —murmuré.

—¿Y cómo voy hasta allí? No sé si te acuerdas, pero en este momento conduces mi coche.

Pensé en la posibilidad de proponerle que quedáramos en algún lugar cerca de Yport. ¡Demasiado arriesgado! Forcé un poco más las cosas.

—A pie. Hay menos de dos kilómetros hasta Vaucottes.

Por un momento creí que Mona iba a colgarme. Una inmensa casa solariega iluminada surgió ante mí, dominando el valle del Durdent.

—¡Dos kilómetros! ¡Y subir y bajar el acantilado, tío! ¡Yo no tengo una pierna biónica!

Empezó a llover hacia las nueve. Una lluvia fría y densa. Suponía que se transformaría en nieve un poco más lejos del mar. En el valle de Vaucottes, se limitaba a seguir la pendiente asfaltada para formar un torrente efímero que iba a caer sobre los cantos rodados. Un *oued*, eso es lo que habría dicho mi madre. ¿Existía un sinónimo en el dialecto de la zona?

Acechaba la llegada de Mona por la ventana. Pensé varias veces en salir, montar de nuevo en el coche escondido en el jardín de Martin Denain e ir a su encuentro. Pero lo más seguro era que Mona tomara el sendero del litoral... ¿Para qué correr un riesgo suplementario? ¿Para aliviar mi mala conciencia?

El haz luminoso perforó el aguacero veinte minutos más tarde, tímido y tembloroso. Una silueta oscura avanzaba detrás, encorvada contra el viento y la lluvia. Pensé de nuevo en ir corriendo a abrir la puerta, en llevar una manta, en gritar en medio de la noche: «Gracias a Dios que has venido».

Pero ¿era realmente Mona la que entraba en el jardín?

No la reconocí hasta que abrió de golpe la puerta de roble. Al principio no dijo nada, simplemente se quitó la capa impermeable amarilla que le daba aspecto de duende y me la estampó, empapada, contra el pecho.

Me limité a apartar la lona, que chorreaba sobre el parqué. Me fijé en que, por primera vez desde el día anterior, Mona no llevaba mi estrella de sheriff a la altura del corazón. Lógicamente, empezaría por abroncarme. Después tal vez me escuchara.

Mona me miró largamente. La encontré guapa, con el pelo rojizo pegado a la cara mojada, como un animalito de los bosques que hubiera huido de la tormenta para buscar refugio en la casa del claro. Temeroso. Daban ganas de estrecharlo contra el pecho para hacerlo entrar en calor. Después desplegó una sonrisa irresistible.

—¡Creo que no me ha seguido nadie!

Cerró la puerta sobre la noche chorreante.

—Voy a darme una ducha, Jamal. Una ducha bien caliente.

Mona bajó media hora más tarde. Se había quitado toda la ropa mojada y se había puesto sobre la piel desnuda un amplio jersey de pura lana virgen, de color gris, que le llegaba hasta medio muslo y resbalaba sobre su hombro derecho. El pelo rojizo peinado hacia atrás, brillante, le hacía más ancha la frente. Se sentó en el sofá, tiró del jersey hasta que le cubrió los muslos desnudos recogidos contra el pecho y me interrogó con la mirada.

—Bueno, cuenta.

Se lo conté todo.

Mi visita a Neufchâtel-en-Bray para ver a Carmen Avril. Mis estratagemas para que exhumara el expediente judicial de Morgane. La huella genética idéntica. Las

fotos de las hermanas gemelas. El desplazamiento hasta el gabinete médico. Mi cara a cara con Océane Avril. Viva...

—¿Era tan guapa como la recordabas?

La pregunta me sorprendió. No respondí, al menos no de forma directa.

—Era ella, Mona. Aunque sé que es imposible, era ella. Esa chica que se hacía llamar Magali Verron. Esa a la que le tendí la bufanda en el acantilado antes de que saltara.

Ella no insistió. Me pidió que le preparara un té. Encontré unas bolsitas de Twinings en el armario de debajo del fregadero. Cuando volví a la sala, tenía las dos piernas rodeadas con los brazos y la barbilla apoyada en las rodillas. Me hizo pensar en un pequeño erizo hecho una bola.

—¿Sigues sin tener ningunas ganas de entregarte a la policía?

—Intentan tenderme una trampa, Mona.

—Vale, vale, no vamos a repetir esa conversación...

—Gracias por haber venido.

—De nada. Gracias por la adrenalina.

El hervidor silbaba en la cocina. No me moví.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Mona.

—He estado todo el camino pensando. Me doy una noche. ¡Solo una noche! Empezamos otra vez desde el principio, buscamos una solución, una forma de encajar todas las piezas. Si mañana no la he encontrado, llamo a Piroz y me entrego.

Mona miró el péndulo de cobre moverse como un metrónomo en la caja del reloj normando.

Las 21.40.

—¿Una noche? ¡Todo un reto! Si descuento tres horas para dormir un poco y al menos una para hacer el amor, no nos queda mucho tiempo...

Se levantó de golpe. El pura lana virgen XXL bostezaba hasta el nacimiento de sus senos blancos. Apoyó los pies desnudos sobre el parqué marrón.

—¿Por dónde empezamos?

—¡Por Magali Verron! —contesté sin titubear—. La policía ha trabajado desde hace diez años en el caso Avril-Camus sin encontrar gran cosa. Magali Verron es la clave de todo.

Extendí sobre la mesa los dos expedientes: el de Morgane Avril, que me había llevado de casa de su madre, y el de Magali Verron, que había robado en el despacho de Piroz.

—Vale —dijo Mona—. Yo me ocupo de internet. A lo mejor ayer se te pasó por alto alguna información sobre ella.

Se acercó y se pegó a mí. Olía a gel de ducha de manzana. Mis manos se deslizaron por sus muslos desnudos, sus nalgas calientes, su talle firme y arqueado bajo la gruesa lana. Se puso de puntillas mientras yo presionaba contra su vientre mi sexo en erección. El jersey de lana era como un capullo de seda envolviendo su

cuerpo a punto para ser libado. En ese momento me pareció suficientemente ancho para que yo me desnudara también y lo compartiéramos. Mona me dio un largo beso en los labios y me apartó suavemente.

—¡A trabajar, amigo!

Se sentó delante del ordenador de Martin Denain. Yo extendí sobre la mesa una decena de hojas, las de los sobres que llevaba dos días recibiendo.

Concentración.

Nos habíamos convertido en dos estudiantes que revisaban febrilmente sus apuntes unas horas antes del examen decisivo. El péndulo de cobre desgranaba la cuenta atrás, como si golpeará las tablas para escapar de su ataúd de roble.

El grito de Mona rasgó el silencio.

—¡Pero bueno!, ¿me tomas el pelo o qué?

Me acerqué, sorprendido. Inclinado por encima de ella, mi mirada oscilaba entre la pantalla del Dell y sus pechos libres dentro del jersey abierto.

—Ayer, en el parque de juegos para niños de Yport —continuó Mona—, me reconstruiste la vida de Magali Verron a partir de vínculos de internet, Facebook, amigos del pasado, Twitter, LinkedIn, Dailymotion. ¿Te acuerdas? Dos columnas: una que correspondía a Morgane, y otra a Magali. Pink Floyd y compañía, sus grupos preferidos, su pasión por el *raks sharki*, su itinerario escolar en Canadá y posteriormente en un colegio y un instituto de la región parisina que se llaman igual que los centros de Neufchâtel-en-Bray. Hasta su fecha de nacimiento, mismo día, mismo lugar, con diez años de diferencia... Resumiendo, toda ese serie de similitudes totalmente demenciales.

—Sí, ¿y qué has encontrado ahora?

Mona levantó hacia mí unos ojos desolados. Como cuando uno le comunica la muerte de un familiar a un niño de seis años.

—Nada, Jamal. No hay nada en internet. He probado con todos los motores de búsqueda, no hay ni rastro de Magali Verron. Como si no hubiera existido nunca.

¿COMO SI NO HUBIERA EXISTIDO NUNCA?

Mis dedos recorrían el teclado del ordenador como un pianista loco. Recordaba perfectamente los caminos de acceso que me habían permitido descubrir la información sobre Magali Verron. Sitios accesibles en tres clics, en los que millones de jóvenes adultos exponían su vida.

Nada.

No había ni rastro de esa chica en la red.

Me volví hacia Mona.

—Alguien ha borrado toda la información... —Me temblaba la voz. Mona no dijo nada y a mí me pareció oportuno añadir—: Cualquiera puede hacerlo. Cualquiera puede borrar páginas en sitios de internet. Es otra prueba... —Mi respiración recuperó su ritmo normal—. Es una prueba más de que quieren tenderme una trampa.

Mona se levantó. Se estiró el jersey hacia abajo, hasta medio muslo, pero la lana se divertía subiendo de nuevo para dejar al descubierto una piel de gallina.

—¿Y si te hubieras imaginado a esa chica?

Miré a Mona sin responder. Ella andaba de un lado para otro, descalza, incapaz de estarse quieta ni un segundo.

—Dios mío, Jamal, ¿qué sabemos de Magali Verron? ¡Solo lo que tú me cuentas! Dices que leíste su vida en la red, pero no hay ningún vínculo sobre ella. Me has descrito su cara, pero es la de otra chica, una chica que murió hace diez años, o de su hermana gemela viva. Dices que esa chica se arrojó por el acantilado, que la violaron, que intentaron estrangularla, pero los periódicos no han dicho ni mu. Ningún otro testigo de la escena puede confirmarlo. Tu Christian Le Medef ha desaparecido. Denise Joubain afirma que hace meses que no sale de casa... ¿Te das cuenta, Jamal? Hay una solución que lo explica todo. Una clave simple y evidente.

Ni siquiera volví la cabeza hacia ella. Continué tecleando palabras al azar en el ordenador esperando descubrir una prueba, tan solo una. Magali Verron estaba allí, escondida en algún sitio...

De repente, Mona se detuvo. Se subió el cuello del jersey para cubrirse el hombro derecho.

—¡Magali Verron no existe, Jamal! Te lo has inventado todo. No hubo ningún suicidio hace tres días. ¡Te has imaginado esa escena! Te has imaginado el rostro de

esa chica. Te has imaginado su vida. Te has imaginado a esos testigos.

Me levanté de golpe. Agarré el expediente robado del despacho de Piroz y lo agité delante de las narices de Mona.

Una carpeta verde.

«Magali Verron», escrito con rotulador negro, de puño y letra de Piroz.

—¿Y la policía que anda buscándome? ¿También me he imaginado sus putas acusaciones? La policía ha ido a verte esta mañana a La Sirène, ¿no?

Ella me respondió con la paciencia de una maestra:

—Exacto. La policía te buscaba. Estuvieron dos minutos, me preguntaron si te conocía, si sabía dónde estabas, pero en ningún momento me hablaron de Magali Verron. Ni de un caso de violación que se hubiera producido anteayer.

Le puse el expediente delante de los ojos.

—¡Joder, Mona! ¿Y estos informes médicos? ¿Y estas fotos de las extremidades descoyuntadas de Magali Verron? ¿Y estos análisis genéticos con el sello de la gendarmería? ¿Tan chiflado estoy para haberlos hecho yo mismo?

Por primera vez ella pareció dudar.

—No lo sé. Lo único que veo es que, si te lo has inventado todo, eso lo explicaría también todo. O casi todo... Además, y lo más importante, sería una buena noticia, ¿no crees?

¿Una buena noticia?

La miré de hito en hito, estupefacto.

—Piensa, Jamal. Si no hay cadáver de Magali Verron, eso significa que no ha habido violación. No puede haber acusación de asesinato. ¡La policía no tiene nada contra ti! Simplemente eres un poco paranoico, quizá incluso te has excedido un poco para llevarme a la cama...

Hice como si no hubiera oído la broma.

—Joder, Mona, ¿y qué puñetas hacía yo en la comisaría el día que nos conocimos delante de la máquina de café?

—¡Yo qué sé! A lo mejor te habían citado como testigo de otro asunto...

Se quedó en silencio. Solo el reloj no contuvo la respiración.

De pronto lo entendí.

Vi claramente la cara oculta de la pieza de puzle que Mona había encajado.

No me había imaginado a esa tal Magali Verron por casualidad. Su rostro, su violación, la bufanda roja alrededor de su cuello, los acantilados de Yport.

¡Había recordado una escena que ya había vivido!

Eso era lo que pensaba Mona. La policía de Fécamp me había citado como testigo de un caso de hacía diez años: el asesinato de Morgane Avril. Yo había mezclado el pasado con un presente imaginado.

Estaba loco...

Me agarré a los últimos asideros antes de caer definitivamente en el precipicio.

—¿Y esos sobres? —le pregunté a Mona señalando los documentos que estaban

encima de la mesa—. ¿Me los he enviado yo mismo?

Ella se acercó y me puso la mano en un hombro.

—No, Jamal. No. Pero tal vez alguien está interesado en que recuerdes el caso Avril-Camus. Eso explicaría...

Aparté su mano y exploté.

—¿Que recuerde qué? ¡No había oído hablar jamás de ese caso antes de esta semana!

Mona metió la mano bajo el jersey. Yo ya lamentaba mi reacción. No sabía qué pensar. ¿Culpable o inocente? Las ganas de llorar me producían picor en los ojos. Las ganas de deshacerme en lágrimas como un niño.

—Yo... yo no tengo nada que ver con toda esa historia, Mona. Quieren colgarme el muerto. Volverme loco. Si me dejas solo, van a conseguirlo...

Mona apartó la mirada de la mía y clavó otra vez los ojos en el reloj.

Las diez y diez.

—¡Una noche, Jamal! Te doy una noche para convencerme. En cuanto el sol asome por encima de los acantilados, te entregas a la policía.

—Hasta entonces, ¿puedo decidir yo el plan de batalla?

—Habla.

—Aparte de Piroz y otros policías, solo dos personas pueden confirmar que no me he inventado el suicidio de Magali Verron: Christian Le Medef y Denise Joubain.

—Ya has hablado con ellos.

—Sí, Le Medef lo confirmó todo antes de desaparecer. O de que lo hicieran desaparecer. En cuanto a Denise Joubain, estaba cagada de miedo. Vamos a volver a su casa, los dos, y te formarás tu propia idea.

—¿En plena noche?

—Sí.

—¿Y la policía? Te expones a toparte con ellos en Yport.

—¿Polis pisándome los talones? ¿No estás un poco paranoica?

Mona rompió a reír. Sus labios rozaron los míos.

—¿No tenías que hacerme un té?

La miré alejarse hacia la cocina.

—Para preparar mi defensa, ¿me autorizas a hacer una llamada a un amigo?

—¿Cómo?

—Hay otra pista que no he seguido, esta sucesión de cifras que encontré en el despacho de Piroz y en casa de Le Medef. No he dado con nada en internet relacionado con esto. Tengo un colega en el Instituto Saint-Antoine que es una especie de enciclopedia viviente. Ibou. Nunca se sabe...

—¡Tienes razón, llama a un amigo erudito, los doctores en química experimental son unos memos!

Ibou me respondió casi de inmediato. Corté enseguida sus efusiones sobre mi entrenamiento para la North Face, la meteorología local y los últimos cotilleos del

instituto.

—¿Tienes un minuto, Ibou? Tú no vas a ganar nada, pero puedes impedir que yo pierda mucho...

Describí la tabla y enumeré las cifras, convencido de que se trataba de un código imposible de descifrar.

2/2	3/0
0/3	1/1

La carcajada de Ibou resonó en el teléfono.

—¡Pero, hombre, está chupado! ¡Todo el mundo conoce eso! Es el cuadrante del dilema del prisionero.

—¿Del qué?

—¡Del dilema del prisionero! Es una especie de teorema derivado de la teoría de juegos.

Conecté el altavoz para que Mona pudiera oírlo.

—El principio teórico es simple. Imagina que dos sospechosos, por ejemplo de un atraco a mano armada, son detenidos por la policía e interrogados por separado. Cada prisionero, si no quiere confesar, tiene la posibilidad de elegir entre dos actitudes: callar o denunciar a su cómplice. Si lo denuncia, se beneficia de una reducción de la pena, mientras que su amigo, por el contrario, se lleva la máxima. El problema es que ninguno de los dos prisioneros sabe lo que va a hacer el otro...

—No entiendo nada, Ibou. ¿Dónde está la teoría en esa historia que me cuentas?

—Ahora llego ahí. Supón que formalizamos eso con cifras que representen, por ejemplo, años de prisión. Es el famoso cuadrante. Si los dos prisioneros se callan, se benefician de la duda y la condena es solo de un año para cada uno. Si se denuncian mutuamente, pringan los dos y son condenados a dos años cada uno.

—Entonces, ¿por qué cantarían?

—Porque, para que el teorema funcione, es preciso que el interés individual reporte un beneficio mayor que el interés por cooperar. Si uno de los dos prisioneros denuncia a su cómplice sin que este lo traicione a él, entonces es declarado inocente y el otro carga con toda la culpa: tres años en chirona para su amigo y ninguno para él. ¡Es libre!

—Joder, Ibou, ¿de verdad pagan a los investigadores para que inventen cosas como esa?

—¡Pues sí! Un estadounidense concretamente, Robert Axelrod. Convocó un concurso para encontrar la ecuación que permitiera ganar el máximo en el juego del dilema del prisionero.

—Ah, o sea que se puede jugar a eso.

—Sí. Entre dos. Entre diez. Entre cien. La regla es lo más sencillo del mundo: o traicionas o cooperas. Tomas la decisión en secreto, luego la comparas con la de los otros jugadores y cuentas los puntos.

—¿Y cuál es la fórmula mágica?

—Según Axelrod, se reduce a tres palabras: cooperación-reciprocidad-perdón. Para que lo entiendas, primero le propones a otro jugador cooperar; si te da el beso de Judas, tú respondes traicionándolo también, y luego le propones de nuevo cooperar. Según Axelrod, es la regla de oro que gobierna todos los comportamientos entre los seres humanos.

—¡Nada menos!

Yo no veía ninguna relación entre esa teoría ridícula, el caso Avril-Camus y el suicidio de Magali Verron. ¿Por qué habían escrito Piroz y Le Medef en una hoja las cifras de ese teorema?

Me quedé pensando unos segundos.

—Dime si me equivoco, Ibou: esa solución de Axelrod solo funciona si los jugadores juegan varias veces uno contra otro. Resumiendo, el principio es no dejar que te jodan dos veces seguidas. Pero, si solo se juega una vez, la definitiva, la solución correcta es confiar en el tipo con quien juegas y luego traicionarlo, ¿no?

—¡Lo has entendido de cabo a rabo, tío!

Colgué sin tener la sensación de haber avanzado. A todas luces, el dilema del prisionero tampoco inspiraba a Mona. Puede que también me hubiera inventado esas series de cifras escritas...

Mona metió un paquete de galletas en una bolsa de plástico, sacó un termo y puso la cafetera al fuego.

—No has debido de dormir más de dos horas desde ayer. Vigila el café, voy a cambiarme.

De pronto me pregunté de dónde iba a sacar en aquella casa ropa femenina seca, pero ella no me dejó tiempo para seguir planteándome esa pregunta. Tiró nerviosamente del jersey.

—Necesito saber, Jamal. Es importante... —Estiró más la lana hasta deformar las mallas—. Hace diez años, ¿tenías aún...? —El jersey gris ya no era más que una reja sobre su piel desnuda—. ¿Tenías aún las dos piernas?

La misma pregunta que me había hecho Piroz en la comisaría.

La miré de arriba abajo. Cínico. Glacial.

—¿Las dos piernas? ¿Es esa la cuestión, Mona? En tal caso, continúa, lleva tu pensamiento hasta el final. ¿Era capaz de bailar hace diez años? ¿Y de subir al acantilado? ¿Y de correr tras una chica? ¿Y de ligármela, violarla, estranglarla? ¿Es esa la cuestión, Mona?

—No es lo que yo creo, Jamal.

—La gente se habría fijado en un cojo.

—Necesito que me lo digas tú —repitió Mona.

Levanté despacio la pernera del pantalón para mostrar la vara de hierro que unía mi rodilla a mi pie de carbono.

—Pasé a través de la cristalera del centro comercial Beaugrenelle, del distrito quince. Practicaba el yamakasi con un puñado de amigos de La Courneuve. El nervio fibular profundo fue seccionado.

Mona abrió la boca como un pez suspendido sobre el agua. Yo fui más rápido.

—Eso sucedió en mayo de 2002, hace doce años.

Mona soltó el jersey, que recuperó su forma con textura de mohair.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Puede, me encanta inventarme historias.

Mona prefería conducir. Se había puesto unos vaqueros Kaporal, una camiseta moderna demasiado grande para ella, seguramente encontrada en el armario del hijo de Martin Denain, y un jersey verde sobre el que llevaba su chaqueta todavía húmeda.

Ninguna estrella tampoco ahora a la altura del corazón...

La lluvia había amainado, pero el termómetro había descendido por debajo del cero. Antes de que Mona arrancara, puse mi mano encima de la suya.

—Si esto se pone feo...

Abrí la guantera y toqué la fría culata del King Cobra. Pensé que Mona iba a gritar.

¡Todo lo contrario!

Me miró como si fuera tonto de remate.

—¿Es el revólver de Martin Denain? ¡Es un arma de defensa, Jamal! Solo dispara balas de goma o cartuchos vacíos. Martin no guardaría en su casa un artefacto que pudiera matar a alguien.

¿Me tranquilizaba o me aterraba esa revelación de Mona?

No tuve tiempo de pensar en ello. Al dejar el arma, mis dedos tocaron la superficie lisa del papel. La textura de un sobre.

Un sobre marrón.

Encima, mi nombre.

Dos horas antes, cuando había aparcado el Fiat al fondo de la alameda, no estaba en la guantera. Había metido allí con cuidado el King Cobra. ¿Era posible suponer que un desconocido, sin hacer ningún ruido, hubiera entrado en el jardín aprovechando la oscuridad de la noche y el aguacero?

¿Un desconocido... o, mucho más sencillo, Mona?

Decidido a pedirle una explicación, levanté la mirada hacia ella... y comprendí que pensaba lo mismo.

Para ella, yo era el único que podía haber metido ese sobre en el coche.
El único que sabía que abriría la guantera para sacar el revólver...
Mona seguía mirándome. Recordé las palabras de Ibou. El dilema del prisionero.
Ese dichoso juego...
Dos cómplices. Una decisión tomada en secreto.
Traicionar o confiar.
Rasgué el sobre.

¿COOPERACIÓN-RECIPROCIDAD-PERDÓN?

Diario de Alina Masson - Diciembre de 2004

En mi recuerdo, Myrtille siempre estuvo ahí.

Yo vivía en la calle du Puchot, en un piso de una sexta planta con vistas al Sena, al puente Guynemer y al camino de sirga, adonde no íbamos nunca a jugar.

Myrtille vivía en el pasaje Tabouelle, en una casita unifamiliar con un pequeño jardín. La calle que estaba justo enfrente.

Siempre la llamé Mimy.

Yo era Lina.

Mimy-Lina.

Inseparables.

Habíamos calculado que nos cruzamos por primera vez en el hospital de Feugrais en 1983. Yo había salido de la maternidad el 17 de diciembre y Mimy había nacido allí el 15. Pero a su madre, Louise, le gustaba contarnos que nos habíamos hecho amigas de verdad a los trece meses, en el parque de juegos infantiles de Puchot, bajando por el tobogán en fila india. Desde que Mimy no está, he mirado con frecuencia esas fotos de las dos con manoplas, bufanda y gorro.

Coincidimos en la misma clase de preescolar. ¡Normal! Yo iba a menudo a casa de Mimy a jugar con ella y su perrito, Buffo. No me enteré hasta más adelante de que Charles le había puesto ese nombre por un payaso famoso. Le hacíamos de todo: lo paseábamos en cochecito, le poníamos baberos, le dábamos de comer potitos.

Mimy no venía nunca a mi casa. A mí me daba un poco de vergüenza. Y además, yo no tenía perro.

Éramos como gemelas, eso es lo que decían de nosotras en la primaria del Alphonse-Daudet. A pesar de que no nos parecíamos físicamente.

Louise y Charles trabajaban mucho. Sobre todo los miércoles, los sábados y durante las vacaciones. Louise tenía su escuela de danza; Charles recibía a grupos en el museo. A veces callejeábamos por Elbeuf y casi siempre acabábamos yendo a casa de la abuela de Mimy, Jeanine.

Ella vivía en la carretera de Les Roches, en Orival, en una casa excavada en el acantilado del Sena con grutas en el jardín, a las que no teníamos permiso para ir a

causa de los desprendimientos. Jeanine nos hacía reír y no le obedecíamos demasiado. La llamábamos abuela Ninja: Jeanine, pero invirtiendo las sílabas. Fue a Mimy a quien se le ocurrió, le gustaba mucho jugar con las palabras.

A veces llevábamos a Buffo a su casa, atado con una correa, por el bulevar de la Playa. El bulevar sigue llamándose así, creo, pero ni ahora ni antes había playa en la orilla del Sena.

A los ocho años fuimos juntas de colonias por primera vez, a Bois-Plage-en-Ré, al pinar. Frédéric ya era monitor y Mimy lo encontraba muy guapo con su pelo largo, su guitarra y sus brazos musculosos que la hacían volar por encima de su cabeza. Louis y Charles eran los directores del centro. Los otros niños, de todos los barrios de Elbeuf, hacían rabiar a Mimy. Era la niña mimada, la hija de los directores, quizá la única cuyos padres trabajaban los dos.

Mimy y yo nos apoyábamos mutuamente.

Mimy-Lina, para siempre.

En la colonia de los Bosques, como la llamábamos, Mimy lloraba con frecuencia y no quería decirles nada a sus padres. Dormíamos todos juntos en un gran dormitorio. Por la noche, a veces Mimy se hacía pipí en la cama. Ella decía en broma que la colonia se llamaba La Sábana de Oro por eso, por las sábanas meadas. Yo la ayudaba. Nos las arreglábamos para quedarnos las dos solas en el dormitorio y cambiábamos los colchones. Yo le prestaba el mío, y cuando uno de nuestros colchones olía demasiado a orina, lo cambiábamos por el del monitor de guardia en el pasillo.

Nadie se enteró nunca de nada.

Era nuestro secreto.

Me habría matado si lo hubiera contado. Yo no he dicho nunca nada sobre eso. Ha sido ella la que ha muerto.

Después de clase nos veíamos en los talleres de la Casa de la Juventud y la Cultura. Para ver también a Fred, claro. Mimy hacía danza y teatro. Yo, solo circo. A mí se me daban bastante bien todos los ejercicios de equilibrio: la bola, el tonel, el rola bola. Pero Mimy era otra cosa: la armonía perfecta, la gracia. De cuando en cuando, Louise abría el circo-teatro solo para nosotras y nos movíamos por el escenario redondo fantaseando. Una vez cogimos del vestuario un cartel antiguo, un trapealista con maillot pasando a través de un aro en llamas. Se llamaba Rustam Trifon y trabajaba en el circo de Moldavia. Era guapísimo, como un dios, rubio con ojos acerados.

Nos prestábamos el póster, una semana cada una. Nos chiflaba tener a Rustam Trifon como ídolo. No tenía nada que ver con Filip Nikolic, de los 2Be3. Nos desgañitábamos cantando *What's up*, de las 4 Non Blondes, soñando con echar a andar por los caminos de Transnistria... Allí era donde vivía Rustam.

Hicimos nuestra primera colonia como monitoras en 2001, en Bois-Plage-en-Ré. Frédéric era el director y Mimy seguía encontrándolo igual de guapo con el pelo

corto y el ukelele. Eran los mismos niños de los barrios de Elbeuf, o sus primos, sus hermanos pequeños, tal vez ya sus hijos. Mimy y yo nos tronchábamos de risa cuando los levantábamos por la noche para que fueran a hacer pipí y comprobábamos si el colchón y el pijama estaban secos.

Con la paga fuimos al festival de Vieilles Charrues al año siguiente y vimos a los Blues Brothers. Tan cerca que casi podíamos tocarlos. Ligábamos con los buenazos de los bretones. ¡Estaban para comérselos! Mimy salió una noche con el que según ella era el más encantador de todos, el que se ocupaba de limpiar los retretes.

Mimy era así.

Cuando volvimos, después de estar quince días en Finisterre, Buffo había muerto. El día de santa Ana. Se había dormido entre los rosales una tarde muy calurosa. Charles lo enterró allí, hizo un hoyo debajo de donde estaba sin siquiera desplazar el cuerpo. Desde entonces, siempre que fui a casa de Charles y de Louise, en el pasaje Tabouelle, no pude mirar aquellas flores sin acordarme de Buffo.

Creo que le habría gustado reencarnarse en rosa.

En 2003, la colonia cambió por primera vez la isla de Ré por Normandía, debido a la disminución de las subvenciones. También empezó a admitir más adolescentes. Una noche de septiembre, Mimy encontró un cachorrito perdido detrás del McDonald's de Caudebec-lès-Elbeuf. Lo llamó Ronald. Era un nombre un poco tonto, pero era el primer nombre de payaso que se le había ocurrido. Se lo llevó a Charles y a Louise. Era, entre otras cosas, una forma de darles a entender a sus padres que en lo sucesivo estaría menos en casa. Había salido con Frédéric durante los días de colonias. Aquello era una especie de evidencia, pese a que él tenía diecinueve años más que ella.

Todos nos lo esperábamos, esa es la verdad. Incluso nos parecía que habían remoloneado un poco. La primavera siguiente, Mimy me preguntó si quería ser testigo en su boda. Quería ir deprisa. Se casarían el 2 de octubre en Orival, en la iglesia que estaba a orillas del Sena, encastrada en el acantilado, igual de firme que su amor, decía ella. Mimy era más romántica que yo, y también más católica, más ropa blanca, más poemas, más príncipe azul.

Dije que sí. También dije que antes la haría alucinar, que idearía los planes más megademenciales para su entierro de vida de soltera. Lo cierto es que había planeado que, después del campamento de Isigny, nos iríamos las dos una semana al otro extremo de Europa, mochila al hombro, haciendo autoestop, tal vez hasta Transnistria...

Mimy me dejó el 26 de agosto de 2004.

Sin siquiera decirme adiós.

Era su día libre, no llegó más allá del camino de Les Grandes Carrières, a ochocientos metros del parque de Isigny.

Yo fui una de las primeras en ver, escoltada por dos gendarmes, su cuello azulado, su cuerpo desnudo bajo el vestido desgarrado, sus grandes ojos abiertos hacia el cielo.

Fui yo quien avisó a Charles y a Louise. Y ellos avisaron a Frédéric.

Antes de llamarlos, recordé a toda velocidad cada minuto de mi vida: el parque de juegos infantiles de Puchot, Buffo, el circo, Rustam Trifon, las grutas de la abuela Ninja...

No conseguía imaginar que tendría que soportar una vida entera sin Mimy.

Charles, Louise, Frédéric y yo queríamos saber la verdad.

Sin embargo, la cosa nunca llegó a funcionar del todo con Carmen Avril y esa asociación contra el olvido, Hilo Rojo. Aun así, fue una oportunidad para mantener a menudo largas conversaciones con Océane, la hermana de Morgane. Ella y yo teníamos casi la misma edad, las dos habíamos perdido al ser que más queríamos del mundo.

Asesinado por el mismo individuo.

Hermanas de dolor.

Sin embargo, no nos entendíamos. A Océane, como a su madre, la movía el odio. Soñaba con encontrar al asesino de su hermana para matarlo con sus propias manos. Yo, en cambio, creo que habría sido capaz de ir a visitarlo todos los días a la cárcel para contarle cada detalle de la vida de Mimy, para hacerle comprender quién era, para hacer que se arrepintiera de su acto, para que la quisiese, para que implorara su perdón.

Charles y Louise comprendieron que nunca se descubriría la verdad sobre la muerte de su hija única cuando el sospechoso número uno, Olivier Roy, fue identificado.

Y exculpado.

El comandante Léo Bastinet no se anduvo por las ramas. Caso archivado... Salvo si se producía algo imprevisto. Charles y Louise dejaron la asociación Hilo Rojo en 2005. Fue una decisión suya, personal. Insistieron mucho en que Frédéric y yo continuáramos trabajando en ella.

No lo olvides jamás.

Entonces no comprendimos por qué.

Louise esperó hasta diciembre de 2007, hasta la inauguración del circo-teatro de Elbeuf tras diez años de obras de restauración. Charles y Louise invitaron para la ocasión a algunos grandes artistas internacionales.

Rustam Trifon estaba presente. Tenía cincuenta y tres años. Su cartel seguía colgado con chinchetas sobre la cama de Mimy. Rustam aceptó ir al pasaje Tabouelle, subió la escalera hasta su habitación con la gracia de un ángel. Después le pedí que cogiera una rosa del jardín y la pusiese sobre la tumba de Mimy, en el cementerio de Saint-Étienne. Parecía emocionado.

Fue un momento bonito y triste.

Por la noche Charles, Louise y yo nos quedamos en la pista de arena. Mirando la inmensa cortina de terciopelo púrpura bajo las hileras de focos, dije simplemente:

—A Mimy le habría encantado.

Charles y Louise no dijeron nada. Tal vez pensaban que Mimy lo veía todo desde allá arriba. Lo oía. Percibía las mismas emociones. O tal vez no. Desde la muerte de Mimy, se habían distanciado un poco de Dios.

Nos despedimos así.

Lamenté, en aquel momento, no haberles hablado de mis dudas.

Al día siguiente Charles y Louise se marcharon a la isla de Ré. Los locales de la colonia de Bois-Plage-en-Ré habían sido vendidos hacía casi diez años para hacer un *camping*. Uno más. Uno de lujo con piscina y pistas de tenis, donde ningún niño de Elbeuf pondría nunca los pies. Hacia las 18.50, justo antes de que cerraran, ambos subieron arriba del todo del faro de las Ballenas. Cincuenta y siete metros. Doscientos cincuenta y siete peldaños. Un viento frío soplaba desde el Atlántico; estaban solos.

Cogidos de la mano, se subieron a la balaustrada de hormigón y se arrojaron al vacío.

Desde entonces he visitado a menudo a la abuela Ninja, en la carretera de Les Roches. Era la única superviviente de mi verdadera familia. Hemos hablado mucho. Al final, acabé por contarle lo que me preocupaba. Ella me tranquilizó. Había hecho bien no diciéndoles nada a Charles y a Louise. Era mejor que se hubieran ido así, convencidos de que Mimy había sido una víctima elegida al azar. Sin nadie a quien acusar salvo a la fatalidad. Pero también me hizo comprender que esa duda iba a corroerme a mí también. Que tenía que librarme de ella.

—¿Cómo, Jeanine? ¿Cómo?

—Contándoselo todo a la policía, cariño. Aunque eso vaya a reabrir las cicatrices más dolorosas.

Entonces me acordé de aquel poema de Mimy.

De los últimos versos.

*A nuestro alrededor un castillo construiré
Y contra todo lo defenderé.*

M20

Mimy jamás habría podido escribir eso.

Echaba muchísimo de menos a Mimy.

¿REABRIR LAS CICATRICES MÁS DOLOROSAS?

—Bueno, ¿qué?

El sobre marrón había caído a mis pies. Me costaba conectar todo lo que acababa de leer con el asesinato de Morgane Avril y el suicidio de Magali Verron, pero tenía que existir forzosamente un lazo que los uniera.

No había más que deshacerlo... La imagen de una bufanda roja apretada demasiado fuerte alrededor de un cuello me vino a la mente.

Mona se percató de que una lágrima brillaba en la comisura de mis ojos.

—¿Conmoverlo?

—Mucho.

—¿Sobre Morgane o sobre Myrtille?

—Myrtille. O más bien Mimy... Una preciosa declaración de amor.

La mirada de Mona chispeó de un modo extraño. Tras un titubeo, me pasó delicadamente un dedo por los ojos para secarlos.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

Ella no respondió y metió la marcha atrás para sacar el coche del jardín.

Las 23.10.

Mona aparcó en la plaza Jean-Paul-Laurens, justo enfrente de la casa de Christian Le Medef. Ningún poli a la vista. Aun así, antes de cruzar el aparcamiento me puse la capucha del WindWall North Face. Me detuve delante de la casa de pescadores.

—Ayer no estaba cerrada con llave.

Accioné la manilla. La puerta se abrió.

—No es nada desconfiado tu testigo —bromeó Mona.

Esperé a que hubiéramos entrado los dos para llamarlo:

—¿Christian? ¿Christian Le Medef?

Ninguna respuesta, como suponía. Atarax, el exingeniero nuclear, no había vuelto.

¿Huido?

¿Secuestrado?

¿Asesinado?

Mona me siguió por el pasillo a oscuras, casi divertida.

Me detuve bruscamente. Helado, como si la temperatura hubiera descendido de golpe en la habitación.

La escalera, frente a nosotros, estaba sumergida en la más absoluta oscuridad.

—No hay ninguna luz encendida.

—Es lógico, ¿no?

—¡No! Ayer, en el piso de arriba, la lámpara de la mesilla de noche de Le Medef estaba encendida.

—Debiste de apagarla antes de irte.

Negué con la cabeza. Estaba seguro, no había tocado nada. Con la yema de los dedos, encendí la aplicación linterna del iPhone. El *flash* continuo iluminó los peldaños.

Nada. Ningún ruido. Ninguna señal de vida. Exactamente igual que durante mi visita anterior.

Con excepción de esa lámpara de mesilla de noche apagada.

Subí una decena de peldaños para iluminar el descansillo de la planta superior, me detuve y dije de nuevo:

—¿Le Medef?

Nadie.

Me equivocaba de nuevo. Anoche había apretado el interruptor de esa maldita lámpara para apagarla sin siquiera darme cuenta.

—¡Ahora verás si estoy loco! —le dije de pronto a Mona bajando la escalera—. Acompáñame a la sala.

En el pasillo, ella me dejó pasar; nuestros cuerpos se rozaron. El *flash* de mi teléfono móvil se deslizaba por las paredes e iluminaba el papel pintado, despegado por la humedad, las tomas eléctricas grises, el entablado enmohecido. El día anterior, obsesionado por la desaparición de Christian Le Medef, no había reparado en que la casa, que supuestamente él se encargaba de mantener, parecía abandonada.

Bajé la linterna para iluminar las baldosas blancas y negras. Solo el ruido de nuestros pasos turbaba el silencio.

El silencio...

Otra descarga me electrizó el cuerpo. La locura, una vez más, merodeaba a mi alrededor.

No oía ningún murmullo. ¡Habían apagado el transistor!

—Ayer la radio estaba encendida —susurré en la penumbra.

Mona no me contestó. Yo oía su respiración a mi espalda. Unos escalofríos me recorrían la columna vertebral. ¿Qué iba a descubrir en la sala? Me detuve en el umbral.

—¿Christian?

Ridículo. ¿Qué creía? ¿Que sus secuestradores lo habían traído durante el día para que se terminara el plato de *tagliatelle*?

Ninguna respuesta, por supuesto. Ni siquiera un anuncio de France Bleu.

¿Quién había pasado por allí después de mi visita? ¿Y por qué maldita razón? ¿Para dejar el cadáver de Le Medef?

El *flash* barrió el salón en dirección a la mesa, en el centro de la habitación, después pasó a la silla, al microondas, al televisor, al aparato de radio... Varias veces. En círculos cada vez más rápidos, casi histéricos al cabo de unos instantes.

Como un luminotécnico que se hubiera vuelto loco.

Hasta que, de pronto, olvidando la prudencia, accioné el interruptor. La luz blanca de una bombilla desnuda inundó la habitación y nos obligó a pestañear. Coloqué una mano a modo de visera sobre mis ojos, incapaz de creer lo que veía.

La habitación estaba vacía.

Totalmente vacía.

Ni silla, ni mesa, ni botella, ni plato, ni vaso, ni programa de televisión, ni siquiera radio. Ni tampoco mueble alguno.

Habían vaciado por completo la sala y la cocina.

Me pareció que de repente el teléfono pesaba una tonelada. La cabeza me daba vueltas. Mona avanzó por la habitación. Un ligero eco acompañaba sus pasos.

—¿Le Medef vivía aquí?

—Sí.

Superé el vértigo y señalé uno a uno los lugares precisos donde estaban colocados los muebles. Pasé los dedos por las paredes, por el suelo. Los rastros de polvo, o su ausencia, indicaban de manera explícita que allí se habían desplazado objetos recientemente, que lo habían trasladado todo deprisa y corriendo.

—Lo han vaciado —dije.

—¿Quién?

—No lo sé, Mona. Pero no es muy difícil hacerlo. Una mesa, una silla, algún electrodoméstico... Eso cabe en una furgoneta...

Mona no contestó. Continué desarrollando mi hipótesis:

—Primero hacen desaparecer al testigo molesto. Después, todas las demás pruebas...

—Un complot... Están pero que muy bien organizados, Jamal.

Había una pizca de ironía en las palabras de Mona.

Me volví hacia ella y la agarré por los hombros.

—¡Joder, Mona! ¿Crees que habría podido inventármelo? ¿Todos esos detalles? ¿El vaso de vino, el plato de *tagliatelle*, la radio en sordina? ¿Tan loco crees que estoy?

Mis palabras, demasiado fuertes, rebotaron en las paredes desnudas. Mona se situó en el centro de la habitación, justo donde el día anterior estaba la silla de Le

Medef.

—Vamos a dejar de hacernos ese tipo de preguntas, Jamal. Vamos a atenernos estrictamente al programa, a tu promesa, ¿recuerdas? Esta noche les hacemos una última visita sorpresa a tus testigos, Christian Le Medef y Denise Joubain. Después, te entregas a la policía.

No protesté. Ya no me quedaban fuerzas para hacerlo.

Nos quedamos unos minutos más en la casa antes de que Mona me asiera de la mano para salir. En cuanto pusimos los pies en la calle, la puerta de la casa de enfrente se abrió. Una débil luz iluminó la calzada. Instintivamente, me agazapé en la oscuridad. El tipo que salía solo podía distinguir la silueta de Mona.

—Hace fresquito, ¿eh?

Una sombra renqueante se coló entre mis piernas. Reconocí al perro con tres patas de la noche anterior. Su amo tardó una eternidad en encender un cigarrillo, a fin de aprovechar el resplandor de la llama para observar el rostro de Mona.

—No se ve todas las noches a una chica tan guapa como usted andar por estas calles.

El perro trípodo venía cojeando hacia mí, pero Mona tuvo reflejos y reaccionó a tiempo. Lo llamó haciendo un chasquido con la lengua y se agachó para acariciarlo. El vecino pareció apreciar el gesto.

—¿Vive aquí hace mucho? —preguntó la investigadora.

—Bastante. Hace ya más de diez años... —Dio una calada—. ¿Qué hacía en la casa?

¡Ese idiota había visto la luz!

—De visita —respondió Mona con naturalidad.

Retrocedí más en la oscuridad procurando levantar el pie izquierdo unos centímetros por encima del suelo.

—¿A estas horas? —Parecía asombrado. En un reflejo que me sorprendió, apreté la culata del King Cobra dentro del bolsillo. El tipo expulsó un poco de humo y se encogió de hombros—. Desde luego, están dispuestos a lo que sea con tal de vender...

—¿Vender? —dijo Mona.

—Sí. Hace seis meses que buscan un comprador. Pero, claro, es que Yport no es Deauville. Aquí hay decenas de casas como esta en venta...

Me temblaban las piernas. Mantuve el equilibrio apoyando una mano en una piedra de gres fría y granulosa. Mona se hizo la ingenua.

—¿La casa lleva seis meses vacía?

—Sí. Solo viene de vez en cuando algún cliente a verla. Pero, en fin, es bastante raro. Sobre todo a estas horas...

Tiró la colilla y obsequió a Mona con una sonrisa pensando, aunque sin mucha fe,

que tendría una vecina encantadora. Llamó después a su perro y cerró la puerta a su espalda.

Esperé un momento y eché a andar en la oscuridad hacia el Fiat. La voz de Mona sonó detrás de mí:

—¿Satisfecho?

Me obligué a defender con terquedad los más increíbles argumentos.

—¡Una casa vacía! Lo ideal para tenderme una trampa. Permite instalar y desinstalar un decorado con toda tranquilidad.

Mona hizo parpadear los faros del Fiat.

—Entonces, ¿Le Medef era cómplice? Yo creía que era tu aliado. Fue él quien te dijo dónde vivía, ¿no?

—Puede que no confiara en mí. Hablaba de complot, de ley del silencio. ¡Puede que tuviera miedo! O quizá...

Mona me tendió las llaves.

—Vale, *let's go*, Jamal. Última etapa. Te dejo conducir, tú conoces el camino para ir a casa de Denise.

Ni una palabra más.

Habría podido utilizar mil argumentos para demostrarme que había soñado la escena de la desaparición de Christian Le Medef. Y respecto a la retirada de todos sus muebles, habría podido decir que el vecino era de esos a los que no se les escapa la presencia de un camión de mudanzas aparcado enfrente de su casa, por ejemplo. Y añadir que, en el fondo, el único testigo del que disponía entre la noche de ayer y la de hoy era un perro con tres patas.

Arranqué el Fiat.

El salpicadero mostraba la hora en cifras verde fosforescente: 23.32.

—A Denise Joubain le va a dar un ataque cuando me vea aparecer a estas horas...

—O a mí —replicó Mona—. ¿Cuál es la próxima sorpresa del programa? ¿Denise degollada por unos alienígenas? ¿Su fantasma ofreciéndonos el té?

El fantasma de Denise Joubain...

En el silencio del habitáculo, recordé las palabras de la anciana. Aseguraba que no había salido de casa hacía años. Que, aun así, me había reconocido, me había visto una vez, pero hacía diez años, en la playa de Yport la mañana del asesinato de Morgane Avril. Mi última esperanza descansaba en el testimonio de una vieja senil, cuyos delirios iban a contribuir todavía más a convencerme de mi propia amnesia.

Sentada a mi lado, Mona había encendido la luz del techo y hojeaba los expedientes de Morgane Avril y de Magali Verron robados, respectivamente, a Carmen Avril y a Piroz. Concentrada. De pronto tuve la impresión de que un elemento la desconcertaba. Sus ojos pasaban una y otra vez de un expediente a otro.

Reduje la velocidad al entrar en la larga línea recta que llevaba a la antigua estación de Tourville-lès-Ifs.

—¿Has encontrado algo?

Mona me miró de manera extraña.
Una evidencia.
Había encontrado algo. Algo que la alteraba.
—No. Bueno, es posible.
—¿Qué?
—Luego. Después de ver a la vieja.
—¿Por qué?
Mona levantó bruscamente el tono.
—Después de ver a la vieja, joder.

¿HAS ENCONTRADO ALGO?

Los faros del Fiat iluminaron primero el vagón del Orient-Express, luego la locomotora Pacific Chapelon y, por último, la fachada de la antigua estación, cuyo reloj seguía indicando las 7.34.

En cuanto apagué el motor, la estación, los trenes y el aparcamiento desaparecieron en la negrura de la noche. Avanzamos a la luz de las linternas. Los dos haces trazaron sendas rayas en las paredes azul lino de la casa solariega.

—¿Despertamos a Denise? —preguntó Mona.

Antes de responder, intenté accionar la manilla de la puerta. Esta estaba cerrada. El caserío de Les Ifs se reducía a unas cuantas casas independientes, cuyas siluetas se entreveían a unos cincuenta metros.

—Si llamamos, lo que conseguiremos es despertar a todo el vecindario.

Sin pararme a pensar, di tres pasos hacia la ventana de cuarterones. Los postigos no estaban cerrados. Cogí una piedra del tamaño de un huevo y di un golpe seco contra el cristal, el que estaba más cerca del pestillo. Diez centímetros por diez. Una pequeña cascada de trozos de cristales tintineó en medio del silencio. Sin tomar ninguna precaución suplementaria, abrí la ventana desde el interior.

Unas gotas de sangre perlaron la palma de mi mano. Cortes benignos. Mona me miraba sin decir palabra.

—Vamos a darle una sorpresa a Denise —bromeé.

El tono no acompañaba.

¿Por qué entrar así, rompiendo la ventana? ¿Para luchar contra las evidencias que me ponían delante? ¿Qué esperaba? ¿Sorprender en casa de Denise Joubain a un ejército de conspiradores ocupados preparando un nuevo decorado, montando los tabiques de otra habitación que creara ilusiones ópticas?

Entramos por la ventana.

Arnold, pensé de inmediato.

¡Arnold va a detectar nuestra presencia!

Curiosamente, el shih tzu no se manifestó. Yo intentaba recordar la disposición de las habitaciones. El dormitorio de Denise se encontraba en la diagonal opuesta.

Mi linterna iluminó las paredes.

Un inmenso alivio me invadió. Un calor tranquilizador, casi abrasador. ¡Las fotos

de trenes recorriendo el mundo seguían decorando las paredes! El Orient-Express atravesaba la laguna de Venecia, el Shinkansen se deslizaba por su ciudad japonesa. Mi linterna continuó inspeccionando la sala, sobrevolando las vigas vistas, el armario normando, las flores secas en el jarrón, las sillas de anea.

¡Todos los detalles eran idénticos a mis recuerdos! O sea que algunas neuronas de mi cerebro seguían conectándose. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, podía fiarme de mi memoria. No había soñado aquella conversación demencial con Denise.

Dudé entre llamar a Denise Joubain como había hecho con Christian Le Medef, sorprenderla en la cama para provocarle un *shock*, zarandearla, llevarla al cuarto de baño y meterla bajo la ducha, torturarla hasta que cambiara su versión y recordase la playa de Yport el miércoles, a Piroz y el cadáver de Magali Verron.

Nos acercamos al dormitorio. Mientras empujaba la puerta, la zapatilla de deporte sujeta a la prótesis de mi pie izquierdo pisó un objeto blando que estaba en el suelo.

Un chillido surrealista rasgó el silencio. El ruido de un muñeco de goma. Una jirafa o cualquier otro juguete de un niño muy pequeño.

Casi inmediatamente, la lámpara del dormitorio de Denise Joubain se encendió. Mis retinas estallaron. Apreté el revólver dentro del bolsillo. No dejar que la vieja gritase. No darle tiempo esta vez de dar la voz de alarma. No...

Un papel pintado Hello Kitty cubría las paredes del dormitorio de la anciana.

Unas hadas colgadas del techo con un hilo pendían sobre mi cabeza. Unos duendecillos trepaban por la cortina. Había un montón de peluches gigantes: perros, conejos, elefantes. Sobre la cama azul turquesa, otras hadas se balanceaban. En el interior, dos ojos deslumbrados me miraban. Los de un niño de unos seis años.

Un grito me hizo volver la cabeza, a mi derecha, procedente de otra cama, esta más pequeña y con barrotes rosa.

La cabeza de una niña de unos tres años emergió. Aterrorizada. La cría gritaba sin parar, sin siquiera respirar, con las mejillas, la frente, el cuello completamente congestionados.

—Joder, Jamal...

Mona parecía incapaz de pronunciar otra palabra. Como si hasta aquel momento hubiera aceptado, en un intento por comprenderme, mi juego demencial, pero en esta ocasión yo hubiera cruzado la línea roja.

Giré sobre mis talones buscando la manera de tranquilizar a la niña.

Imposible.

El niño se puso a gritar también, más fuerte aún que su hermana, encogiendo su cuerpo delgado cubierto con un pijama de piratas.

—¿Qué hacen aquí? —tronó una voz a nuestra espalda.

Detrás de nosotros estaban dos adultos: una mujer en camisón, despeinada, pálida, muda de terror, y un hombre con el torso desnudo, de unos cuarenta años, pelo canoso, empuñando un cuchillo de cocina con la mano derecha.

Trémula...

La palma mojada de la mano de Mona se posó en mi hombro mientras yo apuntaba con el King Cobra a los padres.

Un movimiento puramente reflejo.

El concierto de gritos infantiles arreció en el dormitorio. La madre, como una loba, parecía acechar el más mínimo descuido por nuestra parte para abalanzarse sobre los dos extraños que la separaban de sus hijos.

La voz de Mona se volvió suplicante:

—Jamal, no.

Apreté la culata del revólver.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —pregunté yo también.

—¿Cómo?

El padre de familia, aunque sorprendido, sostuvo mi mirada. No dejaba traslucir ningún miedo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —repetí.

Él no pareció comprender el sentido de mi pregunta, pero, así y todo, respondió:

—Hemos alquilado la casa para una semana...

Mona exhaló un suspiro y me tiró de la manga.

—Está bien, Jamal. Nos largamos, venga...

Yo no me movía. El King Cobra era un revólver de defensa inofensivo, pero el hombre del cuchillo no lo sabía.

—¿Y ayer? —pregunté—. ¿Estaban aquí a primera hora de la tarde?

—No —dijo el padre de familia—. Pasamos el día visitando las playas del Desembarco, pero...

Su voz ganaba en aplomo a medida que se sucedían mis preguntas. Tal vez pensaba que estaba tratando con unos polis borderline...

Mona me tiró de nuevo de la manga.

—Vamos. Me das miedo.

La seguí lentamente, sin dejar de apuntar a los padres. La madre fue corriendo hacia la niña, que se calló por arte de magia. El padre no nos quitó los ojos de encima, con el cuchillo levantado hacia nosotros.

La mano de Mona asió la mía y la apretó para hacerme salir más deprisa. Sin perder el equilibrio. Los adornos de la antigua estación danzaban en mi cabeza. Los trenes en las paredes, las sillas de anea, las hadas colgando del techo.

¡Joder, no podía haberme inventado todos esos detalles! Me acordaba perfectamente de esas fotos, de esos muebles, del lugar donde estaba cada objeto en aquella habitación.

Una vez que dejamos atrás la puerta de la antigua estación, Mona me obligó a correr. Yo recordaba que, unas horas antes, Arnold me había perseguido hasta el aparcamiento, como si hubiera vivido siempre allí y defendiese su territorio con toda su rabia de perro pequeño y gruñón. Dos bicicletas de niño, una con ruedecitas y la otra sin ellas, estaban apoyadas contra la pared. Un Audi con el 75 en la matrícula,

aparcado unos metros más lejos.

Mona condujo esta vez sin decir una palabra. Yo hablaba solo, como para convencerme a mí mismo. Disparando mis argumentos, frenético, como con una ametralladora, hasta el último cartucho.

—Esa antigua estación es una casa rural, de acuerdo. Esa familia la ha alquilado para ocuparla esta semana, vale. Pero estuvo fuera todo el día de ayer. Eso dejaba tiempo suficiente para guardar los juguetes de los niños en el dormitorio. Para que Denise se instalara en la casa, interpretase esa farsa, me contara esa historia del marido ferroviario y pretendiese no acordarse del suicidio de Magali Verron.

Mona no contestó. No habíamos recorrido ni trescientos metros cuando giró bruscamente a la derecha y detuvo el coche en un gran aparcamiento desierto, enfrente de un edificio alargado de cemento.

ALMACÉN BÉNÉDICTINE, anunciaban unas grandes letras rojas. El lugar parecía abandonado.

Mona quitó el contacto.

—Es el fin del camino, Jamal. He ido todo lo lejos que podía.

—Escúchame, Mona...

Tenía la mente fijada en las fotos de trenes enmarcadas. La línea Baikal-Amur bloqueada por la nieve, las pendientes andinas y los espigones adentrándose en el mar. ¡Yo había visto esos cuadros el día anterior! En la antigua estación de Les Ifs.

—No, Jamal, se acabó. Denise Joubain no ha vivido nunca en esa estación. Como Christian Le Medef tampoco ha vivido en esa casa de la plaza Jean-Paul-Laurens. Nunca has hablado con ellos, ellos no han visto saltar por el acantilado a esa chica. Ni ellos ni nadie. Ningún periodista. Ningún policía. Porque esa tal Magali Verron no ha existido nunca, Jamal. Te la has inventado. No sé por qué, pero tú has creado enteramente a esa chica. Es muy probable que el motivo esté relacionado con Morgane Avril, puesto que le has prestado su rostro. Y quizá también con el asesinato de Myrtille Camus. Y seguro que por eso la policía quiere volver a verte. Pero una cosa es cierta, Jamal, y es más bien una buena noticia. —Respiró antes de rematarme—. La policía no puede colgarte el asesinato y la violación de Magali Verron ¡puesto que esa chica no existe!

Cogí el expediente de la comisaría, el que le había robado a Piroz.

MAGALI VERRON, escrito en letras mayúsculas.

No podía habérmela inv...

Con un gesto irritado, Mona me indicó que me callara.

—Ya hemos tenido antes esta conversación. Yo he cumplido mi parte del trato, Jamal. Ahora te toca a ti cumplir la tuya. En cuanto salga el sol, vas a entregarte a la policía.

Yo me negaba a ceder.

—¡Joder, Mona, eso es lo que están esperando! De acuerdo, por el momento no hacemos más que chocar contra las paredes, pero todavía hay más zonas de sombra

que explorar, ¿no te parece? Esa historia del dilema del prisionero, por ejemplo. ¡Y los sobres! ¡No estaré tan enfermo para echarlos al correo y olvidarlos una hora más tarde!

Mona me lanzó una mirada tierna que me recordó la de los psicólogos del Instituto Saint-Antoine cuando escuchaban con paciencia profesional las explicaciones rocambolescas de los chavales pillados en flagrante delito de mentira.

¡No! ¡No pensaba rendirme!

—La explicación está en esas cartas. Algo que se le ha pasado por alto a todo el mundo, Mona, y que yo soy el único que puede encontrar...

Ella me acarició el pelo con ternura; un gesto más maternal que amoroso.

—Olvídalo, Jamal. Olvida el presente. Olvida todo lo que ha ocurrido desde hace tres días. Es fruto de tu imaginación. —Su dedo índice bajó hasta mi frente—. Lo has imaginado porque la verdad está en alguna parte de tu cabeza, muy adentro, enterrada. Tienes que recordar lo que sucedió hace diez años, no lo que ha ocurrido esta semana.

Sin pensar, la agarré de la muñeca y apreté, fuerte, demasiado fuerte, antes de dejarla caer sobre sus rodillas como si fuese una rama seca.

La voz se me heló.

—Así que tú también...

—¿Yo también qué?

—Tú también participas en ese jueguito. ¡Volverme loco para declararme culpable! Endosarme el asesinato de esas dos chicas cometido hace diez años. Es ese el objetivo, ¿verdad? Hacer que me venga abajo, que confiese.

De repente me acordé de los sobres aparecidos en la guantera del Fiat 500, del cartero llevándome uno a Vaucottes, de esos golpes montados con antelación, como si fuera posible anticipar todos mis desplazamientos, por mínimos que fueran. ¡Solo Mona podía haber organizado todo aquello! Ella era una pieza esencial en ese complot.

—Déjame, Mona. Seguiré yo solo.

Intentó poner de nuevo una mano sobre la mía, pero la rechazé.

—Ya no confío en ti, Mona. Ya no confío en nadie.

Era consciente de ser el peor de los cerdos.

Tal vez...

Mona había corrido grandes riesgos por mí.

O tal vez no.

Dudar era correr un riesgo. Un riesgo que yo ya no podía permitirme. Iba a levantarme, bajar del Fiat y perderme en la noche. Mona abrió la puerta.

—Quédate con el coche, Jamal. Vas a necesitarlo más que yo...

La mirada de la investigadora pasó una vez más del expediente de Magali Verron al de Morgane Avril. Me acordé de que había descubierto algo antes de que nos detuviéramos frente a la antigua estación, algo que la convencía todavía más de que

yo desvariaba.

«Después. Después de ver a la vieja», había dicho.

Demasiado tarde para preguntárselo.

Salió y se inclinó hacia mí. Su rostro, iluminado por la farola situada unos metros más allá, se alargaba. Ya no parecía una redonda y alegre musaraña, sino más bien un animal acosado, un pequeño roedor imprudente que no hubiera visto venir el invierno. Corrían lágrimas por sus mejillas.

—Hay otra cosa, Jamal. Incluso creo que es el fondo del problema. En tu puzzle hay que añadir un dato importante, un dato que salta a la vista, pero del que, pese a ello, tú no eres consciente.

Las lágrimas redoblaron en intensidad.

¿Un dato importante en el que yo no había reparado?

Antes incluso de que mi cerebro tuviera tiempo de buscar el sentido de esas insinuaciones, Mona se explicó.

De lleno en el corazón.

—¡Te has enamorado de esa chica, Jamal! De Morgane Avril. De ese rostro que tantas veces me has descrito, tan noble, tan puro, tan triste... De ese rostro que creíste ver de nuevo hace tres días en lo alto del acantilado. Grave y desesperado, ¿te acuerdas? Antes de que se te escape entre los dedos y se esfume en el vacío. ¡Fantaseas con un cadáver, amor mío! Un bonito cadáver que lleva diez años muerto y enterrado. Lo siento, no doy la talla. No puedo tener celos de un fantasma.

—Esa chica existe, Mona.

Me sonrió sin contestar y avanzó hasta situarse delante del Fiat. Observó un largo momento la carretera recta y desierta antes de sacar un objeto de la chaqueta.

Un destello dorado titiló en la oscuridad.

—Te la devuelvo —dijo Mona.

Dejó con cuidado la estrella de sheriff sobre el capó del coche.

Yo era incapaz de articular una sola palabra.

—Buena suerte —susurró a través de la puerta abierta.

La estrella de sheriff. Los cinco retos que debía superar...

Las cinco direcciones de mi estrella habían sido barridas, como todo lo demás, por la tormenta de los últimos días. Curiosamente, desfilaron por mi cabeza mientras Mona se alejaba, engullida por las tinieblas del aparcamiento. Convertirme, Hacer, Tener, Ser, Pagar.

Perdido en mis pensamientos, tardé un poco en darme cuenta de que Mona daba media vuelta. Luego, cuando la vi acercarse de nuevo al Fiat, creí que volvía para hacer las paces, besarme, estrecharme entre sus brazos y, arrepentida, pedirme perdón.

Pero se limitó a levantar el limpiaparabrisas.

¿A qué jugaba, joder?

Lentamente, con un solo dedo, escribió sobre el polvo del cristal. Doce letras.

M.A.G.A.L.I V.E.R.R.O.N

Su dedo empezó a continuación a borrar de una en una las letras para, inmediatamente después, escribirlas otra vez unos centímetros más abajo.

Primero M.

Después O.

Después R.

Después G.

Después todas las demás.

Cuando las doce letras estuvieron borradas y escritas en otra línea, un poco más abajo pero en un orden distinto, un nuevo nombre apareció en el polvo del cristal del parabrisas:

M.O.R.G.A.N.E A.V.R.I.L

Mona volvió a inclinarse ante la puerta del Fiat 500.

—Una sola y única mujer, Jamal. Una muerta y su fantasma...

Al final de la carretera surgieron dos faros; inmediatamente después, la luz cruda de un coche de policía sumió la noche en un torbellino azul.

¿UNA MUERTA Y SU FANTASMA?

El Peugeot Boxer de la gendarmería cambió bruscamente su trayectoria para invadir el talud y detenerse a unos metros del Fiat 500.

Luz directa de los faros. Dos soles clavados a quemarropa mientras un cielo azul eléctrico danzaba alrededor.

Por un instante me pregunté cómo la policía había podido encontrarnos tan fácilmente. Solo por un instante.

¡Qué idiota!

Evidentemente, en cuanto nos fuimos, los padres de la casa rural de la antigua estación habían telefoneado a la policía: un tipo armado con un revólver había entrado en su casa rompiendo una ventana y lo habían sorprendido de pie en el dormitorio de los niños.

Un árabe. Cojo. Alterado.

Y la caballería había cargado. Lógico.

Dos sombras salieron del furgón; reconocí la pesada silueta de Piroz y la larga y encorvada de su segundo.

La voz del inspector atravesó la oscuridad:

—¡Salaoui, se acabó el juego! ¡Salga del coche con las manos en alto!

Piroz y su segundo empuñaban una pistola cada uno. Avanzaron un metro. Los faros, a su espalda, agrandaban sus sombras hasta el infinito. Mona retrocedió hasta pegarse al capó del Fiat, como asustada por sus desproporcionados brazos armados.

—¡No se mueva, señorita Salinas! —gritó Piroz.

Me quedé petrificado en el coche, incapaz de tomar ninguna decisión. Notaba el peso del King Cobra en el bolsillo. Un arma ridícula que disparaba balas de goma.

—¡Salga ya, Salaoui!

Abrí la puerta. Con calma.

Sentía lo que uno debe de experimentar antes de morir: una inmensa resignación, pero también, insidiosa, la última excitación... Saber por fin lo que se esconde detrás. La explicación del gran misterio.

¿Quién era yo?

¿Un perverso amnésico o un chivo expiatorio caído en una trampa?

—¡Avance, Salaoui!

Mi mirada abarcó todo el aparcamiento del almacén Bénédictine. La oscuridad devoraba el asfalto a menos de diez metros de mí.

—¡Nada de tonterías! —siguió gritando Piroz—. ¡No tengo ningunas ganas de dispararle!

Solo tenía que echar a correr para perderme en la oscuridad, así de sencillo. ¿Se atreverían los policías a hacer fuego?

—Haz lo que te dicen —imploró Mona.

Al tiempo que me levantaba, pegué el brazo izquierdo al coche para que quedase oculto por la carrocería. Sentía el calor de Mona a menos de un metro, su respiración acelerada. Tomé una decisión en un segundo.

La peor posible.

Probar fortuna. Hasta el final.

Una reacción de gorrión, como un chiquillo de los suburbios cualquiera frente al uniforme. ¡Echar a volar!

Con una lentitud infinita, levanté la mano derecha mientras la izquierda, escondida tras la puerta, buscaba en el bolsillo del WindWall.

Todo ocurrió entonces muy deprisa.

Levanté de golpe el brazo izquierdo con la mano alrededor del King Cobra apuntando hacia las estrellas, para que Piroz se quedara sorprendido por dos informaciones contradictorias.

Simultáneas.

Iba armado. Me rendía.

Contaba con aprovechar ese ínfimo titubeo para sumergirme de un salto en la oscuridad, huir hacia el este, recorrer los treinta metros de aparcamiento primero y luego los kilómetros de campos llanos. Mis cientos de horas de entrenamiento iban a servir para salvarme el pellejo.

La detonación restalló sin previo aviso.

Piroz me había disparado. A quemarropa.

Ningún dolor.

El inspector y su segundo bajaron simultáneamente las armas, mudos de terror.

Con un movimiento lento, casi al ralentí, Mona cayó sobre mí.

El King Cobra danzaba en mi mano, frenético, mientras el cuerpo de Mona se agitaba espasmódicamente contra mi hombro. De su pecho manaba sangre, que le empapaba el jersey verde pantano. Un segundo reguero escarlata brotaba de sus labios.

El corazón se me salía por la boca.

Cólera. Miedo. Odio.

Mona se ahogaba. Palabras invisibles escapaban de su garganta, misterios mudos susurrados a los oídos de los ángeles. Sus ojos se empañaron tenuemente, como si descubrieran un paisaje que nadie había contemplado jamás, y de pronto se quedaron

inmóviles.

Por la eternidad.

El cuerpo de Mona resbaló pegado al mío hasta caer, la cara contra el asfalto, casi sin ruido, con la elegancia de una ratita de la Ópera que muere en el escenario.

Mis manos trémulas intentaron detener la carrera del King Cobra. En la penumbra, era imposible que los policías distinguieran la marca del revólver con el que los encañonaba. Probé fortuna.

¡Cañón de la pistola apuntando en plena cara a Piroz!

Lentamente, rodeé el Fiat para sentarme al volante. Los dos policías, con los brazos caídos, no intentaron hacer nada, como aplastados por el peso de su acción abusiva.

Una certeza me taladraba el corazón.

La policía no me había dado ninguna oportunidad. Había disparado a matar. Mona se había encontrado en la trayectoria de la bala, había muerto por no haberme creído.

Yo tenía razón desde el principio.

La policía quería tenderme una trampa. A cualquier precio.

Dirigí una última mirada a la bonita musaraña desplomada sobre el asfalto y pisé el pedal del acelerador dejando caer sobre él todo el peso de mi dolor.

Un ruido metálico tintineó en el silencio. Un polvillo dorado brilló sobre el capó del Fiat.

Se me revolvieron las tripas. El pie tocó el suelo.

La estrella de sheriff mantuvo el equilibrio un breve instante antes de caer en el aparcamiento. En las películas, la protagonista la lleva sobre el corazón, la bala rebota sobre ella. No muere...

En las películas.

El Fiat dio un bote. Oí el neumático delantero derecho rodar sobre la insignia de hierro dorada por la que mi madre había pagado cinco francos. Eso fue en otra vida. La que mamá había soñado para mí, esa en la que yo detenía a los malos.

Los almacenes Bénédicte desfilaron, interminables. De repente, giré entre dos setos para incorporarme a la carretera departamental. Oscura y desierta.

Camino del infierno. No volvería a ver a Mona.

Al fantasma de Morgane Avril, tal vez...

¿EN OTRA VIDA?

Seguí unos instantes más por el camino forestal y detuve el Fiat 500. Al quitar el contacto, tuve la impresión de que desconectaba el universo a mi alrededor, de que interrumpía con un solo gesto toda forma de vida civilizada. No solo los faros y las señales luminosas del salpicadero, sino también las estrellas y la luna, invisibles detrás de la bóveda de árboles. Noche cerrada.

Permanecí un buen rato así, en medio de la oscuridad total.

Después abrí la puerta, me incliné y vomité sobre el lecho de hierbas y sobre uno de los neumáticos del coche de Mona. Después apoyé de nuevo la nuca y la espalda en el asiento. Durante largos minutos permanecí inmóvil. Por mis mejillas corrían abundantes lágrimas sin que yo hiciera el menor gesto para secármelas. Bajaban hasta mis labios para luego mezclarse con el regusto agrio que me había quedado en la garganta. Por un momento imaginé que las visiones producidas por mi mente delirante podrían encontrar salida así, expulsadas por la bilis, segregadas por las glándulas lacrimales. También por la sangre, solo con que me cortara una vena.

El olor y el sabor se volvían insoportables. Alargué la mano para encender la luz del techo.

Doce letras aparecieron, como grabadas en el parabrisas sucio.

M.O.R.G.A.N.E A.V.R.I.L

Recordaba la silueta de Mona trazándolas con un dedo, su sonrisa cansada, sus últimas palabras al dejar la estrella sobre el capó.

«Buena suerte».

¿Qué carajo le importamos nosotros a la suerte, Mona?

Una tenue bruma se elevaba en el sotobosque, como si saliera humo del suelo. El termómetro del Fiat indicaba dos grados bajo cero.

Las doce letras no tardaron en desaparecer en una nube acolchada.

Una ilusión.

Debía rendirme a la evidencia: Magali Verron no había existido nunca; ni ella ni nada que tuviera alguna relación con su muerte.

Ni testigos, ni bufanda, ni violación, ni asesinato por estrangulamiento.

Un anagrama. Un fantasma. Una fantasía.

Saltaba de un pensamiento a otro como sobre piedras encima de una cascada.

Si nada era verdad, ¿por qué Piroz llevaba tres días persiguiéndome? Hasta el extremo de no dudar en liquidarme...

Otra piedra. Esta se movía. Un equilibrio inestable.

Si nada del suicidio de Magali Verron era verdad, ¿cuándo había visto a Piroz por primera vez? No en la playa de Yport, por la mañana, con su segundo. ¿Nos habíamos encontrado por primera vez en la gendarmería de Fécamp, el día que había conocido a Mona? Por tanto, la policía me había convocado por otra razón. Por otro asunto. Fue entonces cuando me inventé esa historia.

Otro salto de agua. Otra piedra. La otra orilla no estaba a la vista.

¡Algo no encajaba! ¡La policía no dispara contra un sospechoso! No sin avisar primero. No a quemarropa. No a matar. Yo había levantado el King Cobra hacia el cielo. En ningún momento había amenazado a Piroz. Y, sin embargo, él había hecho fuego para impedir que huyese. Había preferido abatirme antes de que desapareciera corriendo. ¿Por qué?

¿Porque estaba convencido de que era el violador de Morgane Avril y Myrtille Camus, un doble asesino, el que la policía buscaba desde hacía diez años? ¿Porque, si bien yo lo había olvidado todo, ellos habían acumulado pruebas suficientes para no albergar ninguna duda?

Mis dedos tocaron el parabrisas helado. Las doce letras invisibles, imposibles de borrar, se burlaban de mí.

En el Instituto Saint-Antoine había oído hablar de este tipo de patología a los psicólogos decenas de veces. De los niños que negaban las atrocidades de las que habían sido víctimas. No, sus padres no eran unos violadores. No, ellos no habían sufrido tocamientos. Sí, querían volver a vivir en su casa. Esos niños se construían otra vida, más soportable. Al menos en su mente.

La niebla envolvía ahora el Fiat dando la impresión de que volaba en silencio entre las nubes.

¿Me había hecho mayor así? ¿Tejiendo poco a poco un velo alrededor? Con la diferencia de que yo no era un niño violado. No era una víctima traumatizada.

Era un monstruo.

Había matado a esas chicas hacía diez años.

Yo, y solo yo, era el responsable de la muerte de Mona.

Salí del coche. El frío me oprimió como una tenaza que se cerrara alrededor de mi pecho. Me tenía sin cuidado. Charcos de agua helada crujían bajo mis pies. Avancé unos metros tambaleándome. La primera placa de hielo más gruesa me hizo perder el equilibrio. Me agarré con las manos al tronco más cercano, un olmo cuya corteza me desolló las palmas hasta hacerlas sangrar.

Entonces, sin que mi razón lo decidiera, grité en medio del silencio.

«¡¡¡No!!!».

Unas hojas vibraron diez metros delante de mí. Un conejo, un pájaro, un animal cualquiera sacado del sueño con un sobresalto. ¿Tienen pesadillas los animales del bosque? ¿Tienen al menos miedo de la noche?

De pronto me entraron ganas de ahuyentar al bosque entero. Exploté otra vez: «¡¡¡No!!!».

Prolongué el grito una eternidad, sin respirar, hasta conseguir que los tímpanos me estallaran. Una última barrera de mi mente se negaba a ceder.

—No —repetí finalmente.

Casi un murmullo esta vez.

No.

No me acordaba del asesinato de Morgane Avril ni del de Myrtille Camus. No me acordaba por una sencilla razón.

¡Era inocente!

Magali Verron se había arrojado al vacío delante de mí tres días antes. Yo había vigilado su cadáver en la playa en compañía de Christian Le Medef y Denise Joubain. Había una clave que lo explicaba todo, muy cerca, al alcance de la mano. Un detalle que debía descodificar: ese dilema del prisionero, por ejemplo, o ese último poema de Myrtille Camus enviado a su prometido, esa firma, M2O.

Me limpié en los vaqueros las gotas de sangre que me salpicaban la palma de las manos. La mezcla de bilis y lágrimas en la boca me asqueaba. No debía hundirme, venirme abajo allí, muerto de frío, esperar a que la policía viniera a recoger a un tipo reconcomido por el remordimiento. Un animal en las últimas al que rematarían sin preguntarse nada más. Me acordé del último detalle de Mona, en casa de Martin Denain, en Vaucottes. Café y galletas.

Fui hasta el maletero del Fiat reconstruyendo de nuevo mentalmente el hilo de los tres últimos días.

Todos esos acontecimientos no podían sucederse por azar, forzosamente tenían una coherencia, seguían una lógica...

La humedad que se depositaba en el coche se transformaba ya en una fina capa de hielo.

... pero una lógica imposible de determinar en el calor de la acción, encadenando las etapas como un lector encadena los capítulos de un libro policíaco. Debía tomar distancia, analizar la situación yo solo. Detenerme, dormir.

O beber un litro de café.

Abrí el maletero.

El frío me invadía, me paralizaba delante del Fiat, dejaba que la escarcha me entumeciera. Una estatua de cristal.

Junto al termo y el paquete de galletas, había un sobre marrón.

A mi nombre.

¿Quién, si no era un fantasma, habría podido dejarlo ahí?

¿Quién, aparte de mí?

Me tomé el tiempo necesario para devorar las galletas —caramelizadas de las reservas de Martin Denain— y beber dos vasos de café caliente, fuerte, sin azúcar. Después abrí el sobre.

¿ALGO NO ENCAJABA?

Caso Avril / Camus - Primavera de 2007

Apartaron oficialmente al SRPJ de Caen de la investigación sobre el caso Avril-Camus el 9 de junio de 2007. El comandante Léo Bastinet no había descubierto ningún hecho nuevo desde hacía casi un año y nadie había vuelto a mirar una sola de las tres mil páginas que constituían el expediente. El juez de instrucción Paul-Hugo Lagarde propuso, con el acuerdo de Léo Bastinet, dejar la gestión del caso Avril-Camus en manos de la comisaría de Fécamp hasta que prescribiera.

Los gendarmes de Fécamp habían sido los primeros en investigar el asesinato, seguían asociados a todas las indagaciones, y el inspector Grima, relegado desde que se produjera el segundo asesinato, sin duda consideraba como un desquite que la investigación volviera a él después de que el SRPJ, con todos los medios a su alcance, no hubiera obtenido ningún resultado.

El inspector Grima aceptó y el viernes 15 de junio de 2007 transfirieron de Caen a Fécamp los expedientes de la doble investigación. Al día siguiente recibió una primera visita de Carmen Avril. Volvió unos días más tarde; luego, casi todas las semanas a lo largo del verano. Grima comprendió entonces que el juez Lagarde no se había limitado a endosarle un expediente en punto muerto; se había desembarazado también de una pelmaza que llevaba años hostigando a la justicia y a la policía.

No lo olvides jamás.

El tiempo no mermaba un ápice la determinación de la presidente de la asociación Hilo Rojo, ahora sola al mando desde el suicidio de Charles y de Louise Camus.

Tres años más tarde le concedieron al inspector Grima —seguramente harto de los embates de las olas contra el malecón de hormigón de Fécamp, y seguramente también de los de Carmen Avril— el traslado a la comisaría de Saint-Florent, un pequeño puerto de Córcega situado entre el cabo Corso y el desierto de Agriate. El inspector de la policía y la propietaria de Le Dos-d'Âne nunca se habían entendido ni reconciliado después de aquella pista nunca cerrada del chico de la bufanda Burberry. Antes de marcharse definitivamente de los acantilados flanqueados de búnkeres para irse a esos otros erizados de torres genovesas, Grima puso al corriente de las claves del caso al policía con más antigüedad de la casa, un fiel entre los fieles, encargado

además, al día siguiente del asesinato, de coordinar los interrogatorios de los testigos que se habían cruzado con el desconocido de la bufanda roja: Sonia Thurau, la chica del guardarropa; Mickey, el gorila, y Vincent Carré, el estudiante de química.

El inspector Piroz.

Un hombre metódico. A Carmen Avril, ese policía le gustaba. Piroz se había mostrado inmediatamente de acuerdo con su hipótesis del doble desconocido. No le asustaba la perspectiva de tener que elaborar dos listas de varios miles de individuos, una de habitantes de Yport y otra de habitantes de Isigny, con la única finalidad de encontrar el único nombre en común de las dos listas. Al contrario... Piroz tenía una tenacidad que rayaba con la obsesión. Solterón. Sin hijos ni sobrinos. Ni se le daba bien ni era aficionado al fútbol, a las novelas policíacas o al dominó, así que por la noche se dedicaba a seguir dándole vueltas al caso, igual que otros construyen con cerillas maquetas del palacio Bénédicte.

Para nada...

Piroz no se acercó más a la identidad del asesino que el inspector Grima, el comandante Bastinet o la psicocriminóloga Ellen Nilsson.

Desde la muerte de Louise y Charles Camus, Carmen Avril era el sostén de la asociación Hilo Rojo, aunque esta ya no tenía otra razón de existir que mantener vivo el recuerdo en el transcurso de una lúgubre asamblea general anual. La ocasión de renovar por la eternidad una junta ya fantasma.

Carmen Avril, madre de Morgane Avril, presidente
Frédéric Saint-Michel, prometido de Myrtille Camus, vicepresidente
Océane Avril, hermana de Morgane Avril, secretaria
Jeanine Dubois, abuela de Myrtille Camus, secretaria adjunta
Alina Masson, mejor amiga de Myrtille Camus, tesorera

Las pocas reuniones de la asociación brindaron a Alina la oportunidad de acercarse a Océane. Las dos habían perdido a su hermana gemela, de sangre o de corazón. Les habían amputado una mitad de sí mismas. Se comprendían, aunque Océane había heredado de su madre, y sin duda de la violación de su hermana, un odio obstinado a los hombres que le costaba contener durante sus largas conversaciones nocturnas. Por primera vez, Alina se abrió, se atrevió a exponer las dudas que la corroían desde hacía años. Océane la escuchó, no se lo contó a nadie, ni siquiera a su madre, y le aconsejó a Alina que se pusiera de nuevo en contacto con los policías que habían investigado el asesinato de Myrtille. Mejor con Ellen Nilsson que con Bastinet. La psicocriminóloga no solo conocía el expediente tan bien como el comandante, sino que estaría más capacitada para comprender. Tal vez.

Ellen Nilsson se negó a hablar con Alina Masson. El caso Avril-Camus estaba cerrado desde hacía cuatro años y ella aseguraba que tenía otros asuntos más urgentes de los que ocuparse.

Diez llamadas telefónicas no le hicieron cambiar de opinión.

Hubo que pasar por Piroz, el cual presionó al juez Lagarde, para que la psicocriminóloga aceptara por fin recibir al inspector de la policía y a la mejor amiga de Myrtille Camus en su consulta parisina de la calle de Aubigné, en el distrito cuatro. Piroz refunfuñó en el metro sucio y apestoso, estuvo a punto de ser atropellado en la plaza de la Concorde y volvió a echar pestes al comprimir su barriga en el pequeño ascensor de hierro forjado que subía a la consulta de Nilsson, en el cuarto piso, orientado al sur, con vistas al Sena.

En cuanto a Alina, permanecía callada.

Cuando Ellen en persona abrió la pesada puerta de roble, con un vestido de Ralph Lauren cuyo escote mostraba unos pechos recién remodelados, la joven estuvo a punto de dar media vuelta.

¿Más capacitada para comprender?

El voluminoso cuerpo de Piroz, visiblemente impresionado por las curvas customizadas de la extabla sueca, se quedó, por el contrario, clavado en el parqué del descansillo, cerrándole la retirada.

Se sentaron. Sillones de piel. Mesa baja de cristal. Vistas a la isla de Saint-Louis y al ballet incesante de los *bateaux-mouches*. Alina sintió vértigo. ¿Cómo avanzar hacia la verdad sin manchar la memoria de Myrtille?

Ellen estiró sus piernas perfectas y frunció su rostro demasiado liso.

—¿Deseaba verme, señorita Masson?

Alina ya no tenía otra opción que lanzarse al vacío.

—¿Se acuerda —logró por fin articular— de la primera vez que nos vimos, en el SRPJ de Caen, justo después del asesinato de Myrtille? Usted hizo una pregunta. Una pregunta sorprendente.

—¿Cuál? —dijo Ellen dejando patente que no había revisado el expediente—. De eso hace más de seis años.

—Se... se preguntó por qué iba vestida Myrtille de una forma tan sexy el día que la violaron... Un vestido corto, azul celeste estampado con hibiscos. Ropa interior conjuntada, de color malva. No era la vestimenta habitual de una monitora de campamento de adolescentes.

—Es posible. Contemplamos tantas hipótesis...

—¿En qué pensaba usted en aquel momento? —insistió Alina.

La psicocriminóloga accedió a hacer el esfuerzo de sumergirse en su memoria y respondió con lasitud.

—En nada concreto. Si no recuerdo mal, Bastinet pensaba que había que estudiar a los culpables potenciales, no a las víctimas. Tenía razón; en el fondo, tanto Myrtille Camus como Morgane Avril fueron presas elegidas al azar.

Piroz bostezó.

—Verá —continuó Alina—, es que yo he pensado mucho en su observación durante todos estos años. A decir verdad, no he dejado en ningún momento de pensar en ella. Usted tenía razón, normalmente Myrtille no vestía así.

—¡Pero Myrtille murió en su día libre! Por lo que recuerdo, usted dirigía el campamento de la Sábana de Oro en Isigny, y eso es justo lo que me respondió en la época.

—Ni siquiera en sus días libres se habría vestido Myrtille así.

El rostro de Ellen se frunció todavía más.

—¿Qué quiere decir exactamente, señorita Masson? ¿Que Myrtille no fue asesinada por un merodeador? ¿Que conocía a su violador? ¿Que... que había quedado con él? ¿Es eso?

Alina titubeó. En la pared, en un marco de cristal, estaba colgada una inmensa foto de una mujer desnuda, de rodillas, con la cara tapada por una cascada de cabellos rubios.

¿Ellen?

Al menos estaba pensado para que uno se lo creyera.

—Sí —respondió por fin Alina—. Myrtille había quedado con un hombre. Sin duda con su asesino.

—¿No estaba prometida con aquel tipo de la guitarra?

El semblante de Alina subió de color. Había callado durante todos esos años solo por esa razón. Proteger a Myrtille. No empañar la imagen que sus allegados conservaban de ella. Perfecta. Fiel. Enamorada.

—Sí...

—Chichin o algo así, ¿verdad?

—Chichin era su apodo. Se llama Frédéric Saint-Michel.

Por primera vez, la psicocriminóloga se inclinó hacia el expediente que descansaba sobre la mesa baja, delante de ella. Pasó algunas páginas y levantó la mirada.

—Entonces, ¿Myrtille habría sido víctima de un ligón o algo parecido, de un tipo que le había hecho perder la cabeza? ¿Sabe, señorita Masson, que eso corresponde exactamente a la hipótesis original del inspector Grima? La de que Morgane Avril no había sido víctima de un merodeador que la agredió por sorpresa, sino de un seductor que le tendió una trampa.

Alina asintió con la cabeza sin añadir nada. Por supuesto que lo sabía...

—Pero eso, en el fondo, no cambia nada —prosiguió la psicocriminóloga—. Ligón o predador, ¿qué nos aporta eso para identificar al asesino? A menos, claro, que descubramos con quién había quedado Myrtille. ¿Tiene usted una idea más precisa, señorita Masson?

—No...

—¿Por qué no con ese tal Olivier Roy, el tipo de la gorra Adidas que rondaba alrededor de ella en el campamento de Isigny? El que desapareció unos meses después del asesinato.

Piroz tomó por primera vez la palabra. Ellen, sorprendida, se volvió hacia el inspector.

—¡Imposible! Olivier Roy tenía una coartada de hormigón la noche del asesinato de Morgane Avril. Y su ADN no coincide con el del violador...

—Exacto —admitió la psicocriminóloga—. Eso fue precisamente lo que dejó empantanada la investigación del pobre Bastinet. ¿Con quién había quedado entonces?

—No lo sé —dijo Alina.

Unas lágrimas le asomaban por el rabillo de los ojos; sacó un pañuelo de papel del bolsillo. Ellen permaneció un largo momento inclinada sobre el expediente. Piroz aprovechó para doblar el cuello y comparar los pechos de la chica rubia expuesta en la pared con los que adivinaba bajo el vestido azul de la psicocriminóloga. Cuando esta se incorporó, Piroz desvió bruscamente la mirada hacia los *bateaux-mouches*. Un chiquillo pillado en falta. La de Ellen, por el contrario, se elevó hasta la foto y se detuvo en ella como ante un espejo; luego apartó una invisible mota de polvo caída entre sus senos.

—Hay que reconocer —continuó— que, incluso después de tantos años, algunos detalles siguen resultando desconcertantes. Ese vestido *sexy* que Myrtille no acostumbraba a llevar, por ejemplo. Esas libretas Moleskine azul celeste que no se encontraron, cuando todo el mundo afirmaba que Myrtille anotaba ahí sus pensamientos más secretos, tal vez incluso la identidad del hombre con el que había quedado. Ese Olivier Roy, que se esconde pese a los avisos de busca en toda la región y desaparece para siempre cuando la policía se centra demasiado en su persecución. Y esas braguitas...

Alina dio un respingo.

—¿Esas braguitas?

La psicocriminóloga se volvió sucesivamente hacia Piroz y Alina.

—Un detalle. Ya están al corriente de eso, claro. No se encontró esperma en la vagina de Myrtille Camus, sino en sus bragas, que aparecieron a unos cien metros de ella, en el canal de la bahía de Veys.

No, Alina no estaba al corriente. Piroz desde luego que sí; pero en ese momento estaba de nuevo absorto en la plegaria impúdica de la chica bajo el cristal.

—¿Qué explicación dieron los expertos? —insistió Alina.

—Una bastante sencilla. Seguramente el violador quiso retirarse antes de eyacular, pero solo lo consiguió a medias y lo hizo sobre Myrtille, o por lo menos en sus bragas. La pregunta que nos hicimos fue igual de simple: ¿por qué habría querido retirarse, si no era porque su esperma podía delatarlo?

—¿Porque su ADN, como el de todos los criminales, estaba registrado en el Registro Nacional de Huellas Genéticas? —sugirió Alina.

—Pero resulta que no lo estaba...

Piroz bajó la mirada e intervino:

—Quizá el violador esperaba que el asesinato de Myrtille Camus no se asociara al de Morgane Avril.

—Es poco creíble —replicó Ellen—. Habría sido difícil no relacionar los dos crímenes, aunque la huella genética del violador no hubiera sido idéntica. Dos chicas violadas y estranguladas en la misma región, con la misma bufanda...

—Nos enfrentamos a un desequilibrado... —masculló Piroz.

—Hay una tercera posibilidad... —intervino Alina con la voz sobrecogida—. Si el ADN podía delatarlo, es porque conocía a Myrtille, ¿no cree?

Ellen Nilsson dejó pasar un segundo antes de responder.

—Eso es lo que pensamos al principio. Pero tomamos muestras a más de mil quinientos individuos: la familia de Myrtille Camus, sus amigos, los habitantes de Isigny, de Elbeuf, de los alrededores, sin ninguna excepción. Todos los que habrían podido tener relación con ella. Y fue en vano.

Alina calló.

¿Por qué el violador iba a querer ocultar su ADN, repetía una voz en su cabeza, si no conocía a Myrtille? ¿Conocía también a Morgane? Todo se enmarañaba. El vestido con hibiscos desgarrado, Olivier Roy rondando en torno a su mejor amiga en la playa de Grandcamp-Maisy y alrededor de las islas Saint-Marcouf, la libreta Moleskine azul celeste, aquel poema enviado a Frédéric durante el campamento, muletas, junquillos, harapos y castillo, firmado M2O. Matrimonio 2 de octubre...

—¿Y su hipótesis del doble desconocido? —preguntó Ellen—. ¿Avanza?

Alina, perdida en sus pensamientos, no contestó.

—Despacio —reconoció Piroz—. No nos precipitamos. Tenemos toda la vida por delante...

—No exactamente —lo corrigió Ellen—. Sabe tan bien como yo que, al cabo de diez años sin acto judicial, es decir, sin un elemento nuevo en la investigación, el caso prescribirá. El violador se habrá salido con la suya...

—Bueno, ¿qué? —preguntó Alina en el ascensor.

Se pegaba al hierro forjado para evitar el contacto con el cuerpo gordo de Piroz.

—¿Cómo lo ve? —insistió.

—No es ella —dijo Piroz.

—¿Qué quiere decir?

—¡La de la foto no es ella! La rubia guapa en bolas no es la psicóloga. Se ríe en nuestras narices.

Un poco más tarde, en el metro, entre Bastille y Saint-Paul, Piroz, empujado por un grupo de niños de siete años, todos con la misma gorra, que había invadido el vagón, se pegó a Alina. Esta vez, ella no pudo evitarlo.

—He visto antes su sonrisita —le susurró él al oído—. No creer en la tesis del doble desconocido está muy bien, pero solo hay un hecho indiscutible: el asesino estaba en Yport el 5 de junio de 2004 y en Isigny tres meses más tarde...

Los críos gritaban. Alina tuvo que levantar la voz.

—Como miles de personas más. El asesino pudo llegar hasta allí de muchas formas, en coche o incluso a pie, sin que nadie lo viera ni llegar ni marcharse. Sin que su nombre apareciera en ninguna parte.

Piroz se encogió de hombros.

Louvre.

El inspector dejó deslizar la mirada sobre un cartel publicitario de Dior. La silueta desnuda de Charlize Theron recordaba la que estaba colgada en casa de la psicóloga.

—Lo sé —admitió Piroz—. Pero buscar ese lazo les impide a Carmen y a su hija Océane volverse locas. Esperar y confiar, eso es todo lo que les queda.

Concorde.

Escoltados por dos maestras, los niños con gorra desaparecieron más deprisa que una bandada de palomas. Alina retrocedió y puso un metro de distancia entre ella y el inspector.

—¿Esperar qué? —preguntó—. ¿Que el violador actúe de nuevo?

Habían pasado seis años desde el asesinato de Myrtille.

—Demasiado tarde —contestó Piroz—. No volverá a actuar de nuevo...

Champs-Elysées-Clemenceau.

Desfilaban otras Charlize Theron desnudas. Cuatro metros por tres. Dior machacaba las mentes y a Piroz le gustaba. Alina se pellizcaba los labios. ¿Es así como nacen las pulsiones?

—No volverá a actuar —repitió Piroz, absorto en la contemplación de un grano de piel blanco aumentado mil veces.

Instintivamente, Alina pensaba lo contrario.

¿ES ASÍ COMO NACEN LAS PULSIONES?

Crucé el Sena por el puente de Brotonne hacia la una de la madrugada. Después alterné entre carreteras nacionales y departamentales. Los nombres de los pueblecitos normandos que rodeaba sistemáticamente se sucedían en los carteles indicadores iluminados por los faros del Fiat. Pont-Audemer, Beuzeville, Pont-l'Évêque.

En mi mente desfilaban sin fin las páginas que acababa de leer. Rumiaba sobre el hecho, indudable para mí, de que la identidad del asesino de la bufanda roja se encontraba en la suma de esos detalles relacionados con el asesinato de Myrtille Camus. De que no los ponían en mi conocimiento porque sí. De que las pruebas de mi inocencia estaban ahí, al alcance de la mano.

¿Una ilusión? ¿Otra más?

Mi última huida, hasta Isigny-sur-Mer, ¿tenía algún sentido?

Mi teléfono sonó al fondo del bolsillo un poco antes de la entrada en Troarn. Eran casi las dos de la madrugada.

Piroz, por supuesto...

No descolgué. Piroz había heredado el caso Avril-Camus, se habían molestado en informarme de ello dejando a mi alcance el último sobre. Después de todos estos años, ese policía monomaniaco había acabado por encontrar a su culpable.

¡Yo!

Unos segundos después, una melodía me indicó que me habían dejado un mensaje. Sin dejar de conducir, cogí el teléfono.

La sorpresa casi me hizo soltar el volante.

¡Me había equivocado de medio a medio!

Quien me había llamado no era un poli cabrón que me perseguía, sino Ophélie. Una suave vaharada de calor me invadió. La adolescente del Instituto Saint-Antoine me había enviado una foto de un tipo que parecía haber sido recortada de una revista de moda: ojos azul acero, cabeza rapada, camisa blanca abierta y sonrisa de carnívoro.

En directo desde el César's, precisaba un breve comentario bajo la foto.

¿10 sobre 10?

Aquello me arrancó una sonrisa. Tecleé mi respuesta a ciegas, sin siquiera reducir la velocidad.

Demasiado guapo. No te fíes de las apariencias.

Menos de un minuto después, Ophélie replicaba:

¡Capullo!

¿Y tú? ¿Cómo te va con tu guapa pelirroja?

El corazón me dio un vuelco.

Mi guapa pelirroja.

Mona.

La imagen de su cuerpo caliente contra el mío se impuso sin avisar.

Su cuerpo, seguramente ya embalado en una lona plastificada, en la parte trasera de un coche de policía, camino del depósito de cadáveres. Me resistí a las ganas de tirar el teléfono por la ventanilla, de gritar en medio del silencio de la noche, de pisar más fuerte el acelerador y estrellarme contra el primer árbol. Me conformé con meter el móvil bajo los muslos y concentrarme en la carretera: estaba llegando a Caen y debía evitar tomar la carretera de circunvalación.

El Fiat 500 entró en la localidad de Grandcamp-Maisy un poco antes de las tres de la madrugada.

OMAHA BEACH - CARRETERA DE LA LIBERTAD, indicaban desde hacía varios kilómetros unos carteles que invitaban a peregrinar entre búnkeres, boquetes abiertos por obuses, cementerios y museos del Desembarco.

«Carretera de la libertad», releía yo para mí mismo. Curioso nombre para una huida sin esperanza.

Estacioné en el aparcamiento de la iglesia y desplegué un mapa de carreteras de Normandía. Isigny-sur-Mer se encontraba a tres kilómetros de la playa de Grandcamp-Maisy, pero yo buscaba un sitio más concreto: Les Grandes Carrières, el caserío donde, según los informes policiales, se había encontrado el cuerpo de Myrtille Camus el 26 de agosto de 2004.

Mi dedo identificó el lugar. Me tomé otra taza de café, templado ya, y levanté la mirada hacia la iglesia, el único edificio iluminado en el pueblo.

Extraño. Moderno. Arrasado en junio de 1944, por supuesto, y reconstruido después deprisa y corriendo: un cubo de hormigón flanqueado, a modo de campanario, por una chimenea gris acribillada de troneras. ¡Hasta en La Courneuve, las iglesias tenían mejor aspecto!

Hasta en La Courneuve...

Una certeza me atravesó de pronto la mente. Como si alguien hubiera proyectado un holograma en el interior de mi cerebro.

¡Ya había visto esa iglesia!

A lo largo de la carretera, briznas de recuerdos habían surgido de vez en cuando: el nombre de ese pueblo, Grandcamp-Maisy, ese paisaje de setos y casas de piedra de

Caen, esos tejados de pizarra, esa celebración del desembarco de junio de 1944 en todos los cruces, pero mi memoria había conseguido mantenerlos dentro de una burbuja de cristal opaca.

Una burbuja que ese campanario había hecho estallar bruscamente.

¡Ya había visto esa iglesia! Una vez. Hacía tiempo.

Entonces recordé cada detalle.

Era verano. Como todos los años, dirigía un campamento en Clécy, en la Suiza normanda, cerca de Falaise, a más de cien kilómetros de Grandcamp-Maisy. Escalada, piragüismo, senderismo... Los niños que venían al centro de ocio de la Conurbación Plaine Commune eran siempre los mismos: chavales de La Courneuve, de Aubervilliers o de Villetaneuse, en total, más de quinientos críos, repartidos entre una decena de campamentos en Francia, dos de ellos en Normandía, el de Clécy, el mío, y otro a orillas del mar, aquí, en Grandcamp-Maisy. El mar no era precisamente lo mío, pero en aquella ocasión un monitor del campamento de vela había necesitado tomarse el día libre. Para ir al entierro de su abuela o algo así. Solo recuerdo que no conseguían encontrar un sustituto para un día. Como yo tenía un poco de experiencia, me pidieron que aceptara. Fui y volví el mismo día. En Grandcamp-Maisy no había pasado nada especial: baño en esta endemoniada agua gélida, ligoteo entre adolescentes en la playa, reorientación de algunos jefecillos de bandas. Esa sustitución exprés se me había borrado de la mente hacía años. De no ser por esta iglesia de hormigón, no me habría acordado en la vida.

Cerré los ojos. Recordar la fecha exacta de mi paso por aquí era del todo imposible. Hacía buen tiempo, puesto que nos habíamos bañado. Era más bien a finales de verano. Aquello se remontaba por lo menos a diez años atrás.

Mis dedos se crisparon sobre el mapa de carreteras.

¿Finales de agosto de 2004?

¿El jueves 26 de agosto, para ser más precisos?

¿El día del asesinato de Myrtille Camus?

¡Imposible!

La policía había rodeado la zona nada más descubrir el cadáver y los periodistas habían acudido de inmediato. Si, a finales de agosto de 2004, hubiera estado en Grandcamp, a unos kilómetros del lugar donde habían encontrado a una chica violada y asesinada, los chavales no habrían hablado de otra cosa y forzosamente me habría acordado.

Abrí los ojos y observé en el mapa los edificios del caserío de Les Grandes Carrières. Cuatro minúsculos rectángulos negros.

Pero resultaba que el caso Camus no se había hecho público hasta el día siguiente al asesinato. La policía no había informado a los medios de comunicación hasta pasadas veinticuatro horas. Yo no había dormido aquí, había vuelto a la Suiza normanda a última hora de la tarde. Esta historia de violación habría podido estallar unas horas después de mi paso por Grandcamp, habría pasado de ella, ni siquiera

habría oído hablar de lo ocurrido; estaba en Clécy y vivíamos prácticamente aislados del mundo, sin periódicos ni tele...

La iglesia de hormigón iluminada en medio de la noche, con su presencia obsesiva, tan aterradora como la torre de vigilancia de un campo de concentración, me provocaba.

¿Sería posible?

Mis manos trémulas intentaban, sin conseguirlo, doblar el mapa de carreteras.

¿Sería posible que me hubiera cruzado con Myrtille Camus aquel día? ¿En la carretera de Isigny, junto a Les Grandes Carrières? Seguramente yo iba en la furgoneta del campamento de la Conurbación Plaine Commune, una Renault Trafic vieja.

Arrugué el mapa con un gesto nervioso y lo dejé en el asiento de al lado.

¿Sería posible que hubiera parado, que la hubiese violado y estrangulado, y que después mi memoria hubiera borrado todo rastro de aquello?

Bebí más café, esta vez directamente del termo, y puse el coche en marcha.

Después de Osmanville, me adentré en el camino de la granja de Les Carrières. Dejé a mi derecha una gran construcción normanda, vigas y adobe, contraventanas azules cerradas, para continuar hasta el final del camino de tierra.

Otra certeza.

Nunca había ido allí.

Los faros del Fiat 500 iluminaron los alrededores, me entretuve en escrutar todos los detalles de los que podría acordarme. Un indicio cualquiera que confirmara aquella locura.

Había venido aquí diez años antes y luego había abandonado el cuerpo de una chica de veinte años después de haberla asesinado.

¿Dónde exactamente?

¿En el fondo de esa pequeña cantera blanca excavada en la piedra caliza? ¿En ese bosquecillo de avellanos? ¿Un poco hacia el oeste, al pie de esa minúscula capilla de esquisto rodeada por las raíces de un tejo centenario? ¿Unos metros más lejos aún, en uno de esos cercados de setos vivos? ¿O en el límite del paraje, en el canal del río Vire, que corría a lo largo de dos kilómetros, desde Isigny hasta el mar?

Bajo la débil luz de los faros, el campo dormido parecía un paisaje de Millet, pero sin el ángelus, sin las oraciones, sin los campesinos levantados al amanecer. Sin testigos, aparte de una decena de vacas blancas y negras, seguramente ya aquí, comiendo la misma hierba, diez años antes. Testigos mudos e indiferentes.

Aparqué bajo la única farola del caserío, unos cincuenta metros antes de la granja, y bajé del Fiat. Casi esperaba que una de aquellas vacas se volviera hacia mí, me reconociese y me lanzara una mirada acusadora.

Me estaba volviendo loco.

No me acordaba de nada.

Caminé en línea recta hacia delante. Hacía frío, no soplaba casi viento. Al

principio no comprendí por qué me dirigía a mi derecha, hacia el sotobosque. Por un momento pensé que una especie de memoria fantasma me guiaba, que mis manos y mis pies iban a reproducir los gestos que mi conciencia se negaba a admitir.

Luego percibí el resplandor. Los dos resplandores, para ser exacto.

Dos antorchas ardían al pie de un avellano.

Luego vi la alfombra de pétalos de flores al pie de las antorchas.

Luego vi la sombra de dos letreros clavados en el avellano.

Me resultaba imposible descifrar ni una palabra a aquella distancia; me acerqué.

Las dos antorchas ardían en dos copelas de porcelana, seguramente llenas de un líquido inflamable en el que había dos mechas sumergidas. Pétalos de flor de manzano de todos los matices del rosa dibujaban la forma de dos cuerpos tendidos.

Levanté la mirada hacia el tronco; ya sabía lo que iba a leer en las dos tablas de madera.

Morgane Avril 1983-2004
Myrtille Camus 1983-2004

Me quedé inmóvil, sin tratar de comprender siquiera quién había organizado esa puesta en escena fúnebre, ni desde cuándo ardían esas llamas, ni cómo era posible que hubiera flores de manzano en pleno invierno.

Y todavía menos qué sentido tenía.

Simplemente me quedé inmóvil.

Sentía una gran lasitud, como si mis brazos, mis muslos y mi pierna hubieran perdido toda su fuerza. Rechacé las ganas de tumbarme sobre aquellas flores, de dormirme y acabar así.

Todo estaba clarísimo.

Morgane Avril 1983-2004
Myrtille Camus 1983-2004

Yo había matado a esas dos chicas. Acorralado por la policía, había perdido la razón. Había delirado para protegerme. Había inventado un suicidio, unos testigos, una huida sin fin. En mi locura, había arrastrado a Mona y ella lo había pagado con su vida, unas horas antes. Otros inocentes morirían si continuaba negando la evidencia.

Los dos nombres danzaban a la luz de las llamas.

Morgane Avril 1983-2004
Myrtille Camus 1983-2004

Mis ojos febriles no podían apartarse de ellos. Me flaqueaban las piernas. Lo que me sostenía eran dos cerillas de cristal. Esperaría allí a que la policía fuera a buscarme. Se me embotaba la mente. No había dormido prácticamente nada en los

tres últimos días, pero no era solo el cansancio lo que me aspiraba hacia una especie de agujero blanco algodonoso. Era un dique que se rompía, el último. La crecida de sangre derramada podía inundar mi conciencia; estaba preparado.

Saqué el King Cobra del bolsillo. Me lo acerqué a la sien y allí lo mantuve largos segundos.

Se me agarrotaron los dedos sobre la culata helada, incapaces de doblarse más.

Tiré el revólver sobre el lecho de flores de manzano.

Esperaría hasta que me juzgaran.

Otros me mostrarían qué clase de monstruo era.

A duras penas oí a las sombras acercarse por mi espalda, solo unos pasos que se detuvieron a diez metros de mí. Una de las sombras habló, muy bajito, como se susurra en una iglesia. Yo conocía esa voz, la había oído antes, hacía unas horas, pero mi mente al ralentí era incapaz de reconocerla.

—Tenían veinte años recién cumplidos. Eran muy guapas.

Una voz de mujer. Me volví: Carmen Avril estaba detrás de mí. Vestía unos pantalones y una chaqueta negros, el único toque de color era un fino hilo rojo en el ojal. Llevaba una flor de manzano en la mano. Con un lento movimiento, la echó sobre uno de los dos lechos de pétalos, el de la derecha.

—Morgane tenía toda la vida por delante. Si no se hubiera cruzado con usted aquella noche... Si no...

Se calló, como incapaz de pronunciar una palabra más. A mi izquierda, la hierba se dobló bajo el peso de unos pasos más ligeros. Una sombra espigada avanzó bajo un avellano. Vestida de negro también, pero con prendas más sucintas: una cazadora de piel que le llegaba hasta la cintura sobre un vestido de terciopelo antracita. Y un fino hilo rojo a la altura del corazón.

Océane.

Por sus mejillas corrían lágrimas.

—Debería haberme asesinado a mí también aquella noche —susurró la chica—. Morgane y yo éramos una sola. Dos hermanas. Un corazón. —Depositó junto a las llamas la flor de manzano que llevaba en la mano—. Sí, Jamal Salaoui, debería haberme asesinado. Hasta los peores cazadores rematan a su presa. Un animal herido no olvida jamás.

Sin pensar, como un sonámbulo, caminé hacia el sotobosque para perderme en la oscuridad. Las piernas me llevaban con dificultad, tenía que apoyarme en los troncos, pero avanzaba, como un borracho se tambalea de mesa en mesa. Detrás de mí, Carmen y Océane no se habían movido. Vi una especie de claridad en dirección a la linde del bosque, en los campos que se extendían hasta el mar.

Dejé atrás la última cortina de árboles.

Frente a mí, a unas decenas de metros, una silueta de mujer, inmóvil en el prado, miraba el estuario. Llevaba en la mano derecha un candelabro. Cinco llamas frágiles que desafiaban como por arte de magia los vientos marinos.

Esa silueta me era familiar...

De pronto, la sangre dejó de circular por mis venas.

—Myrtille era mi mejor amiga —dijo bajito la voz.

Las palabras echaron a volar por encima de los setos, hacia el horizonte. Unos chillidos de gaviota apuñalaban el silencio.

—Myrtille era un ángel. ¿Por qué quitarle la vida a un ángel, Jamal?

Se volvió, lentamente. Yo conocía el rostro de esa chica, cuyos ojos húmedos iban a crucificarme de dolor. Un dolor sin odio, sin deseo de venganza. Simplemente incompreensión ante el mal absoluto.

—¿Por qué, Jamal? —repitió.

Mona me dirigió una sonrisa triste que significaba que no podía hacer nada más por mí.

Caí hacia delante, con las rodillas y las manos en el fango. Me quedé así largos segundos esperando que la arcilla roja me tragara o que una de aquellas mujeres viniese a rematarme.

Océane. Carmen.

El fantasma de Mona.

Las campanas de la capilla sonaron en ese momento, un toque lúgubre que duró unos segundos. Instintivamente me levanté, encorvado, sucio, como si el barro se hubiera secado lo suficiente para tensar mis miembros. Me dirigí hacia la sombra de la pequeña iglesia con paredes de esquisto, cincuenta metros a mi izquierda.

Curiosamente, pese al encadenamiento continuo de hechos inexplicables, sabía que no estaba soñando. Mi mente había abandonado la esperanza de que me despertara sudando en la cama de la habitación n.º 7 de La Sirène o de que me hubiese adormilado al volante del Fiat 500.

Estaba viviendo de verdad esos acontecimientos. Sin duda los últimos de mi existencia.

Los dos batientes de la puerta de la capilla se abrieron de repente. El interior estaba iluminado por tubos de neón y luces halógenas tan potentes que me deslumbraban. Avancé con las dos manos a modo de visera. Distinguí en la minúscula nave dos reclinatorios delante de un altar adornado con flores marchitas. Al acercarme más, distinguí unos bancos de roble claro, vacíos también, sobre los que descansaban algunos libros rojos. Seguramente biblias o libros de oraciones.

La campana sonó otra vez. Separé las manos, manchadas de tierra rojiza.

—Teníamos que casarnos el 2 de octubre —dijo una voz que resonó en el interior de la capilla—. Todo estaba a punto. Charles merecía llevar a su hija al altar; Louise, sentar sobre sus rodillas al niño que yo habría tenido con Myrtille. Si no se hubiera cruzado contigo.

Se oyeron unos pasos. El traje de novio del hombre se recortó en la puerta de la capilla. Mis ojos se fijaron primero en el hilo rojo que llevaba en el ojal; luego subieron hacia su rostro.

Una cara que yo conocía.

El rostro severo de Christian Le Medef me miró; después, el hombre añadió claramente dirigiéndose a mí:

—Señora Myrtille Camus-Saint-Michel. Sonaba bien, ¿no?

Mientras escapaba, oí las palabras que pronunciaba, esta vez para sí mismo:

—Si hubiera estado allí para protegerla...

Caminé hacia el frente en línea recta, hacia la granja con las contraventanas cerradas cuya masa entreveía al final del callejón, después de la farola. Iba a llamar a la puerta, a gritar, a suplicar a los habitantes que me abrieran, que cerrasen con pestillo a mi espalda, que, sobre todo, no dejaran entrar a mis fantasmas.

No había ni un alma en el patio de la granja, ni siquiera un gallo para disipar las pesadillas.

Justo entonces ladró el perro. Un ladrido ridículo de caniche, nada que ver con un perrazo que guarda una propiedad. En alguna parte se encendió una luz y la bola peluda salió disparada como una flecha. Se detuvo a unos metros de mis piernas de arcilla.

—¿Arnold? —grité.

Un jersey beis con rayas rojas cubría el vientre del shih tzu, el que llevaba cuando iba en brazos de Denise, la mañana del suicidio de Magali Verron.

—Arnold —repetí.

El chucho se negaba a reconocer su nombre. Me miraba con un aire desafiante, enseñando los dientes en cuanto yo esbozaba el más mínimo gesto.

Busqué desesperadamente ayuda con la mirada, en dirección a las contraventanas cerradas de la granja, y al final me decidí a avanzar, tendiéndole al shih tzu mi mano manchada de tierra rojiza. El perro tensó los músculos, con la boca abierta dispuesta a cerrarse sobre mi muñeca.

—¡Basta! —gritó una voz en la otra punta del patio.

El perro, tras titubear un instante, renunció a atacarme y echó a correr en dirección a la voz. Dos segundos más tarde, saltaba en brazos de su ama. Denise Joubain soltó el bastón que llevaba en la mano derecha para estrecharlo contra sí.

Mis ojos se cruzaron un instante con los ojos metálicos de la anciana ama del shih tzu antes de dar una vez más media vuelta. Solo me faltaba por tomar una dirección, el camino del canal; todas las demás retiradas estaban cortadas por espectros.

La cabeza me estallaba, como si cada una de mis neuronas se tensara hasta el infinito para después hacerse añicos. Millones de veces de manera simultánea. Una red de seguridad que se rompía, que caía al vacío arrancando todos los puntos de agarre. Los brazos, las piernas, los dedos y el cuello me abandonaban también. Notaba que la sangre circulaba cada vez más despacio, como un motor que empieza a renquear y luego, con una inexorabilidad implacable, se ralentiza hasta detenerse definitivamente.

Tenía que resistir unos segundos más.

Alejarme. Alejarme. Huir de esos fantasmas.

Había pasado el último seto, casi a tientas, cuando los dos hombres vestidos con uniforme azul surgieron a mi espalda.

—No te muevas, Salaoui.

Piroz...

Claro... Solo faltaba él en el baile de los muertos vivientes.

Me volví, aunque me costaba mantener el equilibrio.

Los faros del Peugeot Boxer me deslumbraron como si fuera una liebre cegada por unos cazadores. El inspector de la policía, entre la sombra y la luz, me apuntó con el revólver. Su segundo hizo lo mismo con su falta de convicción habitual. Retrocedí tres pasos; el canal estaba a tan solo unos metros.

—¡Alto! ¡Alto, Salaoui! Esta vez se ha acabado la carrera.

Levanté las manos mecánicamente y retrocedí un metro más.

—No terminamos nuestra conversación, Salaoui. ¿Te acuerdas? Te hice una pregunta hace dos días, justo antes de que me estamparas la maqueta del *Étoile-de-Noël* contra la cabeza.

Observé a mi derecha, a lo lejos, las luces de Isigny. El canal oscuro salía del puerto y descendía hasta el mar, como una alcantarilla gigante a cielo abierto.

—Por última vez, Salaoui, ¿violaste y estrangulaste a Morgane Avril y a Myrtille Camus hace diez años?

Cerré los ojos. En mi mente, el dique se rompió. Decenas de imágenes afluyeron, mi mano aprisionaba el sexo de una mujer bajo un vestido, su cuerpo histérico se escabullía, yo le desgarraba el vestido, inmovilizaba a la mujer en el suelo bajo el peso de mi cuerpo, le aplastaba los pechos, le arrancaba las bragas, liberaba mi sexo, mis manos ensangrentadas apretaban una bufanda roja de cachemira sobre un cuello blanco, fuerte, mucho tiempo, hasta que el cuerpo se abandonaba. Empecé de nuevo. Una vez, dos veces. Mona me observaba, llorando.

Di un paso hacia atrás y, cuando grité, en el campo tres cuervos echaron a volar, uniendo, a lo lejos, su vuelo al de las gaviotas.

—¡Sí, Piroz! Usted gana. Las violé y las estrangulé. A las tres...

Mi voluntad ya no decidía gran cosa cuando caí al canal.

III

Juicio

Rosny-sous-Bois, 3 de agosto de 2014

De Gérard Calmette, Unidad Gendarmería de Identificación de Víctimas de Catástrofes (UGIVC), Instituto de Investigación Criminal de la Gendarmería Nacional (IRCGN)

Para el teniente Bertrand Donnadieu, Gendarmería Nacional, Brigada Territorial de Proximidad de Etretat, Seine-Maritime

Apreciado teniente:

Me dirijo a usted como continuación a mi correo del 22 de julio de 2014, relativo al descubrimiento en la playa de Yport, Seine-Maritime, el 12 de julio de 2014, de tres esqueletos humanos.

Tal como se había decidido, hemos procedido a realizar un examen exhaustivo del conjunto de las osamentas, en particular de su huella genética.

Hemos conseguido, con bastante rapidez después de todo, dilucidar un primer misterio: la causa de su muerte. Es la misma en los tres desconocidos, a los que le recuerdo que bautizamos, para mayor comodidad, con los nombres de Albert, Bernard y Clovis.

Albert, Bernard y Clovis fueron envenenados. Sus huesos contienen restos de muscarina, la toxina que se extrae de las amanitas, en una proporción que no deja ninguna duda sobre el origen criminal de su muerte. A título de información, la muscarina es una toxina difícilmente detectable en un alimento y provoca una parálisis rápida del sistema nervioso central, seguida de una ralentización inevitable del ritmo cardíaco.

A título de información también, le recuerdo que establecimos con idéntico rigor que Albert, Bernard y Clovis murieron con varios años de diferencia. Más exactamente, Albert falleció durante el verano de 2004; Bernard, entre el otoño de 2004 y el invierno de 2005; y Clovis en 2014, entre febrero y marzo. La hipótesis más

verosímil es, pues, teniendo en cuenta el modus operandi, que los ha asesinado la misma persona con varios años de diferencia. Sin embargo, nada permite asegurarlo, y podríamos también formular la hipótesis de que Clovis envenenó a Albert y a Bernard antes de quitarse la vida él mismo, o incluso que Albert asesinó a Bernard y más tarde Clovis lo asesinó a él.

En este aspecto, no nos es posible ir más lejos.

Por el contrario, y ese es el objeto principal de este correo, el cruce entre el ADN de Albert, Bernard y Clovis y el Registro Nacional de Huellas Genéticas arroja una luz nueva no solo sobre la identidad de estos tres individuos, sino también sobre la resolución de un caso antiguo, el doble asesinato de Morgane Avril y Myrtille Camus (caso llamado de la bufanda roja), en el que la localización del descubrimiento de estos tres esqueletos, es decir, la playa del acantilado de Yport, da mucho que pensar.

Para ser precisos, el cruce de las huellas genéticas de Bernard y Clovis con el registro de huellas no ha aportado ningún dato. Los servicios de policía desconocen la identidad de estos dos individuos.

La huella genética de Albert tampoco corresponde a ninguna de las fichas del registro, pero, aun así, su ADN no nos es desconocido. Es un eufemismo formularlo así, pues podríamos incluso afirmar sin pecar de exageración que es uno de los códigos genéticos más famosos de nuestros servicios desde hace más de diez años. El ADN de Albert coincide, sin ninguna duda posible, con el del esperma encontrado en los cadáveres de Morgane Avril y Myrtille Camus. Puesto que se puede estimar la fecha de la muerte de Albert entre junio y septiembre de 2004, y sabiendo que Myrtille fue violada el 26 de agosto de 2004, podemos concluir con certeza que Albert encontró la muerte entre unos días y unas semanas después del segundo crimen. Esto explica por qué, pese a los miles de pruebas de ADN practicadas entre allegados y habitantes, el violador nunca fue identificado por su huella genética, pero sigue sin permitir conocer su identidad, ni determinar las razones de su muerte.

Por lo demás, he transmitido estos mismo datos al juez

Paul-Hugo Lagarde, quien evaluará si esta información puede poner en cuestión, total o parcialmente, la tesis oficial sobre la identidad del doble asesino, que, como usted y yo sabemos, fue inequívocamente desenmascarado el sábado 22 de febrero de 2014.

No sé, teniente, si estos elementos informativos le permitirán a usted arrojar más luz sobre este caso. Nuestros hombres continúan trabajando en este enigma apasionante. Albert, Bernard y Clovis quizá no hayan revelado todo lo que tenían que decirnos, y actualmente estamos realizando pruebas complementarias. Estamos dispuestos, como es natural y dadas las recientes revelaciones, a efectuar todas las indagaciones que considere útiles.

En espera de un desenlace que espero sea favorable para esta investigación, reciba un cordial saludo,

GÉRARD CALMETTE, director de la UGIVC

¿LA ESPERANZA DE QUE ME DESPERTARA?

La luz danzaba ante mis ojos, una luz artificial, como la de un pez fluorescente en las profundidades de un océano oscuro, un minúsculo punto brillante que empezó a crecer hasta ocupar todo mi campo visual.

Solo veía ya un cuadrado blanco.

Debía de tratarse de una de esas pizarras en la que se escribe con rotuladores de borrado en seco o letras magnéticas.

Vi una tarjeta roja pegada en la parte de arriba de la pizarra. Ya conocía todas las palabras escritas en ella.

Carmen Avril, madre de Morgane Avril, presidente
Frédéric Saint-Michel, prometido de Myrtille Camus, vicepresidente
Océane Avril, hermana de Morgane Avril, secretaria
Jeanine Dubois, abuela de Myrtille Camus, secretaria adjunta
Alina Masson, mejor amiga de Myrtille Camus, tesorera

Cual un artista que sale al escenario apartando un telón negro, Carmen Avril apareció de pronto frente a mí. Abrió la boca y su voz resonó en mi mente, como si sus pensamientos reemplazaran los míos.

—No es muy difícil desorientar a alguien hasta el punto de volverlo loco, de hacer que todas sus certezas se precipiten al vacío. Basta una minúscula asociación, cinco personas como mucho, siempre y cuando estén firmemente decididas a hacerlo. Siempre y cuando estén unidas por el mismo objetivo, absoluto, inquebrantable. No lo olvides jamás.

Dio un paso adelante. Eso es al menos lo que yo creí al ver que su rostro adquiría unas proporciones desmesuradas, como cuando un actor se acerca a una cámara. Su voz aumentó también de volumen, y sus palabras entrecortadas martilleaban mi cráneo y parecían rebotar de una sien a otra.

—Tengo dos buenas noticias, señor Salaoui: no está usted ni loco ni muerto. Pero también tengo una mala. Nosotros, miembros de la asociación Hilo Rojo, le acusamos del doble asesinato de Morgane Avril y de Myrtille Camus.

Tan bruscamente como había aparecido, la silueta de Carmen Avril se fundió en la oscuridad y en su lugar se materializó la de la vieja Denise. Solo entonces me fijé en

unas letras magnéticas de colores adheridas a la pizarra blanca. Trece letras exactamente:

D.E.N.I.S.E J.O.U.B.A.I.N

Denise me miró, o al menos miró en mi dirección, porque yo era incapaz de moverme, incapaz incluso de decir si estaba allí, frente a ella, de saber si estaba dotado aún de cuerpo.

Su voz chirrió:

—¿Te das cuenta, hijo? No soy la única que pierde la memoria.

D.E.N.I.S.E J.O.U.B.A.I.N

Sus manos arrugadas deslizaron lentamente las letras magnéticas por la superficie de la pizarra.

Hasta formar otro nombre.

J.E.A.N.I.N.E D.U.B.O.I.S

La voz tembló de nuevo.

—Ahora ya lo sabes todo, hijo. Solo espero conocer yo también la verdad antes de morir. Toda la verdad. Las últimas palabras, el último suspiro de mi nieta. No es mucho pedir que me concedas al menos eso.

De pronto desapareció, como si un realizador cinematográfico hubiera cortado la escena en el montaje. Un segundo después, la pizarra seguía allí, pero las letras habían cambiado.

Dieciséis letras esta vez.

C.H.R.I.S.T.I.A.N L.E M.E.D.E.F

El parado depresivo surgió bruscamente delante de la pizarra, como escupido por la noche.

Una vaga sonrisa en las comisuras de los labios.

Estos no se movían, y, sin embargo, yo oía claramente el timbre cascado de su voz de fumador vibrar en el interior de mi cabeza, como si también él me pirateara el cerebro.

—Entre un tipo de cincuenta años, apagado, solo, y uno de cuarenta que vive una historia de amor maravillosa con una chica de veinte y está a unos meses de crear una familia, su familia, la diferencia es algo más que una letra, Salaoui. Es una vida. La que tú me robaste.

Sus largos dedos desplazaron las letras de su nombre:

C.H.R.I.S.T.I.A.N L.E M.E.D.E.F

Y formaron otro:

F.R.E.D S.A.I.N.T-M.I.C.H.E.L

—Le Medef —vibró en mi cabeza la voz rota—. Había que atreverse a inventarlo, ¿no? Llamar Le Medef a un personaje en paro... Era tan evidente, tan tentador, tan arriesgado... Pero te lo tragaste hasta el final... ¡Cuando todo estaba ahí, ante tus ojos, enorme!

Desapareció también.

Yo era un puro espíritu, lento, tranquilo, como atado a un sueño de algodón, impotente, condenado a observar ese desfile ante la pizarra sin fuerza alguna, ni siquiera para volver la cabeza, levantar un brazo o una mano. ¿Los tenía aún, perdidos en alguna parte del limbo de una memoria violada?

La pizarra seguía ahí.

Aparecieron otras letras.

M.O.N.A S.A.L.I.N.A.S

Mona surgió de ninguna parte, seguramente de una ratonera.

Mirada baja. Voz débil, casi un susurro, que, aun así, se mezclaba con mis pensamientos, como amplificada.

—Gracias, Jamal. Mi historia te ha parecido conmovedora, me lo dijiste antes. Ahora me gustaría escuchar la tuya, la verdadera historia, Jamal. No otra invención. No otra huida.

M.O.N.A S.A.L.I.N.A.S

Quitó la primera y la última letra del apellido, puso las dos eses en el nombre...

A.L.I.N.A M.A.S.S.O.N

—No hemos hecho trampas, Jamal. Tú tenías todos los indicios. Todos los nombres, todas las letras, todas las claves. No había más que mirar. No había más que ponerlas en el orden correcto. Pero tú no lo viste...

Desapareció.

Por fin había acabado con los fantasmas, pensaba.

Otro *flash*.

La pizarra.

Seis letras.

A.R.N.O.L.D

El shih tzu dormía bajo la pizarra, en el suelo.

Una mano anónima atravesó mi campo de visión.
Se limitó a cambiar de sitio tres letras.

R.O.N.A.L.D

El perro abrió un ojo y volvió a dormirse.
Oscuridad total.

¿LA VERDADERA HISTORIA?

Cuando me desperté, todavía era de noche y mi cuerpo se bamboleaba. Por un instante creí que había muerto ahogado, que mi cadáver iba a la deriva por las aguas negras del fondo del océano, pero que, debido a no sé qué milagro, mi conciencia permanecía intacta. Luego, mi mano derecha tocó el fondo. Caliente. Mullido. Suave.

Un colchón...

Estaba tumbado en una cama.

Continué la exploración a tientas. El somier parecía empotrado en un mueble de madera. Intenté levantarme. Imposible. Mi muñeca izquierda estaba retenida por una manilla que colgaba de una tabla de la pared.

Estiré el brazo encadenado para indagar en la oscuridad. Mi mano tropezó, menos de un metro por encima de mi cabeza, con un techo de madera.

Tablas alrededor.

¿Un ataúd?

Las tablas se movían.

¿Un ataúd en la parte trasera de un coche fúnebre?

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Estaba completamente desnudo sobre esa cama. Excepto ese sueño, ese desfile de fantasmas ante la pizarra blanca, mi último recuerdo era el de la mordedura del agua helada del canal de Isigny. Mis salvadores —puesto que me habían sacado del agua, sin duda inconsciente— habían tomado la precaución de confiscarme la prótesis. Como si la manilla no bastara...

Cambié de posición, me puse en cuclillas sobre la cama. Al final del tabique, mi mano tocó una tela gruesa, se coló por debajo. Mis dedos se posaron sobre una pared de cristal fría. ¿Una ventana? ¿Una cortina? Tiré de la tela; la débil luz me bastó para comprender.

El agua salpicaba el cristal.

¡Estaba encerrado en el camarote de un barco!

Más tarde, aunque todavía era de noche, pues solo una media luna iluminaba vagamente el camarote a través del ojo de buey, llamaron a la puerta.

Mi visitante no esperó a que lo invitase a entrar. Pulsó el interruptor y cerró la

puerta tras de sí. El tubo de neón del techo me deslumbró. En el halo blanco, reconocí al inspector Piroz. Traía una botella de calvados, dos vasitos y un papel enrollado formando un cilindro atado con una cinta roja.

—Un regalo —dijo Piroz en voz baja.

Comprendí, sin necesidad de que me lo dijera, que su visita nocturna tenía un carácter clandestino. Me observó sin pudor, desnudo sobre la cama, y detuvo la mirada en mi muñón con una expresión de asco.

—¡Qué ocurrencia, tirarte al canal! Joder, hemos tenido que zambullirnos nosotros también para sacarte del agua. El Vire no debía de llegar a diez grados. Nos perdonarás por no haberte pedido permiso para dejarte en bolas, pero, o eso, o morías de hipotermia...

Me encogí para esconder el pene bajo mi pierna atrofiada.

—Pero la verdad es que Alina se había pasado un poco con el Stilnox en el termo de café —continuó Piroz.

—¿Alina?

—Sí... Te acuerdas, ¿no?... Esa pelirroja tan mona que no ha dudado en dejar que se la tire un lisiado. Ah, claro, puede que te suene más por el nombre de Mona.

Mona. Alina. Los fantasmas de Les Grandes Carrières surgieron de nuevo ante mis ojos. Borrosos. Imprecisos. Las campanadas de la capilla se confundían con los ladridos del shih tzu. El Stilnox en el café, claro. Traté de apartarlos para concentrarme en el momento presente.

—¿Dónde estoy?

—Supongo que ya lo has adivinado. En un barco. El *Paramé*, un *kotter* holandés restaurado por unos bretones. Todavía no son las cinco de la mañana; largamos amarras de Isigny en cuanto te sacamos. —Hizo una pausa, dejó la botella y los vasos sobre el cabecero de la litera y precisó, sin que yo le preguntara—: ¡En dirección a Saint-Marcouf! Has debido de enterarte estos últimos días de la existencia de este archipiélago de mierda, las únicas islas de la Mancha desde Cotentin hasta la frontera belga. Tranquilo, el trayecto no es muy largo, apenas siete kilómetros, pero vamos despacio para no llegar antes de que amanezca.

Busqué en vano a mi alrededor una sábana para cubrirme.

—¿Qué coño vamos a hacer en Saint-Marcouf? —pregunté.

Piroz sirvió despacio el calvados en los dos vasos.

—Creo que tendría que ser una especie de proceso judicial. Interrogatorio, confesión, instrucción y juicio. Pero van a acelerar el procedimiento, me parece a mí. Su objetivo es despachar el asunto en el tiempo que dura una marea.

—¿Quiénes van a hacer eso?

El inspector empujó el tapón con la palma de la mano y me miró.

—¿Todavía no lo has entendido? Hace un rato te pasaron un pequeño montaje de vídeo para poner los puntos sobre las íes, y también sobre las demás letras, una por una, con auriculares en los oídos y la pantalla pegada a la cara, pero está claro que

estabas aún fuera de combate. Para explicártelo de la forma más sencilla posible, digamos que te las has visto con unos actores que pertenecen a la misma compañía, Hilo Rojo. ¿Te dice eso algo? Unos han interpretado su propio papel; otros, un personaje inventado. Pero, amigo mío, el objetivo de todos era el mismo: ¡tenderte una trampa!

¿Tenderme una trampa?

Los acontecimientos de los tres últimos días desfilaron uno tras otro. Las coincidencias, las incoherencias, los testimonios contradictorios...

—Un bonito casting, ¿no? —insistió Piroz—. Carmen y Océane Avril interpretaban su propio papel. Lógico, porque era casi seguro que tú intentarías localizarlas. A la pequeña Alina le tocó el papel más difícil, el de Mona, una chica no muy arisca, de paso en Yport, que, según el guión, debía seducirte e incluso follar contigo en caso necesario... Y fue a mí a quien se le ocurrió la idea del camelo sobre el silicio de los guijarros. El famoso profe de química molecular, Martin Denain, fue víctima de un robo en su villa de Vaucottes hace un año. Intervine yo en el asunto y simpatizamos; se había interesado un poco por el caso Morgane Avril en la época. Me dejó un juego de llaves para que pasara de vez en cuando por su segunda residencia. Eso nos ha permitido proporcionarte un escondrijo creíble sin siquiera tener que pedirle permiso a ese buen investigador, que nunca pone los pies aquí en invierno.

Mona no había sido nunca investigadora.

Mona no existía...

No era sino un personaje que habían creado, interpretado por una chica que se había aprendido dócilmente su papel.

Piroz observó mi turbación con una pizca de sadismo y continuó:

—Los otros tres personajes no exigían tanta intimidad. El pobre Frédéric Saint-Michel, el prometido de Myrtille Camus, se metió en la piel del primer testigo, el depresivo Christian Le Medef. La abuela de Myrtille, la abuela Ninja, interpretaba el papel del segundo testigo, la vieja Denise Joubain, con su perro Ronald bajo el brazo, el que se quedó tras la muerte de Louise y Charles Camus. Debo confesarte que fue más difícil convencer al último actor, Gilbert Avril, el hermano de Carmen, pero alguien tenía que hacer de policía conmigo. Aunque no se puede decir que ese panoli haya sido muy convincente.

Cuando Piroz terminó de enumerar el reparto, dije sin pensar, sin tratar de repasar mentalmente el número de indicios que saltaban a la vista y que yo había dejado pasar.

—Joder, ¿y cuál es la razón de todo este circo? ¿Por qué han montado este espectáculo para mí?

El inspector me tendió un vaso de calvados. Lo olfateé con desconfianza.

—La asociación Hilo Rojo dedicó miles de horas a trabajar en esa hipótesis del doble desconocido hasta dar con el único tipo presente el sábado 5 de junio de 2004 en Yport y el jueves 26 de agosto en Isigny-sur-Mer. Al final, años más tarde, en 2011

exactamente, después de haber comprobado cientos de testimonios, un solo nombre salió de la chistera. ¡El tuyo, amigo! Jamal Salaoui. Tú reservaste una habitación en la casa rural La Caïque la noche del 5 de junio y pasaste un día en Grandcamp-Maisy, en el campamento de vela de la Conurbación Plaine Commune, el 26 de agosto. *Quod erat demonstrandum*, Jamal. Eres tú el culpable...

Respiré aliviado. Acababa de quitarme un enorme peso de la conciencia.

¡El origen de toda esa puesta en escena absurda era un malentendido!

Renuncié en ese momento a explicarle a Piroz que yo no había puesto los pies en Yport antes de esa semana, que había anulado aquella reserva en la casa rural porque la chica con la que quería pasar el fin de semana había dado marcha atrás, que había hecho la ida y vuelta Clécy-Grandcamp sin pasar por Isigny y que no había oído hablar del asesinato de Myrtille Camus.

—¡Menuda pandilla de enfermos! —susurré—. Y usted, Piroz, ¿aceptó participar en este montaje?

El inspector se bebió de un trago su calvados y me sonrió.

—La idea de esta maquinación era de Carmen Avril, ya te lo figurarás. Fue ella quien convenció a todos los demás. Ponte en su lugar por un momento. Tú eres el único culpable posible, pero no hay ninguna prueba contra ti aparte de esa doble presencia. Insuficiente para convencer al juez Lagarde de que mueva el culo lo más mínimo después de tantos años, y eso que lo he intentado, créeme. Y lo que es peor: se acerca la fecha fatídica de los diez años sin nuevo procedimiento judicial, lo que significa la prescripción definitiva del caso...

«Ponte en su lugar...».

Piroz no se asociaba a ellos. Yo tenía la curiosa impresión de que el inspector no compartía la convicción de los miembros de la asociación Hilo Rojo.

—No ha contestado, Piroz —insistí—. ¿Desde cuándo la gendarmería nacional participa en este tipo de delirios para tender una trampa a un sospechoso?

Sorbió una última gota de alcohol.

—Al principio no era algo muy reprochable, Jamal. Se trataba simplemente de hacerte venir a Yport y meterte en situación, hacer que afloraran a tu memoria ciertos recuerdos. La puesta en escena iba a durar un día y tenía dos objetivos muy precisos, uno en cada una de tus visitas a la gendarmería. En la primera, obtener tu huella genética, tu esperma, tu sangre, tus uñas y tus pelos del culo. En la segunda, al día siguiente, acorralarte y hacerte confesar los dos crímenes. Ahí debía quedar la cosa. ¡Pruebas genéticas y confesión! No habíamos previsto que me estamparías la maqueta del *Étoile-de-Nöel* contra la cabeza y te largarías de allí. A partir de ese momento, improvisamos para mantener la ventaja, es decir, hablando en plata, para volverte completamente loco.

Si esperaba que me disculpase por lo de su ridícula maqueta, podía esperar sentado. Dejé el vaso de calvados sobre el cabecero.

—Deberías beber, chaval —me aconsejó Piroz—. Estás helado. Vas a pillar algo.

—¡Tranquilo, sobreviviré! Puesto que consiguió mi esperma y todo lo demás, habrá tenido tiempo de compararlos con el ADN del asesino de la bufanda roja, ¿no? —Forcé la ironía en mi voz—. Supongo que va a anunciarme que mi esperma coincide exactamente con el del violador que buscan desde hace diez años. ¡Mira qué bien! Lo contrario sería más bien una idiotez, ¿no cree? Haberse tomado tantas molestias para nada...

Piroz me miró con una expresión divertida en los ojos.

—Has dado en el clavo por lo menos en un punto, chaval, tengo los resultados... —Agitó delante de mis narices la hoja blanca enrollada y atada con una cinta roja—. Este pedazo de papel contiene la prueba decisiva. Un cincuenta por ciento de posibilidades. Tu pase de salida o una ida simple para la perpetuidad... Pero me temo que tendrás que esperar un poco antes de saber la respuesta.

Tuve la misma impresión que hacía unos instantes: Piroz ya no parecía creer en mi culpabilidad. O bien, una vez más, jugaba al gato y el ratón conmigo.

Se sirvió otro vasito de calvados.

—Voy a responder primero a tu pregunta, la de antes: ¿por qué un policía como yo ha aceptado participar en esta mascarada, hasta el punto de convocarte en la gendarmería de Fécamp sin que ningún colega estuviera al corriente de lo que ibas a hacer allí? Para empezar, Salaoui, me jubilo dentro de tres meses, así que, como comprenderás, la bronca que me voy a ganar de mis superiores que se me van a echar encima me la suda. Casi me resultaría divertido. Y además, hace casi diez años que trabajo en este caso de doble asesinato, y debo reconocer que, sin la idea peregrina de Carmen, o sea, zarandearte, presionarte para que tú mismo te delataras, no tenía ningún elemento para convencer a Lagarde de que aceptase reabrir oficialmente la investigación y te hiciera comparecer como testigo.

Mi puño se crispó.

—¡No me joda! Lo único que tenía que hacer era pedírmelo. ¿Quién le dice que no habría aceptado? ¡Yo no violé a esas chicas! Le habría dado una probeta llena de sangre o de esperma y este asunto habría concluido sin necesidad de pasar por todas estas gilipolleces. Por no hablar de que una confesión obtenida con unos métodos tan retorcidos como estos supongo que no tendría ningún valor ante un juez.

Piroz me observó como si le impresionara mi clarividencia.

—Ningún valor legal, tienes razón, amigo. Tienes toda la razón. En realidad, si he aceptado esta puta puesta en escena de Carmen Avril es por una razón muy distinta, una razón que solo yo sé. —Levantó el vaso—. Pero, al igual que con los resultados de tu ADN, tendrás que esperar un poco para que te lo explique. ¡Salud!

UN BONITO CASTING, ¿NO?

Vació su segundo vaso de calvados. Sin pensar, cogí el mío e hice lo mismo. El matarratas me abrasó el paladar. Me sequé las gotas heladas que me corrían por las sienes y traté de hacer balance:

—Resumiendo, Piroz, entonces usted me tenía controlado. Mona me vigilaba y enviaba o dejaba los sobres marrones que me revelaban con pelos y señales, aunque en dosis homeopáticas, el caso Avril-Camus. Frédéric Saint-Michel y la abuela Ninja jugaban al escondite para hacerme dudar de todo. Usted crea ese personaje de Magali Verron, inventa para ella una identidad en internet a fin de que el parecido con Morgane Avril sea inquietante y yo llegue incluso a pensar que he confundido a las dos mujeres. Pero... —Mi mano se crispó de pronto sobre el vaso vacío. La imagen de la chica con la cara tumefacta y la bufanda roja alrededor del cuello, en la playa de Yport, me estalló en la cara—. Pero, joder, Piroz, ¿quién se tiró al vacío hace tres días? ¿Quién murió esa mañana?

—Nadie, Salaoui.

—¡Joder, no empiece otra vez a tomarme por gilipollas! ¡Yo estaba allí! ¡Cayó desde lo alto del acantilado delante de mis ojos!

Piroz dejó despacio su vaso.

—¿Has visto *Vértigo*, la película de Hitchcock?

Meneé la cabeza sin responder realmente.

—*Vértigo* cuenta la historia de un detective privado al que contratan para vigilar a la mujer de un amigo. Ella tiene tendencias suicidas y acaba por matarse delante de él arrojándose al vacío desde lo alto de una torre. Al menos eso es lo que él cree. En realidad, era un engaño, un montaje del marido: ella había tirado un muñeco en su lugar. Ese detective había sido elegido por una sola razón: padecía vértigo y, por lo tanto, no podía presenciar en directo la caída de la chica...

—¿Qué relación tiene eso conmigo?

—¡Tu pata de palo, idiota! Eso te impedía acercarte lo suficiente al acantilado para ver estrellarse el cuerpo de Magali Verron contra las piedras. Sobre todo por la mañana, sobre una alfombra de hierba helada. En el fondo, el plan retorcido de Carmen surgió de ahí, de una asociación de ideas: el acantilado de Yport y tu pata inútil...

—Yo la vi arrojarse al vacío. Y, justo después, su cuerpo ensangrentado sobre los guijarros...

—Justo después... Sé más preciso, Salaoui. ¡Cuarenta y siete segundos exactamente! El tiempo de llegar corriendo hasta la playa por la calle Jean-Hélie, bajar la escalera del casino, llegar al malecón. Hicimos los cálculos decenas de veces; te era imposible tardar menos. Una vez abajo, dos testigos de cuya sinceridad no podías dudar te confirmaban que habían visto caer el cuerpo de Magali en la playa.

Miré a Piroz sin comprender todavía. Él también sudaba. No parecía sentirse muy cómodo. Me daba la sensación de que quería servirse un tercer vaso y que no acababa de decidirse.

—Si no me he vuelto completamente idiota, supongo que no me equivoco al decir que ha sido Océane Avril quien ha interpretado el papel de Magali Verron. Pero, entonces, hay un detalle que se me escapa, Piroz, un detallito de nada. Si todo es un montaje, ¿cómo se las arregló Océane para posarse suavemente en la playa? ¿Dejó que le crecieran alas?

—¡Océane es una chica increíble! Guapa a más no poder, deportista y, sobre todo, decidida. Decidida a vengar a su hermana gemela. En cuanto se urdió el plan, hace ahora casi un año, empezó el entrenamiento.

Un extraño calor me invadió el vientre al oír enumerar las cualidades de Océane. La chica de mis sueños, pensé por un momento. Un ángel capaz de volar.

Me obligué a increpar a Piroz:

—¿El entrenamiento de qué, joder?

—De salto BASE. La federación cuenta con unos centenares de miembros en Francia y unos miles en el mundo. Para no extenderme, el salto BASE consiste en efectuar saltos muy breves desde un punto fijo. El borde de un precipicio, por ejemplo. Un rascacielos. El campanario de una iglesia. Un acantilado. ¿No juegan a eso en tu barrio?

No contesté. Esperaba, incrédulo.

—Si quieres saber más, Salaoui, te diré que el salto BASE se practica a partir de una altura mínima de cincuenta metros. Los acantilados de Yport alcanzan casi ciento veinte metros desde la playa, así que, como ves, aun sin ser una profesional, Océane no corría un gran riesgo.

—Yo vi cómo se arrojaba al vacío —repetí otra vez—. Con la bufanda roja en la mano, el vestido rasgado...

—Esa es la ventaja del salto BASE. La disciplina se practica con un pequeño paracaídas redondo plegado dentro de una bolsa cerrada con velcro. Ellos la llaman en su jerga *tail pocket*, una bolsa que se adapta a la forma de la espalda y tiene menos de diez centímetros de grosor. Impresionante, casi no se ve debajo de una chaqueta o de un abrigo.

—¿O de un vestido rasgado? —añadí con una voz inexpresiva.

—¡Premio, chaval! Confeccionar lo que tú tomaste por un vestido que un agresor,

en su precipitación, había rasgado nos exigió largas horas. El vestido *sexy* debía disimular en lo posible los arneses que le rodeaban la cintura y pasaban entre sus muslos y hombros, y por supuesto la *tail pocket* en la espalda, liberada en cuanto Océane saltase y tirara del vestido hecho jirones. Océane es una excelente actriz y tenía muchos... argumentos para desviar tu atención, ¿no crees?

No le contesté. No podía creerlo, no podía admitir una verdad tan espantosa.

Después de esta conversación, una vez que hubo acabado toda esta historia, lo comprobé. Vi en YouTube cientos de vídeos de salto BASE. Me quedé una noche entera, fascinado, viendo a esos locos de atar divertirse por todo el mundo lanzándose al vacío desde los lugares más increíbles: catedrales, puentes, antenas... Navegué también por los sitios de material especializado. Piroz no estaba inventándose nada. Una *tail pocket* se puede comprar en línea en internet y ocupa menos espacio que un bolso de mano llevado en la espalda.

—Una caída dura menos de cuatro segundos —continuó Piroz—. Tuviste que fijarte en que en la base del acantilado hay decenas de cavidades en la roca caliza, grutas de diferentes tamaños, pero lo bastante grandes para que alguien se esconda en ellas. ¡Incluso Carmen, con todo su volumen! Cuarenta y siete segundos era más que suficiente para que Carmen le maquillase la cara a Océane en color rojo sangre y se escondiera, con la *tail pocket*, en la cavidad más cercana.

Me vino a la mente mi carrera desesperada hasta la playa. Mi llegada junto al cuerpo, justo antes que Christian Le Medef y Denise Joubain. Aquel cadáver tendido.

—¿Océane se hacía la muerta? Joder, ¿cómo pudo aguantar tanto tiempo? Le esperamos a usted más de diez minutos antes de que apareciera con el furgón de la gendarmería.

Piroz no se resistió; contó por tercera vez.

—Acuérdate, Salaoui. Hacía un frío de mil demonios aquella mañana. Sin embargo, ¿qué fue lo primero que hizo Jeanine, bueno, para ti Denise la olvidadiza?

Recordé la reacción de Denise. Evidente. ¿Cómo había podido ser tan idiota?

—¡Te pidió la chaqueta para cubrir la cara y el torso de Océane! —exclamó Piroz en un tono triunfal—. ¡Y sobre todo para permitirle respirar tranquilamente mientras tú te pelabas de frío! —El inspector se mojó los labios en el vaso de aguardiente, como para hacer durar el placer—. Solo hay un detalle que no habíamos previsto: que se te ocurriera lanzarle a Océane esa bufanda roja que habíamos colocado cuidadosamente en tu camino. Así que improvisamos. Océane saltó con ella y a Carmen se le ocurrió enrollarla alrededor del cuello de su hija para darle un poco más de emoción a la puesta en escena. Eso debió de hacerte pensar, ¿no?

—¡Pandilla de cabrones!

Piroz rompió a reír.

—¡Me alegro de que te lo tomes tan bien!

Mientras se bebía el calvados, sin atreverse a vaciar el vaso de un trago, clavé la mirada en el rollo de papel.

Mi huella genética comparada con la del doble asesino.

La prueba de mi inocencia, de que todo ese delirio no tenía ninguna razón de ser. Salvo si Piroz había trucado el resultado, como todo lo demás.

—Se han tomado muchas molestias para nada —fanfarroneé—. Con el respeto debido al dolor de esos farsantes de la asociación Hilo Rojo, con una mención especial para la zorra de Mona, o Alina, como prefiera, no han apostado por el caballo ganador. Yo no soy el asesino. Lástima... ¿Les transmitiré el mensaje?

Alargué la mano, como para indicarle a Piroz que esperaba la llave que abriera la manilla que unía mi muñeca a la pared.

—Creo que no lo has entendido, Salaoui. Que seas el violador o no, les trae al fresco. ¡Quieren simplemente un culpable!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo desnudo desde el cuello hasta la rodilla cortada.

—¡Joder!, ¿qué es lo próximo que han tramado?

—Primero, obligarte a confesar. Después te ejecutarán. Llevan diez años preparando este momento. Hace diez años que Carmen sueña con cortarle los cojones al que le arrebató a su amada hija. Hace diez años que afila el dolor de Océane como si fuera un puñal. Hace diez años que Frédéric Saint-Michel se contiene, como una olla a presión que está a punto de explotar. Hace diez años que sueña con mandar al carajo todos sus principios de buen cristiano para estrangular con sus propias manos al asesino de su prometida.

—¡Joder, Piroz! ¡Soy inocente!

Piroz acercó despacio su vaso al mío. ¡Ese cretino quería brindar! Me quedé inmóvil. Él, sin ofenderse, vació el vasito echando hacia atrás la nuca con un movimiento seco.

—Lo sé —dijo por fin.

Una descarga electrizó cada porción de mi piel.

¿Lo sabe?

¿Qué sabe?

¿Que no soy culpable?

El inspector desató lentamente la cinta que rodeaba el papel enrollado y me lo tendió.

—Un regalo, Salaoui. No me habría disgustado que fueras tú el violador. Un árabe tarado con una sola pierna; eso habría simplificado las cosas. Pero tengo que rendirme a la evidencia: tu ADN no coincide con el del asesino de la bufanda roja. Tú no las mataste, amigo.

Miré con impaciencia en la hoja una serie interminable de tríos de letras similares a los que había leído en el expediente de Morgane Avril y de Magali Verron. Esta vez, Piroz no tenía ningún motivo para mentirme. Respiré. Mi mirada se perdió más allá del ojo de buey, hacia la pálida noche sobre el mar.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Desde esta tarde. Alrededor de las cinco...

—Y entonces, ¿a qué ha venido todo este circo final, si ya tenía la prueba de que soy inocente? —exploté—. ¡Ese tiroteo falso junto a la antigua estación de Les Ifs! ¡Esa puesta en escena de gran guiñol en Les Grandes Carrières de Isigny! ¿A qué viene este crucero a Saint-Marcouf, joder?

Piroz me quitó la hoja con el resultado del análisis de ADN y la enrolló de nuevo.

—Espacio, Salaoui. Saborea el momento. Las fuerzas del orden están de tu parte. Saben que eres inocente. Te protegen. Ya no tienes nada que temer.

Di un tirón con la mano esposada.

—Libéreme, joder...

—Será mejor que te calmes. Para serte sincero, este resultado no me ha sorprendido. Jamás diría esto delante de Carmen Avril, sería capaz de arrancarme los ojos, pero nunca he creído en su hipótesis del doble desconocido, al menos nunca he creído que tu presencia en Yport y en Isigny te señalara de forma indiscutible como culpable. Desde que trabajo en el caso, he tenido tiempo de elaborar otra hipótesis. Una hipótesis más personal, si quieres... Y también más compleja.

—Adelante, explíquese, tenemos toda la noche.

—Y toda la marea ascendente mañana por la mañana, ya verás. Para abreviar, digamos que, cuando Carmen Avril intentó venderme su idea delirante, es decir, acorralarte haciendo que cada miembro de la asociación Hilo Rojo interpretase un papel, pillé la ocasión al vuelo.

—No se ande por las ramas, Piroz.

El inspector tosió. No parecía sentirse muy cómodo.

—¿Aún no lo has entendido? Pues voy a ser claro. ¡Te he utilizado como cebo! Acepté participar en el montaje para desviar su atención. Porque...

Piroz tosió de nuevo. Recordé el contenido de los sobres marrones, los últimos avances de la investigación, las dudas de Mona-Alina. Myrtille Camus conocía a su violador. Morgane Avril y ella habían sido víctimas de un ligón. Habían quedado con él...

—¿Porque ha descubierto la identidad del verdadero culpable? —dije levantando la voz.

Piroz me indicó que bajara el tono. Continué, hablando apenas un poco más bajo.

—¿Lo conozco? La policía ha comprobado todas las huellas genéticas de los allegados de Morgane Avril y Myrtille Camus. ¡Es imposible que el doble violador sea uno de ellos! —Hice una pausa y formulé otra pregunta—: Además, ¿qué coño pinta el dilema del prisionero en todo este circo?

Piroz me respondió con una sonrisa enigmática.

—Eso lo sabrás dentro de unas horas, Salaoui. Todo está previsto. Todo está donde debe estar. Confía en mí. Solo te pido un favor: ¡síguelos el juego! Te han vuelto suficientemente tarumba estos últimos días para que puedas interpretar tu papel unas cuantas horas más, ¿no crees? Mañana por la mañana, no les menciones esta conversación. Nadie más está al corriente. Tu inocencia debe seguir siendo un

secreto unas horas más. Es la única manera de inducir al culpable a delatarse.

—Estoy harto de tantas estrategias ridículas.

Él destapó de nuevo la botella de calvados y se sirvió otra vez, la cuarta.

—A tu salud, Salaoui. Dentro de unas horas, todo habrá terminado. Estarás más limpio que una patena. Podrás disfrutar todo lo que quieras con la pequeña Alina. — Cogió un vaso del cabecero y me lo tendió, pero yo no hice el menor gesto por cogerlo. Piroz se encogió de hombros—. Le has gustado, amigo. Cuanto más tiempo pasaba contigo, menos parecía creer en tu culpabilidad. No olvides este consejo, Salaoui: aparte de mí, ella es tu única aliada en este barco.

¿Mona?

¿Mi única aliada?

En ese instante sentía por ese solapado ratón el desprecio más profundo.

Ilusión. Traición. Decepción.

Y pensar que Ophélie le había puesto un 11 sobre 10 con este comentario:

«No la dejes escapar, es la mujer de tu vida».

¿La mujer de mi vida?

¿Mi única aliada?

Aún no sabía hasta qué punto Ophélie, al igual que Piroz, se equivocaba.

Cuando Piroz salió del camarote, con su papel, su botella y sus dos vasos, tambaleándose un poco, sentí cómo un intenso calor me invadía, me envolvía, me asfixiaba, como si los listones de madera del camarote fueran en realidad de una sauna. Curiosamente, me acordé del día en que me había fumado el primer porro, solo, un sábado por la noche, en el tejado del patio del colegio Louise-Michel. Aquel día había soltado de golpe todas las amarras, todos los sacos de lastre que me anclaban al suelo.

¡Todos soltados!

Me sentía ligero. Era inocente. La policía tenía la prueba.

Solo me faltaba decir adiós a esa pandilla de capullos que habían estado a punto de volverme loco.

Salvo quizá a Océane...

¿SÍGUELES EL JUEGO?

Los graznidos de los cormoranes y las gaviotas me despertaron, como si miles de aves marinas se hubieran dado cita en una red social para recibir al *Paramé* en Saint-Marcouf. Parecía que estaba amaneciendo. Un tímido sol clavaba un ojo rojo en el centro de la portilla, salpicada de lágrimas de espuma.

Las paredes de madera vibraron súbitamente. Gritos, esta vez humanos. Deduje que estaban amarrando el *Paramé*. La puerta de mi camarote se abrió al cabo de un instante. Reconocí a Carmen Avril por su masa imponente. Llevaba un amplio impermeable violeta.

—¡Ha llegado la hora! —gritó.

Contempló con asco mi cuerpo desnudo y se detuvo en el muñón de mi rodilla izquierda. Estaba mirando a un monstruo. Un ser lisiado y pervertido. Raramente había observado ante mi defecto semejante mezcla de fascinación y odio.

El asesino de su amada hija. El que ella creía su asesino.

Me estiré ostensiblemente sobre el colchón con las piernas abiertas, mostrando el pene.

¡Era inocente! La policía estaba de mi lado, no del suyo.

—Ponte esto —ordenó Carmen lanzando una bola de ropa sobre mi cama.

Al mismo tiempo, apuntó hacia mí la barra de hierro que tenía a su espalda. Una especie de atizador, pero más largo y grueso, dos centímetros como mínimo de diámetro por un metro de largo.

Instintivamente, retrocedí hacia el fondo del cuarto. Era inocente, pero estaba esposado, desnudo, indefenso frente a una loca que llevaba diez años rumiando su venganza. Carmen Avril acercó la barra de hierro y la mantuvo en equilibrio justo delante de mi cara.

El tiempo se detuvo. Infinito.

Finalmente, la dejó caer al suelo. El acero corrugado vibró entre un interminable eco de címbalos.

—Eso te servirá de muleta.

Sin añadir una palabra más, dejó una llavecita sobre el cabecero, sin duda la de la manilla, y salió del camarote.

En cuanto puse el pie en la cubierta del *Paramé*, vestido con el traje de neopreno

arrojado por Carmen, Frédéric Saint-Michel se cruzó conmigo sin decir palabra y bajó a la bodega. No tuve tiempo de insultarlos, de gritarles lo humillante que era para mí haber tenido que subir la escalera a la pata coja, sostenerme en equilibrio en aquel barco sobre una sola pierna, simplemente con ayuda de una barra metálica. Frédéric Saint-Michel ya había vuelto a subir, esposas en ristre, y me indicó que alargara las manos.

Saint-Michel... ¡Ese imbécil de Atarax! Estaba muy desmejorado, el Chichin querido por todas las chicas, en diez años había perdido un montón...

Recordé los consejos de Piroz.

«Todo está previsto».

«Todo está donde debe estar».

«Síguelos el juego».

Solté la barra de hierro y alargué los brazos. Después fui dando saltos hasta un banco-arcón, al pie de la borda, para sentarme.

Dos manos inmovilizadas, una sola pierna. ¿De verdad creían que tenía intención de escaparme a nado?

El *Paramé* estaba amarrado en la isla del Large, una de las dos que forman el archipiélago de Saint-Marcouf. Ese islote de ciento cincuenta metros por ochenta se reducía a una fortaleza construida en medio del mar. Inmediatamente me hizo pensar en *Fort Boyard*,^[7] mis primeros miedos y fantasías de niño: los enanos, los tigres, las arañas y los pechos de las *starlettes* con su maillot escotado.

La parte central de la fortaleza de Saint-Marcouf, una especie de Coliseo coronado por una atalaya, estaba protegida con fosos que rodeaban la ciudadela y con gruesos muros de ladrillo casi totalmente cubiertos de algas o musgo. Con la marea alta, el mar debía de inundar buena parte del recinto. Solo el espigón donde el *Paramé* estaba amarrado parecía más reciente.

Carmen se plantó delante de mí.

—No cuentes demasiado con recibir ayuda, Salaoui. Está prohibido fondear en esta isla desde hace años por razones de seguridad. Solo la asociación que restaura la fortaleza tiene permiso para hacerlo, pero los voluntarios no trabajan en invierno... Ni tampoco los veleros salen a la Mancha en esta época.

No contesté. En una mesa puesta en la cubierta había tazas, un termo de café y pastas. Frédéric Saint-Michel se volvió hacia mí, con un café y un cruasán en la mano.

—¿Una taza de café? —me dijo en un tono monocorde que no reflejaba ni simpatía ni antipatía.

No debía de haber tenido ninguna dificultad para encarnar su personaje; llevaba en la cara la misma máscara depresiva que Christian Le Medef.

—No, gracias —contesté suficientemente fuerte para que Mona me oyera.

¿Cuánto tiempo necesitaría para llamarla Alina?—. Todavía no he digerido el último que me tomé.

Mona no se dio por aludida.

Estaba junto a la proa, vuelta de tres cuartos hacia el otro islote, la isla de Terre. Sus cabellos rojizos, sueltos, azotaban con violencia su rostro enrojecido por el frío, y quizá incluso por algunas lágrimas secas alrededor de sus párpados hinchados. A su lado, a babor, Denise Joubain había puesto una mano sobre la borda y con la otra sujetaba a su shih tzu. Arnold despedazaba una napolitana de chocolate como si se ensañara con una presa viva.

Gilbert Avril estaba por encima de mí, detrás del cristal de la cabina de mando, controlando no sé qué aparato de medición náutica.

El menos convencido de la tropa, pensé. Incluso en un trayecto de siete kilómetros, incluso amarrado, incluso con buen tiempo, seguro que ese tipo encontraría todos los pretextos del mundo para no soltar el timón y dejar que los demás hicieran el trabajo sucio.

Carmen pasó por delante de mí, se sirvió una taza de café, como mínimo para calentarse los dedos, pasó luego por delante de Océane y la obsequió con una sonrisa radiante.

La complicidad de las que han ganado después de tantos esfuerzos.

La recompensa. La apoteosis.

Océane tenía un cigarrillo entre los dedos, que sobresalían de unos mitones malva. Se había recogido el pelo con unas pinzas del mismo color. El peinado le agrandaba la cara, con esos ojos oscuros, le daba una elegancia de actriz americana. Una belleza en la cubierta de un transatlántico que sale de Nueva York para seducir París. Al contrario que los demás, ella no me esquivaba la mirada. Me observaba, dejando simplemente que de vez en cuando el viento del mar empujara el humo del cigarrillo entre nosotros.

Un ligero velo de misterio. No podía utilizar las manos, me faltaba una pierna, y sin embargo, me sentía invencible.

¡Inocente!

Océane me sondeaba. Se interesaba en mí. Se interrogaba. En el fondo, la situación era casi demasiado bonita. Sin semejante desprecio, sin un malentendido tan siniestro, una chica tan espléndida jamás se habría fijado en mí.

«Todo está previsto», había dicho Piroz.

«Todo está donde debe estar».

«Síguelos el juego».

Ese viejo borracho era el único que no estaba en la cubierta. Debía de estar durmiendo la mona en espera de sacar de la manga su famosa contrahipótesis.

La voz grave de Frédéric Saint-Michel retumbó a mi espalda.

—¿Acabamos?

Carmen dejó la taza de café.

—Tienes razón, no perdamos tiempo, el mar ya lleva dos horas subiendo.

No entendí la relación.

—Alina —ordenó la mujer—, cobra las amarras.

Mona reaccionó de forma mecánica, movió con lentitud los brazos para tirar de las boyas naranja interpuestas entre el *Paramé* y el espigón de la isla del Large. Denise alejó a Arnold de la borda durante la maniobra.

—¿Cuál? —preguntó Carmen escrutando el muro de ladrillo.

—La tercera empezando por arriba —respondió Frédéric Saint-Michel mirando en la misma dirección.

¿La tercera qué?

Yo no veía nada en la muralla salvo algas pegajosas, unas inundadas por el mar, otras todavía en seco durante unos minutos.

—La menos oxidada —precisó Carmen apuntando con el dedo.

Señalaba una anilla de cobre empotrada en la muralla, más de un metro por encima del nivel actual del mar, pero cincuenta centímetros por debajo de su nivel máximo, a juzgar por la humedad permanente del musgo. Inmediatamente comprendí por qué me habían pedido que me pusiera un traje de neopreno...

¡Pensaban atarme a esa anilla y esperar a que subiera la marea!

Un hilo de sudor acre se deslizó entre mi piel y el traje.

¿Qué objetivo perseguían? ¿Hacerme confesar unos crímenes que no había cometido? ¿Arrancarme una confesión y después entregarme a la policía? ¿O seguir su lógica hasta el final y dejarme morir allí?

Recordé los consejos de Piroz.

«Todo está previsto. Todo está donde debe estar».

Recé para que el inspector de policía no se equivocara.

Ese policía que seguía sin despertarse.

Océane tiró la colilla al mar y me desafió de nuevo con la mirada. Insondable...

Carmen se acercó a mí.

—Esta vez lo has entendido, ¿verdad, Salaoui? El mar sube aproximadamente un centímetro por minuto... Tendrás algo más de una hora para hablarnos de tus crímenes.

Tragué saliva.

«Síguelos el juego».

Vale, Piroz, no tengo elección, pero espabila.

—¿Y luego? —pregunté.

—¿De verdad quieres que te especifique quiénes van a emitir el veredicto? Será un jurado el que decida al final de la audiencia. Un jurado popular, así que te conviene ser convincente.

«Síguelos el juego».

—Son ustedes unos enfermos —le espeté.

Carmen, estoica, no se inmutó.

—¡Ve a buscar a Piroz! —le dijo a Frédéric—. Necesitaremos a otro hombre para meter a Salaoui en el agua, ya que Gilbert se niega a mancharse las manos.

Gilbert Avril no replicó. Seguramente ni siquiera oyó el comentario de su hermana; los graznidos de las gaviotas que se agolpaban sobre el techo de la cabina de mando cubrían las voces.

Frédéric desapareció en la bodega. Mona seguía crispando las manos sobre las cuerdas de amarre que azotaba la espuma. Amaratadas. El débil sol del amanecer ya había sido engullido por un edredón de nubes. La temperatura exterior no debía de sobrepasar los cinco grados. No quería ni imaginar la del agua.

Océane encendió otro cigarrillo. Carmen vació otra taza de café.

—¿Qué hace ese idiota? —masculló refiriéndose a Saint-Michel, que aún no había vuelto.

Sus pasos se oyeron por fin en la escalera. El estupor le desfiguraba la cara.

—Piroz no está en su camarote —anunció.

Un abismo se abrió ante mí. El destino se divertía estrellándose contra las paredes. Tuve la impresión de que los miles de cormoranes graznaban únicamente para reírse de mí.

—¿Has buscado en otros sitios? —insistió Carmen—. En el retrete, en la ducha...

Frédéric no se molestó en disimular un gesto de irritación. Se pasó la mano por la barbilla sin afeitarse.

—¡Joder, Carmen, este barco mide treinta metros! ¡Si te digo que no está en la bodega, es que no está!

Nadie añadió nada. Carmen bajó, seguida de Océane y después de Denise. Registraron hasta el último rincón del *Paramé*.

Sin éxito.

El inspector de policía no estaba en el barco.

¿Tal vez Piroz había bebido demasiado y se había caído, borracho, por la borda? ¿Había saltado voluntariamente al agua helada, a bordo de no sé qué barca hinchable, para ir hasta la costa en busca de ayuda? ¿O simplemente le habían hecho callar porque sabía demasiado, porque no había sido lo bastante prudente?

Mientras Gilbert Avril, apremiado por Carmen, contaba uno a uno los chalecos salvavidas del *Paramé*, recordé las palabras de Piroz.

«Nadie más está al corriente. Tu inocencia deber seguir siendo un secreto unas horas más».

Nadie más está al corriente.

Gilbert Avril, echando pestes, metió de nuevo, desordenadamente, los chalecos salvavidas en el arcón.

¡No faltaba ninguno!

Miré, aterrado, la anilla de cobre empotrada en la muralla de ladrillo.

El mar ya había subido diez centímetros largos.

¿NADIE MÁS ESTÁ AL CORRIENTE?

«El agua nos llegaba a las rodillas y el viejo idiota dijo que siguiéramos adelante».

No sabía por qué, pero esa antigua canción de Graeme Allwright que cantábamos en el campamento cuando éramos pequeños se repetía en mi cabeza.

Obsesiva.

Una manera como otra de permitir a mi mente evadirse. En realidad, el agua me llegaba ya hasta medio muslo. Protegido por el neopreno, no tenía frío; todavía no. Lo más doloroso eran los tirones de la anilla en mis brazos.

En los últimos minutos había probado diferentes posturas, utilizando una mano, luego la otra y luego las dos, para evitar que todo mi peso cayera sobre el mismo hombro. Sabía que, cuando el nivel del agua subiera, cuando mi cuerpo flotase, sufriría menos.

Antes de dejar de sufrir del todo.

Gilbert Avril había tenido que ayudar a Carmen y a Saint-Michel a bajarme del barco y a cerrar las esposas que yo llevaba puestas en torno a la anilla de cobre empotrada en la muralla. Gilbert había refunfuñado, le había cogido a Océane un cigarrillo para tirarlo prácticamente enseguida y había mascullado varias veces entre dientes: «Qué gilipollez», antes de regresar a bordo del *Paramé* una vez que estuve encadenado a mi poste de tortura.

No me debatí. Por un momento había pensado no facilitarles la tarea, gritar, retorcerme en la cubierta como un gusano cortado en dos, añadir la humillación a todo lo que ya había soportado.

Pero era inútil...

Ellos eran seis. Frédéric Saint-Michel y Océane Avril llevaban un revólver cada uno en el bolsillo y se habían encargado de que lo viera. Yo estaba solo. Atado. Incluso sin amenazarme con un arma, les habría bastado echarme al agua fría, esposado, para que les suplicase que me colgaran de cualquier asidero fuera del agua.

Tal como estaba previsto, con una precisión de reloj suizo, el agua subía un centímetro por minuto. El mar estaba bastante en calma, lo que no impedía que las olas rompieran con violencia contra las murallas de la fortaleza de Saint-Marcouf. El

agua de mar, proyectada sobre mi cara, me salaba los ojos y la boca, y no tenía ninguna posibilidad de secármelos para aliviar la irritación. Mi cuerpo se elevaba cada vez que llegaba una ola más fuerte, para ser empujado a continuación contra la pared de blandas algas. No era más que un hombre-tronco colgado en medio de la tempestad, zarandeado hasta la extenuación.

Denise permanecía con Arnold en la cubierta del *Paramé*, todavía apoyada en la borda. Mis otros cuatro verdugos habían subido a la ciudadela y estaban, sentados o de pie, sobre la muralla recién restaurada, a una distancia de cinco metros a mi izquierda. Desde mi posición solo veía ese muro de ladrillo, lo más alto de la parte central de la ciudadela y la atalaya que se recortaba contra el cielo de algodón.

Mi última esperanza...

La idea se me había ocurrido mientras me ataban a la anilla de cobre. Quizá Piroz no había intentado llegar a la costa, sino que se escondía en la isla y esperaba el momento oportuno para salir, tal vez incluso acompañado de una brigada de policías emboscados tras la arena.

De los cuatro locos de Hilo Rojo, Mona —había renunciado a pensar en ella llamándola Alina— era la que estaba más lejos de mí, sentada al final de la muralla.

¿Deliberadamente?

Golpeaba con las piernas la pared, nerviosa, como si el tiempo se le hiciera interminable. Sus cabellos hacían de frenéticos limpiaparabrisas ante sus ojos inundados. Saint-Michel se había puesto en cuclillas a su lado, pero se levantaba cada treinta segundos, nervioso también. Carmen, erguida y estoica, destacaba sobre los demás con su masa corporal. No se había sentado ni un solo momento. Solo apartaba la mirada para dirigirla a la esfera de su reloj.

—Menos de una hora, Salaoui. Si quieres que el jurado tenga tiempo de deliberar antes de que te ahogues, te aconsejo que hables.

La espuma me abofeteaba la cara.

Solo Océane parecía tranquila. Se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y el cortavientos le caía sobre los vaqueros. Seguía fumando y me miraba sin animosidad ni compasión. Simplemente con una curiosidad de niño que observa en un jardín cómo un insecto devora a otro y no intenta hacer nada para salvarlo, que comprende de pronto, al ser testigo de esa escena, que el mundo es cruel.

Increíblemente guapa.

—¿Que hable de qué? —grité entre una ola y la siguiente.

Nadie me contestó. Se suponía que debía confesar sin que me soplaran las respuestas.

¡Joder!, ¿qué hacía el capullo de Piroz?

El agua había subido treinta centímetros más; me apretaba el pecho como una tenaza.

«Todo está previsto, todo está donde debe estar», martilleaba la voz del inspector dentro de mi cabeza.

Ni rastro de él todavía.

—Te queda menos de media hora —anunció Carmen.

El tiempo pasaba demasiado deprisa. Una clepsidra trucada. *Fort Boyard* en versión *snuff film*.

Escupí una mezcla de agua y baba.

—¡De acuerdo, os lo diré todo!

Me quedaba muy poco tiempo. Al cuerno las recomendaciones de Piroz, no podía seguir esperando. Ese poli gordo y alcohólico tenía que haber sido más claro, tenía que haberme indicado con precisión cuándo llegaría la caballería.

—¡Estáis equivocados desde el principio! —grité para imponerme al ruido del oleaje—. ¡Yo no soy el asesino de Morgane ni de Myrtille! Piroz también lo sabe, me lo dijo anoche.

A continuación di todos los detalles, incluido, por supuesto, el papel con el resultado de la prueba de ADN, que sin duda estaba en el camarote de Piroz, o en algún otro sitio, ¡pero que se dieran prisa, hostia, que lo buscaran!

—Id a ver —les dijo Carmen a Océane y a Saint-Michel.

Ellos se levantaron sin rechistar.

Mientras, yo seguí argumentando. Yport, donde jamás había puesto los pies pese a las apariencias, pese a aquella reserva de habitación en una casa rural. Ese otro rincón de Normandía del que solo había visto la iglesia de hormigón de Grandcamp-Maisy, una tarde, pero no Les Grandes Carrières ni el canal de Isigny-sur-Mer.

Mona ni siquiera volvió la cabeza. Ya conocía esa versión. Una ola más alta que las demás me azotó la cara y me hizo engullir mis últimos argumentos en un atroz trago de agua salada que escupí mezclada con bilis.

Estaba en las últimas.

No añadí nada. Había decidido no mencionar de momento el doble juego de Piroz, su verdadero objetivo: utilizarme como cebo para desenmascarar al culpable.

¿Uno de los que estaban en ese barco?

«Nos llegaba hasta la cintura», canturreaba Graeme Allwright.

Océane y Frédéric Saint-Michel salieron de la bodega diez minutos más tarde con las manos vacías y negando con la cabeza.

Nada. Habían buscado por todas partes.

Ni rastro de un papel con el resultado de un análisis de ADN. Piroz había desaparecido y ni siquiera se le había ocurrido proteger la única prueba que me exculpaba. ¡Ese policía era un cabrón incompetente!

Los pinchazos de miles de cristales abrasivos me consumían los ojos.

—¡Esperad, joder! —grité, con la boca rebosando de baba y espuma—. Piroz me enseñó ese papel anoche. Ha sido el Servicio Regional de Identidad Judicial de Ruan quien ha realizado esos análisis. ¡Llamadles, joder, y os lo confirmarán!

Océane encendió otro cigarrillo y volvió a sentarse. Saint-Michel, indiferente, dio unos pasos hacia la ciudadela.

—No intentes ganar tiempo, Salaoui —se limitó a contestar Carmen—. Te queda poco.

Veinte minutos tal vez...

Como máximo.

El agua me cubría hasta los omóplatos. La postura se me hacía cada vez más insoportable; conseguía con muchas dificultades tensar el cuerpo y mantenerlo en la superficie en un equilibrio precario. Incluso podía, ayudado por mi pierna amputada, anticipar las olas más agresivas. La tortura ideada por Carmen y sus amigos era de una terrible eficacia. Cada milímetro de comodidad ganado, segundo a segundo, me acercaba cada vez más a la muerte.

El horizonte continuaba desesperadamente vacío.

Unas nubes reventaron. Una fina llovizna empezó a caer sobre Saint-Marcouf. ¡Providencial!

Con la boca y los ojos muy abiertos, lamí el agua dulce que me corría por el rostro. En la cubierta del *Paramé*, Denise y tío Gilbert se refugiaron en la cabina de mando y desaparecieron con Arnold en la caja de cristal empañada.

Carmen se limitó a cubrirse la cabeza con la capucha del impermeable violeta. Saint-Michel abrió un paraguas negro que no parecía que fuese a resistir mucho tiempo al viento y se acercó a Mona para ofrecerle cobijo. Ella no hizo el más mínimo gesto, ni de agradecimiento ni de rechazo.

La única que desafiaba a la lluvia era Océane.

Las gotas barrían su rostro, formando regueros de rímel y sombra de ojos malva que descendían por las mejillas hasta la boca. Estaba más espléndida aún, era como un icono oriental olvidado bajo la lluvia, cuyos colores dorado y púrpura se diluyeran para componer un prodigio pintado por los dioses.

No podía apartar la mirada de ella. Estaba enamorándome como un tonto. Justo cuando iba a morir ahogado al cabo de unos minutos, sentía un irreprimible deseo por esa chica, esa chica que sin duda deseaba mi muerte más que ninguna otra cosa. Seguro que había ahí una transferencia que los psicólogos del Instituto Saint-Antoine habrían disfrutado analizando, una huida abismal, una parte de mi mente que desvariaba.

Me apoyé en la anilla para izar mi cuerpo fuera del agua unos instantes y grité para que se me oyera por encima del estruendo de las olas, las gaviotas y la lluvia.

—¡Piroz tenía otra teoría! ¡Quería tenderle una trampa al verdadero culpable! — Mi tronco se sumergió en el agua helada—. ¡No he sido yo! —me desgañité—. ¡No he sido yo! —Una última aspiración antes de expulsar todo el aire que me quedaba—. ¡Uno de vosotros!

Ninguna reacción. Arnold, al que Denise había dejado salir de la cabina, se puso a ladrar mientras corría hacia un cormorán posado en la cubierta.

—Tonterías, Salaoui —dijo Carmen—. Te queda un cuarto de hora para confesar.

«Me llegaba hasta el pecho», cantaba, divertido, Graeme.

«Todo está previsto, todo está donde debe estar», le contestaba Piroz.

¡Malnacidos!

¿Qué plan había podido organizar Piroz en aquella roca desierta? ¿Por qué allí, en Saint-Marcouf? ¿Porque Myrtille Camus había estado allí, con motivo de una excursión en barco de vela, unos días antes de su muerte? ¿Qué relación había entre ese plan y las dudas formuladas por Alina, su mejor amiga? Myrtille vestida con ropa *sexy* en su día libre, Myrtille tenía una cita con su violador, Myrtille confiaba sus secretos a una libreta Moleskine azul celeste que nadie había vuelto a ver.

Myrtille y esa firma en un poema que inquietaba a Alina. M2O.

Entonces, ella también sabía que yo no era el asesino.

Alina, la Mona encargada de seducirme, era mi única aliada, eso es lo que había afirmado Piroz.

Alina, una desconocida. Mona, la traidora.

Mis ojos se apartaron con pesar de Océane para mirar a la que, decididamente, no conseguía llamar de otro modo que Mona, postrada bajo el paraguas de Saint-Michel.

Le supliqué con la mirada.

Díselo todo, Mona. Díselo todo. Rápido.

Ella me escuchó sin que yo tuviera que abrir la boca, me comprendió sin que mediara una sola palabra. Despacio, se puso en pie. Apartó, decidida, el paraguas de Saint-Michel con un brazo.

—Basta —dijo en voz tan baja que me costaba oírla. Se dirigía a Carmen—. Está claro que no va a decir nada. Si es culpable o inocente, no nos corresponde a nosotros decidirlo. Saquémoslo de ahí y entreguémoslo a la policía.

—Lo soltarán —repuso Carmen—. Si no hay una confesión, lo soltarán.

Mona no cedió.

—Habíamos decidido constituir un jurado. Ese jurado es el que debe decidir. Tomamos las decisiones juntos, eso es lo que siempre hemos hecho.

El agua caía en cascada por encima de mis hombros.

Daos prisa, joder...

—De acuerdo —accedió Carmen—. Los que estén a favor de sacar a esa basura del agua que levanten la mano.

Gilbert y Denise, en la cabina, no habían oído la pregunta, o hicieron como que no la habían oído. Océane se limitó a encender otro cigarrillo sin esbozar ningún otro gesto.

Mona interrogó largamente con la mirada a cada uno de los miembros de Hilo Rojo y después levantó la mano.

—¡Por Dios! —dijo— Existe una duda. Todos sabemos que existe una duda. No

podemos dejar morir a ese pobre chico simplemente porque no tenemos a nadie más en quien vengarnos...

Se volvió hacia Saint-Michel. Una eternidad.

Tres centímetros más de agua, una cuchilla helada me apretaba la nuez de Adán.

Saint-Michel no levantó la mano.

—Estamos de acuerdo —zanjó Carmen—. Un voto a favor de salvar a Salaoui y cinco en contra. Lo siento, Alina...

Se había acabado, estaba condenado.

«El agua nos llegaba al cuello», se burlaba Graeme Allwright.

Una ola de cada dos rompía contra mi boca. Me tragaba dos de cada tres. Tosía. Me ahogaba.

«Todo está previsto —había dicho Piroz—. Todo está donde debe estar».

¡Cabrón!

Una prueba de ADN me exculpaba, un policía creía en mi inocencia, pero a los miembros de la asociación Hilo Rojo les importaba una mierda. Ellos tenían que ejecutar a alguien porque uno de los suyos había sido ejecutado.

Una vida por otra.

El ciclo de la muerte.

Mi cuello desaparecía entre la espuma.

De pronto, en una semibruma, oí a Arnold ladrar en la cubierta del *Paramé*. Más fuerte, durante más tiempo que cuando perseguía a las gaviotas.

Todos se volvieron. Abrí los ojos como platos.

Transportado por las corrientes hasta la isla del Large, un cuerpo flotaba contra el casco del *Paramé*.

Piroz.

No había caído accidentalmente por la borda por haber bebido demasiado ni por haber intentado ir en busca de ayuda. Flotaba boca arriba como una balsa escarlata, con un ridículo mástil clavado en el corazón.

El mango de un cuchillo.

Asesinado.

«Todo está previsto, todo está donde debe estar», había afirmado.

¡Y un huevo!

Habíamos hablado demasiado fuerte la noche anterior en mi camarote. Piroz no había sido lo bastante prudente. El verdadero culpable nos había espiado, le había hecho callar.

¿Quién?

Ahora ya daba igual. Solo importaba esa certeza.

Nadie más estaba al corriente.

La única persona en el mundo que tenía la prueba de mi inocencia había sido

reducida para siempre al silencio. Estaba definitivamente condenado a muerte.

Todos los miembros de Hilo Rojo, incrédulos, seguían con la mirada el cadáver de Piroz, que flotaba a la deriva en el puertecito, hinchado de agua, más corpulento aún que de costumbre.

Todos salvo Océane Avril.

Océane era la única que parecía atraída por otro punto, a unos metros de ella, en el muro de ladrillo, casi bajo los pies de Mona.

Instintivamente, volví la cabeza y traté de comprender qué era lo que veía.

Al principio, mis ojos, entre ola y ola, no lograron distinguir de qué se trataba. Hasta que, de pronto, se me hizo evidente.

Bastaba con mirar el sitio correcto.

Océane tenía una expresión tan atónita como yo.

En los ladrillos ocre estaban grabadas dos letras y una cifra, casi borradas, unas iniciales como las que trazan los enamorados para marcar su amor con un sello de eternidad.

M2O.

¿UNO DE VOSOTROS?

M2O

Miraba el ladrillo con incredulidad.

Las dos letras y la cifra destacaban en finos trazos blancos labrados en la piedra de arcilla, como si Myrtille Camus hubiera vuelto unos días antes a Saint-Marcouf para grabarlas u otra persona las hubiera mantenido allí con devoción desde hacía diez años.

Una ola rompió en mi cara. Escupí una mezcla de espuma fría y sal.

La urgencia del momento hacía que diera igual cómo había surgido del pasado ese epitafio, solo contaba su significado. Evidente. Tan violento como una cortina que se rasga y desvela de golpe la cruda verdad.

M2O no significaba «matrimonio dos de octubre», como todo el mundo había creído.

M2O tenía otro significado, de una lógica implacable.

Unas iniciales como las que graban los enamorados, pensé de nuevo.

Myrtille ama a Olivier.

M2O.

Myrtille amaba a Olivier. Olivier Roy, el chaval guapo que rondaba alrededor de ella en el campamento de Isigny, en las aguas de Saint-Marcouf y en la playa de Grandcamp-Maisy, el tipo de la gorra Adidas blanca y azul buscado por todos los servicios del comandante Bastinet y desaparecido desde el 6 de octubre de 2004.

Alina se había equivocado al declarar ante la policía. Olivier Roy no rondaba alrededor de Myrtille Camus por que se tratara de un perverso que acechaba a su presa potencial... ¡No! La razón era mucho más sencilla: Myrtille y Olivier se acostaban juntos. Vivían un romance de verano, y Myrtille, a unos meses de casarse, no se había atrevido a contárselo a su mejor amiga... Alina había sospechado algo todos estos años, pero sin llegar nunca a reconocer ante sí misma la verdad.

El mar me cubría la barbilla. Mi cuerpo tiritaba de frío y de excitación. La adrenalina aceleraba mis pensamientos. La información registrada los días anteriores desfilaba por mi mente. Toda la investigación del comandante Bastinet y de Ellen Nilsson.

M2O

Myrtille quiere a Olivier.
Unos versos danzaron en mi memoria...

*En el mundo rejas pondré
para impedir que nos separe.*

*A la vida una familia le pediré
para impedir que nos hastíe.*

*A nuestro alrededor un castillo construiré
Y contra todo lo defenderé.*

M20

La firma de un poema que había escrito para Olivier Roy, no para Frédéric Saint-Michel...

Con un movimiento desesperado, me apoyé en los brazos para izarme un momento por encima del agua. Hinché los pulmones y grité:

—¡Allí!

Océane acompañó mi grito apuntando con el dedo.

Todos los miembros de la asociación Hilo Rojo se quedaron inmóviles. El cuerpo atiborrado de agua del inspector Piroz encalló contra el espigón de la fortaleza de Saint-Marcouf y, como un globo tozudo, se obstinaba en rebotar contra el muro en cada flujo y reflujo de las olas. Nadie le dedicó ni una breve mirada.

Sin esperar ninguna explicación suplementaria, Mona se tumbó en el borde de la muralla y alargó los brazos hasta la piedra grabada, un metro por encima del nivel del mar. El ladrillo estaba suelto.

Poco a poco, Mona desplazó la piedra con la mano derecha y, al hacerlo, dejó al descubierto un escondrijo de unos diez centímetros. Se inclinó más. Su mano izquierda exploró a tientas el hueco abierto en el muro. Un segundo después, sacaba una bolsa de plástico transparente.

El agua lamía mi labio inferior. Se tragaría mi boca pasado un minuto. Mientras otra ola me inundaba la cara, distinguí un rectángulo azul celeste bajo el celofán. Por supuesto, yo sabía lo que Mona acababa de encontrar.

¿La sorpresa de Piroz?

«Todo está donde debe estar», había afirmado.

¿Había preparado él mismo esta puesta en escena? ¿Había grabado él esa piedra y escondido esa bolsa?

Mona rasgó el plástico con los dientes. Trocitos transparentes flotaron un instante al viento de la Mancha, mientras sus dedos se crispaban sobre la pequeña libreta azul.

Un bloc de notas Moleskine. El de Myrtille, ese en el que escribía sus emociones más íntimas.

Mucho más tarde, cuando recordara los detalles de esta escena, rememoraría las coincidencias, la actitud precisa de cada uno de los miembros de la asociación Hilo

Rojo, su posición exacta en la cubierta del *Paramé* o en la muralla del fuerte de la isla del Large, y les encontraría una explicación lógica. El exutorio inevitable de una larga, larguísima espera. Pero, en el momento, mi mente solo gritaba una orden:

¡Date prisa, Mona!

El agua me mordisqueaba las fosas nasales. El ácido láctico me quemaba los músculos de los hombros. Aun así, tensé de nuevo los deltoides para izarme sobre la línea de flotación, con la barbilla fuera del agua. Cuando el dolor fue demasiado fuerte, soplé, aspiré, contuve la respiración y sumergí la cabeza. Largos segundos aliviando mis músculos antes de tensarlos de nuevo para subir al aire libre. ¿Cuánto tiempo podría resistir así?

Mona leía el bloc de notas. Solo se movían sus labios. Desde lejos, su silueta se recortaba contra el cielo blanco, coronada por la atalaya de la fortaleza.

—Alina, ¿qué pone? —gritó de pronto Denise desde la cubierta del barco.

Arnold ladró.

Frédéric Saint-Michel contrajo la mano dentro del bolsillo de su chaqueta.

Carmen y Océane se habían acercado la una a la otra. Sus cortavientos, del mismo color, formaban una sola lona de plástico malva. Madre e hija no parecían comprender en absoluto la conexión entre esos nuevos acontecimientos.

Una nueva inmersión. Mi cabeza contó hasta treinta.

Salí a la superficie.

Mona levantó la mirada de la libreta y la dirigió hacia Frédéric Saint-Michel. Su voz me pareció lejana, casi irreal, filtrada por litros de agua de mar.

—Quería dejarte, Frédéric. Myrtille ya no estaba enamorada de ti...

—¡Tonterías! —gritó Saint-Michel.

Carmen dio un paso adelante, pero Océane la retuvo con la mano. Mona bajó de nuevo la cabeza hacia la Moleskine. Tardó una eternidad en pasar otra página.

¡Mona, por favor!

La Mancha me engulló de nuevo. Esta vez aguanté veinte segundos. Luego, apuntalado en la anilla de cobre, con las muñecas tensas, volví a salir, aspirando oxígeno casi hasta hacer que me estallaran los pulmones.

La voz de Mona era cada vez más lejana.

—Había conocido a otro, Frédéric. Alguien que le había abierto los ojos, que le había infundido valor para enfrentarse a sus allegados. Charles y Louise. Yo. Valor para rechazar lo que todo el mundo esperaba de ella...

—¡Chorradas! —gritó Saint-Michel.

El cadáver de Piroz se había desplazado y flotaba ahora a dos metros de mí. Lo miré, en el límite de mis fuerzas. La ola me golpeó en plena cara, con la boca abierta. Creí que el océano entero se metía dentro de mí. Me ahogaba, incapaz de articular una palabra, sin que nadie me prestara ninguna atención.

Todos pendientes de los labios de Mona.

—Son sus últimas palabras, Frédéric. Las últimas palabras que escribió en esta

libreta.

Las palabras se arremolinaron. Mi pierna, único músculo todavía capaz de resistir, se agarró al muro en un impulso desesperado y los dedos del pie buscaron bajo el agua un hueco entre dos ladrillos.

Apoyarse. Ganar unos segundos a costa de un equilibrio inestable que la más pequeña de las olas se cargaría.

Mi pie se movió en el vacío sin encontrar ningún asidero.

Imposible sacar la cabeza del agua.

Cerré los ojos, la boca, contuve la respiración por la eternidad. A unos centímetros de la superficie, como en una burbuja, oía leer a Mona.

—«Veinticinco de agosto. Tres de la mañana. Fred llega mañana. Es mi día libre. Ha insistido en venir. No acaba de aceptar que todo ha terminado. He quedado con él en un lugar discreto, junto a la granja de Les Grandes Carrières, cerca de Isigny. Espero que esta vez lo entienda. Espero que papá, mamá y Alina lo entiendan. Espero no decepcionarlos a todos. Espero que esto vaya deprisa. Estoy impaciente, Olivier, muy impaciente por volver a verte».

Abrí los ojos. Mi caja torácica iba a implosionar. Solo distinguí unas sombras borrosas a través del agua.

Vi a Mona dar un paso hacia Saint-Michel.

—¿Estabas en Isigny, Frédéric? ¿Estabas en Les Grandes Carrières el día que mataron a Myrtille?

Vi la silueta deforme de Saint-Michel inclinarse, alargar un brazo, desplazarlo en mi dirección.

—¡Es un montaje, joder! ¡El asesino es él! ¡Él!

Comprendí demasiado tarde que Saint-Michel empuñaba una pistola, que iba a disparar. Contra mí.

Me dejé hundir, pero las muñecas esposadas a la anilla me retenían a menos de cincuenta centímetros bajo el agua.

Un blanco ideal...

Todo sucedió entonces muy deprisa.

—¡Muere! —gritó Saint-Michel.

A continuación oí el grito de Océane, «¡No!», y luego la detonación, convencido de que una bala iba a atravesarme el cuerpo.

Nada.

Tres detonaciones más y, justo después, el cuerpo de Frédéric Saint-Michel cayó de la muralla, a cinco metros de mí, mientras Océane gritaba.

Comprendí que ella había sido más rápida, que había disparado primero. Y otra vez, y otra, contra el asesino de Myrtille Camus, contra el asesino de su hermana Morgane.

Al segundo siguiente, otro impacto levantó agua en la superficie.

Mona se había zambullido.

Noté pegarse su cuerpo al mío, su boca atrapar la mía y besarme para concederme una prórroga de unos segundos, unas bocanadas de oxígeno suplementarias. Subir, respirar, sumergirse y besarme de nuevo mientras sus dedos febriles se agarraban a la anilla de cobre.

Oí un tintineo metálico de llaves que entrechocan; luego, de golpe, las esposas se abrieron.

¡Era libre! Estaba vivo. Era inocente.

Desde la cubierta del *Paramé*, tío Gilbert, con semblante serio, nos lanzó dos salvavidas de color naranja.

En la isla, Océane lloraba entre los brazos de Carmen, erguida como una roca sobre la muralla, ocultando con su masa corporal la mitad de la fortaleza.

Mona, empapada con sus vaqueros Kaporal y su jersey verde, se pegó a mí y trató de besarme de nuevo, pero solo tocó con sus labios una sien cubierta de cabellos y de algas mezclados.

Yo había vuelto la cabeza. No era más que un madero frío, a la deriva, alejándose de las mentiras.

Mona me había traicionado.

No era ella quien me había salvado.

Mientras me agarraba a la escala de cuerda que colgaba del casco del *Paramé*, volví de nuevo los ojos hacia Océane.

Ella había levantado el rostro y me sostenía la mirada.

Era la misma que unos días antes, en lo alto del acantilado, antes de que se arrojara al vacío.

El iris de los abismos.

Un revólver yacía a sus pies, en la muralla.

Océane acababa de matar a un hombre para que yo viviera.

¿UN MONTAJE, JODER?

La playa de Grandcamp-Maisy estaba aún a un kilómetro largo, pero ya distinguía las fachadas claras de las casas del paseo marítimo, alineadas como los dientes blancos de una inmensa sonrisa.

Carmen Avril había llamado a la policía. Nos esperaban en el puerto. Llegarían antes que nosotros, habían asegurado, aunque la travesía desde Saint-Marcouf solo duraba unos minutos. Sin duda iban a movilizar todas las brigadas de la zona para recibirnos. Detrás de nosotros, la isla del Large ya había desaparecido entre una bruma matinal. Solo el vuelo de los cormoranes sobre el mar vacío permitía adivinar que abajo había tierra.

Yo estaba sentado sobre el banco-arcón. Nadie había pensado en devolverme la prótesis. Océane sollozaba, acurrucada contra mí. Carmen, colgada del teléfono, había dejado a su hija a mi cargo sin darme otra opción. Estaba empapado. El agua había acabado por meterse entre el traje de neopreno y mi piel para quedarse ahí, helada, y el viento de tierra que nos azotaba el rostro la enfriaba todavía más.

Por nada del mundo habría cambiado mi sitio.

No habría esbozado el menor gesto para ponerme a resguardo del viento, para secar los regueros helados que me corrían por el torso, los brazos y las piernas, el menor movimiento que podría haber modificado un solo milímetro aquel equilibrio milagroso.

El rostro de Océane apoyado en mi hombro. Su mano alrededor de mi cintura. Sus lágrimas calientes en mi cuello, unas gotas ardientes en un torrente de hielo.

Postrada.

Océane no había visto a Gilbert y a Carmen Avril subir, tras largos minutos de esfuerzos, los cadáveres de Piroz y Saint-Michel a la cubierta del *Paramé*. Ni a Gilbert encargarse, solo, de bajarlos a la bodega, sin decir palabra, con un Marlboro entre los labios.

«Ya sabía yo que era una historia ridícula», se había limitado a mascullar dirigiéndose a su hermana. Después había vuelto a la cabina de mando y puesto en marcha el motor.

Carmen no había contestado, con el teléfono pegado a la boca y a la oreja, sin duda hablando con la policía. No tendría suficiente con el tiempo que duraba la

travesía para explicarles por qué el *kotter* holandés llevaba dos cadáveres en la bodega.

Un policía y un asesino.

Mona estaba sentada contra la borda, cerca de la proa. Contemplaba el cielo blanco en dirección a la torre de la iglesia de Grandcamp, el único palo de la costa del que colgar una oración. Los ojos enrojecidos. Denise había atado a Arnold a sus pies y pasaba la mano por sus cabellos rojizos. Mona necesitaría tiempo. Su mejor amiga había sido asesinada por un hombre al que conocía desde la infancia. Chichin. El hombre que sus padres, Charles y Louise, habían elegido para hacer feliz a su hija.

Todos desaparecidos, sepultados bajo un alud de mentiras.

Todos salvo ella.

El balanceo acunaba a Océane. Yo no había tenido casi nunca un bebé entre mis brazos, pero comprendía a los padres, capaces de pasar noches enteras con un hijo contra su pecho. Comprendía esa increíble sensación de responsabilidad que exigía no hacer nada, esperar, petrificado por la eternidad. Porque estar ahí era suficiente.

Solo mis pensamientos corrían. Antes de entrar en el puerto de Grandcamp, se perdían en el vacío. No había entendido nada, o prácticamente nada, excepto que Frédéric Saint-Michel era el doble violador, el asesino de la bufanda roja que la policía buscaba desde hacía diez años, que Piroz lo había intuido y le había tendido una trampa.

A lo largo del interminable espigón de hormigón que separaba la playa de Grandcamp del pueblo, seguí con la mirada las tres furgonetas que circulaban en dirección al puerto, ocupadas por gendarmes. Sobreexcitados, seguramente. Pendientes de las palabras de Carmen.

Diez años esperando. Sin embargo, a partir de ese momento todo iría muy deprisa.

Ni ellos ni yo lo sabíamos todavía.

Antes de que acabara la tarde, la policía habría realizado las primeras pruebas periciales del bloc de notas Moleskine encontrado detrás de un ladrillo de la isla de Saint-Marcouf y certificado, sin ninguna duda posible, que había sido escrito por Myrtille Camus diez años antes. Otros policías habrían examinado cuidadosamente la agenda de Frédéric Saint-Michel el 26 de agosto de 2004. Un empleado del ayuntamiento de Elbeuf recordaría que la víspera del asesinato de su prometida el director del centro de ocio del Puchot había cancelado sus citas con padres para ir a visitar futuros lugares de acogida para los campamentos: casas rurales, bases náuticas, *pony-clubs*. Nadie lo había comprobado, nadie había prestado atención a aquello en esa época. Se enfrentaban a un asesino en serie. ¿Quién habría podido imaginar que Frédéric Saint-Michel iba a hacer el recorrido de Elbeuf a Isigny en un día, trescientos sesenta kilómetros, para violar y estrangular a su futura esposa?

Antes de que acabara la noche, hacia las once, los gendarmes de la brigada de Elbeuf, provistos de una orden del juez Lagarde, habrían registrado la vivienda de Frédéric Saint-Michel, en la calle Sainte-Cécile. Para su estupor, allí iban a encontrar, en un cajón cerrado con llave que acabaron por forzar con un sacaclavos, el bolso de Morgane Avril. Llamarían entonces al juez para decir que sí, que por primera vez habían encontrado un vínculo sólido entre el caso Avril y el caso Camus.

Hacia medianoche, en conversación telefónica con el aspirante Hachani, Sandra Fontaine, una exmonitora del centro del Puchot y actualmente maestra en Thuit-Simer, cerca de Elbeuf, recordaría haber hablado con su director del festival Riff on Cliff y en particular de un grupo que actuaba en Yport aquella noche. Histoires d'A, una formación que recuperaba los temas de los Rita Mitsouko. Sandra Fontaine no sabía si su director había ido al festival, pero recordaba perfectamente haber hablado con él de Riff on Cliff al día siguiente, mientras tomaban un café. Por lo demás, en la región todo el mundo hablaba aquel día del festival. No de las actuaciones, sino de la chica que habían encontrado violada, estrangulada y arrojada desde lo alto del acantilado de Yport.

Hacia la una de la madrugada, un grupo de tres policías bajo el mando del comandante Weissman, del SRPJ de Ruan, iban a pasar el resto de la noche redactando un primer informe. Probablemente, Frédéric Saint-Michel había ido solo al festival Riff on Cliff y se había sentido fuertemente atraído por Morgane Avril, que aquella noche inflamaba la pista de baile del Sea View. Seguramente Morgane Avril no se había mostrado indiferente a las proposiciones de Saint-Michel. Habían salido juntos de la discoteca. Las cosas debían de haberse torcido después. Saint-Michel había violado a la chica, la había estrangulado y había vuelto a Elbeuf llevándose el bolso que la policía buscaba.

¿Qué pasó unos meses más tarde, cuando Myrtille Camus, su prometida, quedó con él en Les Grandes Carrières para anunciarle que quería romper? ¿Otro acceso de furia? ¿Un plan maquiavélico minuciosamente preparado? Seguramente no lo sabremos nunca, pero Frédéric Saint-Michel siguió el mismo *modus operandi* que en su primer asesinato. Vestido rasgado. Bufanda roja Burberry utilizada para estrangular a la víctima. De esa forma desviaba las sospechas de la policía. El asesino era un merodeador, un perverso. En ningún caso un allegado a una de las chicas...

Hacia las tres de la mañana, el comandante Weissman concedería un descanso a sus colaboradores e intentaría despertar al comandante Léo Bastinet, jubilado desde hacía más de cinco años e instalado cerca de Ambert, en Puy-de-Dôme, para informarle de las últimas novedades del caso Avril-Camus. El comandante Bastinet contestó después de diez tonos y le colgó antes de que pudiera haber pronunciado diez palabras. No hizo lo mismo Ellen Nilsson, a quien Weissman consiguió localizar unos minutos después.

A las seis de la mañana, la psicocriminóloga concedió la primera entrevista a I-Télé. Despeinada como si acabaran de despertarla y sacarla de la cama, cara sin

maquillaje y sin arrugas, pechos voluminosos bajo una blusa de seda transparente puesta a toda prisa, le aseguró al periodista, que no apartaba la mirada de sus piernas desnudas, que ella siempre había sabido que Myrtille Camus conocía a su asesino, pero que, por desgracia, había sido la única en creer en esa hipótesis.

A las diez de la mañana, los telefonistas del SRPJ de Ruan ya habían recogido cinco nuevos testimonios de antiguas monitoras de la Sábana de Oro y de la Casa de la Juventud y la Cultura de Elbeuf. Todas revelaron que, cuando dirigía los centros, el apuesto Chichin se sentía muy atraído por las jóvenes y guapas monitoras en prácticas, y contaba con un impresionante palmarés de *groupies* dispuestas a irse con él a la cama, en una franja de edad que iba de los diecisiete a los veinte años. Varias chicas confesaron haber sucumbido a las proposiciones del guitarrista y contaron la metamorfosis del seductor a partir del momento en que ellas se habían rendido a sus encantos: el pretendiente atento de la noche se convertía al amanecer en amante despiadado. Impaciente. Hastiado. La policía, en cambio, no había logrado encontrar a ninguna chica que hubiera estado en la cama de Saint-Michel después del verano de 2003, fecha en la que empezó a salir oficialmente con Myrtille Camus. ¿Había encontrado Saint-Michel el amor de su vida, el que no soportaría perder?

Gilbert Avril dio un firme golpe de timón a la derecha. El *Paramé* giró en dirección al puerto, derecho hacia la escollera de hormigón que regulaba la estrecha entrada del canal. Pese a la hora temprana, unas decenas de mirones se agolpaban ya en el malecón; seguramente vecinos del paseo marítimo y comerciantes, alertados por el desfile de furgonetas de la gendarmería.

Nos lanzaban miradas curiosas, apuntaban el dedo en nuestra dirección, reían o murmuraban. Varios *flashes* de cámaras de fotos crepitaron.

Océane, todavía acurrucada entre mis brazos, les daba la espalda. El *Paramé* se deslizaba suavemente sobre el agua en calma. Yo intuía que, en cuanto hubiéramos atracado, se desencadenaría la tormenta. Todos los miembros de la asociación Hilo Rojo pasarían a disposición de la policía.

Traslado a la comisaría más cercana. Interrogatorios por separado. Jauría de periodistas acampados delante del puesto de policía.

Aproveché los últimos segundos de calma para hacer mentalmente una lista de las dudas que no aclaraba del todo la muerte de Saint-Michel.

¿Quién había llevado el diario íntimo de Myrtille Camus a la isla de Saint-Marcouf? ¿Piroz, para confundir a Frédéric Saint-Michel, tal como había dado a entender en la bodega del *Paramé*? Pero, si se había hecho con una prueba tan determinante como ese diario íntimo, ¿por qué no había acusado directamente a Saint-Michel? Si Piroz había adivinado el significado real de la firma M2O, ¿por qué había aceptado participar en esa maquinación demencial ideada por Carmen Avril, hasta este desenlace macabro en la isla de Saint-Marcouf?

«Todo está donde debe estar», había afirmado el capitán.

¿Qué había previsto Piroz antes de que Saint-Michel lo apuñalara? ¿Qué pintaba en esta historia esa teoría del dilema del prisionero a la que el capitán concedía tanta importancia?

El *kotter* holandés pasó rozando el faro al final del espigón. Un tipo con gorro marinero, subido en la barandilla y cámara con teleobjetivo en ristre, nos hizo señales con los brazos. ¡Idiota!

Instintivamente, giré tres cuartos para tapar el rostro de Océane. La jauría se agolpaba en los muelles. Mi mente se embalaba de nuevo.

Océane había matado a un hombre hacía unos minutos. Frédéric Saint-Michel era culpable, de eso no cabía duda, aunque...

Quedaba un último escollo. El principal, en el fondo, el que explicaba por qué nunca se había sospechado de Saint-Michel.

¡Su ADN!

La policía había comprobado la huella genética de Frédéric Saint-Michel, como había hecho con la de todos los allegados a Myrtille Camus. Por supuesto, no coincidía con la del esperma encontrado en los cuerpos de Morgane y Myrtille. ¿El apuesto Chichin había sido víctima también de unas coincidencias increíbles, de un encadenamiento vertiginoso que lo convertía en el culpable ideal? ¿O bien había ideado el truco más ingenioso imaginable?

Entonces todos lo ignorábamos, pero la policía encontraría la solución al día siguiente, hacia la una de la tarde.

Una solución tan simple como evidente...

¿HABÍA ENCONTRADO AL AMOR DE SU VIDA?

Sesenta y tres bolsas de plástico precintadas llegaron antes de la medianoche al Servicio Regional de Identidad Judicial de Ruan. Vasos, botellas, cuchillos, tenedores, cepillos de dientes, peines, ropa, zapatos, gafas, guantes, pañuelos, bolígrafos, llaves, cejillas de guitarra, auriculares de MP3...

Los agentes de policía de Elbeuf habían obedecido las órdenes estrictas del comandante Weissman: habían recogido minuciosamente, en casa de Frédéric Saint-Michel, todos los objetos que podían parecerles, de cerca o de lejos, susceptibles de ser portadores de una huella genética.

Los resultados de un primer análisis de todo ese batiburrillo llegaron al amanecer: un vulgar frasco de cristal, encontrado entre un gel de ducha y un champú, contenía antiguos restos de esperma. Unas horas más tarde, un ordenador escupió un código genético.

La policía verificó durante largos minutos cada letra, cada cifra, como jugadores de Loto que no se atreven a creer que tienen entre sus manos el boleto ganador. Diez años esperando que saliera la combinación acertada...

Luego se pusieron a saltar de alegría.

¡El esperma contenido en el frasco era el mismo que el encontrado en los cuerpos de Morgane Avril y Myrtille Camus!

Weissman redactó sobre la marcha un informe definitivo para el juez Lagarde: Frédéric Saint-Michel había conseguido esperma de un desconocido para desviar las sospechas. Esa certeza zanjaba el asunto al tiempo que lo hacía aún más sórdido. De simple amante aterrado ante el cambio de opinión de sus dos amantes, el apuesto Chichin pasaba a ser un asesino sádico que había premeditado con toda minuciosidad los dos crímenes. Por más que un médico forense, el doctor Courade, insistió en que le parecía técnicamente imposible que el esperma encontrado en la vagina de Morgane Avril hubiera podido ser introducido de manera artificial, nadie se molestó en detenerse en ese detalle. Frédéric Saint-Michel, incluso con tres balas en el vientre, entraba en el panteón de los asesinos maquiavélicos.

El *Paramé* entró en el puerto de Grandcamp-Maisy. Dejó atrás una decena de barcas

pintadas de vivos colores que flotaban perezosamente frente al muelle. Los policías alineados entre las cajas de poliestireno parecían haber sido atrapados en las redes de los pesqueros y amontonados allí en espera de la subasta.

Denise le lanzó una amarra al policía que estaba más cerca. El *Paramé* aplastó las boyas amarillas para pegarse al muelle de ladrillo.

—Quieren hablar contigo —le susurró Carmen al oído a Océane—. Quieren hablar con todos nosotros, pero primero contigo.

Voz inquieta. Teléfono apretado en la mano.

La mirada mojada de Océane abandonó la de su madre y me inundó de nuevo. Una ola de lluvia, cálida esta vez. Tendría que explicarse ante la policía, claro. Había matado a un hombre. Tres balas en el cuerpo, menos de treinta minutos antes.

Para vengarse.

Para salvarme...

Su mano se deslizó lentamente por mi brazo.

—Perdóname, Jamal —dijo—. Perdónanos, era...

—Están esperándote —insistió Carmen.

Océane se levantó. Me pareció percibir pesar en sus ojos.

—Nos llamamos —murmuró.

Nos llamamos.

Mientras Carmen y Océane desaparecían en el asiento trasero del Renault Trafic azul aparcado frente al *Paramé*, otros policías invadieron la cubierta del *kotter*. Una decena. Algunos se habían puesto guantes de látex y gorros de plástico transparente. Yo seguía sentado en el banco-arcón cerrado con candado y nadie parecía interesarse por mí. Dentro de mi campo visual, en línea recta, Mona, apoyada todavía en la borda, le dijo algo al policía que avanzaba hacia ella.

Demasiado lejos. Imposible oírlo.

El tipo asintió con la cabeza y se alejó. Al cabo de un segundo, Mona se plantó delante de mí.

—Hola, Jamal. Desde que me mataron junto a la estación de Les Ifs, no hemos tenido muchas ocasiones de hablar.

Su risa sonaba falsa. Hueca más bien. Que no esperara ningún eco por mi parte.

Apretó los labios. El viento jugaba a meter sus cabellos rojos en la capucha del cortavientos.

—Lo siento, Jamal. Tú no tenías nada que ver con este asunto. Hemos metido la pata. Todos.

Un agua fría seguía corriendo bajo mi traje. Tenía ganas de acabar con aquello. De hacer una declaración ante la policía, firmarla y largarme de allí.

—Supongo que te dará igual —continuó Mona— que te diga que no estaba de acuerdo con ellos, pero que no tenía elección.

Volví la cabeza. Carmen había salido del Renault Trafic acompañada de una policía. Océane no.

—Pero, ya ves, al final Carmen Avril tenía razón. Y Piroz también. Para hacer que la verdad saliera a la superficie, había que remover el pasado.

¿Remover el pasado?

¿Hacer que la verdad saliera a la superficie?

Dos cadáveres se pudrían en la bodega del *Paramé*, y sin duda no los que estaban previstos al empezar el programa.

Un policía avanzó hacia nosotros con la gorra calada hasta las cejas. Antes de que pudiera dirigirnos la palabra, Denise se interpuso en su camino y le hizo coger a Arnold en brazos. Estaba claro que Mona había negociado una tregua. Un poco de tiempo para hablar conmigo.

¿Qué esperaba?

Un mechón descontrolado ondeó sobre sus labios; ella lo apartó haciendo una mueca. Ya no tenía nada en común con una pequeña musaraña temerosa.

—Supe enseguida que eras inocente, Jamal...

¿Enseguida?

Concreta un poco, guapa...

¿Cuando nos acostamos juntos? ¿Antes? ¿Después? ¿Durante?

Vi a un cuarto policía bajar a la bodega del *kotter*.

—Tenía que representar mi papel hasta el final —se defendió Mona—. En recuerdo de Myrtille... De Louise, de Charles... Era..., cómo lo diría..., irreal. ¿Te acuerdas, anoche en el Fiat, en Vaucottes, cuando leíste el contenido del sobre marrón, el destino de una chiquilla del Puchot y su amiga de la infancia? Mimy y Lina. La vida mortalmente triste de una chica que lloraba a tu lado mientras leías esa carta de una desconocida...

Anoche. Hacía apenas diez horas. Tenía la impresión de que había pasado un año entero.

Vaucottes. El Fiat. Un sobre marrón.

«¿Conmovedor?», me había preguntado ella. «Gracias», había añadido.

Yo no había entendido nada.

Solté un puñado de palabras envenenadas.

—Me acuerdo. Me tomaste bien el pelo.

—No, Jamal...

—Sí... Me quito el sombrero. Eres una excelente actriz.

Ella retorció un mechón rojo con los dedos, como una colegiala tímida, y respiró hondo.

—No, Jamal, era sincera. En contra de todas las apariencias, era sincera. Absolutamente sincera. No me creerás, Jamal, y no me hago ninguna ilusión respecto a nosotros, pero tengo que decírtelo. Ahora. Salvo en lo concerniente al doble asesinato, nunca... —terminó su declaración sin respirar— nunca he sido tan sincera

en una relación con un chico.

Su sonrisa torpe se estrelló contra mi rostro.

¿Sincera?

¿Salvo en lo concerniente al doble asesinato?

Salvo en lo concerniente a los sobres marrones sembrados tras de mí también.

Salvo la excursión nocturna a casa de Le Medef. Salvo la visita al dormitorio de los niños traumatizados en la casa rural de la antigua estación de Les Ifs. Salvo la vida inventada de Magali Verron. Salvo la vida soñada de una tal Mona Salinas, titular de un doctorado en el silicio de los guijarros, estudiante apreciada por un director de tesis que dirigía el mayor laboratorio de química experimental de Francia, que incluso le prestó su villa. ¿Por qué privarse, eh, Mona? Ya puestos a elegir, mejor meterse en el papel de una chica divertida, inteligente y con un montón de diplomas... Así había más posibilidades de seducir al palomo sentado frente a ella en la mesa de La Sirène.

—Nada era verdad —murmuré—. Nada.

—Ni verdad ni mentira, Jamal... ¡Inventábamos, nos contábamos historias!

Un grito sordo explotó sobre mi cabeza.

—¡No incordie!

En la cabina de mando del *Paramé*, Gilbert Avril abroncaba a un policía que intentaba apartarlo del timón. Las gaviotas enloquecidas volaban de un palo a otro.

Mi mirada pasó por encima de los hombros de Mona.

—No. Yo me las creí.

Un silencio.

Vi salir del Renault Trafic a Océane, flanqueada por dos policías, y desaparecer de nuevo en el asiento trasero de un C4. La berlina volvió unos segundos después al final del muelle.

Una bola me aplastaba el vientre. Aparté la mirada.

—Yo me las creí, Mona —repetí—. ¿Ves?, sigo llamándote Mona. Qué idiotez, ¿no? ¡Mona Salinas no existe! Nunca ha existido. Tú eres... ¡una desconocida!

Sus cabellos seguían revoloteando alrededor de su cara, molestos como un enjambre de mosquitos.

—Si es eso lo que crees... —dijo tras un largo momento—. Pero Alina no es tan diferente de Mona. Es la misma chica, Jamal. Solo cambia el orden de las letras. En el fondo, todos interpretábamos nuestro propio papel. —Se acercó y me besó en la mejilla. Temblaba. Se obligó a sonreír—. No puedo enfadarme contigo, sería el colmo, ¿no crees? Sin rencores, entonces...

No reaccioné. No añadí una sola palabra. El tono alegre de Mona me parecía terriblemente artificial.

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro, Jamal? Nuestra cena, los dos solos, en La Sirène. Te pregunté si me habrías dado una de esas tarjetas de visita, las que repartías en la calle entre las chicas más guapas.

—Y te contesté que sí.

—Es verdad. Pero ¿recuerdas lo que dije yo?

Ni idea.

Escruté de nuevo el muelle vacío, hasta la esquina donde el C4 de Océane había desaparecido de pronto detrás del edificio color crema.

—Entonces te hablaba de usted. Te dije algo así como: «Estoy segura de que no me habría dado su tarjeta. A usted le gustan las mujeres románticas, las bellezas fatales, evanescentes. No las chicas tan directas como yo. —Mona me pasó un dedo frío por la mejilla—. Usted atrae imágenes, las colecciona como si fueran cromos de Panini. ¡No consigue las que necesita!».

Un *flash* me hizo pestañear. Un policía tomaba fotos de la borda del *Paramé*, seguramente para buscar desde qué punto de la cubierta había tirado Saint-Michel a Piroz. Ninguno de ellos parecía tener prisa por interrogarnos.

Las palabras de Mona continuaban resbalando dentro de mi cabeza.

«A usted le gustan las mujeres románticas, las bellezas fatales, evanescentes».

«No consigue las que necesita».

Ahora me acordaba, me había dicho eso la primera noche, una premonición a la que yo no había prestado ninguna atención.

—Sin rencores —confirmé en voz alta—. Tenías razón, Mona, me atraen las estrellas. —Mi mano atravesó el espacio vacío bajo mi rodilla izquierda—. ¡Las que debo conquistar! Las cimas inaccesibles. Escalar el Mont Blanc, ese tipo de bobadas. Me entreno duro para eso.

—Lo sé. En el fondo, siempre lo he sabido. Chao, Jamal. La policía nos espera. Creo que podemos enterrar los dos a la amiga Mona...

Alina. Tenía que meterme ese nombre en la cabeza.

Ella se contorsionó para sacar un objeto del bolsillo del vaquero.

—Hablando de tus futuras cimas, ayer recuperé esto. Lo había dejado sobre el capó del Fiat cuando estábamos junto a la antigua estación de Les Ifs. Resbaló cuando aceleraste para escapar de Piroz. Puede que hasta pasaras por encima... —Mona me puso en la mano la estrella amarilla de sheriff. Ahora negra de barro. Abollada—. La habías dejado en mis manos. Tendrás que buscar a otra guardiana.

Levanté la mirada hacia el cielo. Por encima de la media luna que se deshilachaba en largas nubes blancas, una última constelación titilaba.

—Gracias, Mona, pero ya no la necesito.

Escruté de nuevo las estrellas de la mañana, que coqueteaban, escondidas detrás de un fino velo de bruma, y cogí la insignia de sheriff entre el índice y el pulgar.

Con un gesto decidido, la lancé al agua lo más lejos que pude.

El trozo de metal dorado voló un largo momento, trazando una curva elegante, hasta posarse rebotando sobre la superficie negra del puerto.

—No deberías haberlo hecho —protestó Mona—. Era tu talismán... —La estrella de sheriff se hundía despacio—. Tu amuleto —añadió.

Se alejó. No había bajado tres barrotos de la escala del *Paramé* para acceder al muelle, cuando un policía con una cazadora de piel sacó las manos de los bolsillos para ayudarla.

En la cubierta, transportados por otros cuatro gendarmes, pasaron los cadáveres de Piroz y Saint-Michel envueltos en bolsas de plástico opacas.

Un policía volvió la cabeza hacia mí, indiferente. Quizá incluso esperaba que los ayudase a desplazar los fiambres.

Cerré los ojos y dejé que el bamboleo del barco me acunara.

Cinco verbos danzaban dentro de mi cabeza.

Cinco mandamientos.

Convertirme en el primer deportista discapacitado que participa en el Ultra-Trail del Mont Blanc.

Hacer el amor con una mujer más guapa que yo.

Tener un hijo.

Ser llorado por una mujer cuando muera.

Pagar mi deuda antes de morir.

No me había marcado un farol delante de Mona, esa vez no.

Ya no necesitaba ninguna estrella que me guiara. Tocaba con el dedo mis cinco objetivos. El primero no era más que una cuestión de entrenamiento. El segundo ya no era un Everest inaccesible.

Océane...

Nunca había tenido tantas ganas de que la misma mujer cumpliera tres de mis deseos. En cuanto al quinto, había estado estos últimos días tan cerca de la muerte que estaría harta de mí y me concedería una larga tregua...

Es difícil calcular cuánto tiempo permanecí sentado sobre el arcón, perdido en mis pensamientos, hasta que un policía se acercó para interrogarme. Era joven y risueño, casi se habría dicho que estaba en prácticas. Me tendió una manta y me preguntó si quería cambiarme. Asentí con la cabeza.

—Acompáñeme...

Me levanté y empecé a saltar a la pata coja con mi única pierna. El joven policía se volvió, incómodo. Parecía buscar en algún rincón del *kotter* la media pierna que me faltaba. A punto estuvo de mirar por la borda si un cocodrilo me esperaba con la boca abierta para devorarme la otra.

Luego, enseguida, noté que su incomodidad se transformaba en desazón. Su mirada subió hasta mi rostro.

Recelosa.

Tal vez le costaba también a él creer que el pequeño árabe con una sola pierna era completamente inocente en aquel asunto. No hay humo sin fuego... Después de todo, la asociación Hilo Rojo había reunido las pruebas, yo era el doble desconocido, el

único tipo presente en el mal momento en el lugar del crimen de Morgane Avril y de Myrtille Camus. Yo era el último que había hablado con Piroz antes de que lo asesinaran... Después de todo, quedaban muchas zonas de sombra en el expediente de Saint-Michel.

Después de todo, yo seguía siendo el chivo expiatorio ideal.

Después de todo, tal vez yo había mentido desde el principio.

Alargué la mano para que el joven policía me prestara su hombro. ¿Dónde demonios habían podido meter esos imbéciles de la asociación Hilo Rojo mi prótesis? Sospechaba que, en las horas siguientes, iba a tener que contar una y otra vez el inverosímil encadenamiento de acontecimientos de los seis últimos días.

Y escribirlo también, para no olvidar nada.

Lo malo y lo bueno.

Lo malo, a mi espalda; lo bueno, por venir.

Recuerden. Era la primera escena de este relato.

Yo estaba cenando en casa de la chica más guapa del mundo.

Ella acababa de ponerse un vestido tulipán de color azul. Sus pechos danzaban, desnudos y libres, bajo la seda de un escote que yo tenía derecho a mirar tanto tiempo como deseara.

Ahora puedo revelarles su nombre.

Océane.

Estaba a punto de hacer el amor con ella.

Eran las primeras líneas de este relato; también serán las últimas.

Amantes de los thrillers, siento decepcionarles...

¡Será un final feliz!

¿LO BUENO POR VENIR?

Champán, Piper-Heidsieck, cuvée millésimée 2005.

Una copa.

Troncos en la chimenea; delante, una mesa baja, oscura, de una madera exótica que yo no conozco, carísima seguramente.

Una butaca de piel en la que estoy sentado. Con pátina, de la misma piel marrón claro con la que se hacen los sillines de Harley, las botas de gaucho, los sombreros stetson de tejano. ¡Una fortuna! Parece que la ginecología da dinero.

Océane hace ruido en la cocina. Mi copa de Piper-Heidsieck está sobre la mesa, justo al lado del centenar de hojas, ciento trece exactamente. El relato de mis seis últimos días. Escribo las últimas líneas y dentro de unos minutos, después de habérselo dado a leer a Océane, lo guardaré. Para siempre.

¿Quién lo sacará a la luz?

¿Quién lo leerá?

¿Se quedará en una introspección íntima, olvidada al fondo de un cajón? ¿O se convertirá en una alucinante novela de misterio cuyo personaje principal soy yo?

¿Quiénes serán ustedes, los que están leyendo este texto? ¿Existirán acaso?

Ante la duda, escribo estas últimas páginas.

La policía dejó en libertad a Océane a última hora de la tarde. Su abogado dijo que ya estaba libre de todo cargo. Legítima defensa. Cinco testigos lo confirmaron. Frédéric Saint-Michel iba a disparar contra mí, me habría matado si Océane no hubiera desenfundado primero. La Inspección General de Servicios, la policía de la policía, continúa investigando el papel de Piroz en el caso. Volverán a escucharnos a todos como testigos, seguramente varias veces. El comandante Weissman y tres de sus adjuntos, después de haber escuchado mi historia, me miró con una especie de compasión malsana y me preguntó si deseaba presentar una denuncia.

Presentar una denuncia. ¿Contra quién?

No parecieron comprender y me dejaron ir. La policía trabajaba con minuciosidad, rastrea, rascaba desde hacía dos días, pero yo creo que ahora, en el fondo, les importa una mierda. Tienen un culpable, un móvil, unas confesiones y más pruebas de las que hacen falta.

Frédéric Saint-Michel.

Arrestado. Juzgado. Ejecutado.
Expediente archivado.

He llegado a casa de Océane hace menos de una hora. Vive en una casita aislada, en Lucy, a unos kilómetros de Neufchâtel-en-Bray, una casa de muñecas: entramados y paredes de adobe, paja e iris en el tejado, cuatro setos alrededor, un pozo, una charca, un laberinto de grava que corre entre parterres de plantas impecablemente podadas. Carmen debe de hacer horas extra en el jardín de su hija.

Océane me ha hecho pasar, me ha señalado la butaca de piel y ha dejado que yo abriese la botella de champán mientras ella iba al piso de arriba a ponerse otra ropa. Cuando ha bajado, unos minutos más tarde, había cambiado el jersey y los vaqueros por un vestido tulipán de color azul.

El bolígrafo se me ha caído de las manos. He sentido que la piel de la butaca se fundía bajo mi cuerpo.

Una ancha cinta turquesa pasaba por detrás de su nuca para dividirse en dos tiras que le cubrían el pecho y quedaban sujetas en la cintura, separadas la una de la otra por un escote enloquecedor. El vestido-flor se ensanchaba por debajo de la cintura en forma de corola de seda que se abría sobre dos deliciosos pistilos enfundados en medias de rejilla azul lago.

Se ha inclinado hacia mí, me ha tendido una copa y se ha alejado para atizar el fuego en la chimenea. La danza de los largos cabellos sobre su rostro me ha parecido un desafío a la de las llamas en el hogar.

Estaba tan guapa que cortaba el aliento.

El corazón me latía muy fuerte. Para que no explotara dentro de mi pecho, he fijado la mirada en las curvas del vestido. Océane no llevaba nada debajo, ni correa de paracaídas para volver a escapar ni sujetador.

Ha avanzado hacia mí.

—No quiero que pienses que soy amable contigo solo para que me perdones. — Sus labios se han pegado a los míos, como para impedirme contestar—. Deberías haberte visto la cara el día que entraste en mi consulta, en Neufchâtel. Parecía que hubieras visto un fantasma.

—Un ángel —he susurrado.

Ella ha puesto un dedo cruzado sobre mis labios. Burlona.

—Y tu adorable terror la mañana que salté al vacío desde el acantilado de Yport.

—Un ángel —he repetido.

Ha hecho chocar su copa de champán contra la mía.

—¿Puedo?

Sin esperar a que le dé permiso, se ha sentado sobre mis rodillas, delicadamente, con la ligereza mimosa de una niña, como para no hacerme daño en la pierna ortopédica. He contenido la respiración.

—Eres tan...

Ha puesto de nuevo un dedo sobre mis labios.

—Chis...

Me ha mirado con sus ojos negro carbón, fijamente. Un pulso, firme, hasta que yo he cedido: he bajado la mirada hacia sus senos libres, apenas ocultos por las dos cortinas turquesa. Me he resistido al deseo de apartarlas, de cubrir con mis manos sus pechos, de seguir con la yema de los dedos su perfil, de rodear mil veces sus aréolas oscuras. Todavía sentada sobre mis rodillas, Océane se ha acercado más con un movimiento ondulante. Su pecho ha chocado con mi torso mientras su pubis se pegaba a la bragueta de mis vaqueros.

Me he estremecido.

Océane no llevaba nada debajo del vestido.

Antes de que haya tenido tiempo de rodearle la cintura, se ha levantado. Sus dedos me han desabrochado el cinturón y, sin solución de continuidad, han deslizado los pantalones y el boxer hasta mis tobillos.

He suplicado al cielo que la visión de mi tibia de acero no frenara su impulso, pero ni siquiera ha parecido fijarse en ella. Con un gesto de princesa, se ha levantado el vestido, como si quisiera evitar arrugarlo al sentarse.

Sus muslos han bajado, despacio.

Sus labios han temblado un poco mientras la penetraba.

La piel desnuda de Océane era una pantalla de cine sobre la que se proyectaban las sombras rojizas de las llamas de la chimenea.

—No me has hecho la pregunta —le he susurrado al oído.

El champán corría por su garganta. Sentía la tentación de vaciar en el hueco de su cuello la botella de la que bebía directamente, para mojarme allí los labios y la lengua.

—¿Qué pregunta?

—La que todo el mundo me hace. Sobre mi pierna. ¿Qué pasó? ¿Fue antes o después de 2004?

—Me da igual, Jamal.

Ha pegado contra mí su cuerpo ardiente. Yo no había hablado nunca en serio de mi discapacidad con un adulto. Sin embargo, en ese preciso instante, ya no tenía ganas de jugar, de huir, de mentir. Después de todo, iba a transcribir en las últimas líneas de mi relato cada palabra de esta conversación con la mujer de mis sueños. Mis futuros lectores se merecían también saber la verdad antes del final.

He deslizado la mano a lo largo de la espalda desnuda de Océane y he adoptado un tono conspirador.

—Desde que nació, he sembrado decenas de versiones, todas diferentes. Hasta les he ofrecido unas cuantas a los miembros de tu asociación Hilo Rojo. Hazañas heroicas, accidentes trágicos. He sido bombero lisiado, atracador sin suerte, yamakasi imprudente... Pero la verdad es mucho más simple.

Su mano se ha posado con ternura sobre mi hombro mientras sus labios me besaban el cuello.

—Algunas nacen con una hermana gemela, la vida lo multiplica todo por dos. — He sonreído mirándola—. En mi caso, por el contrario, lo ha dividido todo por dos. Nací con un riñón, un pulmón, una pierna, un corazón, claro, pero demasiado débil. Mi madre, Nadia, tenía cuarenta y seis años cuando se quedó embarazada; mi padre, más de cincuenta. Yo era para ella una especie de pequeño milagro. Durante los quince primeros años de su vida de mujer, había tenido un hijo cada tres años. Luego, ninguno durante los quince siguientes... Hasta que llegué yo. —Los besos de Océane descendían por mi pecho; mis caricias, hasta la curva de su espalda—. Mamá pasó los quince últimos años de su vida cuidando de mí. Me sometieron a dieciocho operaciones hasta la adolescencia, tuve que pasar en total más de veinte meses en la cama de un hospital. Hice yo solo el agujero de la seguridad social del 9,3 con diez añitos. Crecí con la idea de que no llegaría a viejo, de que no tenía suficientes piezas en buen estado para llegar muy lejos, de que la avería podría producirse en cualquier momento y dejarme tirado en la cuneta. Así que me inventé mi futuro, me imaginé un destino de Aquiles; no sé si ves lo que quiero decir. Aceptar morir joven, pero con la condición de aprovechar el tiempo, de poner el listón no en función del número de años que se va a vivir, sino de los objetivos que se quiere alcanzar.

—¿Tienes muchos? —ha susurrado Océane.

Había una ternura infinita en su voz. Como si mis confesiones hicieran que se enamorase de mí. Incluso lamenté todas aquellas versiones ridículas inventadas desde mi adolescencia para seducir a las chicas.

—Cinco... Las cinco puntas de mi estrella. —Océane ha cogido suavemente la mano que corría por su piel y la ha apretado—. Como imaginarás, mi madre no quería ni oír hablar de eso del destino de Aquiles. Un riñón, un pulmón, un corazón fuerte, eso se puede encontrar, se compra, o se dona. Paseó su carrito de órganos por todos los hospitales de Francia, se convirtió en la pesadilla de los cirujanos más reputados. Consiguió que me hicieran operaciones que valían millones de euros con su tarjeta de Cobertura Médica Universal. Dieciocho intervenciones, ¿te imaginas? Me donó un pulmón en cuanto tuve una caja torácica del tamaño de la suya, a los quince años. Esa fue mi última operación. El invierno siguiente se llevó a mamá. — Sus cinco dedos han aprisionado los míos—. Mi última operación —he repetido—. Era el hombre que costaba tres mil millones. Robocop, para los amigos de La Courneuve. Un cuerpo totalmente nuevo, con excepción de una pierna y un pie, la única parte del cuerpo humano que ningún cirujano del mundo era capaz de trasplantar. Pero un solo pie no impide avanzar tan deprisa como los demás. Más deprisa, incluso. Empecé a correr la noche que enterraron a mamá. Y no he parado.

—Comprendo.

—En el barrio todo el mundo me conoce. No habrías tenido más que preguntar a cualquiera de La Courneuve. Soy discapacitado de nacimiento; no podía ser el

violador de Morgane y Myrtille.

—Perdónanos.

He aprovechado la ocasión para robarle un largo beso.

—Crecí viviendo al día, con la muerte en los talones, pidiéndole todos los 25 de diciembre a Papá Noel otro año de vida... Así que, si hubierais dejado que me ahogase en Saint-Marcouf, en el fondo, no habría echado nada de menos...

—¿Ni siquiera las cinco direcciones de tu estrella?

He titubeado.

¿Habría cambiado? ¿Habría renunciado a ese destino de Aquiles?

He apartado la mano de la suya y la he puesto sobre su pecho derecho, redondo y pleno.

—Mi estrella puede continuar brillando después de mi muerte, ¿no crees?

Océane se ha estremecido. Su mano se ha acercado a la mía. La ha aplastado un largo momento contra su pecho antes de guiarla por su piel, lentamente, más abajo, más abajo aún, hasta el borde del mundo.

Océane se ha puesto el vestido pasándolo por encima de su cabeza, con la mayor naturalidad. La seda la ha envuelto como una segunda piel

—Tengo hambre. ¿Terminas tu Goncourt mientras yo acabo de preparar el festín?

Ah, pero ¿es que además Océane sabía cocinar?

La he observado mientras cruzaba la sala, cogía maquinalmente la copa de champán para ponerla en su sitio y entraba en la cocina.

De eso hace unos minutos.

Desde entonces, sentado en la butaca de piel, transcribo fielmente cada palabra, cada gesto, cada emoción sentida durante esta hora que acaba de transcurrir.

Así acabará mi relato.

Dentro de unos minutos, se lo daré a Océane para que lo lea. Seguramente volveremos a hacer el amor.

Es una bonita historia, ¿no? El morito tullido al que todo el mundo cree culpable termina su vida entre los brazos de la mujer de sus sueños. ¿Qué les parece?

Un final demasiado rosa para una novela policíaca, de acuerdo. Pero ¿y para una bonita novela romántica? *La Bella y la Bestia* en versión suburbios...

Levanto la mirada. Por encima de un armario normando tallado con motivos de frutas, una claraboya redonda ribeteada de encaje se abre al cielo. Decenas de estrellas titilan en el cielo negro.

¿Cuál es la mía?

¿Cuál orienta las cinco direcciones de mi destino?

Mi mente navega hacia mi vida de antes, la que volveré a encontrar el lunes, en el Instituto Saint-Antoine. Hacia Ibou, que me tomará por loco, hacia Ophélie, que habrá coleccionado más fotos de tíos, hacia el capullo de Jérôme Pinelli, que se morirá de envidia.

Océane canta en la cocina. Me parece reconocer *À nos actes manqués*, de Goldman. No estoy seguro.

Mi bolígrafo se ralentiza sobre la hoja en blanco. Debo elegir con precaución las últimas palabras de mi relato.

¿He ganado?

¿Ha renunciado por fin la muerte a merodear a mi alrededor?

Sostengo el bolígrafo en el aire durante largos segundos, hasta que un ruido de puerta de horno que se cierra me hace volver la cabeza. Océane aparece con el paño de cocina en la mano. Un olor fuerte penetra en mis fosas nasales: salsa cazadora, la que no podía tomar en el comedor escolar. Champiñones, escalonias, nata y vino.

—¿Seguro que nadie sabe que estás aquí conmigo? —me pregunta Océane.

—¡Segurísimo!

He respetado su pudor, no he hablado con nadie de mi visita a su casa. Seguramente todavía siente un poco de vergüenza de este amante un tanto embarazoso. Teme que a Carmen no le haga gracia. Teme que tío Gilbert refunfuñe. ¿Teme la reacción de Mona?

¡Mona no! ¡Alina!

¿Celosa?

Me encanta este aire de misterio. Que este amor sea clandestino lo salpimenta todavía más.

Dejo el bolígrafo sobre la hoja por última vez. Quiero encontrar una frase bonita para acabar. Me quedo pensando. Mordisqueo la capucha.

—¡La cena está lista! —anuncia Océane.

Bueno, pues da igual. Cedo a la facilidad.

Fueron las primeras palabras de este relato, serán las últimas.

Durante mucho tiempo, no tuve suerte.

Durante mucho tiempo creí que el azar se inclinaría siempre hacia el mismo lado, nunca el mío.

Para ser totalmente sincero, todavía me cuesta creer que haya cambiado de bando.

FIN

IV

Ejecución

Rosny-sous-Bois, 10 de agosto de 2014

De Gérard Calmette, Unidad Gendarmería de Identificación de Víctimas de Catástrofes (UGIVC), Instituto de Investigación Criminal de la Gendarmería Nacional (IRCGN)

Para el teniente Bertrand Donnadiou, Gendarmería Nacional, Brigada Territorial de Proximidad de Etretat, Seine-Maritime

Apreciado teniente:

Le escribo este breve correo para hacerle partícipe de un interrogante particular en el llamado caso de los tres esqueletos, encontrados el 12 de julio de 2014 en la playa de Yport. Le recuerdo sucintamente que esos tres individuos, a los que por razones de tipo práctico bautizamos con los nombres de Albert, Bernard y Clovis, fallecieron en fechas distintas –Albert, durante el verano de 2004; Bernard, entre el otoño de 2004 y el invierno de 2005; y Clovis entre febrero y marzo de 2014– y que la causa de su fallecimiento fue un envenenamiento criminal por muscarina, en una dosis que, según los expertos, habría provocado en los tres casos la muerte por parada cardíaca menos de treinta minutos después de la absorción del veneno.

Sin embargo, ahondando en la investigación, nos hemos encontrado ante una circunstancia extraña que me obliga a hacerle una pregunta, pidiéndole disculpas por anticipado.

¿Es posible que sus servicios no nos hayan enviado una de las piezas de convicción de esta investigación? Dicho de otro modo, nos falta una de las piezas del puzle y le pedimos que verifique con toda minuciosidad que no se haya extraviado.

Me explico. Hemos podido reconstruir perfectamente los esqueletos de Albert y Bernard a partir de los huesos que nos hicieron llegar. Se trata de un trabajo preciso de

paleontólogo, pero al que estamos acostumbrados.

En cambio, pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos logrado reconstruir el de Clovis, que, como recordará, es el nombre que le pusimos al individuo fallecido más recientemente, en febrero de 2014, es decir, apenas unos días después de que el caso Avril-Camus fuera resuelto tras la muerte del supuesto doble asesino, Frédéric Saint-Michel. Utilizo a propósito el adjetivo «supuesto», puesto que, en mi anterior correo, indicaba claramente que el ADN de Albert, envenenado en el verano de 2004, coincidía con el del esperma encontrado en los cuerpos y la ropa de Morgane Avril y Myrtille Camus. Por el momento no he recibido respuesta del juez Lagarde, destinatario también de mi correo anterior.

El esqueleto de Clovis corresponde al de un hombre de menos de treinta años, de proporciones normales, fallecido hace seis meses y en estado de descomposición muy avanzado. Cuando hemos intentado reunir los huesos que usted nos envió, pese a todos nuestros esfuerzos, hemos tenido que rendirnos a la evidencia.

Le falta una tibia.

Con la esperanza de que pueda ofrecernos una explicación sobre la extraña falta o el extravío de esta pieza, reciba un cordial saludo,

GÉRARD CALMETTE, director de la UGIVC

¿HE GANADO?

Océane cerró la puerta del maletero del Audi Q3 sin dirigir una mirada al cadáver de Jamal. Se limitó a comprobar que nadie podía observarla en la oscuridad del jardín. La única luz cercana era la de una farola situada al final de la calle, cuyo halo no atravesaba los setos que rodeaban el patio.

Hacía frío. Una fina nieve fundida caía en forma de película húmeda sobre los tejados y las aceras. Nadie saldría esa noche. Océane tendría el campo libre para trasladar el cuerpo al lugar donde estaban los otros.

Entró a refugiarse en la casa.

De los tres, Jamal Salaoui era el chico al que más había dudado en matar. Piroz no contaba. Lo había eliminado porque había comprendido todo lo sucedido y se disponía a reunir las pruebas para demostrarlo; clavarle un cuchillo en el vientre y arrojarlo por la borda del *Paramé*, cuando estaba medio borracho, había sido cosa de menos de un minuto.

Se acercó a la chimenea. Las últimas llamas mordisqueaban restos de troncos.

El caso de Jamal Salaoui era distinto. Objetivamente, no merecía morir. Era una víctima, como ella. Víctima del sistema, del juicio de los demás y de su violencia mimética. Un chivo expiatorio, en el sentido más estricto del término, un inocente que carga con la falta colectiva de todos los demás.

De todos los demás hombres.

Océane cogió de la mesa baja el relato de Jamal, más de un centenar de páginas, y lo arrojó al fuego. Al principio no pasó nada; luego, de golpe, el conjunto de la pirámide de papel se incendió formando una enorme antorcha.

Jamal Salaoui habría podido descubrir la verdad.

Ese fisgón de Piroz le había hablado del dilema del prisionero; Jamal lo había escrito todo en su diario. Y si Jamal no lo hubiera comprendido, un lector hábil habría podido reconstruir de otro modo los indicios a los que él no había prestado la suficiente atención, interrogarse sobre las incoherencias de la versión oficial. Comprender...

Océane dejó caer al suelo el vestido tulipán. Permaneció largos segundos desnuda delante de la chimenea, dejando que el calor de las altas llamas devorara su piel. Saboreaba ese instante en el que ningún hombre podía posar su mirada sobre su

cuerpo, ni deseársela como un objeto que se puede poseer, comprar en la subasta de sus juegucitos perversos.

«Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras».

La vocecita de Morgane resonó en su cabeza. Su hermana tenía siete años, estaban encaramadas las dos en el gran manzano de la casa de su madre. Era primavera, pétalos de flores caían sobre sus cabellos y sus hombros, una lluvia rosa de cuento de hadas.

«Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras».

Lo habían prometido. No necesitarían ni caballero ni príncipe ni rey para convertirse en princesas. Eran hermanas, gemelas, la una para la otra y la otra para la una, sin que nada ni nadie pudiera interponerse entre ellas jamás.

Ni siquiera un pétalo de flor.

El fuego moría ya en la chimenea. Solo algunos jirones del diario de Jamal revoloteaban todavía. Océane se agachó y agrupó las cenizas para reavivar unas pavesas. Debía ser prudente, como siempre lo había sido desde hacía diez años. El amable y obediente Jamal no le había dicho a nadie que había quedado con ella en su casa, por supuesto, pero, cuando la policía constatará su desaparición, forzosamente la interrogarían. No debía dejar ningún rastro de su paso por su casa. Y todavía menos de ese diario.

Morgane y ella habían subido a menudo al manzano hasta los dieciocho años. Habían renovado su promesa todas las primaveras, todos los años, a medida que el tiempo las hacía más cercanas, más fuertes, más guapas también.

Ningún chico se interpondría entre ellas. Nunca.

Eran alternativamente Blancanieves y su espejo. Princesas siamesas. Dos corazones, pero una misma sangre.

Mamá, con un solo corazón, nunca había necesitado a un hombre. Había fundado una familia ella sola. Había construido con sus manos la casa más bonita de Neufchâtel-en-Bray ella sola. Había tomado el poder en el consejo municipal y en la Asociación por el Desarrollo del Pays de Bray ella sola. Nunca había habido ningún chico entre mamá y ellas.

El fuego había muerto. Océane dejó que el frío le pusiera la carne de gallina unos instantes antes de subir a su habitación para ponerse unos vaqueros negros y un jersey oscuro. Había llegado el momento de que el cadáver de Jamal Salaoui fuera a reunirse con los de los otros dos chicos.

Las carreteras del Pays de Caux estaban desiertas. La lluvia fría lavaba los taludes

y los esqueletos de los árboles. Océane no corría ningún peligro de ser detenida por la policía. ¿Quién iba a salir a las tres de la madrugada para circular por carreteras departamentales azotadas por el viento y la gélida llovizna? A la luz de los faros, un cartel indicaba la dirección de Yport. Diez kilómetros.

La promesa de Morgane resonó otra vez.

«Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras».

Los riffs de guitarra de la noche del 5 de junio de 2004 le taladraban el cerebro. Las imágenes desfilaban, acompañadas de la música ensordecedora. El viaje a Yport con Clara, Nicolas, Mathieu y Morgane. La noche en el SeaView. La pista de baile.

Los limpiaparabrisas se movían al ritmo de su corazón y aplastaban las lágrimas, aunque estas volvían a brotar, cada vez más densas.

Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras. Nunca.

Océane se lo había repetido. Se lo había susurrado al oído, en el Clio de Nicolas, cuando había visto a Morgane cambiarse en el asiento trasero y ponerse ese vestido que se le adhería a las nalgas y a los pechos. Se lo había dicho gritando en la pista de baile, apartando el bosque de hombres con ojos de lobo que la rodeaba, tratando de superponerse al estruendo de la música techno. Morgane, en trance, no la había oído. No la había escuchado. Ni siquiera mirado.

Pero Morgane se lo había prometido...

Nicolas y Clara se besaban en el sofá. El idiota de Mathieu había probado fortuna pasándole una mano por los muslos, besándola en el cuello. ¿Creía acaso que iba a faltar a su promesa para salir con un baboso como él? Al final había acabado durmiéndose con el vodka con naranja en la mano. Océane también había bebido. Mucho. Demasiado. Más de lo que había bebido en su vida.

Después los había seguido.

Morgane había elegido a uno de los lobos. No a un jefe de manada, más bien a un lobezno con dientes de leche, camisa abierta sobre un torso depilado y una ridícula bufanda roja alrededor del cuello.

Océane los había visto besarse en el aparcamiento, desnudarse al final de la playa. En la oscuridad del acantilado, los había oído correr hacia el mar, sofocar las risas, tocarse en el agua, salir tiritando. Escondida detrás del espigón, había oído a Morgane suspirar bajo las caricias del desconocido, retener los gemidos, entregarse, olvidarse.

Lo habías prometido, gritaba una voz dentro de su cabeza, ningún chico, nunca. Cuando se habían vestido, sin que Morgane se entretuviese siquiera en ponerse las bragas, Océane, vacilante, había seguido a su hermana y al chico de la bufanda hasta el búnker. ¿A cuál de los dos le había apetecido coger al otro de la mano, subir al acantilado y contemplar desde allí el mar hasta el infinito? Océane nunca lo supo.

Bajo los efectos del alcohol, los tejados de pizarra de las casas de Yport, abajo, se bamboleaban como olas grises. Unos minutos después, cuando el lobezno por fin se

hubo alejado, Océane se había acercado. Morgane llevaba alrededor del cuello la bufanda del desconocido.

—Alex me la ha dado.

Se llamaba Alexandre. Alexandre Da Costa.

—Es nuestro lazo. Nuestro hilo rojo. Hemos quedado en volver a vernos. Él no es como los dem...

Los limpiaparabrisas ya no lograban barrer las lágrimas. Océane disminuyó la velocidad y se detuvo al borde de la carretera, justo antes del cruce donde aparecía indicada la dirección de Bénouville. Las imágenes eran demasiado potentes. Borrosas. Se superponían unas a otras.

Sus gritos en la noche. La sonrisa de Morgane.

«No tenías derecho a hacerlo. Lo habías prometido. No tenías derecho a hacerlo».

La risa de Morgane.

Ningún chico. Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras. Nunca.

Su risa desafiante.

Océane veía cómo sus dedos desgarraban el vestido de su hermana para retenerla, cómo sus manos apretaban la bufanda para que dejase de reír, para que por fin llorase, para que le pidiera perdón, para que se acurrucase entre sus brazos.

Para que ningún hombre pudiera volver a interponerse nunca más entre ellas.

Océane veía cómo los dulces ojos de Morgane se paralizaban, cómo rodaba su cuerpo sobre la hierba húmeda, despacio, siguiendo el sentido de la pendiente, y caía después al vacío.

El Audi se puso de nuevo en marcha, lentamente. Océane había recordado miles de veces la mirada de Morgane ahogándose, asfixiándose en la suya antes de desaparecer. ¿Cuál había muerto aquella noche, la princesa o su espejo?

¿Ninguna? ¿Las dos?

La policía no había entendido nada. Habían encontrado en la playa a una chica guapa estrangulada, con el vestido desgarrado, rastros de esperma sobre ella y en su vagina, las marcas de una penetración reciente, violenta, unos minutos antes de la agresión, y su mente machista no podía contemplar otra hipótesis que la de una violación ni sacar una conclusión distinta. Océane no sentía sino desprecio por su incompetencia.

El Audi dejó atrás Bénouville. El pueblo dormía. Puede que no se despertara en todo el invierno. Un cartel advertía a los automovilistas: VALLE DEL CURÉ - ACCESO PROHIBIDO. Océane se metió por ahí. Debía recorrer un centenar de metros más por un camino de tierra. ¿Quién podría ir a buscar allí el cadáver de Jamal Salaoui? Nadie, como en el caso de los otros dos, que llevaban años en aquel lugar. A la mañana siguiente, la lluvia habría borrado las huellas de neumáticos por aquel sendero.

Océane no había tenido ninguna dificultad en localizar a Alexandre Da Costa. Se escondía en Blonville-sur-Mer, en la segunda residencia de sus padres, unos prejubilados que vivían nueve meses al año en las Antillas, en San Vicente y las Granadinas. Era un tipo idiota, un pijo integral, pero aun así se había dado cuenta de que era el sospechoso número uno de la violación y del asesinato de Morgane Avril y de que, a causa de su ADN, su esperma y su bufanda, le cargarían con el muerto sin más.

Océane tuvo menos dificultades aún para seducirlo. Le llamó con la excusa de que había recibido un mensaje de su hermana, justo antes de que la asesinaran, un sms diciéndole el nombre de su gran amor: Alexandre Da Costa.

Ese cretino suponía que un tipo había agredido a Morgane después de que él la hubiera dejado sola, tal vez para robarle el bolso.

Ella lo había citado una noche en Yvetot, cerca del nudo viario de la A29, en un hotel Fórmula 1, donde uno no se cruza con nadie, solo con coches que reparten códigos para entrar, comidas congeladas y cafés. Le dijo que no lo había denunciado a la policía; podría haberlo hecho, pero dudaba... Quería hablar antes con él. Quería comprender. Quería conocer cada una de las emociones de su hermana aquella noche. El perrito acudió corriendo, con el rabo entre las piernas. Y no tardó en sacarlo.

Ese descerebrado se quedó deslumbrado por su belleza. Ese monstruo la encontraba más guapa aún que su hermana. Quizá menos efusiva en la cama de la habitación con paredes de cartón, la 301, mientras su corazón dejaba poco a poco de latir por efecto de la muscarina triturada que contenía la infame musaka recalentada en el microondas del vestíbulo. Océane había retirado cuidadosamente el preservativo que contenía el esperma del gallito, lo había vaciado con precaución en un frasco de cristal y, hacia las tres de la madrugada, había metido el cuerpo en el maletero de su coche.

«Nunca se interpondrá un hombre entre nosotras», había murmurado bajo las estrellas, mientras dejaba caer su cadáver en la oscuridad.

Pasaron tres largos meses antes de que los padres de Alexandre Da Costa denunciaran la desaparición de su hijo de veintidós años, del que solo tenían noticias una o dos veces al año. Ni siquiera sabían cuál era su último domicilio; además de la casa de Normandía, tenían dos residencias más en Francia, una en la Costa Azul y la otra en la isla de Ré, una tercera en la isla de Cres, en Croacia, y un apartamento en las islas Baleares. Océane se había enterado con posterioridad de que en Francia desaparecían cerca de sesenta y cinco mil personas al año y de que más de diez mil no eran encontradas...

Nadie establecería nunca la relación...

Mamá se pasaría toda la vida buscando al asesino de su hija en vano. Estaba

muerto. Océane había vengado a su hermana. El hombre que había intentado separarlas, a las dos, a las tres, dormía por la eternidad en un agujero al fondo del acantilado.

Océane aparcó el Audi Q3 detrás de una fresneda asegurándose de que ningún noctámbulo perdido por los campos —en el caso improbable de que hubiera alguno— pudiese ver el coche sin pasar justo por delante. Lo más difícil empezaba en ese momento. Cargar el cuerpo sobre sus hombros. Estar atenta para no dejar ningún rastro, ninguna huella, ningún pelo, ninguna gota de sudor. Recorrer ciento cincuenta metros más, hacia el oeste del valle costero del Curé.

Diez años antes, en junio de 2004, antes de quedar con Alexandre Da Costa en el Fórmula 1, Océane había pasado días vagando por los acantilados. Los viandantes y la policía pensaban, inquietos, que iba allí a recogerse. Seguramente creían que se sentía tentada de saltar para reunirse con su hermana gemela. ¡Ya les habría gustado a ellos! ¿Cómo iban a imaginar que, en ese gruyer de creta que se extendía a lo largo de kilómetros, ella buscaba el pozo natural idóneo para hacer desaparecer a los hombres molestos? Un pozo suficientemente grande para arrojar dentro de él a la mitad de la humanidad.

Lo había encontrado un poco al este de Bénouville, cerca de Etigues, en una sima perdida entre las zarzas que solo las vacas conocían y a la que ninguna se había aventurado a acercarse desde tiempos inmemoriales.

Océane contuvo la respiración al abrir el maletero. Había enrollado el cuerpo de Jamal en una manta, que quemaría en cuanto hubiera regresado a Neufchâtel.

Era la tercera vez en su vida que aparcaba el coche allí.

La increíble noticia había saltado el 27 de agosto de 2004. Habían encontrado a una chica violada y estrangulada con una bufanda roja Burberry en Baja Normandía. Una tal Myrtille Camus. Histeria general. El asesino había golpeado de nuevo. Y volvería a hacerlo...

Mamá había reunido a la asociación Hilo Rojo esa misma noche, en el comedor del colegio de Grandcamp-Maisy, que el alcalde había despejado para la ocasión. Deseaba ver a todos los allegados de Myrtille: sus padres, su abuela, su mejor amiga, su futuro marido. El tiempo apremiaba. Había que acorralar al asesino antes de que escapara. O de que reincidiese. Comparar el máximo de indicios. El discurso de mamá era radical, no se podía confiar en unos funcionarios de la policía desbordados, mal pagados y que, en el fondo, la única urgencia que tenían era la de volver lo antes posible a su casa para olvidar ese asunto sórdido.

Contando a Gilbert, el hermano de mamá, alrededor de la mesa éramos ocho. Tres por parte de los Avril, cinco por la de los Camus.

Durante todo el camino de Neufchâtel a Grandcamp, mientras tío Gilbert conducía echando pestes contra los veraneantes parisinos que atestaban la A13 y mamá no paraba de mascullar entre dientes «Ha vuelto a hacerlo. Vamos a acorralar a ese cabrón. Ha vuelto a hacerlo», Océane se había reafirmado en su convicción: ¡el asesino conocía a Myrtille Camus! Incluso era uno de sus allegados, uno de los primeros de los que la policía iba a sospechar. Si no, ¿por qué iba a haber maquillado el crimen y desviado las sospechas hacia un asesino buscado por toda la policía normanda, un hombre que violaba y luego estrangulaba a sus víctimas con una bufanda roja Burberry? ¿Por qué se habría tomado tantas molestias en que creyesen que se trataba de un asesino en serie?

¡Un asesino en serie que no existía! Pero solo dos personas conocían ese secreto: el asesino de Myrtille Camus... y ella.

Cuando tío Gilbert hubo estacionado su viejo Mercedes clase E en el aparcamiento del colegio Jean-Marion de Grandcamp-Maisy, a Océane le había costado disimular su sobreexcitación. ¿Una de las cinco personas que se sentarían con ellos alrededor de la mesa era el asesino de Myrtille Camus?

Océane dejó caer el cadáver de Jamal. Tenía la espalda destrozada por el peso. No había recorrido treinta metros y estaba agotada. No conseguiría llevarlo hasta el pozo. Se quedó pensando. Arrastrarlo era la solución. Arrastrarlo y después limpiar todo rastro que pudiera haber dejado. Resopló.

A su pesar, la mente se le iba de nuevo hacia Grandcamp-Maisy aquella noche del descubrimiento del cuerpo de Myrtille. Hacia aquella reunión con la familia Camus en el comedor escolar. Esa noche había cometido un error, el único durante estos diez años. Un error que entonces había estado a punto de costarle caro.

En cuanto había entrado en el comedor del colegio y había visto a las cinco personas sentadas detrás de la mesita octogonal, Océane enseguida sospechó que Frédéric Saint-Michel había matado a su prometida. Ninguno de los demás allegados, familiares o amiga, tenía el perfil de un culpable creíble. Lo había observado durante toda la reunión, al acecho de sus más mínimos gestos, de sus temblores, de sus reacciones ante los indicios proporcionados por la lectura de los informes policiales.

Una hora más tarde estaba totalmente convencida. Era él.

Pero no había tenido en cuenta un detalle esencial.

El asesino de Myrtille Camus poseía exactamente la misma ventaja. Él también sabía que el asesino en serie no era más que una quimera imaginada por la policía. También sospechaba que el asesino de Morgane podía estar sentado a la misma mesa, frente a él, espiándole.

Al cruzarse por fin sus miradas, los dos habían comprendido sin siquiera decirse una palabra. Observándolo con demasiada insistencia, Océane se había delatado. ¿Quién habría podido sospechar de él? ¿Quién habría podido dudar de la tesis del

asesino en serie, sino alguien que sabía que a Morgane no la había matado un merodeador que actuaba al azar?

¿Quién, sino su asesino?

Estaban unidos por un pacto silencioso.

Mientras consideraba cuál sería la mejor manera de asir el cadáver de Jamal, Océane recordó el famoso teorema que Piroz había rescatado, el dilema del prisionero, dos cómplices que pueden traicionarse o pueden no hacerlo. Si se denuncian mutuamente, lo pierden todo. Si callan y cooperan, ganan ambos. Hasta que uno de los dos esté seguro de poder traicionar sin que el otro tenga tiempo de replicar. La ganancia máxima, según el teorema. Océane se había dado cuenta de que Piroz era el menos estúpido de todos los policías, pero, cuando bebía más de la cuenta, su voz sonaba demasiado fuerte a través de los tabiques de los camarotes del *Paramé*.

Aquella noche del asesinato de Myrtille Camus, la reunión de la asociación Hilo Rojo en el comedor escolar había terminado hacia las doce. Cada uno había subido a su coche para ir al hotel, con los ojos enrojecidos. Justo antes de salir, Océane había ido a los lavabos, al final del pasillo del colegio, un edificio adyacente al del comedor. Frédéric Saint-Michel se había dirigido hacia allí para buscarla. Lívido.

—Ha sido un accidente —había balbuceado con voz sorda—, un accidente... Yo no quería estrangularla. Íbamos a casarnos. Ella me quería, no me habría dejado jamás. Era una cabezonada, ese tipo no significaba nada para ella. Myrtille estaba enamorada de mí. Habíamos hecho el amor justo antes de que...

—Con condón, supongo.

Saint-Michel la había mirado de hito en hito. No valía más que los otros hombres. En aquel momento, Océane pensó que debía eliminarlo, como a los demás. Lo haría en cuanto pudiera, en cuanto no corriese ningún riesgo.

—Sí —había admitido él.

—Tengo un regalo para usted.

Océane había sacado el frasco del bolsillo. Saint-Michel, por supuesto, no había entendido nada.

—El que violó a mi hermana me lo dio —había precisado Océane—. Pero tendrá que ser un poco más locuaz.

Las manos de Saint-Michel se habían cerrado sobre el frasco mientras mascullaba unas confidencias que parecían más una confesión. Aterrado tras el asesinato de Myrtille, había escondido el cuerpo bajo los helechos, en Les Grandes Carrières, con la esperanza de que nadie lo encontrara antes de que él volviese. Luego, convencido de que sospecharían de él cuando el cadáver de su prometida fuera identificado, se le había ocurrido la idea de seguir el mismo protocolo que el del crimen de Yport, del

que los medios de comunicación habían hablado en los últimos meses. Saint-Michel había ido en coche a Deauville y, en la tienda Burberry de los grandes almacenes Printemps, había comprado una camisa de ciento cincuenta euros para ganarse la confianza de las dependientas y poder esconder bajo el abrigo una bufanda roja de cachemira. A la vuelta, en una playa desierta, en Asnelles, había llenado un bidón de agua de mar para rociar el cadáver de Myrtille. Por último, de regreso en Les Grandes Carrières, se había llevado su bolso y sus bragas, reproduciendo con exactitud los gestos del asesino de Morgane Avril. Solo faltaba un detalle: el bloc de notas Moleskine en el que Myrtille escribía sus pensamientos íntimos. No lo había encontrado; no estaba en el bolso y ella tampoco lo llevaba encima.

La voz potente de mamá había retumbado en la otra punta del pasillo.

—¿Vamos, Océane?

—Ya voy, mamá.

Océane le había dado a Saint-Michel el frasco de cristal.

Cooperación-reciprocidad.

Esa simple ofrenda los exculpaba mutuamente.

A la mañana siguiente, la policía encontró las braguitas de Myrtille Camus enganchadas en unas zarzas, a unos cientos de metros de Les Grandes Carrières, manchadas de esperma del violador, idéntico al de las muestras tomadas de la vagina de Morgane Avril.

La prueba definitiva de que había un solo asesino.

Un asesino en serie que elegía a sus víctimas al azar.

Océane resopló otra vez. Había arrastrado el cuerpo de Jamal unos cien metros. Veinte más y todo habría terminado. Tan solo unas pocas estrellas y una media luna iluminaban los campos hasta el infinito. La llovizna se había intensificado. Confundiría más las pistas. Al amanecer no quedaría ningún rastro. Océane se puso la capucha del abrigo y se frotó las manos enguantadas antes de volver a ponerse manos a la obra.

La oportunidad de Océane llegó el 6 de octubre de 2004, a última hora de la tarde, al fondo del bolsillo en el que estaba su teléfono móvil. Entonces era secretaria de la asociación Hilo Rojo, y mamá ponía con regularidad anuncios para invitar a testigos potenciales a presentarse. Esos que no se habrían atrevido a hablar con la policía.

Olivier Roy tenía una voz tímida.

—Soy el que todo el mundo busca —había lloriqueado a través del teléfono—. El chico de la gorra Adidas, el que rondaba alrededor de Myrtille. El que la policía...

Océane le había ordenado que se callara, que, sobre todo, no hablase del asunto con nadie. Había intentado quedar con él en el Fórmula 1 de Yvetot esa misma noche,

pero él no había aceptado. Demasiado lejos, demasiado tarde, demasiado peligroso. Ella había conseguido negociar un encuentro a última hora de la mañana en el corazón de la marisma de Veys, a unos kilómetros de su casa, al sur de Isigny, en el refugio de cazadores abandonado del antiguo vado de Carentan.

—Yo no la maté —había seguido gimoteando por teléfono—. Todo el mundo lo cree, pero yo no la maté. Yo la quería. Iba a dejar a su novio. Me escribía poemas. Los escribía en su diario.

—¿Tiene usted ese diario?

—Sí, pero...

—Tráigalo.

Olivier Roy creía, como todo el mundo, que Myrtille Camus había sido víctima de un merodeador. No tenía ninguna razón para sospechar de su rival. Había dudado mucho tiempo entre entregarse o no a la policía. Había pasado los días encerrado en su habitación y dando largos paseos por lugares desiertos. Reflexionando. Pensando en Myrtille. No tenía nada que reprocharse; después de todo, podría demostrar fácilmente su inocencia. Pero con la policía... Estaban deseando meter en chirona a un culpable, habían distribuido por todo el cantón un retrato-robot que presentaba un vago parecido con él, le pondrían las esposas en las muñecas antes de que hubiera tenido tiempo de explicarse. Entonces se le había ocurrido la idea de ponerse primero en contacto con los miembros de esa asociación, Hilo Rojo. Debían de trabajar con abogados, conocer ciertos elementos de la investigación que la policía no revelaba. Le escucharían, le aconsejarían, le explicarían cómo manejar a la policía.

En el refugio, Olivier le había dado a Océane todos los recuerdos que tenía de Myrtille: su bloc de notas Moleskine, sus cartas y sus poemas. Aliviado. Aunque no tanto como Océane. Si Olivier Roy hubiera hablado, las sospechas habrían recaído sobre Frédéric Saint-Michel. Y si Frédéric Saint-Michel caía, ella caería con él...

Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras.

Océane había abierto el bolso. Era mediodía y el sol, en el cenit, bañaba la marisma. Decenas de patos y bécadas anidaban frente a ellos, en una turbera de color óxido recortada por las mareas. Olivier Roy parecía encontrar aquello bonito. El chico tenía un aire romántico, depresivo, completamente perdido. Cuando Océane había sacado una botella de Coca-Cola, unas porciones de *pizza* frías y unos pastelitos orientales, había aceptado sin más comer con ella. Debía de haberle parecido todo muy especiado. Aunque no durante mucho tiempo. Su mirada había empezado a languidecer poco a poco, sus músculos a paralizarse; luego, como un perro de caza al acecho de la llamada del silbato de su amo, se había quedado inmóvil. Su corazón había dejado de latir en los minutos siguientes.

Al día siguiente, Saint-Michel había recibido en su buzón un poema escrito por su difunta prometida. Océane jugaba limpio.

Cooperación-reciprocidad.

Saint-Michel era listo; lo había utilizado ante el comandante Bastinet. Simple

prevención. La pequeña Alina, a fuerza de pensar en los últimos días de su mejor amiga, se hacía cada vez más preguntas.

Veinte metros más. Océane avanzaba con precaución procurando apartar las zarzas sin engancharse en ellas. Los policías estaban ciegos, pero eran minuciosos. Un simple trocito de tela enganchado en el extremo de una espina podía permitir identificar a la persona que había ido allí a vaciar su cubo de la basura.

Con la desaparición de Olivier Roy, la investigación se había desinflado como un globo pinchado. Pese al furor de mamá, la policía dejaba de lado el caso. Lo habían puesto en manos de la gendarmería de Fécamp, y en particular del inspector Piroz, el que mantenía la llama encendida.

Regreso a la casilla de partida.

Mamá se aferraba a esa hipótesis del doble desconocido. Encontrar a un tipo presente en Yport y en Isigny... Océane no se oponía. Después de todo, eso impedía que mamá se volviera completamente loca. Aquello había durado años. Océane había acabado por intimar con Alina Masson, la mejor amiga de Myrtille Camus, y poco a poco había sembrado la duda en ella, justo lo suficiente para prepararla para el día en que tuviera que librarse de Saint-Michel, un virus, un caballo de Troya en el disco duro de su cerebro, una pregunta insidiosa.

¿Y si a Myrtille no la hubiera matado un merodeador?

¿Y si Myrtille conociera a su asesino?

Y un buen día, en marzo de 2013, por fin les había tocado un nombre en la gran tómbola: Jamal Salaoui. Un pobre tipo presente en los lugares equivocados en los peores momentos. Pero eso solo Saint-Michel y ella lo sabían.

Cuando Carmen había concebido su plan demencial, esa increíble puesta en escena para desenmascarar a Salaoui, Océane había aceptado. Todo estaba en su sitio. Era la oportunidad tan esperada para acabar con Saint-Michel. Ella había ideado un final magistral en Saint-Marcouf y se lo había sugerido a mamá. El día antes de la gran representación, se había ocupado de dos o tres pequeños detalles. Despegar un ladrillo del muro de la ciudadela de la isla del Large y esconder allí el bloc de notas Moleskine de Myrtille Camus. Grabar tres caracteres en ese ladrillo: M2O. Seguir redactando con Alina el contenido de los sobres marrones para que Jamal Salaoui también dudara. Para que comprendiese en el momento adecuado... Después, ir a la casa de Frédéric Saint-Michel, entrar utilizando un juego de sus llaves sustraído durante una de las interminables reuniones de Hilo Rojo, esconder allí el bolso de Morgane, que Océane seguía conservando, guardar en el fondo de un cajón del cuarto de baño un frasco de cristal con algún resto del esperma olvidado de Alexandre Da Costa. Saint-Michel no era tan idiota para haber guardado semejante prueba en su casa.

Al día siguiente, temprano, se lanzaba por el acantilado delante de las narices de

Jamal Salaoui, para dar un salto de ciento veinte metros ralentizado únicamente por un paracaídas de bolsillo. El engranaje estaba en marcha. Nadie, ni siquiera Piroz, podía detenerlo. Jamal Salaoui había luchado contra una máquina que antes o después lo machacaría.

Ese economista, Axelrod, se había equivocado con su pseudométodo para resolver el dilema del prisionero.

Cooperación-reciprocidad-perdón.

Eso solo valía si los cómplices volvían a reunirse al salir de la cárcel y deseaban colaborar de nuevo. O vengarse. El método correcto era traicionar solo una vez, de forma definitiva.

Responder a un golpe con otro. Disparar primero.

Cooperación-traición-sanción.

Océane siguió arrastrando el cadáver de Jamal hasta acercarlo lo máximo posible al agujero. Según sus cálculos, este tenía unos treinta metros de profundidad, tal vez más teniendo en cuenta las galerías adyacentes que serpenteaban bajo la roca caliza. Seguramente algunos campesinos del lugar conocían el paraje y también iban allí a arrojar algunos objetos molestos. Pero a ninguno se le ocurriría bajar.

Como mucho, un espeleólogo encontraría los tres esqueletos dentro de cincuenta años, en medio de osamentas de perro, televisores viejos y lavadoras herrumbrosas. O dentro de cien años, cuando el acantilado hubiera retrocedido lo suficiente. E incluso aunque descubrieran los cuerpos al día siguiente, ¿qué relación podrían establecer entre esos tres cadáveres y Océane? Aun cuando consiguieran identificar a esos tres muertos, a establecer la fecha de su fallecimiento y la manera en que habían sido asesinados —unos policías científicos deberían ser capaces de hacer eso—, nada, absolutamente nada los vinculaba a ella, nada permitiría acusarla.

No se concedía ningún mérito a sí misma, aparte del de la prudencia. Todos habían caído en su telaraña sin que ella hubiera tenido que atraerlos.

Repitió una última vez, como una oración: «Ningún chico se interpondrá nunca entre nosotras». Ahora era una certeza. Todos los hombres habían pagado. Todos los hombres que se habían acercado a ella, a ellas, estaban muertos.

Desató las cuerdecillas, desenrolló la manta. El cadáver de Jamal rodó despacio sobre el tejido púrpura, como sobre una alfombra que hubieran desplegado ante él para una última ceremonia. Su cuerpo cayó sin hacer ruido al agujero sin fondo.

Todo había terminado.

Océane estaba impaciente por regresar a Neufchâtel-en-Bray, pero debía ir con cuidado, comprobar, a la débil luz de la linterna que apenas iluminaba la punta de sus pies, que no había dejado ninguna huella de su paso.

Impaciente por volver a su casa.

Impaciente por ver a mamá.

Océane miró, en el pálido halo, la silueta desmedrada y desnuda de los castaños azotados por el viento marino.

Impaciente por que el manzano del patio de la casa rural Le Dos-d'Âne floreciera de nuevo.

V

Revisión

Fécamp, 13 de agosto de 2014

*Del teniente Bertrand Donnadieu, Gendarmería Nacional,
Brigada Territorial de Proximidad de Etretat, Seine-
Maritime*

*Para Gérard Calmette, director de la Unidad
Gendarmería de Identificación de Víctimas de Catástrofes
(UGIVC), Instituto de Investigación Criminal de la
Gendarmería Nacional (IRCGN), Rosny-sous-Bois*

Señor director:

En respuesta a su correo del 10 de agosto de 2014 relativo a la identificación de los tres esqueletos, Albert, Bernard y Clovis, encontrados en la playa de Yport el 12 de julio de 2014, y a su preocupación por «la falta de una pieza del puzle», deseo ante todo tranquilizarle. La tibia del llamado Clovis no la ha perdido nadie, ni sus servicios ni los míos, ni tampoco se la llevó el mar tras el desprendimiento del acantilado.

Al leer su correo, no hemos podido sino hacer una asociación con uno de los principales protagonistas del caso Avril-Camus, Jamal Salaoui, un joven que durante un tiempo fue sospechoso de haber violado y matado a las dos chicas. Enseguida comprenderá las razones de nuestra deducción. Jamal Salaoui tenía una prótesis, que reemplazaba la parte inferior de su pierna izquierda. Además, ese joven desapareció hace seis meses, unos días después de que el caso Avril-Camus se resolviera. Sin razón aparente. Sin ninguna explicación.

Indiscutiblemente, su descubrimiento reabre el caso. Es evidente que, por una razón desconocida, Jamal Salaoui fue asesinado.

Para serle absolutamente franco, sin ningún otro indicio aparte de ese esqueleto desnudo, no confiábamos mucho en el desenlace de esa investigación, aunque sembraba dudas sobre las conclusiones del caso Avril-

Camus. El doble violador Frédéric Saint-Michel, muerto como consecuencia de varios disparos en la isla Saint-Marcouf tres días antes de la desaparición de Jamal Salaoui, difícilmente puede ser acusado de este envenenamiento. Y ningún otro actor de este drama despertaba en modo alguno nuestras sospechas. En cualquier caso, el individuo que envenenó a los tres hombres cuyos esqueletos hemos encontrado actuó de forma particularmente meticulosa, metódica y prudente.

A raíz de su correo, reanudamos las investigaciones sobre la desaparición de Jamal Salaoui, realizadas en su momento conjuntamente por la gendarmería de Fécamp y el SRPJ de Ruan. Interrogamos en La Courneuve a todos los allegados de Salaoui, parientes, primos y amigos, así como a los otros protagonistas del caso Avril-Camus, los miembros de la exasociación Hilo Rojo, y por último a sus compañeros del Instituto Terapéutico Saint-Antoine. Nadie sabía nada. Jamal Salaoui era un chico bastante misterioso, introvertido, que había construido pacientemente un imaginario personal, una especie de burbuja en la que no dejaba entrar a mucha gente. Su superior jerárquico, Jérôme Pinelli, incluso nos lo presentó como potencialmente depresivo. De ahí a envenenarse con muscarina y arrojarse a un abismo del acantilado para hacer compañía a dos cadáveres muertos en las mismas circunstancias años antes, había un paso que mis servicios no han dado.

Nos disponíamos a marcharnos del Instituto Saint-Antoine y a archivar el caso, cuando un último testigo se ha presentado voluntariamente. Una chica. Quería a toda costa «hablar con los maderos», como gritaba en los pasillos, pero los educadores, acostumbrados a sus escándalos, la habían aislado durante nuestra visita.

Sin embargo, consiguió llamarnos desde la ventana de su habitación, en la tercera planta, mientras subíamos a los coches. Era una chiquilla de quince años, internada en el Instituto Terapéutico de lunes a viernes y sometida a tratamiento con ansiolíticos todo el día. Según la dirección del Instituto, la jovencita es psicológicamente inestable y padece graves trastornos sexuales relacionados con su infancia. Un caso clásico en ese tipo

de centro, precisaron. Se había enamorado de Jamal Salaoui y habían llamado varias veces al orden al chico para que mantuviera las distancias con ella y dejase de interferir en el trabajo de los profesionales. El testimonio de Ophélie Parodi, puesto que así es como se llama la adolescente, se presentaba, por decirlo suavemente, como poco fiable.

Un educador intentó hacer retroceder a la chiquilla para alejarla de la ventana. Ella se agarró al reborde, luego a la cortina y luego al jersey del educador, contra el que la emprendió a patadas. Histérica.

Corté en seco la pataleta anunciando que iba a escuchar lo que la chica tenía que decir. Para ser franco, la pequeña Ophélie no tenía nada que decirnos...

¡Tenía algo que enseñarnos!

Cuando se encontró frente a mí y dos de mis adjuntos, ya casi calmada, respirando tan deprisa como una cierva que ha escapado de la jauría, simplemente me puso su teléfono móvil en la mano.

La pantalla mostraba un mensaje de texto.

Leí el nombre del contacto.

Jamal, flanqueado por dos emoticones sonrientes.

Intrigado, miré la hora y el día del envío.

25 febrero 2014. 21.18.

La fecha correspondía al día en que Salaoui había desaparecido. Nadie había vuelto a verlo, salvo seis meses después como cadáver casi en total descomposición. La chiquilla no desvariaba; ella era la última persona que había estado en contacto con Salaoui.

Miré el contenido del mensaje. El texto era breve y como mínimo esotérico.

¿10 sobre 10?

De hecho, habría sido absolutamente indescifrable si no hubiera ido acompañado de una imagen. Una foto robada, centrada en la espalda y un cuarto de la cara de una chica con un vestido tulipán de color azul y un paño en la mano, ocupada en una habitación que tenía todo el aspecto de ser una cocina.

Una mujer muy guapa.

Imposible no reconocerla incluso en una instantánea borrosa, y aun cuando su identidad me dejó sin habla.

Océane Avril.

La hermana de la primera víctima. Yo la había interrogado varias veces en relación con la desaparición de Salaoui, sin que esa mujer espléndida, inteligente y digna pese a las pruebas por las que había pasado, despertara en mí la menor sospecha.

Ahora, señor director, ya lo sabe todo.

Inmediatamente llamé por teléfono a la gendarmería de Neufchâtel-en-Bray. La Brigada Territorial Autónoma (BTA) interrogó a Océane Avril en su consulta de obstetricia en los minutos que siguieron. Actualmente está encarcelada en el centro de detención de Vignettes, en Val-de-Reuil. Los primeros informes de los psiquiatras son demoledores.

Después, a raíz de nuevas investigaciones más precisas, los informáticos del Instituto Nacional de Policía Científica (INPS) han logrado exhumar del ordenador portátil de Jamal Salaoui un rastro informático del relato que escribió antes de su muerte, durante los pocos días que siguieron a la supuesta resolución del caso Avril-Camus. Lo he leído y es ejemplar. Intercale nuestra correspondencia en ese manuscrito y tendrá una historia que cualquier editor publicaría. Después de todo, el pequeño Salaoui se lo habría merecido.

No me resisto a relatarle un último detalle, pese a que no aporta nada nuevo al caso. La joven Ophélie Parodi había respondido casi de inmediato al mensaje enviado por Jamal Salaoui. Según nuestra reconstrucción de los hechos, Salaoui ya había ingerido entonces la muscarina y su muerte en los minutos siguientes era inevitable.

El mensaje era breve. Era la réplica exacta de un mensaje enviado por Jamal Salaoui a Ophélie unos días antes. En mi opinión, digan lo que digan los psicólogos del Instituto Saint-Antoine, esa chiquilla con problemas de carácter dista mucho de ser tonta. Su respuesta a la foto de Océane Avril y a la pregunta formulada, «¿10 sobre 10?», cabía en dos líneas:

*Demasiado guapa. No te fíes de las apariencias.
Prefería la pelirroja.*

Reciba, señor director, un cordial saludo.

BERTRAND DONNADIEU,
Brigada Territorial de Proximidad de Etretat

18 DÍAS DESPUÉS, EL 31 DE AGOSTO DE 2014

Émile abrió con un gesto mecánico la cabina 22 del teleférico de la Aiguille du Midi y dejó salir a los sesenta turistas chinos con las piernas temblequeantes después de viajar colgados de un cable sobre un precipicio de dos mil metros.

Dio tres pasos hacia el vacío y encendió un Marlboro.

Las 20.00. En época normal, era el último metro. Descenso a la estación y cerveza en la terraza del Choucas.

Hoy no.

La pequeña pelirroja dejó pasar a los últimos chinos y avanzó hacia él. Detrás, la escoltaba una especie de armario de luna con el porte de un cazador alpino, en versión menos bronceada pero luciendo el mismo tipo de abrigo blanco impoluto con escudos y galones. Gran clase. Sin duda el tipo de la DACG, pensó Émile, la Dirección de Asuntos Criminales y de Indultos.

Le tendió la mano a la chica. Con la capucha de piel del abrigo, tenía carita de marmota.

—¿La señorita Alina Masson?

La chica acercó su mano de roedor a la de él.

—No, Salinas. Mona Salinas.

Émile se encogió de hombros. Si el ministerio había metido la pata, él no tenía la culpa. El guardaespaldas de la DACG le dio unos permisos sellados en azul, blanco y rojo. Émile escupió la colilla y les señaló la puerta corredera de la telecabina.

—Vamos, en marcha. Último viaje... Esta vez subo con ustedes. Lo que me pide que haga, señorita, yo creo que es lo nunca visto.

El teleférico se balanceó. Los dos cables negros parecían dos arañazos que desfiguraban la montaña hasta las crestas nevadas, casi tres mil metros más arriba. Mona llevaba su tesoro contra el pecho. Hervé, el enviado de la DACG, seguía impertérrito.

—De todas formas, esto es de locos —continuó Émile para llenar el silencio—. Yo diría que incluso está terminantemente prohibido.

El cachas adoptó un tono de cura:

—El permiso lo ha dado directamente el ministro. Está al corriente de la historia, ¿no? ¿Y no le parece conmovedor?

Émile miró el Mont Blanc sin responder.

¿Conmovedor?

Si los mandamases del ministerio se ponían a sacar los pañuelos de papel...

—Dadas las circunstancias —siguió explicando Hervé—, el ministerio difícilmente podía negarle este gesto simbólico a la señorita Masson.

—Creía que se llamaba Salinas —masculló por lo bajo el conductor del teleférico.

Al norte, los últimos rayos del sol teñían el valle Blanco de reflejos rosa y oro. Émile accionó el walkie-talkie.

—¡Próxima parada solicitada! Estación Estrella. Salida calle Paradis directamente bajo nuestros pies.

Al cabo de un momento, la telecabina se detuvo. Mona sonrió mirando el cielo. Émile se agachó y se puso a desatornillar una trampa de seguridad en el suelo.

Treinta centímetros por treinta.

Cuatro tornillos.

Más de mil quinientos metros bajo sus pies.

Mona apartó la mirada del cielo y la bajó hacia el valle de Chamonix.

—¿Por dónde pasan los corredores? —preguntó.

—Por ahí abajo —respondió Hervé con voz afable—. Detrás de la aguja de Bionnassay, esa pirámide blanca en la línea de cresta. Cruzarán el puerto del Tricot un poco más abajo. Yo he participado dos veces en la North Face, seguramente por eso me han asignado esta misión. Los corredores salieron hace poco más de dos horas. Los primeros deberían llegar a Italia antes de que anochezca. Después les quedarán quince horas más de carrera, eso en el caso de los más rápidos.

Émile suspiró, como si el esfuerzo de los participantes en el Ultra-Trail del Mont Blanc no fuera nada en comparación con el que él hacía para quitar cuatro tornillos que no debía de haber desatornillado nadie desde hacía una eternidad.

Mona hizo girar lentamente la tapa de la urna.

Justo encima de ella, Venus ya brillaba. Cinco sueños... Abrió los dedos de la mano izquierda y los recitó uno a uno, en un murmullo, con una última oración.

Cinco sueños. Jamal los habría hecho realidad todos.

«Ser llorado por una mujer cuando muera», susurró Mona.

Unas lágrimas corrían por sus mejillas. Dobló el pulgar hacia el hueco de la mano. Hervé le tendió un pañuelo, pero ella lo rechazó.

«Pagar mi deuda antes de morir».

Al doblar el índice, Mona pensó en la detención de Océane Avril, acusada de seis asesinatos: tres cadáveres encontrados en el acantilado, ese cerdo de Saint-Michel, el inspector Piroz y Morgane, su hermana gemela... Jamal había conseguido que resplandeciera la verdad, esa verdad contra la que mil policías se habían estrellado durante diez años. Cerró los ojos; sus recuerdos se perdieron en el columpio de un parque de juegos desierto encima de la playa de Yport. La primera vez que había oído mencionar a Ophélie. Ellas dos habían hablado mucho de Jamal después. Entonces, por primera vez, el Instituto Saint-Antoine había aceptado que la adolescente pasara dos días con ella —el fin de semana siguiente— en Elbeuf.

Tres tornillos rodaron por el suelo de la telecabina. Émile estaba orgulloso. El viento silbaba detrás de la plancha de metal.

—Cuando tenga que quitar el último, esto va a dar una sacudida.

Mona se estremeció a su pesar.

«Hacer el amor con una mujer más guapa que yo».

Dobló el dedo corazón. Las imágenes de aquella primera noche en La Sirène desfilaron. Habitación 7. El ruido de los guijarros movidos por las olas. Su piel. Su inconsciencia. Hacer el amor sin preservativo.

Un soplo helado se metió bruscamente en la telecabina. Émile tenía la plancha de hierro entre las manos.

—Alina —dijo Hervé—, hay que acabar.

Su voz era menos dulce. Más apremiante.

Mona dobló el anular.

«Tener un hijo».

Su mano acarició un breve instante su vientre redondo mientras las corrientes en chorro acunaban la telecabina. Seis meses ya desde la noche de La Sirène.

Se arrodilló despacio ante la trampilla. Hervé la sujetaba del hombro, aunque no había peligro alguno. Ningún cuerpo, por menudo que fuera, podría pasar la cabeza por esa abertura. Ella inclinó la urna hacia el vacío.

«Llegar a ser el primer deportista discapacitado que participa en el Ultra-Trail del Mont Blanc».

Dobló el meñique y, con la mano derecha, vertió las cenizas por la trampilla.

El viento las dispersó casi inmediatamente en dirección al Mont Blanc du Tacul, el monte Maldito y las Dômes de Miage, arriba, muy arriba, a una velocidad y una altitud que jamás alcanzarían los corredores del Ultra-Trail, cuyos monos multicolores se adivinaban, minúsculos, en el camino señalizado al pie del glaciar de Bossons.



MICHEL BUSSI (Louviers, Islandia, 1965). Polítologo, profesor de geografía en la Universidad de Rouen y un auténtico éxito de ventas en Francia, con más de un millón y medio de ejemplares vendidos de sus obras. Publicó su primera novela en 2006, pero fue a partir de *Un avión sin ella* (2012) cuando se consolidó su éxito internacional.

El sello de Bussi y el secreto de su popularidad es su capacidad por entremezclar el mundo emocional de sus personajes y el suspense, al mismo tiempo que juega con el lector.

Notas

[1] Gruta abierta en el acantilado de Etretat. (*N. de la T.*) <<

[2] Organización sindical que representa a los empresarios. (*N. de la T.*) <<

[3] Antifer es una terminal petrolera junto al mar; Paluel, una central nuclear. (*N. de la T.*) <<

[4] Barcas de pesca de la costa de Alabastro, que constituye casi todo el litoral del departamento de Seine-Maritime. (*N. de la T.*) <<

[5] Zone d'éducation prioritaire (Zona de educación prioritaria), Zone urbaine sensible (Zona urbana sensible), Zone de redynamisation urbaine (Zona de redinamización urbana), Développement social des quartiers (Desarrollo social de los barrios) (*N. de la T.*) <<

[6] *Morgane de toi* es una canción de Renaud Séchan, cantante y actor francés. El título es una expresión que utilizan los sinti (población gitana de Europa) y significa «enamorado de ti». (N. de la T.) <<

[7] Concurso televisivo francés rodado en la fortaleza del mismo nombre que se encuentra entre las islas de Aix y Oléron, al sudoeste de Francia. (*N. de la T.*) <<